Google

This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at http://books.google.com/

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página http://books.google.com

GIFT OF
J.C.CEBRIAN

BIBLIOTECA CALLEJA

PRIMERA SERIE

RAFAEL CALLEJA

RUSIA

ESPEJO SALUDABLE
PARA USO DE POBRES
Y DE RICOS

MCMXX
EDITORIAL "SATURNINO CALLEJA" S.A.
CASA FUNDADA EL AÑO 1876
MADRID

PROPIEDAD
DERECHOS RESERVADOS
PARA TODOS LOS PAÍSES

COPYRIGHT 1920 BY
RAFAEL CALLEJA

C. Cebrian

Jiménez y Molina, impresores.

A L

D O C T O R

D O N G R E G O R I O M A R A Ñ Ó N

F R A T E R N A L M E N T E

R. C.

470834

C

R U S I A

E S P E J O S A L U D A B L E
P A R A U S O D E P O B R E S
Y D E R I C O S

PRESERVATION
COPY ADDED
ORIGINAL TO BE
RETAINED

5 1935

Univ. of California

RUSIA

ESPEJO SALUDABLE

PARA USO
DE POBRES
Y
DE RICOS

CAPÍTULO PRIMERO

Orientación

I

El diálogo previo.

Un movimiento reflejo del instinto de conservación, coincidiendo con una fase aguda de la antipatía crónica que me inspira

la sociedad presente, ha puesto en mi mano la pluma para intentar este ensayo. El impulso, al hacerse consciente y poner en movimiento los resortes de la voluntad, ha suscitado el eterno diálogo interior, codicioso siempre de embarazar la acción con dilatadas reflexiones previas: en el tumultuoso vociferar de capuletos y montescos es inocencia pretender que una voz oscura se haga oír por encima del estruendo. Sí; pero quien ve vacilar los muros agrietados del viejo caserón, no habrá de pararse a medir la potencia de su voz ni la elegancia de su gesto; gritará por impulso irresistible; gritaría también por dictado reflexivo, si bajo el techo ruinoso viven muchos más y si no pocos de ellos beben y cantan con alegre descuido, no por gallarda despreocupación, sino por frívola ceguera. Mas el tema, ¿no requerirá alguna plataforma, que sea garantía para el auditorio? Acaso. Pero es cierto que suelen excusarse los que públicamente hablan de estas cosas por hacerlo sin una preparación suficiente; y no es eso lo que suele echarse en falta. Al contrario, en Ateneos, Parlamentos, libros y revistas, lo que suele escasear es el sentido de la realidad. Son, casi siempre, quienes hablan, fantaseadores, soñadores, poetas—de asaz tangible musa en ocasiones—, cuyas improvisadas teorías huelen

más a tinta de imprenta, a humo de tabaco que al aire puro y dinámico de la realidad. En todo caso, la multitud se forma de unidades, y mil pálidas voces cobran, al ser unánimes y concertadas, más resonante y eficaz volumen que la de un Estentor amplificado.

Hable, pues, cada cual desde su nivel, bajo o enhiesto; cunda el ejemplo, que hoy más daño viene al país por el pasivo silencio de muchos, que por lo ociosa que pueda resultar la charla vehemente de quienes vayan contagiándose de inconformidad con la inanición y la desidia de los españoles. Hablen, protesten, griten mejor ciento que diez, mejor todos que pocos. Mientras no sea posible cantar a compás y con acuerdo, por falta de solfeo y de batuta, haya siquiera algarabía, estrépito. Que, al menos, no pueda España seguir, bajo su fanal, amodorrada al arrullo de ese mosconeo que forman los escasos y monótonos ruidos nacionales: perezosos, anacrónicos, adormecedores.

II

La inminencia de realidad.

La crisis de Barcelona—decía recientemente el Sr. Cambó—es la expresión en España de una formidable crisis universal, y es el *anticipo de lo que puede ocurrir, de lo que probablemente ocurrirá, en el resto de España, a no tardar*. Y esta crisis universal, de la cual lo que ocurre en Barcelona es repercusión y anticipo, es la crisis más profunda que haya sacudido y agitado a la Humanidad. No es una crisis que ponga en juego accidentes, modalidades políticas o sociales; es una crisis que pone en juego los fundamentos, las bases esenciales de nuestra sociedad y de nuestra civilización... Y esas bases fundamentales de nuestra civilización, de la sociedad en que vivimos, son lo que está en pleito hoy en el mundo entero» [1].

¿Hay quien no se haya enterado de esto? Sí; hay mucha gente que no se ha enterado. Es una de las muchas cosas absolutamente increíbles

que tenemos que creer los que vivimos en España. Verdad que esta inconsciencia, más que privativa de España parece peculiar de las clases acomodadas de todos los tiempos y países. No se puede dejar de evocar, por usado que esté su recuerdo, a los cortesanos de Luis XVI; pero hay ejemplos cercanos de la contumacia de ciertas mentes. Cuando el 7 de noviembre de 1917 se apoderaron los bolcheviques del Poder en Rusia, «... los habitantes de Moscou dormían tranquilamente, y no sabían que en aquel momento un Poder sucedía a otro» [2]. Es fácil imaginar la sonrisa que brillaría en el mefistofélico rostro de Trotsky al pronunciar esas palabras dirigidas al Congreso de los Soviets al día siguiente del golpe de mano bolchevique. Hay, además, en las clases conservadoras de la sociedad una notable propensión a creer que «no pasará nada», y cuando pasa, «que todo se arreglará». Hasta tal punto, que aun el dinero, ente el más tembloroso y asustadizo, da en ocasiones muestras de esa confianza envidiable. Cuando Lenin nacionalizó todos los Bancos de Rusia, «el golpe fué verdaderamente rudo para las clases pudientes. En seguida, un pánico enorme cundió entre los que tenían fondos depositados en los Bancos. Ya la víspera de la publicación del Decreto, muchos capitalistas se

habían apresurado a retirar su dinero de los Bancos y de sus cajas de caudales para transportarlo al Japón, a Suecia, a Noruega, a otros países. *Pero la mayor parte, no creyendo en la estabilidad del régimen bolchevista, aguardaban con cierto fatalismo el desarrollo de los acontecimientos y fueron cogidos de improviso.* Inmediatamente después del Decreto de nacionalización de los Bancos, las cajas de caudales halláronse en manos del nuevo Poder; el golpe estaba dado, y no había más remedio que resignarse» [8].

Y es que las ideas políticas y los acontecimientos políticos son para muchos utopías, incidentes, expansiones para divertir a los profesionales, o pequeñeces abultadas por los periódicos, en su afán de sensacional información.

III

Para profetas y escépticos.

En las recientes elecciones municipales han obtenido el triunfo en Madrid los socialistas * y los mauristas. Yo no sé si el lector habrá visto un emblema que ostentaban todos los carteles fijados en las calles para la propaganda de los candidatos socialistas. Eran un martillo y una hoz cruzados y rodeados de espigas. Debajo, este lema: *Proletarios de todos los países, unios.* Yo no sé si el lector sabe que ese emblema y ese lema son los de los bolcheviques rusos **.

* «En la conversión de la masa republicana al socialismo ha influído seguramente la revolución social por que atraviesan varios países europeos. Una revolución burguesa, como era la que preconizaba el viejo republicanismo español, no puede ya ilusionar a la clase obrera que engrosaba los partidos republicanos. De ahí su tránsito al socialismo en unas partes y al sindicalismo en otras» [4].

** Véase en el *Apéndice* de este libro el texto del manifiesto publicado en enero de 1920 por los socialistas españoles.

«La República rusa—dice *La Rusia Socialista*—no se levantó formidable, majestuosa, contra la burguesía rusa solamente, sino contra todo el capital mundial» [5].

Así lo confirma Trotsky cuando dice que hay que enterarse bien de que «la segunda revolución rusa es una revolución social que por todos los medios se esforzará en provocar la revolución en todos los países europeos» [6]. Y no se olvide que hoy Rusia es acaso la potencia militar más fuerte de Europa.

«En un país atrasado—ha dicho Lenin recientemente—es mucho más fácil izar la bandera de la revolución socialista que en los países avanzados» [7].

Trotsky ha concretado más: ha dicho directamente de España que, después de Rusia, es el nuestro el país mejor preparado para implantar el régimen bolchevique *.

* Sobrecoge el ánimo leer las notas características del pueblo ruso que han contribuído al advenimiento del bolchevismo, y a acentuar sus naturales estragos, y advertir que en la lectura salta sin cesar el recuerdo de España y de los españoles evocados por notables semejanzas. Son sabidas las coincidencias entre la música eslava y la española, y la frecuencia con que en la literatura rusa se encuentran caracteres y escenas sumamente familiares a un espíritu español. Pero es más sorprendente la identidad

Y un escritor socialista, el Sr. Pérez Solís, ha escrito muy recientemente:

«Mientras los independientes alemanes y los socialistas franceses dan muestras repetidas de reflexión, de calma, de parsimonia, muy justifi-

cuando se habla de hechos políticos o de rasgos espirituales de la masa rusa. Hay comentarios y descripciones de la Rusia política prebolchevista que parecen fragmentos de la historia política de España; hay, o mejor, hubo funestos políticos rusos que parecen viejos conocidos nuestros, en cuyo nombre han brotado exóticas sonoridades. Hay una constante alusión a la *pasividad de la masa neutra,* a su indolencia, a su ignorancia, que parece repetir los lamentos crónicos de quienes hablan de la indolente, ignorante y pasiva masa neutra española. Véase este fragmento de un libro reciente: «el ruso es por naturaleza anarquista, inquieto e inactivo, sometido a sus fantasías, *incapaz de previsión* y de energía sostenidas, *dado a abandonarse por completo a las pasiones del momento*, demasiado razonador también y demasiado teórico. Es artista y seduce por lo imprevisto de sus ideas, ondulantes y fatigadas, pero al mismo tiempo *perezoso*, *discurseador*, y con frecuencia, tan ignorante como vanidoso. Su *indolencia, su incuria,* su *parálisis de la acción*... etc.» [8]. «Los Kerensky del Poder están tocados de esa *impotencia para la acción* que caracteriza el espíritu ruso, *creador de doctrinas, forjador de proyectos, siempre lejos de la actualidad y de la realidad,* demasiado empapado en un vago humanitarismo... para acudir a la fuerza cuando se trata del bien de todos» [9].

cadas, en sus actos con respecto a la llamada Tercera Internacional *, un grupo de socialistas españoles, reforzado ahora por la Federación socialista de Asturias, siente las más vivas impaciencias y quiere que a toda prisa se vista el partido socialista español a la moda de Moscou» [10].

Reproduciré, por último, sendos fragmentos de dos interesantes conversaciones sostenidas por el periodista inglés Arthur Ransome en Moscou.

Habla Mecheriakov, publicista ruso:

«—Los efectos de la guerra apenas se sienten hasta el momento en Occidente; pero cada vez se irán notando más. La Humanidad tiene ante sí un período de sufrimientos.

»—Bukharin calcula un período de cincuenta años—dije yo, recordando mi conversación de ayer.

»—Puede ser. Creo que será menos largo;

* El Congreso federal socialista del Sena decidió a los cinco días de publicarse esas palabras la adhesión a la Tercera Internacional por 9.330 votos contra 6.604. Poco después, el 29 de febrero, el Congreso nacional socialista de Estrasburgo, sin votar expresamente la adhesión a la Tercera Internacional —que obtuvo 1.621 votos—decidió por esos y otros 3.031 (4.330 en total contra 337) separarse de la Segunda Internacional.

pero la *Revolución ha de ser mucho más terrible en las naciones occidentales* que lo ha sido en la nuestra. En Occidente, si la revolución estalla, *jugará la artillería, que destruirá barrios enteros*» [11].

Ahora es Lenin el interlocutor de Ransome:

«Aludí a la manifiesta hostilidad general contra la propaganda bolchevista en los países extranjeros.»

«Decidles—replicó Lenin—que construyan una nueva muralla de China alrededor de cada uno de ellos. Tienen sus Aduanas, sus fronteras, sus guardacostas. Pueden expulsar a todo bolchevique si lo desean. La Revolución no depende de la propaganda. Si las condiciones para una revolución no están allí, ninguna especie de propaganda puede apresurarla o impedirla. La guerra ha creado esas condiciones *en todos los países*, y yo estoy convencido de que si la Rusia de hoy fuese tragada por el mar o dejara completamente de existir, la revolución continuaría en el resto de Europa. Poned a Rusia bajo el agua durante veinte años, y en nada afectaréis a las reivindicaciones de los delegados de talleres de Inglaterra.»

«Le manifesté que yo había dicho a casi todos sus amigos que no creía factible la revolución en Inglaterra.»

«Tenemos un proverbio—me respondió Lenin—que dice que un hombre puede ser atacado por la tifoidea y mantenerse en pie. Hace veinte o treinta años tuve la tifoidea abortiva, y, aun teniéndola, continué mi vida ordinaria hasta que me abatió. Inglaterra, Francia e Italia están ya contagiadas. *Inglaterra* * *puede parecernos indemne; pero el microbio está allí* [12].

No se escapará a quien sepa leer la significación de esos hechos y de esos testimonios. Pero si no existieran, no sería menos evidente la «terrible inminencia de realidad que de pronto han adquirido las doctrinas que hace muy poco parecían quiméricas» [13].

• La tendencia a la socialización de la propiedad y—lo que es más alarmante—a la adopción de los procedimientos rusos, no es ya como antes, un sueño febril de algunos utopistas; no es ya la vieja conjura de los emigrados rusos o el complot folletinesco de los exaltados políticos de cada país; es una táctica científica que, franca y públicamente, va preparando la organización económica y adiestrando a los obreros de todos los países, en cada uno de los cuales surge un movimiento, concéntrico con los demás, hacia un comunismo integral, y, por lo

* Dice *Inglaterra* porque Ransome es inglés; pero ya acaba de decir que habla de *todos los países*.

mismo, más peligroso; porque entrañando su implantación, no sólo el sacrificio de inmensos intereses, sino un tejido de absurdos insostenibles, es fatal que el egoísmo de unos y el buen sentido de los demás se oponga a ello absolutamente y rehuse todo trato y toda concesión a los que ya en pleno fanatismo frenético no se contentan con menos que con la vida de la sociedad organizada. Y así, la intransigencia de unos y otros es irremediable, y la marcha continua de los obreros hacia esa utopía, acerca sin cesar a los hombres a una catástrofe, junto a la cual la rusa, con todos sus horrores, va a parecer una leve algarada de distrito.

Véanse libros, revistas y periódicos que se ocupan de cuestiones sociales; aplique, quien pueda hacerlo, el oído a la realidad, y por doquiera percibirá claramente el bronco rumor que avanza; el ruido cada vez menos subterráneo, cada vez más distinto, de la colosal multitud obrera, que ya no es una masa amorfa y ciega; que va siendo un ejército organizado, con sus cuadros de oficiales, con su táctica y su estrategia, con su *administración* previsora y formidable, con sus soldados diestros para el ataque y capacitados para el dominio de la presa que pretenden.

Los Sindicatos, los Soviets *, los *Consigli de fabrica*, los *Shops Stewards*, no son sino instrumentos científicos para canalizar y hacer más eficaz el frenesí codicioso y rencoroso de las masas obreras; son armas modernas contra antiguas iniquidades, que pronto serán tan inactuales, tan increíbles, como los autos de fe o el derecho de pernada.

Ese carácter cerebral de los modernos movimientos obreros se refleja sintomáticamente en su conducta ante huelgas y *lock-outs*. Una hábil abstención, una prudente serenidad, una cohesión que permite paralizar la vida de una ciudad o de un país en pocas horas, es la labor de esa organización formidable, de fuerza tan patente que en todas partes va obteniendo el reconocimiento patronal, y aun el legal.

* «A propósito de los Soviets me dijo Lenin:

»—Al principio yo creí que serían y quedarían como una institución puramente rusa; pero ahora está bien claro que, bajo nombres diversos, serán en todas partes los instrumentos de la revolución». (Ransome, en su conversación antes citada.)

IV

La unánime floración simultánea.

Hace falta uno de esos espíritus que emplean el microscopio donde es menester el telescopio para no ver que el origen de esta floración frondosísima y unánime no es, ni puede ser, la campaña de unos periódicos, la acción de unos propagandistas, la protesta contra un Gobierno o la impericia de unos ministros.

Es la repetición de la polémica ridícula acerca de los *culpables* de la guerra europea. Contristaba el ánimo ver a las mejores inteligencias escarbando en las luchas menudas e individuales para arrojar sobre los adversarios la pelota de la responsabilidad. «Fué el Kaiser», «fué lord Kitchener», «fué el ministro de la Guerra del Zar», «fué el conde Tisza»... Más de una vez el triste espectáculo de aquella discusión me hacía imaginar un corro de señoritos ebrios que, acomodados en sendas mecedoras sobre la cubierta de un trasatlántico zarandeado por

la mar gruesa, se increparan mutuamente atribuyendo los bandazos del vapor a los movimientos de las mecedoras respectivas.

Ebrios de pasión y de ese *stupéfiant* que se llama política habían de estar quienes derivaban uno de los más grandes, más inevitables, más previstos acontecimientos de la historia, de los movimientos de la mecedora de un hombre; olvidando, además, que los hombres, por muy altos que estén sentados, nunca rebasan el nivel de su pequeñez, incapaz de variar el curso irresistible de la Historia.

Pues algo semejante, tan grotesco, intentan quienes atribuyen el imponente movimiento del oleaje social a maquinaciones de cuatro arrivistas. Son, naturalmente, los mismos que dan la receta infalible para resolver todo conflicto: se coge a cuatro cabecillas, se les retira de la circulación más o menos definitivamente, se distribuye estratégicamente la Guardia civil... y ¡a reírse de Lenin, de Chicherin y de Bakunin!

¿Cómo mostrar de una manera evidente que ese hervor social es el producto hipertrofiado de un irresistible fenómeno biológico cuya fuerza es demasiado grande para que unos cuantos hombres puedan producirla ni repelerla?

El factor individual, los agentes locales, la

anécdota, en suma, pueden, sí, apresurar, y aun desnaturalizar ciertas derivaciones de ese fenómeno y, mediante un cultivo insensato, desarrollar gérmenes patógenos y trocar en cauces vesánicos de catástrofe el curso tranquilo que por sí llevaría mansamente la perdurable corriente de las cosas.

Pero el fenómeno es uniforme y universal, y tan espontáneo, que parecen autóctonos, aislados y originales sistemas y órganos de lucha que simultáneamente han brotado en todos los países, aunque en cada uno marcha su vegetación en armonía con las condiciones, más o menos favorables, de su climatología social.

Sirvan de ejemplo los Consejos de obreros que en Italia se forman actualmente con el nombre de Consejos de fábrica.

En unos documentados artículos publicados recientemente, el escritor italiano Carlo Silvestri [14] describe estos Consejos de fábrica tal como en Italia se están constituyendo. La impresión que causa la lectura es que se trata de un arma eficaz y bien templada que muestra cómo los obreros abandonan su viejo sistema de algaradas, tan aparatosas como inútiles, y apelan a medios científicos, serenos, infinitamente más prácticos.

Y así, cuando la *Federación Metalúrgica*,

rama de la *Confederación General del Trabajo*, se alarmaba ante la competencia que la nueva organización de Consejos de fábrica pudieran hacer a la vieja organización metalúrgica—con la consiguiente división de fuerzas y debilitación del obrerismo—, los promotores de los Consejos de fábrica tranquilizaban a los suspicaces. El Sindicato—decían—sirve para disminuir los beneficios de los capitalistas, y el Consejo sirve para debilitar su poder dentro de la fábrica. Los iniciadores de los Consejos se preocupan ante todo del porvenir:

«Cuando, merced a los Consejos, los trabajadores estén técnicamente preparados a la gestión, la revolución estará madura y surgirá sin sacudidas, encontrando dispuestos sus organismos.»

«El Consejo de fábrica—que se funda en la unión concorde de todos los elementos manuales e intelectuales que concurren a la producción—está destinado a devenir, según sus teorizantes, el instrumento más adecuado a las capacidades constructivas del proletariado durante el período prerrevolucionario, y el órgano del poder económico cuando la revolución haya arrebatado a los industriales la posesión de las fábricas y de los instrumentos de trabajo. Sobre todo el Consejo de fábrica debe ser un instrumento de preparación política y económica.»

Silvestri describe la gestación italiana de esos Consejos, que en Italia son perfectamente autóctonos y originales. Y, sin embargo, él mismo dice que no son una novedad italiana.

En el Parlamento alemán se ha presentado un proyecto de ley para la constitución de los Consejos de obreros, y muy pronto será votado. Inglaterra es el país, por excelencia, de los Comisarios de fábrica *(Shops Stewards)* y de las Comisiones internas. En Austria es el Gobierno de la República quien ha impuesto, con carácter obligatorio, los Consejos de obreros, por ley de junio 1919; y en Rusia, una de las bases del sistema bolchevique han sido los Consejos de obreros, de que me ocuparé más adelante.

Y en todos los países luchan los Sindicatos —y lo van consiguiendo—por ser reconocidos oficialmente. Logrado esto, lo primero que procuran, con tenacísimo empeño, es la consagración oficial de sus delegados de taller, institución subrepticia de que en Barcelona tienen amarga experiencia.

Pero no hace falta acudir a esos ejemplos, digamos técnicos: trace cada cual en torno suyo una circunferencia de amplio o de breve radio, y examinando los hechos que encierra, compárelos con los que hubiese aprisionado el mismo círculo cuatro años ha.

¿Qué existe hoy en el mundo igual a como en 1914?

¿Qué se ve a lo lejos?

Han rodado imperios y coronas; se han deshecho naciones; toda la vida de cada país ha sido turbada, y sacudida, y modificada hondísimamente. Y, ¿no serán tales enormes sucesos heraldos y escolta de la más formidable crisis de la Humanidad?

Miremos aquí cerca. Por doquiera brotan los síntomas de descomposición social, que anuncian una Era virgen: los fabulosos enriquecimientos de tantos agiotistas e improvisados industriales, frutos esporádicos, característicos especímenes de la fauna cadavérica social; el lujo insensato que coloca a cada clase social, no ya un escalón más alto de su nivel propio, como acontecía antaño, sino un par de tramos de escalera más arriba de lo debido; y justamente cuando el coste de la vida crece lo que todos saben, es decir, cuando en vez de ver en cada familia más joyas, más pieles, más vestidos, mayor derroche en todos los usos sociales, debía haberse producido una general disminución de bienestar, ya que ni los aumentos de ingresos corresponden, en la mayoría, a los de gastos, ni es general la mejora económica, que alcanza a un núcleo social más o menos exten-

so; la relajación de las costumbres, la desaparición progresiva del nexo familiar y de los viejos hogares prestigiosos y amados, el incremento que en todas partes han tomado los juegos de azar y sus funestas derivaciones; y, en fin, hasta el impudor de la indumentaria femenina, y la sustitución de la vida de salón y de las tertulias íntimas y homogéneas por la vida de gran hotel, donde una sociedad abigarrada toma te y danza entre zínganos y *maîtres* cosmopolitas...

«En torno nuestro, en todos los países, el envilecimiento de las divisas, la depreciación del papel moneda, la crisis moral general, la prolongación del estado de guerra, la incertidumbre del mañana, son otras tantas causas que hacen subir el precio de todas las cosas de la vida a alturas fantásticas. En breve plazo corresponderá por doquier a una sociedad de otro tipo el asegurar la vida normal de la civilización» [15].

«Cada día que pasa se agrava el desorden financiero, económico y político. En este caso sólo es posible una conclusión: que es necesario realizar una transformación social» [16].

Eso en cuanto a síntomas generales y precursores. ¿Hechos *concretos* de efervescencia social? ¡Si son no ya el marco fijo de la vida dia-

ria, sino el mismo asunto principal del drama cotidianol Léase cualquier periódico de cualquier día... Uno de este en que escribo dice, por ejemplo:

Liguria (Italia). Dos fábricas, asaltadas por los obreros, que hacen frente a las tropas, destituyen a los altos empleados y proclaman que la fábrica pertenece a los obreros desde ahora.

Rumania.—A consecuencia de la reforma agraria son expropiadas y repartidas a los campesinos 4.864 grandes fincas.

Francia (París).—El Mensaje del nuevo presidente de la República preconiza la necesidad de facilitar el acceso de los obreros al capital.

Marsella.—La tripulación del *Provence* se ha sublevado. Se esperan graves acontecimientos.

Lyon.—Están en huelga 40.000 obreros.

España.—Es inminente la huelga general ferroviaria, y le preocupan al Gobierno las derivaciones revolucionarias que puede tener. Huelgas en Valencia. Huelgas en Santander. Huelgas en Ciudad Real. Huelgas en Barcelona. Huelgas en... *.

* Verdad es que unos centímetros a la derecha del mismo periódico se reproduce una disposición de la *Gaceta de Madrid*, que comienza así: «S. M. el Rey (q. D. g.) ha tenido a bien disponer: *Primero*. Que las puyas que se utilicen en las corridas estén

Con ser tan expresivos estos síntomas y otros mil; con ser tan atronadora la no extinguida vibración de tantas catástrofes recientes, hay algo que es lo más definitivo, acaso por ser lo menos explicable: es como si un nuevo sentido corporal recibiese vagas e indefinibles emanaciones de un flúido misterioso que satura el ambiente de devenir y nos llena las profundidades de la conciencia de esa convicción, más fuerte que ninguna, que es la irrazonable. Esa convicción nos dice que el mundo y sus hijos caminamos vertiginosamente hacia una postura inédita.

encerradas en cajas de dieciocho cada una..., etcétera, etc.» Así es que en España podemos estar tranquilos.

V

El péndulo.

¿No hay, por otra parte, en lo actual, algo que está reclamando transformación, sustitución, mejora?

Casi se podría preguntar con más acierto si en lo presente hay algo que merezca conservarse; porque, sí, bellas y buenas cosas hay; pero tan cargado está el aire de dolor, de inquietud y de absurdo, que apenas hay rincón no mancillado donde se pueda respirar alegremente.

«Los árboles no nos dejan ver el bosque»; pero haciendo un esfuerzo para distanciarse de lo actual, lo suficiente para la perspectiva, se adivina, se vislumbra el asombro inmenso que los hombres del futuro han de sentir cuando contemplen retrospectivamente nuestros usos, nuestros prejuicios, nuestra moral. Más que de malos, de injustos, de insensibles—con serlo tanto, ¡tanto!—, nos tacharán de tontos, al ver qué cantidad increíble de incomodidades, de

dolores innecesarios y de daños *voluntarios* sufrimos.

Pero si es menester cierta agilidad mental para apreciar esas cosas, nada más sencillo que ver otras muchas cuya infinita vergüenza sería increíble si no se tratara de hechos vivos y tangibles.

¿Hay algo, por ejemplo, más vergonzoso e intolerable que *eso* que se llama la *política*? No he de traer a colación miserias demasiado sabidas por todos los españoles. ¿Quién oye o lee la palabra política sin hacer un gesto de asco al evocar ese haz inmenso de intrigas, de inmoralidades, de compadrazgos, de cohechos, de personalismos, todo pequeño, miserable y mezquino? Farsa y egoísmo; ignorancia, vanidad, desaprensión, negocio. ¿Quién no sabe que todos esos son sinónimos de *política*?

Veamos otro sector social. La gran propiedad rústica. Simplemente unos datos sin comentario alguno. (¿Para qué?)

En Badajoz se ha construído el canal de Gévora; ese canal debía regar 2.000 hectáreas no riega más que 100; los propietarios de las restantes ni riegan ni dejan regar. En Jerez ha ocurrido igual fenómeno con el pantano de Guadalcacín; que debió regar 10.000 hectáreas y no se ha logrado regar más que 400. En la

provincia de Córdoba, por ejemplo, en el término de Bélmez, hay 4.000 hectáreas destinadas a cazadero. En Hornachuelos 31 fincas suman 47.700 hectáreas de caza y recreo. En Obeje 10.106 hectáreas tienen igual destino; en Villaviciosa 16.370 hectáreas. Y en el término municipal de Córdoba 3.460 hectáreas están entregadas a la cría de reses bravas. Muestras semejantes ofrece la provincia de Sevilla. En Utrera el 17 por 100 de la tierra está en manos de 48 propietarios, que reúnen 51.556 hectáreas, de las que 17.675 están sin cultivar y 19.788 mal cultivadas. En Lora del Río 9.061 hectáreas pertenecen a 13 dueños; de ellas la mitad están incultas y 1.867 dedicadas al ganado de lidia. En Alcalá de Guadaira de 28.290 hectáreas que forman el término, hay 20.129 en poder de 53 propietarios, y de ellas 6.229 incultas.

En Cádiz, en los Estados del Castellar, se cultivan 1.000 hectáreas, de 16.000. Las restantes, cultivables con buen fruto, sólo producen... langosta en abundancia para arrasar los predios comarcanos. Hay en la provincia 6.000 hectáreas entregadas a las reses bravas.

En los contratos de arrendamiento hay negociantes que trafican subarrendando los mis-

mos terrenos, ganando en ello 2.500 pesetas anuales (Mérida), 10.000 pesetas anuales (Don Benito), etc., etc. [17].

* * *

Los excesos bolchevistas—como los nihilistas, los anarquistas y sindicalistas—son odiosos, repugnantes, insufribles. Pero, colocándose en el punto de vista de sus autores—y descontando los casos de perversión típica—, ¡qué lógicos, qué comprensibles, me atrevería a decir qué disculpables, y aun no sé si qué indignos de castigo!

Si el lector ha perdido a su madre y ha sentido esa horrible desesperación de la impotencia ante la enfermedad implacable, piense lo que hubiese sentido si existiendo la medicina eficaz, infalible para salvarla, hubiera tenido que dejarla morir por no tener con que comprar la medicina.

Si el lector es padre de los que consienten en perjudicar, a veces gravemente, a su hijo por no verle llorar, piense en la posibilidad de que una ruina súbita le obligase a oír llorar a su hijo de hambre, a verle morirse de hambre y NO PODER darle pan.

Imagínese el lector a un hombre encerrado

en un infecto tugurio, donde todas sus personas más queridas, sufren de frío, de miseria, de fiebre. Ese hombre sale, loco de dolor, a buscar pan, siquiera pan, donde sería necesario, indispensable un buen caldo, un buen médico, un buen cuarto con aire limpio y mucho sol—tesoros estupendos que aquel hombre *no puede ni soñar*, a pesar de que son indispensables para defender la vida, *nada más que la vida* de los suyos (no hablemos de regalo, de alegría; la *vida* simplemente, y se le niega).

La súplica humilde, avergonzada, temblorosa encuentra indiferencia, desdén, repulsa, egoísmo bien abroquelado tras de la Ley, la Augusta y Santa Ley, bien abrigado por las pieles y la calefacción central. Encuentra más. Por delante de sus ojos pasa el lujo irritante, el derroche estúpido y fastuoso, sin otra finalidad que la ostentación. Y con *eso*, con muchísimo menos de *eso*, con unas pocas monedas de las muchas que otro hombre que no le es superior en nada, que acaso le es inferior en todo, tira imbecilmente ante el hambriento, podría vivir su hijo, podría comer aquel grupo trágico que, en el chamizo, aguarda con ansiosa impaciencia que vuelva de la calle el que volverá con las manos vacías y el alma aun más envenenada.

Dadle *razones* a ese hombre para convencer-

le de que eso *debe ser así*..., y decidme si no estaría justificada cualquier respuesta.

Pero no. Ese hombre, que casi siempre es, además, inculto; ese hombre, cuyos instintos bestiales no ha limado ninguna educación, lo que escucha después de eso es la arenga del mitin libertario, la proclama subversiva, el periódico ácrata que atizan su infinito y justísimo rencor. Y crece el odio, y se hace explosivo. Si el sujeto es, además—como casi siempre—, un psicópata, ¿qué podrá resultar de tales elementos? ¿Qué podrá ese hombre hacer de horrible, de tremendo, de inhumano, que no merezca los adjetivos estampados más arriba: lógico, comprensible, y ahora ya francamente: disculpable, indigno de castigo?

Yo no sé si algún lector estimará que en mis palabras hay exceso de apasionamiento, hay exageración, hay retórica.

No sé yo si alguno argüirá con el eterno argumento: la miseria es inevitable, y suele proceder de la vagancia y del vicio. Los ricos no pueden impedir que haya pobres, y harto hacen con dedicar una parte de su dinero a la limosna.

En primer término, he de decir que la limosna, como sistema, es vergonzosa y repugnante. Para el que la recibe, porque le humilla; para el

que la da, por ser pasivamente ciudadano de un país donde hay gente sujeta a pedirla.

Cierto que siempre habrá vagos y viciosos, es decir, enfermos. Por lo menos mientras el mundo no cambie muchísimo y luego de haber cambiado pasen los siglos necesarios para borrar los estigmas hereditarios de los siglos transcurridos hasta entonces. Pero convengamos en que hay gran distancia entre el coeficiente inevitable de vagos y viciosos que en buen orden social tendrán sus leyes y sus «compartimientos estancos» y esta situación actual en que tantos desgraciados y desgraciadas *quieren trabajar* y no encuentran dónde o encuentran un mendrugo a cambio de una verdadera esclavitud. Esto no es retórica. En Madrid, como en todas las grandes poblaciones, hay hambre: hambre *auténtica* y numerosa. Hay miseria: miseria terrible, tan terrible, que no se consentiría, a pesar del feroz egoismo social, si no estuviera vilmente tapada.

Eso no lo ven nuestros filántropos profesionales; eso no lo ven nuestras ilustres damas caritativas; eso no lo ven nuestros burgueses, que cuando se habla de problemas sociales, sólo se acuerdan de los sueldos excepcionales de algunos obreros.

En cualquiera de los aspectos sociales que el

lector quiera estudiar de cerca, hallará el mismo cáncer de la miseria horrible, de la gran cantidad de seres humanos a quienes *se niega lo más indispensable* para la vida. Por ser una característica vergüenza española el estado de la instrucción pública, quiero reproducir unas palabras de un distinguido maestro español, el Sr. Llorca, que no son como pudiera parecer a primera vista de hace cincuenta o sesenta años: se han publicado en Febrero de 1920:

«Todos los días se presentan hombres y mujeres solicitando el ingreso de sus hijos en la escuela. Todos los días esos hombres y esas mujeres reciben la misma respuesta:

»—No hay vacante.

»Todos los días se oye una voz que dice:

»—Fulanito ya no viene a escuela: le han »puesto a trabajar; Fulanito ha cambiado de »barrio. Fulanito ha mudado de escuela.

»Todos los días hay que preguntar:

»—¿Cómo no ha venido hoy Fulano?

»Y siempre hay alguien que contesta:

»—Dice que no tiene calzado.

»Se va su madre a asistir y ha de cuidar a su »hermanito pequeño.

»Todos los días hay que enviar algún niño a »su casa por razones de limpieza.

»Todos los días ocurre admitir a un niño que »ha estado solicitando durante muchos meses y »que al día siguiente de admitido desaparece »para siempre.

»—¡Esos padres!—decimos los maestros.

»—¡Esos maestros!—dicen los padres.

»Y pasan los días, los meses, los años, y los »niños quedan analfabetos.

»¿Habrá alguien interesado en que el analfa- »betismo persista?

»El Estado ha hecho obligatoria la enseñanza. »¿Se ha cuidado mucho de que la ley alcance »efectividad?

»Conque los padres echen la culpa a los »maestros, y éstos a los padres, y el Estado a »padres y maestros no se resuelve nada.

»¿Tiene el Estado escuelas para todos los ni- »ños que en virtud de la ley pueden solicitar un »puesto en ellas?

»¿Conoce el Estado el número de niños, el lu- »gar donde se encuentran, su estado y sus ne- »cesidades?

»¿Ha previsto el Estado el caso de enferme- »dad de los niños o de sus padres, del cambio »de barrio o pueblo, de la falta de calzado, del »abandono o indiferencia de la familia, de la re- »pugnancia del niño a la escuela?

»Aquí se da el caso vergonzoso de que acu-

»dan las familias buscando un puesto para sus »hijos en la escuela y no lo encuentran» [18].

¡Nuestros filántropos! ¡Nuestra caridad oficial!

Si hubiese algo más irritante y vergonzoso que la miseria, sería la actitud que frente a ella toman algunos «caritativos» ciudadanos. Véase un autorizado testimonio en las siguientes nobles palabras del doctor Marañón:

«En el ambiente confortable de la Alta Cámara a la hora optimista de la digestión, varios señores senadores, de los que más enterados deben estar de los problemas de la mendicidad, han discutido gravemente sobre ellos y han acordado que en las calles de Madrid no hay hambre y que los muertos de inanición y de frío que nos cuentan los periódicos no son sino gentes burlescas, que después de pasarse la vida fingiéndose pobres harapientos, cuando en realidad son unos redomados burgueses «propietarios» y «rentistas» que han hecho de la mendicidad una lucrativa explotación, mueren un buen día «de alcoholismo» con el estómago lleno «de alimentos y también de vino», dando a los médicos de las Casas de Socorro el último trágico timo, que les hace certificar la muerte por inanición en lugar de la muerte orgiástica con que terminaron sus alegres días.

. . . . . .

»Vayan los respetables senadores a las calles apartadas, a los barrios de las afueras; busquen sin prevención policías entre los mismos que mendigan por la calle de Serrano, y por otras vías céntricas; y, sobre todo, no dejen de acudir a los hospitales, en las horas de la entrada; que allí verán muchos, muchísimos diariamente, que solicitan una cama y un pedazo de pan, realmente enfermos de hambre auténtica y de frío auténtico, de los que se curan con calor y con comida. Y allí cerca está el Depósito Judicial, donde podrán enterarse de que es «verdad», que hay muertos por inanición, que hay seres humanos que mueren, en esta ciudad «tan caritativa», de miseria y de abandono; y allí aprenderán también que el encontrar unas judías y un poco o un mucho de vino en el estómago de un cadáver, ni invalida la hipótesis de la inanición ni es motivo para ponerle el poco caritativo epitafio de alcoholismo» [19].

De la misma pluma generosa y prócer son estas frases:

«Por motivos que no es esta la ocasión de explicar, asistimos hace pocos días a la visita de inspección que, con objeto de comprobar determinadas denuncias, realizaron al Campamento de Yeserías, el gobernador civil de la provincia, el alcalde de Madrid, el inspector

general de Sanidad, el inspector provincial y el director del Laboratorio municipal.

»No tienen por objeto estas líneas describir los horrores de aquel antro inmundo, que recorrimos con lágrimas de indignación y con la cara roja de vergüenza. La responsabilidad de todo aquel cúmulo de espantosas ignominias perpetradas con gentes cuyo único delito es ser pobres, y perpetradas, sobre todo, en nombre de ¡la Caridad!, se diluía, rebotaba de una a otra persona, de una a otra autoridad.

. . . . . .

»Hasta el punto de que, como se demostró en la citada visita de inspección, en otra visita que semanas antes habían hecho el gobernador y el alcalde, los empleados encerraron en los sótanos a los asilados más desagradables, dejando sólo en las salas a los más decorativos. Otro detalle de cómo está dispuesta la farsa es el siguiente: el pobre maestro de la escuela establecida en Yesería enseña a los pobrecitos niños, *hambrientos* y *descalzos*, un himno de loa al «señor gobernador», que no se puede oír sin una vergüenza infinita.

»Y, por fin, todos los que sabemos que se hacen mal las cosas, y por consideraciones diversas nos callamos o aquietamos nuestra concien-

cia con unos gritos de indignación, ¿somos menos culpables que los demás?

»En verdad que los únicos buenos en toda esta tragedia son los pobres recogidos, a quienes la miseria ha hecho olvidar hasta tal punto su dignidad, que se dejan atropellar en la calle y llevar al encierro como una cosa natural, y que ante la bárbara injusticia con que les tratan, reaccionan pidiendo humildemente pan para no morirse de hambre y carbón para calentarse; y a lo sumo inventando alguna treta para huir del encierro, con riesgo de caer en las garras del círculo de guardias que, como a una prisión, rodean al campamento.

«Madrid entero debiera saber lo que se hace con los pobres para que se diese cuenta que en esta ciudad no hay caridad, porque no puede hablarse de que la hay, pese a cuanto hagan algunos particulares, mientras en los asilos oficiales hay cientos de niños comidos de epidemias, llenos de piojos, medio helados, hambrientos y sin una migaja de amor. *Pero se tiembla, sin querer, al pensar que, después de saberlo, se encogería de hombros* o se consolaría con ver en los periódicos ilustrados las estampas de unos comedores públicos, con una vistosa «mise en scene» de autoridades, señoras y obispos, o bien la ceremonia de la imposición de una corrus-

canse gran cruz a cualquiera de nuestros profesionales de la filantropía» [30].

Que esas infamias coexistan con el espectáculo diario de la dorada imbecilidad triunfante; que esas vergüenzas sean todos los días subrayadas por su contraste tremendo con las timbas de los clubs, frontones, hipódromos, tiros de pichón, etc., donde públicamente, con escarnio de los humildes y escandaloso ejemplo de los más obligados a la compostura social, se hace gala de derrochar sumas inmensas por todos los procedimientos de tirar dinero inútilmente; que el Código meta en la cárcel al hambriento cuando, luego de no encontrar pan por ningún otro medio, lo toma de donde lo haya, y, en cambio, ponga toda la fuerza del Estado al servicio de cualquier bellaco, protegiendo su derecho a derrochar entre expansiones, unas veces bárbaras y viles, otras simplemente idiotas y siempre repugnantes, una inmensa fortuna amontonada a fuerza de maldades; eso para mí es tan odioso, tan irritante y criminal como las bombas anarquistas y los doscientos asesinatos de los patronos catalanes. Y soy patrono... Pero soy un patrono que siente una honda angustia, una gran vergüenza, cada vez que pasa por el escaparate de Lhardy y piensa que también pasan y lo ven a diario hombres, y

mujeres, y niños que tienen hambre, HAMBRE, que no es esa agradable urgencia que experimentamos de una y media a dos, cuando tardan en anunciar que la sopa está servida.

«Tras de la espléndida decoración de los palacios rusos; de los salones cosmopolitas—dice Raoul Labry en un libro reciente y muy interesante—, en los que flirteaba una refinada aristocracia; de las instituciones organizadas a lo occidental; de las Universidades, en las que una juventud se entregaba febrilmente y con delicia a todas las ciencias, a todas las filosofías, dilatábase el inmenso país ruso, sumido en la ignorancia y en la miseria. Detrás de las ciudades opulentas, todo un pueblo de campesinos, encorvado sobre el suelo, apiñado, como un frondoso bosque, se extendía hasta el horizonte, atormentado por el sueño secular de poseer las tierras que labraba» [21].

En la explosión inevitable, humanísima, mecánica, de la ira tremenda de los esclavos no ven nuestros burgueses sino el final, que no sería congruente con el principio si no fuera brutal y condenable; sólo ven el daño que el final causa al burgués. Y la cárcel, el Código, el verdugo es el desenlace que la sociedad escribe para el tremendo drama de su propia injusticia secular. Es la respuesta, la única res-

puesta del egoísmo orondo y satisfecho. Y así, años, años, años... Y va concentrándose un odio inmensurable, infernal y justísimo, un odio aumentado por cada iniquidad; y son millones de días y millones de iniquidades en cada día.

Pero los tiempos marchan. Los parias, los míseros, los ignorantes despertaban; se unían, se organizaban y su fuerza crecía por momentos, y por momentos se iban apoderando de los resortes vitales de la sociedad. Y un día... Un día, a través de una larga, trágica y sangrienta historia de intentos, caídas, acciones y reacciones, se alzaron en pavoroso tropel... Y las ciudades opulentas fueron saqueadas y entenebrecidas, y las gentiles damitas de la refinada sociedad hubieron de suspender sus flirteos para bajar al arroyo a vender los periódicos socialistas, y los salones cosmopolitas de los espléndidos palacios fueron albergue de los redimidos esclavos iracundos.

Era la venganza. Era el desquite. Era el Bolchevismo.

VI

El eje.

He ahí por qué la causa de los obreros tiene una inmensa ventaja inicial sobre la de los patronos: la irresistible simpatía que despiertan unas reivindicaciones que pretenden anular tantas, tan crueles y dilatadas injusticias.

Ningún corazón sano ve sin horror los crímenes sociales. Es unánime su execración. La discrepancia surge cuando se trata de determinar cuáles hechos merecen ese nombre, que unas gentes reservan para los atentados contra personas bien alimentadas, y otras lo concedemos también, y sobre todo, a los que hacen víctimas entre los muertos de hambre. Cuando no los haya, cuando *nadie* viva, mejor dicho, muera en zahurdas increíbles, sin calor, sin pan, sin aire, entonces será perfectamente justa la indignación de los dichosos ante el ataque de los abandonados.

Entretanto... dañoso e injusto el sindicalismo, sí; injusto y dañoso el bolchevismo, sí; ab-

surdos uno y otro; pero ¿con qué derecho tienen la audacia de hablar de injusticia y de absurdo los beneficiarios, y aun cómplices, al menos por omisión, de un absurdo secular, de una injusticia tan larga como la historia de los hombres?

Los obreros, en su mayoría, tienen ya en todas partes más que lo indispensable—gracias con frecuencia a lo *persuasivo* de su argumentación para conseguirlo * —. No pocos obreros hay más ricos (ya que la riqueza es un concepto de relatividad) que algunos millonarios. Es cierto, además, que los obreros, lo mismo que los patronos, en su conjunto y en general, se mueven a impulsos de igual egoísmo materialista y antipático, egoísmo forzosamente más acentuado, más descarado y seco de expresión en los que, más simplistas, más incultos, más rudimentarios, pretenden cobrarse en días las privaciones de siglos y castigar en cada patrono—sin discernir diferencias indivi-

* No menos cierto es que hay patronos que no han puesto nunca más límite a sus concesiones que las impuestas por la realidad, y que mucho más harían si el hacerlo no trajera consigo la ruina y muerte del negocio, y con ella, el consiguiente perjuicio para los mismos obreros. Hay que decir las cosas como son.

duales donde las hay inmensas—todas las culpas de todos los patronos actuales y pretéritos, todas las injusticias de un régimen social cuyas máximas iniquidades se dan fuera del campo de la industria, y por supuesto son más poderosas que la voluntad del patrono mejor intencionado.

Pero esos hechos tan innegables, si son algo, son la confirmación más rotunda, más patente de lo apremiante del problema social, del hecho indiscutible de que los esclavos, tantas veces seudorredimidos por los demás, han decidido redimirse por sí mismos radical y definitivamente.

En torno a esa plausible y formidable decisión gira toda la vida presente y ha de girar la de los años venideros. Es el *leit motiv* monótono y tremendo, y será la síntesis de toda nuestra época. Parece que ante hecho tal lo menos que puede hacer un hombre de estos días sea enterarse... ¿Cómo *se enteran* las clases directoras de España? ¿Qué hacen ante el hecho magno?

VII

Los dos absurdos.

En España y fuera de España es lo general plantear esta cuestión empezando por dividir la masa social en dos sectores:

«Hoy hallamos en Inglaterra—dice Hélène Reynard — dos puntos de vista irreconciliables con respecto a la situación industrial: el de Mr. Arthur Henderson, que sostiene el completo fracaso del capitalismo y de la empresa privada y el de la casi totalidad de las gentes de negocios, las cuales opinan que, si bien el capitalismo tiene sus defectos, es insustituíble como sistema industrial. Y lo más desconsolador de la presente lucha es el hecho de que los dos bandos no hallan punto de coincidencia alguno. Tanto el uno como el otro están atrincherados en sus respectivos prejuicios. Los partidarios del viejo orden social no ven en él más que un admirable sistema que sería vano pretender mejorar; en cambio, los partidarios de transformar el sistema no ven más que una in-

justicia tan intolerable, que clama por la destrucción de todo el orden social» [22].

«Frente a este problema—dice el *leader* regionalista Sr. Cambó—la humanidad entera se encuentra dividida: de un lado están todos aquellos que con mil disconformidades de criterio respecto de las modalidades en la organización de la sociedad actual y reconociendo defectos a corregir y transformaciones a impulsar, coinciden todos en la afirmación de que los fundamentos sustanciales de la sociedad actual son hoy y serán siempre, probablemente, condición de vida, de libertad, de progreso y de civilización. Y frente a esos se levanta otra bandera: la bandera de los que no dicen muy claramente cómo quieren organizar la humanidad futura, pero en sus actos de presente y en sus propagandas dicen claramente en forma que no queda lugar a duda que se proponen y laboran para destruir a la sociedad actual en sus cimientos fundamentales» [23].

A mí, la primera cosa que me salta a la vista al enfrentarme con el problema no es una división: es la unidad de criterio, la uniformidad con que todos, ricos, pobres, patronos, obreros, gobernantes y gobernados, erigen en norma única *la Fuerza*. Claro es que al usarla le imprimen opuesta dirección los que pretenden

conservar, más o menos íntegro, el sistema social presente y los que, más o menos por completo, pretenden derrocarlo.

Pero unos y otros, con desdichada unanimidad, subordinan absolutamente los términos de su actitud y la redacción de su programa a la fuerza que pueden poner al servicio de sus postulados. Y como el coeficiente de la fuerza varía sin cesar—creciendo constantemente, señores burgueses, la de los obreros—, resulta que nunca es estable ni duradera la línea de batalla. Como en todas las guerras, el frente, movedizo y ondulante, sigue los azares y contingencias de la lucha.

Esa postergación de lo razonable ante lo imponible no es el único denominador común de ambos bandos. Otro se deriva de ella: el absoluto arrinconamiento de la justicia, ausente de la contienda.

Fuerza e injusticia, en vez de justicia y razón; ese es todo el problema social.

Los burgueses ceden *lo que no pueden defender con la fuerza, y sólo eso.*

Consecuencia: si pueden apoyar con la fuerza una negativa de lo justo, NIEGAN LO JUSTO; si no pueden defenderse con la fuerza contra una exigencia injusta, CONCEDEN LO INJUSTO.

Recíprocamente, los obreros *respetan lo que no pueden tomar por la fuerza, y sólo eso.*

Consecuencias: si no pueden exigir por la fuerza lo justo, se resignan sin lo justo; si pueden imponer por la fuerza lo injusto, *obligan a lo injusto.*

Consecuencia de ambas actitudes: la lucha es violentísima y a muerte; pero a muerte de ambos contendientes, porque los dos bandos son mutuamente necesarios, y la desaparición de uno entraña la muerte de la sociedad que a todos sustenta.

Merced a ese absurdo criterio, *gana la huelga* no el bando que tiene la razón, sino el que tiene más medios de imponerse.

Piden las derechas «un Gobierno *fuerte*», no para que dé la razón, *toda la razón de justicia* a quien la tenga, sino para que esa fortaleza de Gobierno sea la fortaleza de la burguesía; en una palabra, se trata de *aplastar* a los obreros. Pero éstos se agrupan en poderosas organizaciones, no en busca de obtener lo justo, sino para imponer su voluntad arbitraria; en una palabra, se trata de *aplastar* a los burgueses.

¡Aplastar a los burgueses!... Y ¿qué han de hacer ante esto los patronos? ¿Transigir con esa pistola que les apunta al pecho? ¿Prestar su mano para apretar el gatillo? Eso sería paro-

diar a Guzmán el Bueno haciendo de Guzmán el Tonto.

¡Aplastar a los obreros!... Y ¿qué han de hacer ante esto los obreros? ¿Armarse de paciencia y hacerse a la idea de pasar otros cincuenta o sesenta siglos sometidos a esclavitud inhumana? ¡Qué tontería! Pues, ¿no les están marcando bien claro el camino las clases directoras, los Gobiernos y los patronos? Reiteradísimamente les ha dicho a los obreros la realidad:

Primero. Que con razones y sumisión no consiguen *nada:* ni lo injusto, ni lo justo.

Segundo. Que con organización y con imposiciones lo consiguen *todo,* lo justo y lo injusto.

¿Qué han de hacer los obreros ante lección semejante? ¿Cómo van a reaccionar ante esa conducta cobarde, absurda y suicida de patronos, Gobiernos y clases burguesas en general? Lo que hacen: redoblar su actividad, perfeccionar su organización, intensificar sus propagandas, ejercitar sus fuerzas en una constante gimnasia de huelgas, que son a la vez tonificantes de los músculos obreros y extenuantes para la resistencia patronal; aumentar progresivamente sus peticiones, marcando como único límite máximo de ellas la desaparición del patrono, de la propiedad y del Estado.

Ello, señores burgueses, será tan doloroso, tan salvaje, tan intolerable, como ustedes quieran; pero en cuanto a *lógica*, Aristóteles no sabría mejorar la que esa conducta está rezumando.

Y justicia, además. Porque quien primero ha hecho lo que los burgueses han hecho en los tiempos de esclavitud y explotación sin tasa, y después convierte su crueldad inhumana en necia cobardía, no tiene derecho a quejarse. El bolchevismo, por ejemplo, es—ahora lo veremos—un tejido de iniquidades y absurdos; pero si se compara con la Historia rusa hasta la caída del Zar Nicolás Romanof, el bolchevismo es una delicada y suave confitura.

Aun es tiempo, burgueses. Aun tenéis la fuerza en vuestra mano—¿por cuánto tiempo?—. Si os decidís a invertir la fórmula de vuestro proceder; si hacéis *precisamente y absolutamente lo contrario de lo que estáis haciendo*; si espontáneamente, gallarda y generosamente concedéis *todo* lo justo, TODO, y tenéis a continuación civismo y virilidad para sacrificar lo que sea menester con tal de *negar* lo injusto; si advertís que, como dice el Sr. Cambó, «el estado de guerra y el mauser y la movilización y las condenas de los tribunales pueden dominar transitoriamente manifestaciones episódicas del

pleito social, pero que sólo la justicia puede resolverlo de una manera permanente y definitiva»; si demostráis a los obreros que «un día puede imponerse la violencia, pero si la violencia no consagra la razón, es, en definitiva, la razón quien se impone, y que para el triunfo de su razón hoy no sería necesaria la violencia» [24], aun podéis salvaros y salvar a todos de la tremenda catástrofe que, a grandes zancadas, viene a destruir la civilización, fruto de la labor de millares de años y de los esfuerzos de millones de hombres.

VIII

La estratificación.

Con lo dicho habría, en rigor, bastante para fallar resueltamente que en esta lucha social no puede un hombre sensato y generoso alinearse, por resuelta e independiente convicción, en las filas del bando burgués, tal como está constituído.

Pero este trabajo pretende ser—dentro del apasionamiento con que quien tenga un poco de alma ha de hablar de este tema apasionantísimo—, se esfuerza en ser imparcial; por lo menos intenta recorrer los principales aspectos de la cuestión, procurando en cada momento desnudarse de prejuicios y de finalidades preconcebidas. Errores involuntarios, quizá hasta injusticias inconscientes, habrá seguramente en mis palabras. En mi intención sólo hay un enorme buen deseo, un gran entusiasmo, una absoluta sinceridad y un hondísimo propósito de honradez.

Y uno de esos principales aspectos es la ana-

tomía del bando burgués, que intentaré esbozar sumariamente.

Representa el bando conservador, burgués, derechista, capitalista y, en cierto aspecto, patronal, la defensa de la organización social presente, régimen arcaico, anquilosado e inicuo, que procede en línea recta de aquellos antiguos tiempos de las castas, en las que ciertos hombres eran, por el solo hecho de dormir en cuna de esclavo, seres tan abyectos y despreciables como lo son hoy algunos *sportsmen*, a pesar de haber dormido en cuna blasonada.

Este bando concede al enemigo, por el *espontáneo* y complaciente sistema de «la bolsa o la vida», «reformas sociales progresivas», «leyes obreras» y otros bocados circunstanciales para aplacar de momento a «la fiera revolucionaria»; la cual, naturalmente, no se «aplaca» ni poco ni mucho porque sabe que es más práctico *rugir* y hacer tantos aspavientos como permita la proximidad de la Guardia civil y la clase de Gobierno que usufructúe la *Gaceta* a la sazón.

El burgués se cree dueño absoluto de la fuerza porque el Ejército pertenece a su bando. Y en efecto así es, por ahora y hasta cierto punto. Pero el burgués olvida que los soldados dejan de ser obreros para vestir el uniforme; y bien

pudiera ser que, poco a poco, llegaran a vestir el uniforme sin dejar de ser obreros. Y entonces la actual posesión relativa de la fuerza pasaría con carácter absoluto al bando opuesto. Es lo que pasó en Rusia, donde los burgueses sufren hoy condición mil veces peor que la que en tiempo del Zar padecían los *mujiks;* porque sobre estar sometidos a una persecución tan directa, sistemática y despiadada como nunca la aguantó clase alguna, tienen una capacidad de sufrimiento mucho más aguda y extensa y sensible que la de los hijos de una casta encallecida por siglos de opresión y privaciones.

Singular característica del bando poseyente es el no comprender, el no haber visto, el ignorar: causa de que pertenezcan a él muchas personas incapaces de aprobar conscientemente cualquiera de las muchísimas iniquidades que contiene el régimen actual, y a cuyo servicio están las formidables armas de que aún disponen las derechas: el dinero, amo del mundo desde siempre y para siempre, la más poderosa.

Los conservadores parten del interés creado y de la tradición. Admiten una organización de derecho divino; creen, o afectan creer, que la vida humana no es posible sino respetando la estratificación social, tal como los siglos la han formado, y manteniendo indefinidamente

las mismas leyes a beneficio de los mismos individuos. Dogma, ya bastante agrietado, de la teoría, es la clasificación del ciudadano según los méritos o deméritos de sus abuelos; merced a lo cual un niño de pocos meses es un excelentísimo señor, cuando notoriamente no ha podido dar de sí más que muestras bien poco protocolarias y loables; pero lo más singular es que continúa siendo excelentísimo e ilustrísimo cuando ya tiene capacidad para mostrarse muy poco ilustre y muy poco excelente. La sombra del héroe, del sabio, del prócer admirable que fué el quinto abuelo de S. E. no basta ciertamente para dar brillo a nieto tan mate; pero en fin... allá los que llevan su humildad hasta acogerse a los méritos remotos cuando no los hay cercanos. Mas no es imposible el caso de un gran señor cuya prosapia se iniciara en algún lejano ascendiente, cuya proeza heráldica fué sobre todo haber sabido ser complaciente vasallo de S. M., por lo que S. M. supo premiarle disponiendo que todos sus descendientes—oportuna anfibología del posesivo castellano—fueran excelentísimos, grandes y de España, hasta cuando resultaran vulgares, pequeños y franceses. No se podrá negar que el sistema, es como para que lo lean los hombres del porvenir con el

gesto que ahora pone una acicalada damita si oye decir que sus remotas abuelas tenían rabo.

Cierto que esa estratificación tiene grandes encantos, innumerables bellezas. Suprimida, mil placeres espirituales quedarán disminuídos o serán imposibles.

De igual manera que será imposible el silencio del rincón campesino cuando por el perfeccionamiento de los medios de comunicación no haya lugar apacible, libre de importunos, virgen de automóviles y aeroplanos, ni pueda ya encontrarse cerca de un río una espesura

«... en soledad amena
de verdes sauces...»

donde no sea roto el rumor de árboles y pájaros por el estrépito odioso de los motores, y donde el aire no esté mezclado con tufo de grasa y gasolina. (Acaso el bienestar es un néctar limitado, siempre el mismo en cantidad; y así, a mayor número de libadores, disminuya la porción de cada uno...)

Mas, naturalmente, el regalo de la soledad silenciosa no se podría convertir en argumento para prohibir aeroplanos, automóviles y ferrocarriles. Y así de lo demás puede decirse y debe hacerse, aunque ello sea doloroso y tra-

bajoso. Lo exige la justicia, que es también gustoso placer. Y repitámoslo: lo exige además—¡oh egoístas ciegos!—la realidad. Ese sacrificio parcial voluntario es el único capaz de defenderos contra el total sacrificio forzoso.

IX

Gobernar es....

Esa teoría de negar lo justo y conceder lo injusto, cuando para lo uno se tienen y para lo segundo se esgrimen buenos *argumentos*, se acentúa hasta lo inaudito en la conducta de políticos y gobernantes españoles. Toda la sabiduría y todo el criterio y toda la finalidad de los partidos políticos españoles, parecen concentrarse en estas fórmulas:

En la oposición.—Meta única: lograr el Poder. Táctica: dificultar la continuación de quien lo disfruta, estorbar cuanto pueda afianzarle, combatir, sea como sea, a los competidores peligrosos.

En el Poder.—Meta única: conservarlo. Táctica: el orden público ante todo y sobre todo. Este postulado se descompone en la siguiente forma:

a) Que a todo trance no se altere el orden público. Y para ello, sacrificar tanta justicia, tanta dignidad, tanto interés nacional como sea menester.

b) Que si se alteró el orden público, se restablezca a todo trance. Y para ello hacer iguales sacrificios, sin límite alguno.

c) Tener contentos a los que dan y quitan el Poder; y para ello hacer las consabidas libaciones de justicia, dignidad e interés nacional en el grado conveniente.

Todo lo demás es, como dice el personaje de los Quintero, *Poezía*. La gramática parda política es lo que importa. Todo eso de la Revolución, y el Porvenir, y la Democracia, y la Libertad y la Justicia son conceptos especulativos sin interés *político*. Lo que importa es que la Corona no retire el depósito de su confianza, que las oposiciones tengan paciencia y... que no se altere el orden público. ¡Ah! ¡Eso sobre todo! Que si hay huelgas se resuelvan pronto. ¿Cómo? ¡Qué importa eso! Lo que al Gobierno le interesa es que se *resuelvan*. Lo demás, ¡allá patronos y obreros, que no son *valores políticos*, y, por tanto, no cuentan *mientras no alteren el orden!* Y un gobernador es admirable si acaba con la huelga rápidamente (aunque la *solución* sea un formidable cultivo de conflictos posteriores; aunque se atropelle la razón y la justicia y la conveniencia general). ¿Hay motines por hambre? Pues Guardia civil al canto; y si se puede enviar al otro mundo a unos cuan-

tos protestantes, esos enemigos menos tendrá la sagrada causa del bendito orden.

Surge un motín de hambrientos. Los diarios clamores, las quejas sordas, las instancias humildes, los acuerdos gremiales, las peticiones telegráficas, las advertencias previsoras, el grito lacerante del hambre, que muchos ministros dispépsicos no conciben sino como arma política de la oposición, o como flatulenta figura para hinchar un discurso lleno de manoteos y visajes...; todo eso no era nada. ¡Pues no faltaba más sino que todo un ministro hubiera de ocuparse de tales menudencias!

Pero el hambre, ya se sabe: «es muy mala consejera», y sin consideración a las graves preocupaciones de los ministros de Su Majestad, ocupadísimos, verbigracia, en disputarse los distritos cuneros o los altos cargos vacantes, el hambre, decía, ha empujado a las mujeres a la calle, y tras ellas han ido los hombres; y como esa gente baja es tan grosera, se ha empeñado en que cuando hay hambre es preciso comer; y no han encontrado para ello otro sistema que ir a las tiendas a coger lo que no quieren ya darles buenamente.

Hagamos un esfuerzo para dar a nuestro cerebro una contextura de ministro, y... sí, evidentemente, el orden se ha alterado; hay

que restablecerlo; no se puede dejar que las turbas campen por sus respetos, so pena de rápido derrumbamiento de todo el edificio social.

Pero nosotros, aun *ministerialmente*, veríamos esa intervención del Poder público—más o menos discreta, más o menos hábil—como una medida indispensable, momentánea y *provisional* contra una manifestación aguda de un problema latente.

No así nuestros ministros, acaso porque vuelan en alturas intelectuales inaccesibles para mentes sin casaca. Por eso, ante un motín de hambrientos, el Gobierno interviene cuando el orden se altera; y *deja de intervenir* en cuanto el orden se restablece. La represión, más o menos sangrienta, es LO ÚNICO que el Gobierno hará por ese problema, que para él *ha comenzado a serlo* en el punto y hora en que comenzó el disturbio popular, y *ha terminado* en cuanto la fuerza pública dominó la situación. Si los hambrientos quieren que el Gobierno vuelva a acordarse de ellos *tendrán necesidad de volver a alterar el orden*; y el problema del hambre existirá otra vez para el Gobierno, y de nuevo el Gobierno le buscará solución en los negros tricornios, alimento gubernamental infalible para estómagos que, probablemente,

agradecerían mucho más una remesa de hogazas *.

¿Se arruina la industria? ¿Se complica la situación nacional cada vez más por la carestía de las subsistencias, por la desorganización de los transportes, por la orgía de la administración, por el incremento de la inmoralidad, por la fuerza creciente de la organización obrera, por la indisciplina de todas las clases, por los mil problemas pavorosísimos que por sí solos están clamando con gritos estruendosos que vamos a la catástrofe sin remedio? A ver: veamos los telegramas de los gobernadores: «Reina tranquilidad.» ¿No se ha alterado el orden? ¡Magnífico! Todo va bien. Vámonos al Congreso a ver *las cosas* que el Sr. X. le dice al señor B... ¡Una sesión divertida! Fulano ha estado estupendo de gracia; pero ¡hay que ver también la habilidad de Menganol Y lo *fresco* que es Zutano...—Y ¿qué?, ¿habrá presupuestos? —¡Pschl... No sé... Ahora parece que los liberales se unen porque se cree que los conservadores piensan unirse... y si les dieran *el decreto*... adiós los planes de *hacer unas Cortes suyas*...

* Si se quiere averiguar la potencia de desorden público, de trastorno público que poseen las respectivas clases españolas, examínense sus ingresos, sus plantillas, sus gajes, sueldos y ventajas. No falla.

De pronto llegan noticias «gravísimas» de Barcelona. Se declara el estado de guerra, y luego de unos días de ansiedad y de grandes titulares en la Prensa, queda todo arreglado. El *orden, restablecido.* Unos meses después hay gran batuda, enorme revuelo, informaciones sensacionales, crisis ministerial y hasta temores de que *el orden se altere* simplemente porque se ha hecho público el procedimiento de que aquel Gobierno se valió para restablecer el orden...

Lector: ¿no siente usted la nostalgia del bolchevismo, del terremoto, del encontronazo con otro planeta que pulverice a éste donde brotan esos excelentísimos e ilustrísimos señores?

Pues no se limitan a dar por arreglados los conflictos en cuanto cesa el motivo inmediato para sacar las tropas a la calle, sino que, casi siempre, para tapar, para borrar el síntoma agudo—a conciencia, por supuesto, de que la enfermedad sigue progresando—, se consiente en agravar, en profundizar el daño. Que cese la fiebre, que calle el dolor, aunque así el cáncer abrevie trágicamente su obra. Así, recientemente en Barcelona.

El problema social de Cataluña es de una importancia y de una gravedad demasiado

conocidas para que sea necesario recordarlas *.

La última crisis aguda, con larga paralización, casi total, de la vida industrial catalana, se ha dado por terminada un buen día, sin que se diga qué se ha hecho de aquellos problemas formidables e insolubles, según los gobernantes, y que, según los gobernantes, están resueltos casi por completo.

«La situación mejora», «la situación se normaliza», empezaron a decir los telegramas oficiales... y poco a poco se ha dejado a un lado el problema catalán. ¿Porque está resuelto? Así lo ha dado a entender el Gobierno, y desde su punto de vista así es, puesto que *el orden* parece que *está* restablecido o menos amenazado.

En *Le Temps* se pudo leer por aquellos días que la situación obrera en España había mejorado por decisión de los obreros mismos: «*qui estiment que prolonger la grève serait compromettre d'une façon definitive l'avenir des associations ouvrières*» [25]. Es decir, que si esto es cierto—¡y lo será!—, el Gobierno tenía en su mano un botín tan valioso para sus fines burgueses como la destrucción de las Asociaciones obre-

* Véase en el apéndice de este libro un interesante artículo de *The Times* sobre la organización obrera en España.

ras; pero quizá temió algaradas callejeras, y prefirió apresurarse a secundar la decisión antisocial de los obreros. Y es que nuestros gobernantes, siempre paradójicos, llegan, en su formidable inconsciencia, a coadyuvar a una obra subversiva, de tremendos peligros para la sociedad, con tal de mantener la apariencia tranquila de la superficie. Un paso más, y hallarán el modo de hacer posible la antinomia de consentir en que se altere el orden con tal de mantenerlo...

Y lo más chusco es que si se les pide una noble, franca y terminante adhesión a la causa de la verdadera justicia; si se les invita a suscribir peticiones sociales antiburguesas, *muchísimo menos transcendentales y desposeedoras* que su famosa transigencia, protestan airados y sacan a relucir la intransigencia feroz que se oculta bajo los pliegues de su miedo.

Esta es la absurda e incomprensible actitud de los gobernantes burgueses: negar lo mismo que están favoreciendo.

No es sólo miedo, es incomprensión, por deficiencia intelectual o por el apasionamiento de la política.

En la Cámara española se han oído recientemente estas palabras, pronunciadas, en plena sesión, por uno de los personajes de más nombre:

«Si su señoría nos hubiera dicho que a lo que aspira como futuro gobernante es *a traer a la legalidad todos esos movimientos y todas esas organisaciones*, y a que esas organizaciones tengan preferentemente un carácter profesional, como lo tienen en otros pueblos, como lo tuvieron en lo antiguo, y que, reconociéndolo, *acepta la aspiración del comunismo, como todas las aspiraciones, siempre que en sus propagandas se desenvuelva y se mueva dentro de la ley;* si su señoría hubiera dicho eso tan explícitamente y hubiera hablado de la intervención gubernativa, aunque también ratificaba lo de que sin restricciones, y el castigo inexorable de los delitos que se cometieran con esas organizaciones, habríamos podido decir a su señoría con éste o el otro matiz: «El principio que informa nuestra ley de Asociaciones es ése: el principio de libertad. Mediante esa ley vigente, el Estado asiste al nacimiento del ente corporativo, lo registra, y únicamente *cuando en su constitución misma está el delito...* es cuando el Poder público interviene. Ese es nuestro régimen; y dentro de ese régimen pueden establecerse todos los moldes que se quieran y *facilitar todos los avances*, y todas las mejoras, y todas las defensas, y *todas las conquistas* del elemento trabajador. ¡Pero si eso lo hemos dicho todos y lo hemos practica-

do! (*Un diputado socialista*: Eso, no; jamás.) Lo hemos practicado, señores, y queremos practicarlo.»

La interrupción, bien oportuna, del diputado socialista ya subraya la incomprensible contradicción en que el orador incurría al hablar de *traer a la legalidad* los movimientos que tienen como norma y fin el *destruir* esa *legalidad*; el hablar concretamente de *aceptar la aspiración del comunismo* siempre que se desenvuelva *dentro de la ley* (que es algo así como decir que aceptará una cita a las doce de la noche siempre que brille el sol de mediodía); decir que «*eso* lo hemos dicho y lo hemos practicado todos», y *eso* es, según lo que acaba de decir, la licitud de las Asociaciones comunistas que atentan de obra contra muchas y de intención contra todas las disposiciones de la *Colección Legislativa*, desde el Fuero Juzgo para abajo...

El interruptor socialista bien se dió cuenta de lo que el orador, sin enterarse, estaba diciendo, y le llamó la atención con un *¡Eso, no; jamás!* extraordinariamente elocuente. Pero el orador, ciego de cataratas políticas, no sólo insistió, sino que se declaró casi cómplice de los que atentan contra todos los fundamentos de la sociedad presente: «*¡Lo hemos practicado, señores, y queremos practicarlo!*

Es la misma sensación de alejamiento de la realidad que noto siempre que me acerco a la política y a los políticos. Parece como si esa profesión exigiera un previo juramento de ignorar en absoluto todos los problemas vivos de la nación y una ablación de todas las facultades para enfocarlos con acierto

* * *

Uno de los lemas caros de nuestros políticos es el brillante y suficiente: «Transigir es gobernar.»

Volviendo la vista a lo dicho anteriormente, ya sabemos lo que quiere decir esa receta: conceder todo lo que pidan los que tienen medios para molestar si se les niega. Lo hacen así, y luego, asombrados de su vista profética y de su admirable ciencia política, dicen muy orondos: transigir es gobernar *.

* «Transigir, *verbo neutro:* Convenir en parte con *lo que no se cree justo o razonable*, para facilitar un ajuste o avenencia.»

X

Los hombres flexibles y la inflexible lógica.

Ya creo que he dicho más arriba que estudiando documentos y comentarios sobre la revolución rusa, asombra—y alarma—encontrar tantas *caras conocidas*. Véase, por ejemplo, este juicio sobre Kerenaky (el gobernante inmediatamente anterior a los bolcheviques, que tanto contribuyó con su *españolísimo* módo de ser al rápido advenimiento del bolchevismo):

«Ante la angustiosa situación de la industria rusa, todos los ministros estuvieron acordes para predecir la irremediable ruina de Rusia en plazo muy breve; su total derrumbamiento si no se tomaban medidas enérgicas. A sus peticiones, Kerensky, *charlatán irresoluto, ideólogo funesto a su patria*, tratando aún, y a pesar de todo, de *conciliar extremos irreductibles* *, respondía con esta lamentable confesión:

* ¿No viene a la mente más de una silueta de la política española?

»¿Acaso poseo o he poseído alguna vez una fuerza tal, que pueda obligar a las gentes a hacer lo que yo quiero y no lo que ellas quieren?

»Este es el hombre a quien la opinión francesa, dando crédito a periodistas demasiado entusiastas, se representaba como un dictador enérgico, y al que muchos calzaban ya las botas de Bonaparte. Esas palabras de este seudoestadista tienen el mérito de ser un juicio exacto y profundo del primer período de la revolución» [26].

Véase ahora un ejemplo de las consecuencias de transigir, de *pretender conciliar lo inconciliable*, de querer, como nuestro orador de la Cámara española, que la anarquía y la legalidad, el comunismo y la sociedad capitalista, contraigan amoroso matrimonio.

Habla Labry de la gestión ministerial de Konovalov, gran industrial ruso de ideas muy liberales, ministro de Comercio e Industria en el Gabinete Kerensky.

Konovalov introdujo en el régimen industrial ruso reformas al lado de las cuales serían retrógradas las mayores audacias de la extrema izquierda gubernamental española. Pero los «aplazamientos, la debilidad del Gobierno, habían apresurado la marcha de la industria rusa hacia el abismo» [27]. La política de pasteleo, de con-

temporizaciones, de oportunismo inmoral, de charlatanismo partidista; el considerar *el interés político* y no el interés nacional; el temor de no parecer bastante avanzado—o demasiado, según las personas y los casos—, el empeño absurdo de conciliar lo inconciliable so color de *evolución* y de *tolerancia;* el sacrificio de la sinceridad ante el aplauso de los secuaces, y el prurito de la *tranquilidad pública*, *del orden público* a toda costa, aunque sólo fuese aparente, y aunque fuese a cambio de entregar las esencias vitales, todo eso hizo que cuando se quiso acudir con remedios heroicos, arrojando como lastre las mismas piedras del edificio social, ya era tarde, y antes de la subida de Lenin al Poder el bolchevismo era—*merced a esos procedimientos políticos que tanto predicamento gozan en España*—«un fruto ya maduro, en un árbol de profundas raíces» [28].

«Por la ley del 23 de abril de 1917 concedió Konovalov existencia legal a los Comités de fábrica que se habían formado en todos los establecimientos industriales a consecuencia de la revolución de febrero. *Los patronos no tienen derecho a disolver los Comités y a despedir a sus miembros* si no precede la decisión de la Junta de conciliación. Los Comités se ocupan solamente de los intereses profesionales, de la dis-

ciplina del trabajo en los talleres; pero no tienen el derecho de admisión ni de despido de los obreros. Les está prohibido intervenir en la dirección técnica o administrativa de las fábricas. Esta ley, *que las circunstancias hacían necesaria*, fué en extremo perjudicial para la industria, dada la mentalidad de los obreros, «trabajados» por el partido socialista. Fué la puerta abierta a todas las exigencias y a todos los conflictos. Ya en el mes de mayo, los representantes de la industria minera y metalúrgica del Donetz informan al Gobierno de que los Comités locales nombran Comisiones para investigar las fábricas y encargarse de su dirección. De todas partes acuden al Gobierno quejas contra los Comités, que rechazan el arbitraje de las Juntas de conciliación y se arrogan el derecho de admisión y de despido» *.

Los obreros y los Soviets, insaciables, no se dieron por conformes con las medidas radicalísimas e imprudentísimas, ya quizá prácticamente inevitables, de Konovalov. En el seno del mismo Gobierno provisional surgió la discrepancia entre Konovalov y Skobelev, minis-

* Para esperar otra cosa era necesario desconocer en absoluto la naturaleza humana, la mentalidad media de los obreros y el ambiente de la lucha social de nuestros días.

tro socialista, como Zereteli y Chernov. Konovalov llegaba a admitir la estatización de ciertas industrias y el control sobre la producción; pero declaraba no poder compartir las ideas de Skobelev y sus colegas sobre la organización de este control, porque de aceptarlas consideraba inevitable que el sistema preconizado por ellos entrañaría el caer los organismos de control y reparto en manos inexpertas, que consumarían la ruina total de la industria.

«El Soviet pedía que se concediese a los obreros la intervención personal y directa en el gobierno de la industria. Era imposible que esta medida fuese aceptada por personas expertas en los negocios y conocedoras de de la ignorancia de la clase obrera. *Defendían al negarse, no sus propios intereses, sino el interés general de Rusia.* Los demagogos del Soviet aprovecharon esta resistencia para hacer ver a los obreros que era imposible una colaboración leal con los burgueses, y precipitaron de esta suerte a la clase obrera a la indisciplina y al extremismo bolchevista. Los mismos ministros socialistas aceleraron esta marcha con sus imprudentes declaraciones» [39].

Triunfó el criterio de Skobelev, y Konovalov salió del Gobierno.

Pero la realidad habló entonces con tal elo-

cuencia que «un mes más tarde de la salida de Konovalov del Ministerio, *Skobelev repetía las mismas palabras de aquél*. Trataba de retroceder, para detener la amenazadora crisis. Pero hacía mucho tiempo que era demasiado tarde. La clase obrera no hace más caso de las amonestaciones de los ministros socialistas que de los llamamientos del Gobierno provisional. Dirige por sí sola, con arreglo a su capricho, la lucha con burgueses y capitalistas a que la empujaron los jefes socialistas del Soviet.

«Los Comités de fábrica y las Comisiones de control surgen por todas partes, actuando sin cuidarse para nada de los decretos y ejerciendo, antes del advenimiento del bolchevismo, la intervención directa en la dirección y administración de los negocios.

»Las empresas industriales se arruinaron por la misma razón que la vida económica y administrativa de Rusia, por plétora de organismos espontáneos que surgían en toda la nación, agregándose a los organismos oficiales, combatiéndolos, destruyéndose unos a otros, *borrando poco a poco el sentimiento del interés general* y favoreciendo el desarrollo de los sueños anárquicos que caracterizan el temperamento ruso *.

* Y otros temperamentos europeos.

En todas partes, en las ciudades, en los centros industriales, en los *volost*, surgen Comités ejecutivos, Comités del poder del pueblo, de salud pública, etc..., cuya actuación lleva todos los días a los diversos ministerios quejas a granel. Estos Comités tienen a cada instante un conflicto con los Consejos municipales y con el Poder central, a cuyos agentes detienen, reemplazándolos con hechuras suyas, requisando en todas partes inmuebles y edificios, confiscando por sí y ante sí mercancías y medios de transporte, publicando decretos, prohibiendo los transportes de un sitio a otro, cobrando impuestos, deteniendo a los empleados de diferentes empresas comerciales e industriales. *El Poder central parece haberse disuelto en infinidad de instituciones autónomas*. Tras la fachada del Gobierno provisional y del Soviet de Petrogrado, de cuya lucha parecía depender todo el porvenir de la revolución rusa, el pueblo se desparramaba, se disgregaba, perdiendo todo sentimiento nacional, ya muy débil en él *, y la noción de la solidaridad necesaria para el bienestar general.

«Desde el principio de la revolución, los obreros conscientes son atropellados. Sucédense las

* Piense el lector en los fenómenos regionalistas españoles.

peticiones de aumento de jornales. Los *peones*, los obreros *no especializados*, no admiten que se les trate de distinta manera que a los obreros hábiles de los talleres. Bajo su presión, se desarrolla la anarquía. Y, desde muy temprano, empieza el calvario de administradores, directores, ingenieros y capataces. Todos los que por una razón cualquiera, no cuentan con la simpatía de los obreros; todos aquellos contra los cuales un obrero despedido divulga una calumnia, son víctimas de amenazas primero y de violencias después. En todas partes, en toda Rusia sucede lo mismo.

»Basta leer los periódicos de Petrogrado, de Moscou o de las provincias, para encontrar *numerosos casos de haber recibido malos tratos en las fábricas el personal director*. En junio tuve que esconder a un amigo mío, director de un taller en Petrogrado. No podía pagar a sus obreros. Éstos le buscaban para matarle, con el pretexto de que se reservaba para sí el dinero destinado a los jornales. En agosto, en una fábrica francesa que ha hecho mucho por la defensa nacional, la Renault rusa, un excelente capataz francés fué golpeado, insultado, sacado a la calle y arrojado al arroyo. En septiembre, en Odesa, al ingeniero jefe de la fábrica Hain, le rodearon los obreros, le encasquetaron

un balde lleno de petróleo, le ataron, le colocaron en una carretilla y le llevaron, entre hurras, a un campo próximo a los talleres, en donde le abandonaron. Quiero citar a este respecto el relato de un francés, M. T..., director de la mina de O..., en el Donetz, de donde extrae el carbón una de las más importantes de nuestras Compañías mineras establecidas en Rusia, que hasta abril de 1918 hizo frente a todos los Comités, con peligro de su vida. Dice así:

»Incansable, a cada nueva demanda, exponía yo con claridad la situación financiera en general, y, en particular, la de la mina, y lo que llegaría a ser inevitablemente si se nos obligaba a acceder a tales demandas. La extracción disminuía proporcionalmente al aumento de jornales. ¡Qué de reuniones, qué de Comisiones, qué de mítines, en los que yo exponía estas razones! ¡Cuántos cuadros, cuántos gráficos se hicieron para que la parte inteligente comprendiese adónde íbamos a parar! Todo estaba claro, se comprendía perfectamente, los obreros quedaban convencidos; creíamos haber triunfado, y al día siguiente todo se venía abajo, había que volver a empezar. Se nos acusaba de engañar con artificios a los obreros ignorantes.»

.....

«—La situación, decía M. Darcy, gerente de una importante empresa, es cada día más alarmante en el Donetz. Reina allí la anarquía más completa. Cada fábrica, cada empresa, está a merced de las exigencias, de las amenazas y de los caprichos de los obreros, masa maleable, dirigida por una minoría de demagogos inconscientes, esclavos de sus fórmulas: lucha contra el capital, la fábrica para los obreros o la mina para los mineros. El sentimiento de la disciplina desaparece, a la par que todo respeto hacia los representantes del Gobierno. Éstos carecen de autoridad y de fuerza.

»En la fábrica de locomotoras de Kharkov, por ejemplo, los obreros pidieron que les subieran el jornal a ocho rublos. El negocio, muy comprometido por las exigencias anteriores, no podía hacer frente a un nuevo aumento de este género. La Dirección trató de parlamentar con los obreros, pero como éstos no quisieron escuchar nada, se vió obligada a cerrar. Los obreros *volvieron a abrir la fábrica por fuerza*, y como la Dirección pidiese el apoyo del delegado del Gobierno, éste le respondió: «No puedo hacer nada. No tengo ningún medio de solucionar el conflicto.»

»—Pero entonces, de qué sirven los Comités de obreros de las fábricas, los Soviets y los Consejos de conciliación?—pregunté a M. Darcy.

»—Los Comités y los Soviets, formados generalmente en los primeros tiempos por los mejores obreros, han sido en muchos casos un factor de orden y de pacificación. Se han esforzado en hacer comprender a la mayoría la necesidad de no arruinar a las empresas que les dan de comer, el peligro de las exigencias exageradas; poco a poco han sido arrastrados por los partidos radicales y demagógicos y ahora ya han perdido todo freno. A las personas sensatas las tildan de retrógradas, de contrarrevolucionarias; los moderados son arrollados todos los días por los exaltados; a la menor resistencia son sustituídos por otros obreros, escogidos entre los de ideas más avanzadas. De modo, que los Comités se transforman en auxiliares de la anarquía. *Los Consejos de conciliación son también impotentes. Los obreros sólo aceptan su dictamen cuando les es favorable.* Además, los delegados obreros de estos Consejos son cada vez más intransigentes, y tienen la pretensión, no de juzgar el contrato de trabajo existente, sino de imponer nuevos contratos, lo que no solamente es contrario al papel de estos Consejos, sino que los convierte en servidores de los Comités de fábrica, en un instrumento ejecutor de las exigencias obreras.»

. . . . . .

«—La capacidad de producción de cada obrero ¿aumenta en la misma proporción que su jornal?

»—De ninguna manera, y esto es lo que hace más grave la situación. En todas las industrias las curvas de la producción y los jornales están en razón inversa. En primer lugar, el obrero no considera el jornal como una remuneración de un trabajo determinado, sino que bajo la influencia de las teorías demagógicas, lo mira *como un reintegro legítimo de su propia fortuna que se le paga con la del capitalista.*

. . . . . .

»—¿Ve usted algún remedio a esta situación?

»—No hay más que uno, la supresión de la causa del mal y, por consiguiente, el aumento del rendimiento de la mano de obra mediante el restablecimiento de las condiciones normales del trabajo y de la disciplina. Se necesitaría un Gobierno fuerte, que permitiese al obrero laborioso sacudir el yugo de una minoría violenta y perezosa. Pero ese Gobierno no lleva camino de existir» [80].

Este caos, este torbellino, esta orgía es desastrosa, es temible, es... todo lo que se quiera, pero antes que todo es *lógica*, es fatalmente, inevitablemente derivada en línea recta de los procedimientos burgueses.

Lo que no se me alcanza es cómo pueden ignorarlo, cómo pueden no verlo inteligencias sin duda poderosas.

Ante las pretensiones netamente comunistas, sin paliativos ni contemplaciones—tales como las públicamente confesadas por el sindicalismo catalán—, se concibe la posición afirmativa, o la posición negativa.

Lo que no se comprende es la posición del que permite y fomenta la siembra del trigo, y luego se lleva las manos a la cabeza porque ha salido un tallo de paja en cuya cabeza se balancea una espiga llena de granos. Muy bien que siembren quienes persiguen la cosecha, pero no quienes reniegan de ella, quienes la vituperan luego de haberla producido directa o indirectamente.

«En general, los intelectuales de la burguesía — dice Trotsky — empezaban a encontrar muy pálido el rojo del socialismo, y, sin embargo, temblaban a la aproximación de la rígida dictadura proletaria» [81].

En esas frases encuentro perfectamente resumido el proceso mental de muchos intelectuales, de un burguesismo más o menos confesado, quienes juegan con bombas de dinamita como si el supuesto explosivo fuera serrín, y probablemente creyendo que lo es. Un día esta-

llará, y... «A pesar de su decantado radicalismo y de la tintura socialista de sus ideas... se apandillaron en las derechas y declararon que la consolidación del régimen sovietista era el fin del mundo» [82]. (Fin del mundo, del que podían vanagloriarse como coautores.) «En su periódico *Novaya jisn (Nueva vida)*, Gorky profetizaba diariamente el fin de la civilización» [83].

* * *

En un discurso pronunciado en el Congreso, ha dicho recientemente el diputado regionalista Sr. Rodés:

«Para definir el Sindicato único, yo he de acudir a muy pocas palabras. En pleno «lock-out», en Barcelona, se declararon en huelga los trabajadores de las fábricas de molturación de trigo; dos días después los matarifes del Ayuntamiento y más tarde los obreros de las tahonas. Se fueron levantando sucesivamente estas huelgas parciales y los Comités publicaron la siguiente nota:

»Provocados continuamente por los elementos patronales y otros que debieran haber permanecido siempre neutrales en esta lucha, y provocados de una manera imprudente y continua que tiende a hacernos perder la serenidad, que no abandonaremos nunca, los elementos

obreros de Barcelona, nos hemos visto obligados a demostrar de una manera que no deje lugar a dudas que los resortes de la tranquilidad pública están en nuestras manos.

. . . . . .

»Esa confianza la demandamos nuevamente.

»Contestada la provocación con una demostracion de fuerza, queda evidenciado que, aun pudiendo, no queremos llevar el conflicto a la vía pública. Eso era lo que tratábamos de demostrar, y nos parece haberlo conseguido.

. . . . . .

»¿Es posible que en una sociedad y en un Estado exista una organización que puede decir, *con la autoridad que da el ejemplo*, que tiene en sus manos los resortes de la tranquilidad pública de una ciudad?» [84].

Sí; es posible. Y hay quien lo defiende. No entre los que aspiran a las «delicias» del comunismo, sino entre los que miran con amoroso mimo el «paradisíaco» régimen actual. Y eso es lo estupendo.

Son los «liberales», esos funestos ciudadanos que interrumpen y estorban y entorpecen la vida nacional con sus párrafos hueros, con sus frases pirotécnicas, con sus conceptos *muy año 68*, vacíos, insustanciales y fastidiosos. Son los periodistas vacuos, los «tribunos» charlata-

nes que engarzan tópicos sin sustancia con frases hechas de relumbrón; y ni saben lo que dicen... ni les importa. Son los teorizantes, siempre ausentes de la realidad, siempre atentos a su plataforma personal, a su interés personal, a su ambición personal.

«Los bolcheviques—dice Labry—no son los únicos causantes de la ruina rusa.» Al contrario, puede afirmarse que, dada la energía que están demostrando, a ellos se deberá lo que pueda salvarse de Rusia, destrozada por el egoísmo burgués, por la política burguesa, por la insensatez, la torpeza y la miopía burguesas. ¡Triste es pensar que el ejemplo ruso, el saludable espejo de Rusia agonizante no parece haber despertado a las demás burguesías de Europa!

XI

Así, no se puede vivir.

Si en el curso de este trabajo advirtiera el lector que un razonamiento o una observación se repiten en lugares diferentes, no lo atribuya siempre a una deficiencia más entre las muchas con que la obligada rapidez favorece y acentúa los naturales tropiezos en que ha de abundar una obra de autor de ingenio humilde y bisoño. En ocasiones la repetición es intencionada y *ad recalcandum*. Porque me sonríe la posibilidad de que recorran estas páginas ojos demasiado refractarios a aceptar a la primera vez algunas cosas que en ellas se dicen.

Y así, ahora, a beneficio de aquellos a quienes mis ademanes ante el régimen actual parezcan aspavientos; para aquellos que, bien hallados en sus butacas, satisfechos de su cocinero y golosos de sus hábitos entre sonrientes y bostezantes, no consigan conmoverse por muerto de hambre más o menos, ni indignarse

por unas cuantas *vivezas* políticas muy sobadas ya para que aún impresionen; para esos, digo, he de repetir que si el régimen actual no fuese inicuo, indignante y asqueante, *continuaría siendo inaceptable por precario, por insostenible, por suicida.*

Las cosas suelen caer del lado a que se inclinan, y la efervescencia social en que vivimos no puede durar mucho sin que sobrevenga el estallido que anuncia claramente.

De modo, señores egoístas del *ande yo caliente*, que hay que apresurarse a rebajar un tanto la propia temperatura en beneficio de la tibieza general, si no quieren ustedes estar muy pronto a unos cuantos grados bajo cero.

Muy pronto he dicho, y acaso algún optimista se sonría con la suficiencia que permite lo indemostrable. Y es claro que no está en mi ánimo la pretensión de predecir la fecha de la *débacle*. Sería incompatible con este esfuerzo, encaminado a despertar otros realmente eficaces para conseguir que esa fecha no llegue nunca.

Pero evitable o no, inminente o remota, la subversión está en el aire flotando y esparciendo un indefinible malestar, un sabor de crisis, de angustia, de incertidumbre que hace odiosa la vida.

Visitando esas fábricas en las que resuena

atronador un estruendo incesante y vibran los cristales, y trepida el pavimento, y no se puede hablar sino muy de cerca y a gritos, he sentido una angustia en el corazón, un deseo vehementísimo de marcharme y una íntima conmiseración hacia aquellos obreros, aquellos ingenieros, aquellos industriales. ¿Cómo puede vivir esta gente aquí?—me decía.

El mundo es para mí hoy aquella fábrica. El mismo insoportable malestar, el mismo sufrimiento físico ante el ruido ensordecedor de tantos vesánicos clamores; el mismo trepidar del suelo que nos sustenta, y por añadidura una inquietud creciente ante los mil síntomas precursores del gran terremoto que más tarde o más temprano va a destruirlo todo.

¡Así no se puede vivir! No hay obra considerable sin largo, insistente y sosegado esfuerzo; y el sosiego, como la insistencia, son imposibles mientras dura esta nerviosidad insoportable. Todos los viejos ideales, las gratas quimeras que ayudaban al hombre en la trabajosa y dolorida faena de vivir son imposibles en este momento en que todos vivimos de precario, sobre un suelo inseguro y vacilante; porque todos los sueños del hombre se encerraban en semillas cuyo fruto no se podía recoger hasta un lejano mañana; y ese mañana ahora no se

ve; está envuelto en una masa viscosa hecha de sangre, de odio, de miseria, de bajos instintos y de malas pasiones.

¡No! ¡Así no se puede vivir! Así no merece la pena vivir. Así no pueden vivir a gusto más que los imbéciles o los ruines; los que para igualarse con los envidiados necesitan derribarles, rebajarles a su propio nivel.

¡Así no se puede vivir! El trabajo, la alegría, la esperanza, la inteligencia, necesitan reposo, silencio y paz.

XII

Teoría y práctica.

Si la justicia y la táctica burguesas son repudiables y absurdas, la táctica y la justicia de los proletarios no carece tampoco de facetas repulsivas. Verdad es que toda cosa humana las tiene. Y si se trata de una multitud, tanto más cierto.

Dice muy bien Hélène Reynard «que existe más idealismo en un capítulo de la historia de los Sindicatos obreros que en toda una recopilación de las hazañas del capitalismo. Crear un mundo nuevo es, sin duda alguna, un ideal más noble que el de defender un régimen de privilegios. Pero la naturaleza humana tiene muchas analogías, y los nobles ideales del reformador social tal vez no sean tan universales como él se figura» [85].

Quien conoce un poco a fondo las luchas obreras, sabe que en ellas, como en todo, hay cosas reprobables y hechos antipáticos.

Los obreros parten—y esta es su gran ven-

taja sobre los burgueses—de una clara reivindicación de justicia; pero en el camino que han de recorrer para alcanzarla les salen al encuentro sus pasiones, porque también los obreros son hombres y no ángeles; y su pretensión razonable se convierte en rencorosa y codiciosa y utópica locura. Ya no pretenden que la vida de los obreros sea humana; *quieren ser patronos*, quieren ser ricos, quieren *mandar*... Y sus demandas entran en la vía tormentosa, en cuyo extremo está el lugar donde ha de hundirse la civilización si no se detiene a tiempo la marcha de la multitud embriagada.

Así nos lo decía hasta ahora un razonamiento convincente. Así lo confirma el ejemplar ensayo bolchevista.

XIII

La igualdad.

Creen muchos, y he sido de ellos, que el error de los obreristas es la precipitación, la impaciencia, el olvido de las leyes naturales, el empeño de sustituir las leyes reposadas de la evolución con el empuje violento de la revolución.

Y, en efecto; cualquiera que sea el resultado de nuestras reflexiones, cualquiera que sea la conclusión de nuestras teorías, es indudable que el demasiado apresuramiento es funesto siempre en las reformas sociales, porque la trama de la sociedad es cosa complejísima y sutil que no se puede tratar con manos torpes y alocadas.

Pero es que, además, los obreristas parten de principios inexactos y aspiran a fines imposibles. Y, naturalmente, ningún procedimiento, ni la mansa y científica evolución, ni la revolución impetuosa, pueden llegar a conseguir que dos y dos sean cinco.

* * *

Rafael Calleja

La persistencia secular del histórico y odioso régimen de castas, clases y privilegios muestra patentemente que ese muñeco giboso y despreciable tiene, sin embargo, oculta entre las jorobas una firme barra de acero bien templado, merced a la cual el muñeco cambia de cara y muda sus trajes; pero dura y resiste siempre erguido.

Por contraposición a esa arquitectura social, permanente en su esencia—en su barra central—, aunque varíe tanto a través de los siglos, han lanzado los descontentos un grito que también tiene en la Historia ilustre linaje y amplia resonancia: ¡Abajo los privilegios! ¡Mueran las castas! ¡Todo los hombres deben ser iguales!

Todos conocemos protocolarias duquesas, solemnes hidalgos, estrictos administradores y aun algún lacayo que otro, que, románticos y simpáticos supervivientes de siglos remotísimos, se estremecen aún al resonar esas *blasfemias*.

De algún tiempo a esta parte, sin embargo, esos postulados de la conciencia liberal y de la dignificación humana han tomado novísima significación, de la que es necesario disentir: Porque al decir *todos los hombres deben ser iguales*, veníamos, naturalmente, entendiendo que desapareciese el criterio aristocrático, según el cual

el mismo verbo resultaba criminal, o indiferente, o plausible, según la categoría social del sujeto de la oración. (No hay para qué amplificar con amenos ejemplos, que acudirán a la memoria del lector al primer llamamiento de su voluntad.)

Pero ahora parece que se intenta traducir de otro modo. *Ser todos iguales* se quiere que signifique: *nadie llegue más allá de donde puedan llegar todos;* y esto... francamente, es demasiada democracia.

La rutilante idea de la igualdad absoluta, deslumbra, sí, en un principio; pero se queda en absurdo patente apenas suenan los últimos cohetes de la pirotecnia que la disfraza de fulguroso axioma justiciero.

No hay en todo el Cosmos un sólo ser fabricado sin relación de superioridad o dependencia con otros seres. Todo el Universo es lucha y todo desigualdad. Desde los planetas hasta las amibas, en todos los niveles hay organización categórica, dependencia de unos individuos respecto de otros; lucha y victoria del más fuerte; preponderancia del victorioso y vasallaje del vencido. Lo que cambia, así en los aspectos cósmicos como en la historia humana, es la causa de superioridad, que no es igual en los planetas que en los ácidos; en las resistencias físicas que

en la potencia de los imanes. La fuerza, ley universal de poderío, es cambiante y diversa como Proteo.

Entre los hombres, la primera razón de supremacía fué el poder de los músculos y de las mandíbulas; luego, la audacia y la destreza; mucho más tarde, la cuna donde nacieron; la inteligencia o la salud, después. El dinero de su bolsa, siempre.

Cuando se lograra borrar todo lo que pueda ser adquirido, y se dejara a los hombres todos desnudos de los vestidos corporales o espirituales que, heredados o conquistados, poseyeran, aún quedarían las más trágicas e imborrables diferencias: las del enfermo y el sano, las del hermoso y el repulsivo, las del ágil y el lisiado, y, sobre todas, las del malo torpe y el bueno inteligente.

¿Qué leyes, qué espasmos sociales, qué terror rojo, qué dictadura frenética borrará esas tremendas distinciones con que impone su imperio la ley biológica de la desigualdad?

Pero imaginemos que la utopía igualitaria fuese posible en un lejanísimo futuro, mediante un proceso tan lento y complicado como el que ha producido la actual civilización. Leyes de higiene social, leyes eugenéticas, experiencias y métodos para el fomento y cría de la raza hu-

mana, mediante los cuales dentro de doscientos siglos, de quinientos siglos—¿dónde estará entonces este viejo planetoide?—se llegase a una humanidad *uniforme*, con cuerpos y espíritus sanos, simétricos, todos del mismo molde, con las mismas medidas, monótonos y fabriles como un rápido producto industrial. Dejemos a un lado lo imposible de tal monstruo social. Prescindamos de su incompatibilidad con las leyes funcionales de la sociedad humana. Porque tan espantosa es la hipótesis de vivir en el terrible presidio que sería esa vida, que si por arte mágica surgiera un mundo así, todos sus habitantes emplearían *ipso facto* todas las luces de su perfecta inteligencia en buscar el medio más fulminante para suicidarse en masa unánime.

¡No! La absoluta igualdad es, por fortuna, un absurdo. Pero si fuera realizable, sería una aspiración gregaria, mezquina, miserable, propia de eunucos.

¡Destacarse, alzar la frente iluminada de ideal, resplandeciente de orgullo por encima de la masa! Dominar el conjunto, conquistar el respeto de los hombres, labrar un pedestal propio, perenne, que sea ilustre rastro de nuestro paso por la Tierra, cuando hayamos vuelto a la Tierra... Ese es ideal alto y digno.

¡Maldición sobre quien pretenda negarlo!

R U S I A

E S P E J O S A L U D A B L E

P A R A U S O
D E P O B R E S
Y
D E R I C O S

CAPÍTULO SEGUNDO

El bolchevismo

I

Rusia, espejo saludable.

QUIEN haya hojeado lo que precede, creo que tendrá datos para no sospechar en quien lo ha escrito un enemigo del progreso so-

cial, un negador sistemático de las reivindicaciones obreras, un reaccionario, ni siquiera un conservador.

He buscado y leído, no sin pasión, pero atentamente y con un honrado esfuerzo de apartar todo prejuicio, cuantos informes he podido lograr acerca del bolchevismo. Y sinceramente, con vehemencia, pero con serenidad, creo poder sentar—y espero que las demostraré—las proposiciones siguientes:

1.ª *El bolchevismo* * *es una utopía impracticable. No se puede llegar a su íntegra realización.*

2.ª *Pero si se llegara a establecerlo en la práctica, sería efímero; porque lo que contraría las leyes biológicas y la naturaleza humana, muere indefectiblemente.*

3.ª *Pero si se lograse aclimatarlo y se convirtiese en un régimen normal definitivo, la vida sería una esclavitud gregaria, sosa, gris, asordi-*

* De *bolchevique,* forma castellanizada del *bolcheviki* ruso, propuesta por la autoridad de Julio Casares y aceptada unánimemente, sería más conforme a las leyes de nuestro lenguaje decir *bolcheviquismo;* pero he preferido decir *bolchevismo*—más semejante a la francesa *bolchevisme* y a la italiana *bolscevismo*—, porque en cuestiones de lenguaje creo que no hay más leyes verdaderamente respetables que el uso y la eufonía.

nada, monótona, uniforme, mecánica, académica, caporalista, ¡insufrible!

Si Dios no lo remedia, si el mundo tiene que renovarse en una catástrofe, de la que apenas sobrevivirá otro Noé para rehacer la especie, la Humanidad, demente, correrá, sin que nada lo impida, a zambullirse en intentos de bolchevismo. Una era de sangre, de sollozos y de ruinas será el escenario en que habrá tocado vivir a estas generaciones, cuya alma metálica—reluciente, pero fría y dura—no merece, en verdad, demasiada compasión.

¡Siniestra perspectiva!

Pues con serlo tanto, si para mí o para mis hijos me diesen a elegir entre esa pira infernal en que el mundo parece ha de abrasarse, y ese lago Asfaltites del bolchevismo *reussí*, yo, sin vacilación, resueltamente, escogería lo primero.

¡Oh, el horror de vivir en perenne multitud!

¡Entre catástrofes, entre miserias, entre dolores, si hay libertad, si hay esperanza, todo va bueno! Allá los pacatos, allá los borregos, allá los que han menester, para moverse, un amo y una amenaza y un director espiritual—llámese R. P. Fulano o *El Eco de la barricada*—. Para esos, bien está el bolchevismo, con su ideal de hacer una humanidad de molde. No para quienes cultivan amorosamente su huerto espiritual;

no para quienes se esfuerzan en apartar del tráfago diario unas flores que perfumen el oculto rincón; no para quienes aman al hombre como es: lleno de pequeñeces, pero lleno de grandezas, inquieto, desigual y sorprendente; espectáculo eternamente bello y eternamente inédito, atrayente y misterioso, porque es vario, personal y rebelde, que si es con frecuencia obra frustrada, con frecuencia es retoño magnífico de Dios.

No; no lograréis hacer del hombre un odioso producto fabril; pero ya es bastante que vuestro fanatismo incomprensivo, que vuestra codicia plebeya lo intenten para que merezcáis execración y suscitéis la ira de todo lo espiritual, de todo lo armonioso, de todo lo divino que hay en ese gracioso y sublime animal que pretendéis convertir en animal grosero y despreciable.

* * *

Por eso, porque lo demuestra, me parece Rusia espejo saludable para uso de pobres y de ricos.

De ricos, porque si no es irremediable su ceguera, les despertará al fin ese ejemplo magno; y ante la inminencia de padecer tales horrores, consentirán en que se limpie y cure la

miseria y la opresión en que se asienta su regalo.

De pobres, porque ensayadas ya las teorías de que lo esperaban todo, verán en su estrepitoso fracaso la mejor lección para su vida.

Vamos, pues, a internarnos en ese laberinto temeroso de la Rusia bolchevista; vamos a mirarnos en ese saludable espejo, en que los rusos ricos han perdido sus bienes y los rusos pobres han visto zozobrar sus esperanzas.

III.

II

Pero ¿qué es el bolchevismo?

Ante todo hay que decir que, pese a sus utopías, pese a sus daños y a las impurezas que no pueden suprimirse en un hecho humano lleno de pasiones, el bolchevismo es un inmenso suceso universal que ha conmovido como ningún otro a la humanidad entera, cuya historia no registra otro acontecimiento de comparable resonancia desde hace mil novecientos veinte años.

«El bolchevismo—dice Antonelli—, considerado desde el punto de vista internacional como desde el punto de vista social, debe representar en los acontecimientos que se avecinan un papel tan importante, que sería pueril y criminal querer continuar ignorándolo pura y simplemente.

»Algunos de los más graves problemas suscitados por el bolchevismo son de mañana, casi de hoy; son problemas prácticos que se

presentarán o se presentan ya inevitablemente a nuestros gobernantes y a los pueblos que ellos deben gobernar» [86].

No es el bolchevismo un mero episodio humano. Es un brote irresistible de los profundos senos sociales. Lenin y Trotsky son instrumentos, sin duda apropiadísimos para la operación que se está realizando, pero no son más que instrumentos.

Y sería enorme la transcendencia de la revolución rusa, aunque sólo fuera porque ha desflorado principios e instituciones que ya nunca recobrarán su virginidad.

Bien puede asegurarse que la obra de los bolcheviques y los dolores que ha causado no habrán sido infecundos y acelerarán—ya han acelerado—extraordinariamente la marcha de los hombres hacia un régimen de justicia.

Por eso, el bolchevismo, que en intención unas, en germen otras, en realidad varias, no carece de cosas buenas *, aunque no tuviese un

* Por ejemplo: «Ningún niño de Moscou sufre hambre: de 150 a 180.000 son alimentados gratuitamente a diario en las escuelas. Más de 10.000 pares de calzado de fieltro se han repartido a los niños necesitados. El número de librerías ha aumentado considerablemente. Desde el punto de vista material, los obreros viven hoy en peores condiciones que

solo acierto entre tantos errores, ni un destello de serenidad entre tantos odios, tendría siempre un inmenso valor como lección y ha prestado un gran servicio a la causa de los miserables. Y eso bastaría para exigir de toda conciencia imparcial, de todo corazón generoso un aplauso entre las censuras y un amplio gesto de gratitud entre los de condenación y de repulsa.

Vayan ese aplauso y ese saludo cordial por delante de la crítica honrada y sincera de las páginas que siguen.

* * *

Ante el bolchevismo, lo peor, lo más intolerable, lo más inepto, lo más suicida, es la actitud que toman en España muchas gentes: encogerse de hombros, volver la espalda, desentenderse de esos acontecimientos alegando que están muy lejos geográfica y políticamente de

en 1912, pero en cuanto a su bienestar intelectual no hay comparación posible. Establecimientos tales como el famoso restaurante Yar, teatro en otro tiempo de orgías desenfrenadas y ruinosas, están actualmente convertidos en círculos y salas de espectáculos donde todo obrero tiene derecho a entrar. Respecto a las demandas de libros que llegan de provincias, no bastan para satisfacerlas los mayores esfuerzos de las imprentas y fábricas de papel [27].

nosotros; que son planta exótica en nuestro país, no destrozado por la guerra.

Decir eso en una nación que está entre Francia y Portugal y que ya ha tenido manifestaciones clínicas como la sublevación militar de Zaragoza y el sindicalismo catalán, por no citar sino las más sonadas y evidentes, es tan absurdo y menos disculpable que la candidez de algunos grandes estadistas occidentales cuando consideraban el advenimiento de los bolcheviques como un efímero e insignificante episodio local * sin eficacia en Rusia y sin transcendencia en los demás países. Ya se van descubriendo desaciertos de los aliados, causados la mayor parte de las veces por esa visión equivocada, y ya están los mismos aliados oponiendo con su conducta actual la más terminante rectificación

* Véase el interesantísimo libro del capitán Jacques Sadoul, miembro de la misión militar francesa *Notes sur la Revolution bolchevique* (Editions de la Sirène, Paris, 1920.) Contiene una serie de cartas dirigidas la mayor parte a M. Albert Thomas, en las que va relatando Sadoul los hechos ocurridos en Rusia desde el 2 de octubre de 1917 hasta el 19 de enero de 1919. El dramático interés de esos documentos llenos de vida no ha sido superado por ninguna obra imaginada. No he resistido a la tentación de traducir algunos fragmentos relativos a las primeras jornadas del bolchevismo, que pueden verse en el *Apéndice*.

a los principios en que se inspiró la pasada, los cuales, por cierto, nunca llegaron a la inconsciencia, realmente fabulosa, de los que antes y ahora sirven de norma en España. Es fácil que así continuemos hasta que la realidad nos dé un papirotazo.

* * *

No es empresa liviana la de reducir a unas líneas—para no fatigar la atención del lector con áridos textos legales, aunque también los hay muy divertidos—el sistema políticoeconóco bolchevique *.

* Me parece ocioso repetir la historia política de Rusia desde la caída del zarismo, en marzo de 1917, hasta el golpe de Estado que dió el Poder a los bolcheviques en noviembre del mismo año, y después de haber presidido el Gobierno provisional revolucionario, primero el príncipe Lvof, y luego Kerensky. Son hechos demasiado recientes para que nadie los ignore. Y se ha hablado con profusión de los jefes bolcheviques Wladimir Ulianof Lenin, Leon Bronstein Trotsky, Zinoviev, Lunacharsky, Chicherin, etc., para que sea necesario volver a hacerlo. Quizá el lector esté un poco fatigado de haber encontrado siempre en todas partes lo que ya sabe de Rusia, y en ninguna lo que ignora, y deseo procurar evitarle en este libro, siempre que sea posible, la repetición de ese fastidio.

No me parece, en cambio, impertinente reproducir

Porque si le digo al lector que el sistema bolchevista obedece a un criterio eminentemente descentralizador, pero eminentemente centra-

este juicio sintético, en que Labry resume las características de las primeras victorias bolcheviques, en el Prólogo de *L'Industrie Russe et la Revolution:*

«En esta lucha—refiérese a la entablada entre bolcheviques y mencheviques—, sostenida con encarnizamiento de sectarios, perece definitivamente el sentimiento nacional. Los bolcheviques aprovechando la lentitud en el obrar, las vacilaciones, la debilidad del discurseador Kerensky, se entienden directamente con los soldados, prometiéndoles la paz y las tierras, y con los obreros, ofreciéndoles las fábricas y la realización inmediata del programa integral de socialización de los medios de producción. No les costó ningún trabajo asegurarse el buen éxito, porque las masas, que tardan bastante en ponerse en movimiento, no se detienen luego en el camino de las reivindicaciones extremas. El drama revolucionario que se desarrollaba en el escenario político de Petrogrado deja el tablado del palacio María o del palacio de Taurida para ser representado en toda la nación rusa. Los verdaderos actores han echado a los comparsas y a los fantoches. El bolchevismo era el desenlace lógico del movimiento social comenzado en los primeros dias de la revolución. Era el triunfo fatal de la extrema izquierda de un partido cuya derecha había puesto imprudentemente en marcha a las masas.

»Por ello era un absurdo llamar a los bolcheviques usurpadores y creerlos efímeros. Su victoria fué debida a su misma doctrina extremista, porque era ex-

lista; que es de una libertad anárquica, pero de una tiranía despótica; que preconiza la abolición de las clases, pero divide en clases la sociedad; que nombra, por decreto, ricos a los pobres, pero en realidad sólo convierte en pobres a los ricos..., y así sucesivamente, habré dicho unas

tremista, a la sencillez de sus fórmulas y a la energía implacable con que las pusieron en práctica inmediatamente haciendo tabla rasa del pasado. Les ayudaron los instintos demagógicos del populacho, las vacilaciones y, digamos la palabra, la pusilanimidad de las clases directoras que no opusieron ninguna resistencia. No puedo menos de recordar esta frase de un industrial ruso a quien demostraba yo que sólo la guerra civil podía resolver el conflicto social provocado por la revolución: «Pero nosotros no tenemos costumbre de arriesgar la vida.»

»Y acude también a mi memoria esta otra frase de un miembro influyente del partido de los *Cadetes*: «Ya no podemos hacer más que llorar y rezar.» Estos recuerdos nos harán comprender mejor, cómo en una ciudad de dos millones de habitantes como Petrogrado, encontró Lenin solamente frente a él, en noviembre de 1917, un puñado de valientes junkers * y algunos centenares de mujeres. Yo he asistido a esos combates; he visto fusilar a aquellas mujeres en la plaza del palacio de Invierno y a aquellos niños en el canal de la Moïka. Ningún burgués acudió en su socorro.»

* Alumnos de la Escuela Militar.

cuantas verdades, con los textos probatorios en la mano...; pero lo más fácil es que si el lector no tenía idea alguna del régimen, sustituya la tranquila placidez del ignorar con una inquietud no más cercana de la sabiduría.

Una cosa he dicho, sin embargo, que no es verdad: he llamado *sistema* al régimen de los Soviets, y lo cierto es que más que de tal tiene de otra cosa cualquiera. Es un conglomerado difuso, arbitrario y caótico; una manigua enmarañada; un producto fatal del hecho de haberse visto un partido político utopista, oposicionista congénito, elevado súbitamente al Poder, donde comenzó por hacerse a sí propio la oposición. Y esa fué la primera antinomia de que derivan todas las demás; subió al Poder un partido que negaba el Poder; se hizo dueño del Estado un partido que negaba el Estado; está en el Gobierno un partido que sólo servía para combatir al Gobierno, porque sus teorías consistían en negar todo lo real y afirmar sólo lo fantástico.

Y así comenzó: negando, aniquilando, destruyendo. Sus primeras palabras son esas: exterminar, aniquilar, barrer, demoler. Eso es lo que urge. «Más adelante se pensará en crear» [88]. La realidad les mostró pronto que crear era bastante más difícil. Tampoco tardaron en arrojar por la borda su propia significación.

III

El enigma.

Es, por tanto, inevitable comenzar por excusarse de las oscuridades, de las contradicciones, de las incongruencias que abundarán en toda descripción del bolchevismo; tanto más abundantes cuanto más se acerque el autor a los propósitos que me guían de ceñirme a la realidad y de abreviar la árida tarea.

Porque, además, la *realidad* es, en bastante parte, imaginaria.

Una revista madrileña, simpática por su inquietud espiritual y por el empeño que pone en no quedarse nunca a retaguardia—en su mismo título muestra anualmente su remozamiento *—, ha publicado un interesante artículo dedicado a Rusia, cuyas primeras palabras eran éstas: «El incendio de la revolución rusa se ha hecho faro: *claridad, orden, fijeza.*» [39].

Yo diría que, hasta ahora, según mi juicio

* *España, 1920.*

humilde, la revolución rusa es precisamente lo contrario: oscuridad, desorden y movilidad.

«Ha entrado, sigue diciendo el artículo—titulado *La Verdad sobre Rusia*—, en un período de objetividad, de indestructible hecho histórico.» Esta afirmación, como es más vaga y anfibológica, es tanto menos rotundamente combatible. Cuando añade que «la revolución rusa *es lo que es*—remedando, acaso, al político español, amigo, que dijo poco ha que «gobernar es... gobernar», y al adversario que más atrás proclamó lo de «nosotros somos nosotros», busca quizá, como ambos oradores, la fórmula única posible para parecer rotundo sin decir nada, cuando hay que ser rotundo y nada puede decirse.

Verdad es que añade que «debemos juzgarla *como tal*»; es decir, como *lo que es*. Si recordamos que *lo que es* es *lo que es*, pensaremos irremediablemente en esos Diccionarios que rezan en la *M*: *Mofeta*, véase *Chinga*; y en la *Ch*: *Chinga*, véase *Mofeta*, y nos quedaremos tan *in albis* como el curioso que fuese a averiguar qué cosa era ese nombre de animalejo.

Dice luego el articulista—y no es inoportuno insistir porque se trata del criterio con que, esta vez, juzga un vocero tan autorizado del pensamiento español—que la Revista no quiere «que

pase un siglo para saber objetivamente lo que es la revolución rusa», y como no quiere... reconoce que «es difícil enterarse» y que, sin embargo, «ya *se empieza* a conocer la verdad».

El entusiasmo es siempre más simpático que la lógica; y cuando, después de haber leído las veintidós páginas de nutrido texto que el número citado dedica a la revolución rusa, comprobamos con dolor que no hemos adelantado gran cosa desde que supimos que *es lo que es*..., nuestro desencanto no tiene fuerza bastante para borrar la gratitud que merece el intento, por fallido que esté. Solamente se podría aventurar un reparo sobre el riesgo posible de precipitarse a hacer juegos de luz con un espejo que está azogado con sangre y dolor, sin la certeza de que la razón aprobará mañana un movimento sentimental de que deben desconfiar quienes tengan conciencia de sus responsabilidades.

* * *

Lo cierto es, para quien entra en el caos ruso con serenidad, que luego de haber pasado muchas horas leyendo las mismas cosas contadas con criterios diferentes, se llega a poco más que al clásico saber que no se sabe nada.

Del 7 de febrero es el número aludido de la

excelente Revista. El 5 del mismo mes decía M. Millerand: «¿Qué pasa exactamente en Rusia? De un modo preciso lo ignoramos absolutamente» [40]. Por si el presidente del Gobierno francés pareciera recusable, recordaremos que Albert Thomas hablaba muy pocos días antes de «la ignorancia en que estamos acerca de Rusia» [41]. Y el Comité socialista francés, formado por hombres tan poco sospechosos como Longuet, Frossard, Mayèras, Morizet, Paul Louis y Paul Faure, dice en un informe recientísimo que «es *imposible* conocer con detalle y, *por consiguiente, juzgar de una manera completa* toda la obra y todos los actos de la revolución rusa», «cosa—añade por su cuenta el distinguiescritor socialista español, de quien tomo la cita—que por lo visto no les ocurre, o no les importa, a los discípulos que le han salido a Lenin aquende el Pirineo» [42].

* * *

El libro más reciente, y, probablemente, el más útil de cuantos conozco para formar un juicio aproximado del colosal problema, es una recopilación de documentos bolcheviques auténticos, leyes, decretos y disposiciones del Gobierno de Lenin, que con el título *Una legis-*

lation Communiste (Payot, 1920) acaba de publicar M. Raoul Labry. En sus 568 páginas en 4.° contiene infinidad de documentos interesantísimos. Pero esos documentos, mientras no se contrasten con la realidad de su aplicación sólo tienen un valor negativo. Porque, con rarísimas excepciones, la deducción que se desprende de su lectura es absolutamente desfavorable para la doctrina en que están inspirados.

M. Labry nos advierte en el prólogo que «una multitud de esos decretos no han tenido ni siquiera un conato de ejecución». Por otra parte, mientras no se demuestre lo contrario—y hasta ahora las noticias lo confirman en vez de destruirlo—, es inevitable creer que ese *no intentar cumplirlas* es lo mejor que ha podido suceder a disposiciones que, por regla general, parecen dictadas por aprendices revoltosos y mal intencionados.

Se lamenta M. Labry de las lagunas e imperfecciones que presenta su trabajo por la imposibilidad de conseguir todos los elementos necesarios y aun los originales de muchos documentos que reproduce. Basándose esta parte de mi trabajo muy principalmente en reflexiones sugeridas por la lectura de esos documentos, claro es que huelga toda otra reserva por mi parte.

Conviene notar que estas deficiencias documentales y estas tinieblas informativas no son una razón para callarse. Antes son un motivo más para que sea obligado hablar, M. Labry lo expone con acierto:

«Por otra parte—dice—, nuestra Prensa, o por estar mal informada o por verse obligada al silencio por una censura torpe, o por buscar en los sucesos de Rusia, ya argumentos en favor de una doctrina social, ya armas contra una política interior inaceptada, no daba más que informes vagos tendenciosos, que no podían ofrecer a la opinión pública una visión exacta del bolchevismo gubernamental. De ahí las tremendas antítesis de nuestros juicios sobre él. Para unos es un régimen terrible e inmundo del que el bandolerismo y el asesinato son los únicos principios directores; para otros, para los amargados, para los que sufren, para los soñadores, un sistema de venturas, antesala del paraíso social, en el que las iniquidades seculares comienzan al fin a ser reparadas.

»*Y esto es lo que yo encuentro en extremo peligroso.* Muchos simpatizan con el bolchevismo, sencillamente porque creen que quieren ocultarles lo que tiene de bueno y presentarlo ante sus ojos bajo la forma de un espantajo. Así se despierta una curiosidad que *hace nacer hacia*

él una inclinación sentimental cuyas consecuencias pueden ser temibles.»

»En efecto, continúa M. Labry, uno de los peligros más grandes del bolchevismo reside en todo el misterio que le rodea. Es uno de esos términos cuyo sentido indefinido permite su aplicación a mil cosas diferentes. De ahí la fuerza que adquiere ese vocablo exótico. Atrae hacia sí, como una luz en la oscuridad, a todas las almas ensombrecidas por los desencantos, las decepciones y las amarguras, inevitables cuando se acaba de correr un temporal que ha desequilibrado a cuantos arrastraba en sus torbellinos. Cristaliza a su alrededor, no sólo las exigencias definidas de tal o cual clase, sino también las aspiraciones inconscientes hacia una renovación de la sociedad, de la que resultará más justicia, más equidad, mayor bienestar, en fin, una verdadera floración de venturas. Seduce a todos los mutilados de cuerpo y de espíritu. Les parece que detrás de él se oculta el sistema bienhechor que resolverá el problema de los dolores. Asistimos a la formación, en torno a la palabra bolchevismo, de *una alucinación colectiva, de un misticismo que arrastra a las masas*, haciéndolas indiferentes a las realidades ocultas detrás del dogma» [48].

Exacto. Y el pueblo español tan avezado a

«creer lo que no vemos», está doblemente predispuesto a esta nueva fe en este nuevo Paraíso.

Si el lector tiene paciencia para seguirme, no tardará en saber lo que esa fe insensata puede costar a todos los españoles y comprenderá que yo, después de verlo, no haya encontrado en la conciencia de mi insignificancia, fuerza bastante para callarlo *.

* La revista *España*, *1920*, cita como testimonios dignos de crédito las impresiones del coronel Robins, de Rhys Williams, de Bullit y de Ransome. De los primeros extracta lo más interesante y, la verdad, no tiene gran sustancia.

Del último se ha publicado hace poco un libro titulado *Seis semanas en Rusia en 1919* [44], que contiene datos y escenas de más interés. Algunas de ellas se reproducirán en las páginas que siguen. Pero la impresión que a mí me produce ese libro es de parcialidad. Ransome no oculta su amistad con los principales jefes bolcheviques; merced a ella ha podido vivir unos días en Moscou y en Petrogrado, y yo encuentro en su libro grandes reflejos de esa amistad, no tanto por lo que dice como por lo que calla.

Y hay que advertir que su libro, a mi juicio, le resulta, involuntariamente, desfavorable para sus amigos.

Por otra parte, véase lo que de Ransome dice otro escritor francés, Etienne Buisson, a quien no conozco, pero cuyo libro, *Les Bolcheviki*, parece bastante sereno y documentado.

(Refiérese a un artículo de Ransome, publicado en la *New Republic* del 29 de julio de 1918.)

«No, *no es verdad* que «cada obrero, cada campesino tenga el derecho de votar». Sólo lo tienen los amigos de los bolcheviques. Los otros son considerados como «burgueses», o como «amigos de los burgueses», y como tales excluídos de las votaciones M. Ransome, cuya carta se publicaba el 27 de julio en Nueva York, no podía desconocer los textos de Lenin y de Trotsky, que vieron la luz en la primavera.

»En los otros puntos, respecto a los cuales aporta su testimonio, ¿distingue mejor M. Ransome lo que es de lo que debiera ser? ¿Y resiste mejor a *las sugestiones de una imaginación entusiasta*?»

Dice M. Ransome: «En ninguna parte, en Rusia, la mayoría indiferente formuló una protesta.» Esta última frase es *también una inexactitud y una injusticia*. Hubo, ya lo hemos visto, numerosas y vivas protestas, las de los socialistas revolucionarios en primer lugar, y en muchos puntos se organizó la resistencia. ¿Debemos maravillarnos de que no arrastrase a «la mayoría indiferente?» El mismo fenómeno se ha visto en otras muchas épocas y en otros muchos países.»

(Y añade Buisson después de reproducir otro párrafo del citado artículo de Ransome.)

«Otra vez *la imaginación* dicta una explicación que *no está de acuerdo con la historia*. Poco falta para que se haga del movimiento revolucionario de la Europa oriental un efecto del bloqueo de los imperios centrales por los aliados. Es de presumir demasiado de nuestra ignorancia, que no llega hasta eso.

»Pero no insistamos; las últimas líneas del artículo de Ransome bastan para decidir *si es un historiador el que habla o un poeta:*

«Esos hombres que han establecido el gobierno de los Soviets en Rusia, si deben caer, caerán con honor y *con el corazón puro* *, habiendo luchado por un ideal que les sobrevivirá. Aunque caigan, no por ello dejarán de haber escrito una página de historia más audaz que cualquiera otra que yo recuerde en toda la historia de la raza humana. La escriben bajo la lluvia de fuego que arrojan sobre ellos los espíritus mediocres, en su país, en el vuestro y en el mío. Pero cuando todo haya acabado y triunfen sus enemigos, el fango desaparecerá y esa página quedará *tan blanca como la nieve de Rusia*. Y cuando, años más tarde, la lean los hombres, juzgarán a vuestro país, y al mío, por lo que hayan hecho para contribuir a que se escribiese esa página o para impedir que fuese escrita» [46].

El lector juzgará más adelante. Yo creo que hay mucho de verdad en esas palabras; pero también que es un poco... poético hablar de la blancura nívea de la página histórica bolchevique.

Otro testimonio que se alega a favor del bolchevismo es el del capitán Sadoul [47]. Véase lo que dice Lenin de éste: «El capitán Jacques Sadoul, que simpatizando en apariencia con los bolcheviques, era, en realidad, devoto en cuerpo y alma del imperialismo francés...» [48]. Prescindiendo de esto, recuérdese que las cartas que forman el libro de Sadoul, por lo demás muy interesantes según ya he dicho, están dirigidas a Albert Thomas, y que éste, mucho después de recibidas, sigue afirmando que *no sabe nada de Rusia*.

* «Si al fin se nos obliga a irnos—dice Trotsky, según cuenta precisamente Ransome en el libro que acabo de citar *Seis semanas...*, etc.—. daremos al marcharnos tal portazo *que su estrepito ha de resonar en el mundo entero*» [45].

IV

Politicians.

He dicho que los bolcheviques son un partido político. Y, en efecto, de tal tienen las manifestaciones características: entre ellas la común a todos de ambicionar el Poder con más vehemencia que el triunfo de sus teorías, muchas de las cuales no sólo se olvidan cuando se ha llegado a la meta, sino que con frecuencia se rectifican y aun contrarían con los actos de gobierno.

Los bolcheviques no han sido, por cierto, excepción; y es precisamente ese olvido, esa rectificación, ese atropellar antiguos dogmas, el arma más poderosa que contra ellos han esgrimido sus enemigos, y especialmente los más enconados, que no son los accionistas del Banco de Inglaterra, sino los socialistas rusos pertenecientes a otras ramas del partido.

Para la buena comprensión de cuanto sigue, convendrá al lector no versado en la historia política rusa leer los datos que acerca de los

principales partidos que actuaban en la política rusa desde la revolución de marzo de 1917, figuran en el *Apéndice* de este libro. He tomado esos datos de la ya citada obra de Etienne Buisson *Les bolcheviki (1917-1919)*, libro repleto de documentos y de datos interesantes para quien desee conocer el movimiento bolchevista con más detalle y precisión de lo que permite el somero y rápido examen que he de hacer.

* * *

He reunido a continuación algunos datos demostrativos, a mi entender, del aspecto esencialmente *político*, o mejor, *politicien*, de los bolcheviques, y, por supuesto, de otros sectores del partido socialista ruso que hoy combaten a sus antiguos aliados, más que por otra cosa, por despecho de desposeídos, por maniobra oposicionista, cuya argumentación varía según las circunstancias, pero cuya finalidad es generalmente la misma: derrotar al Gobierno (el que sea) y ocupar su puesto.

Los políticos hablan del Poder como medio para implantar sus teorías, y con más frecuencia son las teorías medios para alcanzar el Poder. Esto es acaso demasiado vulgar, pero conviene recordarlo.

De Arthur Ransome *:

«Respecto a los Soviets, no recuerdo ya quién, me dijo: «Somos *actualmente* partidarios del programa del Gobierno de los Soviets; pero pensamos que tal forma de Gobierno no puede ser durable. Consideramos a los Soviets como instrumentos perfectos para la lucha de clases, mas no como una forma perfecta de Gobierno.» [49] **.

De Etienne Buisson:

«Hans Vort, corresponsal en Moscou del *Berliner Tageblatt*, se pregunta si la pugna entre los *Soviets* y las *Comisiones extraordinarias* *** *no es, en realidad, una cuestión de Gobierno, por desear las segundas arrebatar el Poder a los primeros*. Cita un artículo de la *Pravda*, que habla sin ninguna vacilación de *«la lucha por el Poder.»* Marchamos, de esta suerte—dice el perió-

* El amigo personal de los bolcheviques, cuyo testimonio es muy digno de crédito para los que simpatizan con el bolchevismo.

** Esto tiene todas las trazas de poderse traducir así: «Nuestra fórmula es *los bolcheviques en el Poder;* y una vez afianzados en el Poder, tiraremos por la borda el bolchevismo.» Por cierto que las últimas noticias de Rusia más son para confirmar esta traducción que para desmentirla.

*** Unos y otras, organismos oficiales del régimen bolchevique.

dico—, hacia un nuevo período en el desarrollo de la revolución, un período caracterizado por las ideas de los teóricos del «Boletín semanal de las C. E.», en el que el santo y seña, «todo el Poder para los Soviets», será reemplazado por este otro: «todo el Poder para las Comisiones extraordinarias» [50].

Del mismo:

«Trotsky ha creído necesario explicar los motivos revolucionarios de acción bolchevista contra la Constituyente.» En un escrito, publicado en Berna (edición Promachos), en 1918, y que lleva por título: *De la Revolución de octubre al Tratado de Brest* * (en alemán), consagra cuatro páginas a este asunto.»

«Este hecho—dice Trotsky, refiriéndose a la disolución de la Constituyente, realizada por los bolcheviques el mismo día de su primera reunión—atrajo sobre *nuestro partido* los reproches más vivos. La disolución de la Asamblea constituyente causó, sin duda, una desfavorable impresión entre los elementos directores de los partidos socialistas de Europa occidental. Se vió en este acto *político* inevitable y necesario un capricho *partidista*, un acto de tiranía...» (A seguida Trotsky da especiosas y

* Hay varias traducciones en castellano.

confusas explicaciones para rebatir este concepto.)

Buisson continúa por su parte:

«Los adversarios de los bolcheviques, o mejor dicho, sus víctimas, formulan otro razonamiento completamente distinto.

»Sukhomlin, en una reunión del grupo socialista de la Cámara francesa, el 22 de noviembre de 1918, recordó (citamos el texto publicado por *L'Humanité*), que «las elecciones se hicieron en el mes de noviembre, bajo el régimen bolchevique. Entonces no existía la libertad de la Prensa; las máquinas de los periódicos hostiles a los bolcheviques eran destruídas; la libertad de reunión estaba casi suprimida. Y, a pesar de esto, hubo una mayoría antibolchevique».

»Las condiciones han sido, pues, según los adversarios de Trotsky, muy distintas a como él las presenta en el escrito precedente. Las elecciones, lejos de efectuarse con arreglo al antiguo sistema democrático, tuvieron lugar, por el contrario, bajo una intensa presión «gubernamental», que da a su resultado antigubernamental un valor, una significación muy clara. Demuestran que el movimiento antibolchevique era en aquel momento la expresión del sentimiento de la mayoría, y no el vano resultado de

un sistema electoral desacreditado, como pretende Trotsky.

»La gran falta inicial de los bolcheviques fué emplear la violencia contra sus camaradas socialistas, contra aquellos que, sin ellos, habían hecho la revolución; que sin ellos, habían derribado el zarismo *; pues en marzo de 1917, Lenin y Trotsky, estaban en el extranjero.»

«Alegan, para excusar esta violencia, el pretexto que en todos los tiempos han empleado los grupos extremos: que todos los demás partidos estaban a sueldo de los contrarrevolucionarios, y que sólo ellos, los bolcheviques, débil minoría en el pueblo ruso y en la Constituyente, eran puros.»

«Añaden—y sus amigos de occidente lo repiten algo a la ligera—que una revolución no se hace sin violencia ni sin efusión de sangre. Sin duda; pero en octubre de 1917, ya no había que hacer la revolución: se había llevado a cabo hacía ocho meses. Lo que entonces hacía falta era organizarla. Los bolcheviques afirman que eso era precisamente lo que ellos querían hacer. Ante la debilidad y las divisiones de los revolucionarios en octubre de 1917, pensaron que necesitaban hacerse dueños a toda costa del Poder,

* *Sic vos non vobis...*

puesto que ellos eran los únicos que tenían voluntad y no retrocedían ante la acción. Sin duda, podían haber escogido un magnífico papel: el de llamar a su deber de realizaciones urgentes a aquellos grupos múltiples que se enzarzaban en discusiones y en rivalidades sin fin. Ciertamente, los bolcheviques ocuparían un soberbio puesto en la historia rusa si hubieran sido los organizadores de la masa revolucionaria, dividida e indecisa, si hubieren sabido ponerse a su cabeza y llevarla por el camino de la acción. En vez de colaborar con los otros, en vez de convertirse en sus jefes o en sus guías, *quisieron entronizarse como amos, alejar del Gobierno a todos aquellos que no eran de los suyos*, imponer su dictadura, y, para esto, no han temido desencadenar la guerra civil; *no han vacilado en acusar* en masa *de estar vendidos al zarismo* renaciente *a los mismos que le habían derribado*, con peligro de su vida, ocho meses antes.

»La colaboración de los socialistas revolucionarios de la izquierda y de la derecha, de los mencheviques y los bolcheviques, hubiera podido crear un inmenso bloque socialista. ¡Qué fuerza en el interior, qué prestigio en el extranjero hubiese tenido una gran República rusa de tendencias socialistas, sostenida por una Cons-

tituyente, si no unánime en sus votos, por lo menos animada de ideas generales convergentes! ¡Y qué ejemplo para el mundo semejante democracia socialista, naciendo en medio del orden y de la fraternidad!...

»Cuando Lenin engloba en una misma censura a los antiguos zaristas, a los cadetes, a los socialistas moderados, a los socialistas revolucionarios y a los mencheviques, recurre a una maniobra cuya deslealtad conoce mejor que nadie» [51].

De Trotsky:

«Kerensky, Savinkov, Filomenko y otros socialistas revolucionarios, que ocupaban el Poder o estaban cerca de los que mandaban, eran partícipes del movimiento; pero traicionaron a Kornilov *al darse cuenta de que la victoria del general los eliminaría*» [52].

De Lenin, en una carta dirigida, en marzo de 1917, por los bolcheviques, a los obreros suizos:

«En el núm. 47 del *Socialdemócrata* hemos contestado, con entera precisión y claridad, a la pregunta que se nos dirige en los actuales momentos: ¿Qué hubiese hecho *nuestro partido* si la revolución le hubiera *llevado* inmediatamente *al Poder*?» [53].

De Cause Commune, 12 de octubre de 1918:

«A todos los obreros; a todos los ciudadanos rusos:

»Los infrascritos, doce prisioneros políticos de la prisión de Taganky, de Moscou; doce cautivos del Poder bolchevique, víctimas de la Comisión extraordinaria para la lucha contra la contrarrevolución, se dirigen a vosotros, camaradas y ciudadanos, a pesar de los muros de la cárcel, a pesar de las puertas de las celdas en que nos ha encerrado el Gobierno de Lenin. *Obreros, y antiguos militantes del movimiento revolucionario*, acostumbrados a las cárceles zaristas, nos vemos privados de la libertad por el Gobierno de «obreros y campesinos» de la República socialista.

»¡Camaradas y ciudadanos! El Poder comete las mayores locuras... El Gobierno atenta contra todo cuanto el pueblo ha conquistado con la revolución... Se quita al pueblo el derecho de reunión, se le deja sin defensa...

»El hecho solo de nuestra detención y de la disolución de la Asamblea obrera que se celebraba en un Club socialista, demuestra que el Gobierno lleva falsamente el nombre de Gobierno obrero. Cuanto más avanzamos, más ve este Poder la contrarrevolución en la clase obrera y más se llenan las prisiones rusas, como en tiempos del Zar, de obreros socialistas.

»La clase obrera está en peligro; el Poder de los comisarios va dirigido contra el proletaria-

do, contra la democracia, contra el país entero. Por el presente, camaradas y ciudadanos, nosotros, los doce prisioneros del Gobierno bolchevista, *militantes responsables en las organizaciones obreras y en los partidos socialistas*, protestamos con todas nuestras fuerzas contra nuestra detención y contra la violación indigna del derecho obrero de reunión, cometida por los agentes del Gobierno absolutista de los bolcheviques el día 13 de junio de 1918. Protestamos contra la represión cruel de la clase obrera, la cual, al borde del abismo, busca los medios de salvar y libertar a Rusia y a las masas de los trabajadores...» [54].

De Raoul Labry:

«Los bolcheviques, encontrando en ellos *(en los obreros)* su más firme sostén, los dejan hacer cuanto se les antoje, con *tal de que no apoyen a los mencheviques* o a cualquier otro partido hostil. Con esta condición, tienen completa libertad para arruinar las empresas, porque de esta manera coadyuvan al afianzamiento de la dictadura proletaria y a la desaparición del régimen capitalista. Las grandes fábricas de Moscou están a merced de los Comités obreros, cuyos miembros, más que obreros, son agitadores políticos de baja condición que están siempre rondando las instituciones gubernamentales y

tratan por todos los medios de conseguir, juntamente con la popularidad, un empleo lucrativo» [55].

De Kogan-Bernstein, en una sesión del Comité Central de los Soviets de Moscou, hablando en nombre de los socialistas revolucionarios a los que los bolcheviques trataban de expulsar del Comité:

«... Necesitan la dictadura, no del proletariado, sino contra el proletariado. Necesitan en el Congreso una representación falsificada que no obtendrán más que expulsando de él a sus adversarios. Hablan de intrigas, «desenmascaran a los *contrarrevolucionarios*». Pero las mismas masas son antibolcheviques» [56].

De Arthur Ransome, reproduciendo palabras que escuchó en un discurso del menchevique Dan en un mitin de obreros y empleados de la Cooperativa de Moscou:

«... Hizo notar que la fórmula «todo el Poder para los Soviets» significaba ahora «todo el Poder para los bolcheviques», y expresó el deseo de que los Soviets tuviesen actualmente todo el Poder, en lugar de dedicarse a sostener la burocracia bolchevista» [57].

Del Dielo Naroda, de 13 de abril de 1918:

«Los anarquistas habían «expropiado» en Moscou hoteles particulares, en donde se instalaron cómodamente. Se procuraban víveres

«expropiando» asimismo tiendas y almacenes. Uno de sus jefes, Bleichmann, explica de este modo su proceder: los anarquistas, que no reconocen ningún Poder gubernamental, no pueden depender de ningún Gobierno, lo mismo si es bolchevique que otro cualquiera. Pero como trabajan y quieren comer y beber, se procuran el sustento por medios que estiman completamente justos y conforme a sus puntos de vista.

»El Gobierno tomó la decisión de expulsar a los anarquistas de las casas de que se habían apoderado. Después de la sesión del Consejo de los comisarios del pueblo, seguida de una sesión del Pequeño Consejo, presidida por Trotsky, el presidente del Comité ejecutivo, Sverdlov se dirigió a los cuarteles para dar instrucciones a la guarnición. La ciudad fué dividida en varios sectores para proceder a la operación proporcionalmente al número de anarquistas que ocupaban las casas. A las seis de la tarde empiezan a circular por la ciudad patrullas, destacamentos de caballería, automóviles blindados y piquetes de la guardia roja. Los anarquistas estaban ya enterados de las medidas tomadas por el Gobierno. Intentan a su vez un «contraataque» y tratan de apoderarse de varias comisarías. Sus esfuerzos fracasan y son

rechazados después de dejar muchos hombres heridos o prisioneros. Al anochecer, el Gobierno hace emplazar en diversos puntos cañones y ametralladoras, después de lo cual, previa una señal hecha a la central eléctrica, la ciudad entera se ilumina de improviso vivamente. Toda comunicación telefónica queda interrumpida. Después de cercar las casas de los anarquistas, les conceden veinte minutos para rendirse. En la mayor parte de las casas no ofrecieron resistencia, se rindieron en el acto y los llevaron a las comisarías, al Kremlin, sede del Poder central y a la Comisión de información.

»En algunas casas, sin embargo, decidieron resistir. En donde opusieron una resistencia más encarnizada a las tropas del Gobierno fué en el edificio de la Sociedad de Comercio, en la calle Dmitrofka, en donde estaba la agrupación principal y la oficina central de las Federaciones anarquistas. Allí tenían grandes medios de defensa, tiradores de granadas de mano y gran cantidad de ametralladoras y municiones, de las que habían hecho acopio. Una enorme bandera negra, con la inscripción *Anarquía*, ondeaba en lo alto de la casa. En aquel sitio hubo una verdadera batalla toda la noche. Durante el combate, la mayor parte de las casas que cobijaban a los anarquistas fueron de-

molidas por los cañones. Los anarquistas se trasladaron entonces a las casas inmediatas, en donde opusieron una resistencia desesperada con sus ametralladoras. Hubo muchos muertos y heridos.

»Los habitantes, despertados muy temprano por un cañoneo terrible temían salir a la calle. Los tranvías no circulaban y la ciudad entera parecía vacía. El Gobierno veló toda la noche en el Kremlin, custodiado por numerosa artillería y por la guardia roja. Hubo que suspender todo trabajo en las escuelas y en los establecimientos públicos. Hasta mediodía no recobró la ciudad su aspecto habitual. Se abrieron las tiendas y los tranvías comenzaron nuevamente a funcionar. Según el comunicado oficial, no había habido víctimas entre el vecindario, gracias a las medidas tomadas.

»Detuvieron en junto, a unos 500 anarquistas, que comparecieron ante la comisión de información. El papel principal, cuando el desarme, correspondió a los tiradores livonios. Al hacer salir a los prisioneros de las casas los dividían en tres grupos: los anarquistas convencidos, los que se habían unido al movimiento por espíritu de odio y, por último, los simples forajidos.

»Según lo que se cuenta en los centros anar-

quistas, el Gobierno tiene el propósito de someter a los anarquistas a un proceso monstruo, acusándolos de haber organizado un complot, *con el fin de usurpar el Poder*. En los círculos de los Soviets se explica la ruptura con los aliados de ayer, primero, por la necesidad de *poner a salvo el prestigio del Gobierno*, y después, por la precisión de limpiar la capital de todos los elementos peligrosos en atención a la próxima llegada de la delegación austroalemana.

»El telégrafo ha dicho más tarde cómo se llevó a cabo en Petrogrado, con buen éxito, la aludida limpieza» [58].

De Boris Savinkov, ex ministro del Gobierno provisional ruso:

«Todas las libertades más elementales que constituyen la fuerza y el fundamento de las democracias en el mundo civilizado—la libertad de palabra, de imprenta, de reunión—fueron abolidas. Todos los partidos políticos, incluídas las fracciones socialistas, fueron declaradas fuera de la ley.

Aventureros y demagogos devinieron los dueños únicos, los autócratas del país. Se apoyan en las bayonetas de mercenarios alemanes, magiares, letones, chinos: los bolcheviques se han mostrado los más implacables tiranos, es-

pecialmente contra aquellos proletarios obreros que, acabando por darse cuenta de que han sido burlados y defraudados, empiezan a abrir los ojos. Los socialistas más distinguidos de todos los países, ante la lección de la evidencia han proclamado que la aventura de Lenin, Trotsky y compañeros, no tiene nada de común con el socialismo.»

Leonidas Andreiev (escritor ruso de ideas muy avanzadas):

Hay que estar locos para no comprender los simples y claros procedimientos del bolchevismo; hay que carecer de ojos o tener ojos que no ven para no discernir en el rostro de la Gran Rusia, el martirio, la destrucción, el estrago, las prisiones, los manicomios; hay que carecer de oídos para no oír los sollozos, los suspiros, los llantos de las mujeres, los gritos desgarradores de los niños; el ronco respirar de las gentes sofocadas, el estrépito de las armas. Todo eso ha llegado a ser un canto único en Rusia, en los últimos dieciocho meses. Hay que ignorar en absoluto la diferencia entre la verdad y la mentira para no percibir el significado de los saturnales bolcheviques y su infatigable engaño, sangriento a menudo ingenuo y sin malicia como los embustes que se dicen para engañar a los niños.»

V. Victorov Toporov, contestando a un manifiesto de H. Barbusse, reclamando la verdad sobre Rusia, escribe:

«Es que los bolcheviques fusilan a todo patriota ruso que se permite decir la verdad. En dos años no han dejado publicar un solo periódico que critique sus violencias; en dos años de un tal régimen de libertad no han dejado entrar en Rusia un solo periodista de ideas distintas de las suyas. La verdad no podía ser revelada sino cuando se puedan soltar todas las trabas con que los bolcheviques han aprisionado el pensamiento humano en Rusia. Los que salvarán la verdad no son los que justifican las violencias bolcheviques, sino los que devuelvan al ciudadano ruso su libertad de imprenta, su libertad de emisión del pensamiento, su libertad de reunión.»

Karl Kautsky *, el más conocido teorizante del socialismo marxista, jefe de los socialistas independientes alemanes e internacionalista, ha escrito recientemente:

«El bolchevismo, no sólo no ha contribuído a la elevación moral del proletariado, sino que lo ha desmoralizado completamente.

* Podría haber motivo para recusar las opiniones de los socialistas rusos, por razones de política local. Pero socialistas como Karl Kautsky,

»Del bolchevismo al bandidismo de Stenka Rasin, no hay más que un paso.

»El zarismo creía que cualquier general era capaz de desempeñar cualquier puesto del Estado. La República de los Soviets ha adoptado del zarismo, entre otras muchas cosas, esta concreción sustituyendo al general con el proletario.

»De este modo la dictadura de los Soviets se ha transformado en el dominio de una nueva burocracia salida de las filas de los Consejos, en los cuales muy a menudo son designados y aun impuestos desde arriba los que han de ser elegidos. El absolutismo de la antigua burocracia ha resucitado bajo una nueva forma que no

Erich Kuttner, Renaudel, Mayèras, Longuet, Treves, Turati, Abramovic y otros muchos socialistas militantes no rusos y, por tanto, acaso más interesados en el afianzamiento que en el fracaso de los bolcheviques, no pueden recusarse de igual modo.

Es particularmente interesante la opinión de Kautsky, figura de gran relieve en el socialismo, cuya ortodoxia está implicitamente reconocida en la acusación de apostasía que se le dirige. Y esa acusación, cuando Kautsky—aparte la respetabilidad de su figura—no tiene interés en ser apóstata y los bolcheviques sí en llamárselo, también puede presentar motivos de recusación.

es gran cosa mejor que la antecedente. En este absolutismo y cerca de él, en gracia de los experimentos comunales de vida real, aparecen los gérmenes de un nuevo capitalismo, de un capitalismo que es muy inferior al antiguo capitalismo industrial» [59].

El profesor Abramovic, de la socialdemocracia alemana pronunció en Berlín, a su regreso de Rusia, un discurso a los concejales socialistas, en el cual dijo:

«La producción no se puede socializar por la sencilla razón de que ya no hay casi nada que socializar. Los bolcheviques tienden al exterminio de la burguesía, pero las ametralladoras se han empleado ya también contra los obreros que se levantan contra la «dictadura del proletariado» [60].

De Máximo Gorki *:

«Lenin, Trotsky y sus satélites están ya intoxicados por el veneno corrosivo del Poder...

* Máximo Gorki fué en los comienzos del bolchevismo uno de sus más furiosos detractores. Sus tremendas acusaciones tenían la doble fuerza del estilo brillante del gran escritor y de su posición netamente revolucionaria. Después cambió de actitud. Sobre este punto hace E. Buisson el siguiente comentario:

«Ante todo, Gorki tardó bastante en decidirse; *los motivos* que finalmente le guiaran *nos son aún desconocidos;* él nos los explicará algún día...»

Gorki no dirá que los actos sanguinarios han sido

»Ciertamente que Lenin no cree en la posibilidad de la victoria del proletariado en Rusia en las circunstancias actuales. Tal vez confíe en un milagro. La clase obrera debe saber que no existen los milagros, que lo que le espera es el hambre, la completa desorganización de la industria, el desbarajuste de los transportes, una anarquía prolongada y sanguinaria, y a continuación de ella una reacción sombría y no menos sanguinaria. A eso es a lo que su director actual lleva al proletariado. Es preciso compren-

«inventados por completo o considerablemente exagerados», porque él mismo ha contribuído a darlos a conocer al mundo.

En segundo lugar, hay que observar que Gorki es el *único* ruso conocido, aparte de los bolcheviques propiamente dichos, del que han podido decir que se ha unido a la República comunista. Y acerca de este asunto sólo tenemos datos insuficientes [61].

Dada la personalidad de Gorki, se puede suponer sin temeridad que los bolcheviques, dándose cuenta del enorme daño que tal enemigo podía causarles, no habrán perdonado medio alguno para disipar la irritación del famoso escritor. La última noticia de Gorki, que ha llegado hasta el momento de escribir estas líneas, dice así:

«*Londres*, 26 febrero.—Un radio de propaganda rusa anuncia que Máximo Gorki ha sido elegido diputado en el Soviet Central de Moscou.» (*Excelsior*, 27 febrero 1920.)

der que Lenin no es un mago todopoderoso, sino un prestigitador de sangre fría, que no se preocupa ni de la vida ni del honor del proletariado. Los obreros no deben permitir a los aventureros ni a los dementes hacer caer sobre la cabeza del proletariado crímenes vergozosos, crueles, insensatos, de los que tendrá que responder, no Lenin, sino el propio proletariado» [62].

El jefe socialista italiano *Treves*, en un reciente discurso pronunciado en Milán, inculpa a los bolcheviques de «olvidar las leyes del desenvolvimiento capitalista, a las cuales es connatural el advenimiento del socialismo; y de hacer una invocación al milagro, a un *fiat* de realizaciones imprevistas».

Y el otro leader socialista italiano *Filippo Turati*, también los acusa en sentido semejante. «La revolución—dice—, en este período prematuro de la historia, no podía ser más que la hoguera de un momento, detrás de la cual sólo está el desierto. La revolución no se hace en los Congresos ni en los conciliábulos; es un hecho esencialmente técnico; no es más que el fruto de la evolución del instrumento técnico. El socialismo es problema de producción intensa y de riqueza floreciente, porque la miseria no es susceptible de socialización» [63].

De Etienne Buisson:

«Para justificar su tesis fundamental, el bolchevismo no deja nunca de añadir que se trata de una dictadura «transitoria», como lo son todas las dictaduras. Pero pretende apoyar esta institución temporal en el hecho de que, en la evolución de la democracia, hay, en efecto, un período de transición, durante el cual la aplicación de la misma democracia, es decir, del sufragio universal, sería no sólo inútil, sino peligrosa.

»Este es el desarrollo de una idea de Karl Marx.

»En una carta de mayo de 1875, consagrada a la crítica del programa de Gotha, escribe Marx: «*Entre la sociedad capitalista y la sociedad comunista hay el período de metamorfosis revolucionaria de la una en la otra. A este período corresponde también, en el campo de la política, un período de transición, en el cual el Gobierno no puede tomar otra forma que la de una dictadura revolucionaria del proletariado.*» Fundándose en esta supuesta «ley de metamorfosis», es como se reivindica para el proletariado que llega al Poder el derecho de abandonar los principios democráticos que anteriormente había defendido e implantar la dictadura hasta que el socialismo esté organizado.

»Karl Kautsky, considerado como el jefe de la escuela marxista y miembro del partido socialista «independiente» de Alemania, rechaza esta opinión con la inmensa mayoría de ese partido.

»En un folleto recientemente publicado expone su punto de vista, y condena la idea de la dictadura. Karl Marx—dice—ha sido mal comprendido. Todos sus escritos prueban que se representa el porvenir del socialismo, resultando del hecho de tener tras de sí la mayoría de la población. No hay dictadura legítima más que cuando se ejerce en nombre de esa mayoría que, en virtud de sus derechos, ha abolido todos los privilegios. Y así es como los bolcheviques lo entendieron *hasta el día en que se dieron cuenta de que no eran seguidos por la mayoría*; solamente *entonces adoptaron una teoría completamente nueva*, según la cual la República de los Soviets representa «una forma superior de la organización democrática», y facilita «el paso sin dolor» al socialismo. Con este pretexto disolvieron la Constituyente.

»Hasta ahora—dice Kautsky—, el socialismo se les ha aparecido a las masas populares como el defensor constante de la libertad de todos los oprimidos. ¿Va a reclamar el derecho de ser opresor a su vez?»

«Desde el punto de vista de la implantación

del socialismo, Kautsky estima, por lo demás, que el momento está sumamente mal escogido para la socialización de los medios de producción. La condición para el buen éxito duradero del socialismo es que vaya acompañado de un gran caudal de fuerzas de producción. Ahora bien; este caudal exigiría un tiempo durante el cual sería necesario, para vivir, que el pueblo poseyera grandes reservas.

»Si en 1914, en vez de la guerra mundial, hubiese tenido lugar la revolución socialista, se hubiese podido intentar en aquel momento la transformación económica de la sociedad, porque entonces había enormes reservas, de las que ha vivido Europa, efectivamente, desde hace cuatro años. Ahora, por el contrario, el mundo está empobrecido, desorganizado, a pesar de las medidas de socialismo de guerra que se han tomado en todas partes, y la revolución rusa, que, sin embargo, tiene proporcionalmente muchos menos proletarios industriales que alimentar que los países de Occidente, no ha podido proceder a la implantación del régimen socialista sin que todo el mundo se muera de hambre. «Un Estado—dice textualmente Kautsky—, que ha malgastado sus riquezas por una política imprevisora, o por una guerra lamentable, no ofrece de buenas a primeras un terreno

favorable al desarrollo ulterior del bienestar en todas las clases sociales. Si como heredera de un régimen desaparecido, se presenta, no una democracia, sino un régimen dictatorial, la situación se agrava aún más, porque tiene como consecuencia necesaria la guerra civil. Los recursos materiales que aun pueden quedar se malgastan entonces en la anarquía.»

«Kautsky termina con estas palabras:

«Aparte de una pequeña falange de fanáticos sectarios, el proletariado alemán, lo mismo que el proletariado internacional, se atiene al principio de la democracia para todos. Rechazará con indignación toda proposición que tienda a comenzar su reinado por la formación de *una nueva clase de privilegiados y de una nueva clase de desposeídos*. No afirmará hipócritamente, gracias a una reserva mental, que persigue la igualdad de derechos para todos, cuando, *en realidad, no buscaría más que asegurarse privilegios egoístas*... La dictadura, como forma de gobierno, es en Rusia tan concebible como lo fué en otro tiempo el anarquismo de Bakunin. Pero comprender no es aprobar. Y nosotros debemos rechazar enérgicamente tanto el bolchevismo como el anarquismo.»

»Lenin quiso responder él mismo a las críticas ardientes de Kautsky. Envió al *Vorwaerts*,

órgano central de la socialdemocracia alemana un artículo, que se publicó el 25 de octubre de 1918 (núm. 294, segundo suplemento).

»Todo el artículo está escrito en un tono de pasión y de violencia, para dar una idea del cual basta el título: *La Revolución de los proletarios y el renegado Kautsky*. El *Vorwaerts*, al publicarlo, anuncia «otros comunicados de compañeros rusos que, hablando con igual claridad, pretenden que la dominación bolchevique ha degenerado *en puro bandidaje*» [64].

V

Digresión sentimental.

A mi hermano Saturnino.

Se trata—dice Henri Barbusse—de una lucha mundial de las ideas, de los hombres y de las cosas. Dibújase en líneas precisas y sangrientas entre los reformadores que, por primera vez en la historia, han pretendido abolir de verdad la esclavitud de los pueblos y, de otra parte, la burguesía internacional—acrecida por los ignorantes, los vacilantes y los traidores—, que no quieren tal reforma a ningún precio» [65].

Así es, hasta cierto punto. Mas, ¡quién pudiera lograr que de entre esos combatientes se destacara un núcleo selecto de cruzados de la inteligencia y de la sensibilidad, para demostrar a los reformadores su equivocación y a los intransigentes su locura, y abrir un cauce nuevo por donde la justicia se abriese paso sin arrollar a la civilización!

La loca humanidad, luego de haberse pasado siglos mirando al pasado, se emboba ahora escrutando el futuro. ¿Nadie se acordará, pues,

del presente? Y, sin embargo, este presente efímero, que se va para no volver, es toda nuestra vida. ¿Por qué hemos de gastarla en lúcha estéril, disputando de lo que fué o pugnando por lo que será? ¿Por qué no suspender la contienda y ver el modo de hacer más alegre el vivir y más dulce el trabajar? El vivir de ahora y el trabajar de ahora. Pensar demasiado avanzado no es sólo tan inútil como pensar demasiado en retroceso; es, además, presuntuoso, porque esas generaciones que vienen, ¿no sabrán arreglar sus problemas sin nosotros y mejor que nosotros? ¡Tanta aspereza, tanto ruido, tanta acrimonia! ¿No se podría cambiar la hiel en miel? Tanto jugar a la Sibila! Y hoy, y nosotros, ¿cuándo? Bello, noble, pensar en los que vendrán; pero no sacrificar por ellos, dejando de hacerlo para nosotros, lo que para nosotros no podrán ya hacer ellos. ¡Un poco de dulzura, un poco de sonrisa, un poco de paz para la hora de ahora! Para la hora única, que ya se marcha y no volverá ya...

VI

La primera etapa.

RAOUL Labry, en su interesante libro *L'industrie russe et la revolution*, uno de los más serios de la numerosa bibliografía que tiene el tema ruso, dice, con acierto, que es preciso tener ante los ojos las medidas que Marx y Engels—los viejos pontífices del socialismo alemán—preconizaron en su famoso *manifiesto comunista*, de 1848, para seguir el curso de lo que H. Barbusse llama «el inmenso proceso que se sustancia actualmente ante la conciencia humana» [66].

Son éstas:

1.ª Expropiación de la propiedad territorial.

2.ª Impuestos progresivos.

3.ª Abolición de la herencia.

4.ª Confiscación de los bienes de todos los emigrados y de todos los rebeldes.

5.ª Centralización del crédito en manos del Estado por medio de un Banco nacional cons-

tituído con capitales del Estado y con el monopolio exclusivo.

6.ª Centralización de las industrias de transportes en manos del Estado.

7.ª Multiplicación de manufacturas nacionales y de medios nacionales de producción; roturación y bonificación de las tierras cultivables con arreglo a un plan único.

8.ª Trabajo obligatorio para todos; organización de ejércitos industriales, especialmente para lo referente a la agricultura.

9.ª Reunión de la agricultura y del trabajo industrial; preparación de todas las medidas capaces de hacer desaparecer, progresivamente, la diferencia entre la ciudad y el campo.

«Este es—continua Labry—el programa que aplican los bolcheviques en su parte destructiva del orden burgués y en su parte creadora, tan confusamente reglamentada por Karl Marx, por ejemplo, en su fórmula: «Reunión de la agricultura y del trabajo industrial.»

»El 26 de octubre/8 de noviembre de 1917 *, para aplicar el primer punto del evangelio comunista y atraerse a los campesinos, el Soviet decreta la confiscación de la propiedad territorial, excepto la de los proletarios campesinos y

* La primera fecha corresponde al calendario ruso, y la segunda, al Gregoriano.

la de los cosacos, y su entrega a los Comités territoriales comunales y a los Soviets locales *. El mismo día hace el Soviet a todos los beligerantes la proposición de dar comienzo a las conferencias para una paz democrática y equitativa.

»El 31 de octubre/13 de noviembre de 1913 se implanta definitivamente la jornada de ocho horas. Esta es la primera de las medidas industriales, seguida muy pronto del famoso Decreto sobre el control obrero» [67], el cual merece especial atención y capítulo aparte.

»El Decreto significa la intervención directa y personal de los obreros en todo el funcionamiento de la fábrica. Claro es que aún permanece en ella su dueño; pero está reducido al papel de *banquero, destinado a pagar hasta que se agoten sus recursos*. No ha llegado aún la confiscación; pero el paso que falta se dará pronto. ¿Por qué esas medias tintas de los jefes bolcheviques al tomar esta medida? Ello se explica por varias razones. Una es indudablemente la falta de personal director, que hacía necesaria la permanencia, por lo menos provisional, de las antiguas direcciones técnicas. Pero hay

* Especie de minúsculos parlamentos, de los que, como luego veremos, existen toda una complicada jerarquía.

otra más decisiva para los bolcheviques. Con la confiscación entrañaba cargar sobre el Tesoro del Estado el peso de todos los gastos de la fábrica. El control obrero, poniendo realmente el negocio en manos de los obreros, conservaba al propietario como socio capitalista, lo que tenía la doble ventaja de economizar los escasísimos recursos del Tesoro, arruinar a un capitalista y mantener vivo entre los obreros el espíritu revolucionario y el odio a la burguesía, haciendo al patrono responsable de todos los retrasos en el pago de los jornales, de todas las negativas a aumentarlos y de todas las dificultades financieras. Esta política de medias tintas no es, por lo demás, contraria al espíritu del Manifiesto comunista, que declara en el párrafo 53: «Se tomarán medidas que seguramente parecerán insuficientes y a las que no será posible limitarse; pero que, una vez comenzado el movimiento, traerá nuevas medidas, que serán indispensables, a título de medios para revolucionar todo el régimen de producción.»

»Fué, pues, con sabia lentitud, si puedo expresarme así, como se llevaron a cabo las confiscaciones sucesivas antes de que se publicase el decreto general de nacionalización de todas las industrias. Por decisión del presidente del Soviet, el 24 de noviembre de 1917, la aplicación del

control obrero no admite excepciones en favor de los extranjeros. El 13 de diciembre de 1917, un reglamento obligatorio, hecho por la Comisión especial del Consejo superior del control obrero, define los órganos del control obrero en cada empresa, las obligaciones y derechos de la Comisión de control y los recursos de esta Comisión garantizados por el propietario de la fábrica, que abona el 2 por 100 de la cantidad total a que ascienden los jornales. También son los patronos los que, con arreglo al reglamento del 19 de noviembre y 3 de diciembre, sostienen los fondos de huelga mediante cierto porcentaje sobre los jornales, determinado por el Consejo de seguros, con el mínimum de 3 por 100 para los obreros fijos, y el 5 por 100 para los obreros contratados temporalmente. Aún les incumbe una nueva obligación: la constitución de cajas de seguros de enfermedades mediante desembolsos equivalentes al 10 por 100 del jornal de cada obrero.

«Después de apoderarse de esta suerte de la industria la república proletaria, los bolcheviques se apresuraron a poner en práctica las medidas financieras de Karl Marx. Este les ha enseñado que la revolución de 1848 fracasó por falta de dinero, bajo los golpes de los banqueros unidos contra el nuevo régimen.

«El Decreto del 15 de diciembre declara monopolio del Estado los negocios de banca. Los activos y los pasivos de los Bancos particulares pasan al Banco del Pueblo, antiguo Banco del Estado. Los diversos Bancos particulares son sometidos al control, y se convierten en agencias del Banco del Pueblo. Por otro Decreto del mismo día, las cajas de caudales se abren en presencia de su dueño, y las cantidades en ellas depositadas se ponen en cuenta corriente a nombre de su dueño. Si se abstiene, se prescinde de él, y su fortuna es confiscada.»

«Nosotros protegemos los intereses de los que tienen depositadas cantidades modestas, pero con respecto a nuestros capitalistas, nuestra política será implacable», declaraba Sokolinkof al dar cuenta del Decreto sobre la nacionalización de los Bancos al Comité central ejecutivo del Soviet. En efecto, tras los Decretos del 15 se publica el 23 de enero el Decreto de confiscación de los capitales de los antiguos Bancos particulares. El capital social, el capital de reserva y el capital especial de los antiguos Bancos particulares es confiscado, sin restricción, en provecho del Banco del Pueblo. Las acciones son anuladas y deben ser presentadas en las sucursales locales del Banco del Pueblo. Queda prohibido terminantemente todo géne-

ro de transacciones con las acciones de los Bancos.

»Para completar la ruina del capitalismo sólo faltaba anular los empréstitos hechos por los Gobiernos zaristas y burgueses. Ya se había publicado un proyecto en los *Izviestia* del 4 de enero; el 24 de enero de 1918 se convirtió en decreto. Todos estos empréstitos, así como las obligaciones de la Tesorería del Estado emitidas en el extranjero desde el 25 de octubre de 1917, quedan anulados a partir del 1.° de enero de 1918.

»La confiscación de los inmuebles, el aumento de impuestos a los burgueses y la supresión del derecho de herencia vienen a consumar la ruina del capitalismo. Una vez asegurado en sus manos el comercio mediante la prohibición de toda importación y exportación (Decreto del 6 de enero) y creados los monopolios de la venta de paños, calzados y productos alimenticios, ya no queda nada que *arreglar*» [68].

VI

Los tiranos locales.

La limitación humana tiene, también, sus ventajas. Porque si impide que un hombre sea absolutamente bueno, plenamente libre, ilimitadamente sabio, perfectamente inteligente, hace imposible también las proposiciones contrarias.

En la Tierra, por lo demás, todo es limitado, relativo y complejo. Lo absoluto no existe; y hasta el mal, ese concepto negativo, puede contener alguna afirmación. El vulgo dice que no hay mal que por bien no venga.

Beneficiarios de las derivaciones de ese postulado han sido los súbditos de todos los tiranos de la Historia. Porque el tirano es un hombre: *un solo hombre* (excepcional y de valía casi siempre). Si algún mentecato figura en la Historia como tirano, suele ser en calidad de testaferro. El tirano auténtico andaba entre bastidores. Por eso, casi siempre, a los pueblos han venido con el mal del tirano bienes indudables.

(¡Quién nos deparase a los españoles un modesto tirano en buen uso! Con algo de sentido común que entrase en la composición de su tiranía... ¡qué catástrofe para algunos señores diputados y senadores, y qué ventura para los simples mortales, tan lejos ahora de estar inmunes contra la inmunidad parlamentaria!)

Digo que el tirano era siempre *un hombre*, *un solo hombre*, y ya de aquí se deduce una ventaja. Por ser uno y limitado, el tirano era temible de un modo relativo. Ni podía tiranizar práctica y directamente a cada uno de sus demasiados súbditos, ni tenía tiempo de cometer más desafueros que los que caben en una vida; pocos, en relación a la masa general, por notable que fuese su actividad tiranística.

Si imaginamos un país con diez tiranos, le habremos hecho diez veces más infeliz. Si suponemos un país con un tirano central, y sendos tiranos en cada región, en cada provincia, en cada capital, en cada pueblo, habríamos forjado una hipótesis que Dante, desde los Campos Elíseos, nos envidiaría lamentando no haber dado con ella para añadir un círculo más, y el más horripilante, a su Infierno inmortal.

Esa hipótesis superdantesca es el armazón y fundamento del régimen ruso sovietista. Es decir, esa no: peor aún. Porque al hablar de tira-

nos, hemos, implícitamente, supuesto hombres, ya que no siempre excepcionales, por lo menos de cierta mentalidad, de cierta potencia directiva. Y los tiranos rusos son el primer caso en la Historia de selección, a la inversa. Ni se ha dado nunca el caso de tiranos con un poder absoluto, pero irresponsables y cuyas tropelías sean consagradas y recomendadas por la ley.

* * *

La autoridad suprema del Poder central se reparte y despliega en Rusia en toda una frondosísima y complicadísima jerarquía de organismos e instituciones que, dependientes, teóricamente, entre sí, son, en realidad, completamente autónomos; ya porque las leyes les conceden, con terrible vaguedad, facultades completamente discrecionales en las materias más delicadas y más dadas a la arbitrariedad, ya porque de hecho la indisciplina y la dificultad de las comunicaciones en el inmenso territorio, convierten cada región, cada provincia, cada pueblo, en un cantón independiente.

Esos organismos e instituciones revisten variadas formas. Ya son *Soviets* de obreros, soldados y campesinos, especie de Parlamentos locales cuyas facultades son, no ya administra-

tivas, sino legislativas por espontánea autoridad; ya son *Comisiones extraordinarias*, creadas con fines diversos—las más de las veces con funciones investigadoras, judiciales y «represivas» de abusos, indisciplinas y tropelías de todo género; ya son Comités de proletarios, Consejos de obreros, Asambleas de indigentes y otras apelaciones semejantes *.

* Labry, en el interesante prólogo de su libro *Une legislation communiste*, resume así el sistema político bolchevista:

«Desde el punto de vista político, el bolchevismo crea una Federación de Municipios, representados cada uno de ellos por su Soviet o Consejo elegido por Corporaciones de trabajadores. Estas eligen de su seno delegados que forman los Soviets de los cantones, los cuales, a su vez, forman los miembros de los Soviets de los distritos y de las regiones. De este modo se establece una jerarquía de Soviets, terminada por el Soviet *panruso*, detentador supremo del Poder, cuyo órgano ejecutivo es el Consejo de comisarios del pueblo. Son exclusivamente elegibles y electores los proletarios, y en este punto está en contradicción el bolchevismo con el concepto verdadero de la democracia que ofrece a todos igual libertad, igual derecho a vivir, a pensar, a intervenir en los asuntos del Estado. Instituye una tiranía mucho más dura que la del zarismo, de la que únicamente pueden nacer junto con los odios inextinguibles de clase, la anarquía y la guerra civil.

»Por otra parte, esta constitución está basada en

En dos cosas coinciden todos esos organismos. Es la primera el estar constituídos según ese principio de *selección invertida* a que acabo de referirme.

dos principios: 1.°, los elegidos pueden ser sustituidos en todo momento, 2.°, *la plenitud del Poder local pertenece a los Soviets locales*. De modo que los millares de Soviets esparcidos por la nación rusa están sujetos a perpetuas reelecciones. A medida que los proletarios, investidos de la confianza de sus electores, empiezan a poseer tierras y dinero, o sencillamente a no someterse a sus caprichos son incluídos en la categoría de burgueses enemigos del pueblo. Los expulsan y los reemplazan por verdaderos proletarios de convicciones más firmes manifestadas por la violencia demagógica de las palabras y de los actos. De ahí un movimiento continuo hacia los extremos, una dictadura del proletariado en perpetuo estado de instabilidad en beneficio de los elementos más violentos y menos estimables. Por otra parte, siendo los Soviets locales los árbitros supremos de los asuntos locales, sus miembros se inclinan cada vez más a no reconocer la autoridad central y a considerar las Directivas generales creadas por ésta como una ingerencia en el derecho que les está reservado, como una usurpación pura y sencillamente. De suerte que surge el *conflicto entre la voluntad central y las voluntades locales guiadas por instintos rudimentarios y móviles completamente personales*. Se disgrega, al pasar por un número excesivo de órganos de dirección autónomos, en múltiples egoísmos que la aniquilan. De ello resulta que Rusia se desmoro-

En efecto; el hecho de ser o de haber sido *burgués*—en el más amplio sentido de la palabra—priva *ipso facto* al interesado de todo derecho político, administrativo y social.

En Rusia, como en todas partes, eran proletarios—con las consiguientes excepciones—los que no tenían capacidad para dejar de serlo. En el régimen más tiránico de castas, el que vale, acaba por destacarse y subir. Si alguna cualidad especial tenían los proletarios rusos, era la de ser más incultos, más viciosos, más inmorales, más vagos que sus iguales de Occidente. Por lo demás, quien tenía mérito para ocupar un puesto distinguido en la sociedad, no era, sin duda, nombrado Gran Duque; pero conquistaba un puesto preferente, ya como funcionario del Estado, ya como empleado particular, ya simplemente en el ejercicio de cualquiera de las profesiones liberales.

Pues bien; quien en el momento de subir los bolcheviques al Poder era distinguido en cualquier forma, por su nacimiento, por su representación, cargo, fortuna o mérito personal,

na, se divide en infinidad de repúblicas proletarias sin cohesión entre sí; se convierte en un conglomerado de municipios rurales o urbanos cuya división hasta lo infinito impide la ejecución de toda medida de interés general.»

queda *excluído* de los organismos directores. Esos organismos se forman exclusivamente con hombres y mujeres de las últimas capas sociales; y a esas mujeres y a esos hombres se les dan facultades tan omnímodas como jamás lo fueron más las del tirano más absoluto, con las cuales tienen absolutamente a su merced a todos esos ciudadanos ex burgueses prácticamente declarados fuera de la ley, y señalados por el Poder central a las pasiones de los Poderes locales como víctimas natas que están plena y absolutamente a su disposición. No se olvide que esos poderes locales son autónomos *en cada pueblecillo*, y que el *burgués*, necesita su *visto bueno*, su permiso, su informe, su sentencia para lo más imprescindible, para lo más necesario: para vivir.

¿No espanta esto? ¿Hay quien sostenga que son necesarios testimonios concretos—que no faltan—para saber *con certeza* que en Rusia han ocurrido tragedias innumerables y tan espantosas que al menos imaginador aterra su facilísima evocación?

¡Qué venganzas ruines, qué desquites trágicos, qué tremendos *chantages* se adivinan! ¡Qué brutales expansiones de la bestia lujuriosa, villana, soez y *dueña de la situación!*... Se ha hablado de una epidemia de suicidios en la Rusia

bolchevista. Sólo con conocer esa organización diabólica basta para saber que la estadística circunstanciada de esa epidemia parecerá un colosal repertorio de espeluznantes dramas de Grand-Guignol.

Véanse algunos datos concretos sobre atribuciones de los Poderes locales, e imagínese la variadísima *aplicación* de que son susceptibles en manos del *cabecilla* del Soviet, pues naturalmente las atribuciones que pertenecen a los elegidos son en la práctica asumidas por un cacique, como sucede en todas las asambleas menudas y aun en muchas grandes.

Del Decreto sobre la percepción de los impuestos directos:

«La vigilancia sobre la percepción de los impuestos mencionados está reservada a los órganos revolucionarios, a los Soviets de diputados obreros, soldados y campesinos, que *determinarán la cuantía* de la multa por violación de la ley» [69].

De un Decreto sobre extensión de derechos financieros del Municipio de Petrogrado:

«La administración municipal de Petrogrado puede crear *toda clase de impuestos mediante un simple acuerdo* de la Duma municipal de Petrogrado.

»Queda anulada para la ciudad de Petrogrado la necesidad de presentar una instancia al Poder gubernativo, interesado con el objeto de obtener la autorización para poner en vigor tal o cual acuerdo de la Duma municipal sobre la fijación de los impuestos municipales y la aprobación de *la manera de recaudar* estos impuestos. En conformidad con el Decreto del Gobierno provisional, del 9 de octubre de 1917, mencionado en el art. 1.° del presente Decreto, la administración municipal de Petrogrado puede crear los impuestos municipales admitidos por esos reglamentos en beneficio de la ciudad de Petrogrado, según acuerdo de la Duma municipal, sin necesidad de dirigir una instancia en forma al Gobierno...

»En el caso de que no se verifique el pago del tributo suplementario del impuesto gubernativo sobre las rentas en el plazo fijado por la administración municipal de Petrogrado, ésta tiene el derecho de imponer a los culpables *una corrección, pudiendo llegar hasta la confiscación de todos sus bienes*...

»En el caso de que no se verifique el pago del impuesto sobre los inmuebles dentro del plazo fijado por la administración municipal de Petrogrado, ésta tiene derecho a imponer una multa a los culpables, por vía de apremio, sobre

las rentas de sus inmuebles *o decretar la confiscación de todos sus bienes* [70].

»Los Consejos regionales tienen el derecho de eximir del impuesto a aquellos ciudadanos que viven de su trabajo y *que no estén en situación de dar lo que se les reclama*». [71] (Lo que implica la obligación de dar lo que se reclame a quien el Consejo regional *no declare exento*.)

De un acuerdo del Comité del Soviet de Petrogrado sobre los trabajos para quitar la nieve de Petrogrado:

«El cuidado de organizar los trabajos para quitar la nieve incumbe a los Comités de pobres de las casas, o, a falta de éstos, a los órganos administrativos que los reemplacen...

»Sólo se eximen del trabajo los enfermos y los inválidos, a quienes el estado de su salud prohibe el trabajo físico, lo que debe probarse mediante un certificado médico *legalizado por el Comité de pobres* [72].

Del Decreto del Consejo de comisarios de la Unión de las comunas del Norte sobre la requisa de prendas de abrigo para el ejército rojo:

«... los que no empleen obreros retribuídos darán el número de lotes de prendas * que *fije el Soviet local*. Los que empleen obreros retri-

* De 1.000 rublos cada lote.

buídos darán un lote suplementario por cada tres obreros...

»A los comerciantes que compren productos a las personas mencionadas en el art. 3.° del presente Decreto los Soviets locales les impondrán *a su arbitrio* una contribución que no podrá ser en ningún caso inferior a un lote...

»Los propietarios de fábricas, de talleres y de todas las demás empresas industriales darán un lote por cada tres obreros que trabajen en su casa. En el caso de que la empresa ocupe a más de cincuenta obreros, el Soviet local impondrá *a su arbitrio* la contribución al dueño de la empresa, prescindiendo del número de obreros que trabajen en ella...

»El Soviet local impondrá *asimismo a su arbitrio* contribución a los propietarios de cinemas y de teatros, así como a las personas que *explotaban* o explotan por contrata medios de transporte, ya fluviales, ya por la red de carreteras, y *a todos los ciudadanos que poseían tierras en 1918 y las cultivaban* valiéndose de obreros retribuídos...

»Los propietarios de casas de campo o solariegas, *ya permanezcan en sus casas señoriales, ya las hayan abandonado*—en este último caso cuando el mobiliario que en ellas se encuentre se considere aún propiedad suya—,

así como los que vivan en casa propia en las ciudades están obligados a entregar *todos los efectos precitados que posean* en buen estado para equipar al ejército, reservándose únicamente las cantidades que *el Soviet local* ESTIME *necesarias para su uso personal*....

»Los inquilinos de *villas* y hoteles particulares pagarán la contribución que les imponga *a su arbitrio* el Soviet local, no pudiendo ser la entrega en ningún caso inferior a un lote...

»Los propietarios que den en alquiler cuartos, *villas* u hoteles particulares entregarán el número de lotes fijado por el Soviet local, o por lo medos un lote...

»A los Soviets y a los Comités de pobres de los pueblos corresponde no aplicar las disposiciones del presente Decreto a las personas de quienes los Soviets SEPAN que están privadas de todo recurso por enfermedad o falta de trabajo» * [13].

De Arthur Ransome:

«... Al presente, si un hombre tiene necesidad de un traje nuevo, es preciso que vaya envuelto en sus andrajosas telas a su «Comité de casa» y pruebe de tal modo que verdadera-

* Es decir, que teniendo un enemigo en el Soviet, ni *aun estando enfermo* e inútil se exime nadie de *dar lo que no tiene* o de hacer lo que no puede hacer.

mente le hace falta otro vestido. Se le concede entonces el derecho a comprar uno» [74].

Se puede afirmar que la mayoría de las disposiciones bolchevistas conceden a los organismos locales facultades para hacerlas cumplir a su arbitrio y para imponer castigos, llegando a la confiscación de bienes.

Véanse ahora algunos testimonios acerca del uso que se hace de estas atribuciones:

De N. Tasin:

«En las capitales los empleados de los Soviets se hallan bajo la vigilancia directa del Gobierno, mientras que en provincias tienen el campo libre. Allí, los representantes de los Soviets y de las innumerables Administraciones gubernativas pertenecen con frecuencia a la categoría de personas sin escrúpulos, muchas veces a la hez de la sociedad, formada por antiguos «cien-negros» y criminales escapados de presidio. Abusan escandalosamente de su autoridad; cometen crímenes incalificables contra la moral más rudimentaria, y no tienen más que una sola y constante preocupación: la de enriquecerse lo antes posible. Comprenden perfectamente que estos tiempos venturosos no pueden durar mucho, y se apresuran a aprovecharse de su privilegiada situación, sacando de ella cuantas ventajas estén a su alcance. Rusia

hállase a merced de gentes sin oficio ni beneficio, ignaras e incapaces, y el desorden, el desbarajuste más indescriptible aumenta de día en día.

»Véanse, a este propósito, unos extractos de la muy edificante información que el Comisariado del control del Estado publicó en *Izviestia* * el 22 de septiembre de 1918:

«En primer lugar, la información hace constar que «se han descubierto graves desórdenes en numerosas organizaciones e instituciones bolchevistas». Entre otros, queda fuera de duda que «diferentes valores y sumas considerables, alcanzando un *total de cien millones de rublos*, están ilegalmente depositados tan sólo en las instituciones de Moscou. Descubrióse, asimismo, que existen grandes errores en las cuentas; que se distribuyen pensiones a personas fallecidas hace muchos años; en fin, que se está llevando a cabo un verdadero pillaje.»

»En el curso de la encuesta—continúa el informe—sobre la construcción de máquinas agrícolas, se ha observado que en relación a los 400 millones necesarios para la mencionada construcción, las operaciones de los órganos centrales para la entrega de máquinas agrícolas

* Periódico oficial bolchevique.

a la población, se verifican con extrema negligencia violando todas las reglas establecidas.

»La revisión de las Comisiones de Abastecimiento, sobre todo en provincias, demostró «la incapacidad de llevar a buen término los asuntos inherentes a su cargo y reveló la falta de fondos en sus Cajas», lo que obligó al Comisariado del Control a exigir en numerosos casos una investigación judicial. Este Comisariado observó con amargura, no tan sólo «una ausencia completa en los Soviets de sistema para confeccionar los presupuestos y para la más elemental contabilidad, sino también numerosos robos». «Las mercancías son robadas en las estaciones de los ferrocarriles por vagones enteros...

»Muchas veces es absolutamente imposible encontrar para desempeñar cargos públicos a personas honradas, que podrían ser garantía de recta y sabia administración. A título de información, he aquí lo sucedido en Perm: el comisario de Abastecimientos es detenido por robo; nómbrase en seguida un nuevo comisario; pero al cabo de pocas semanas detiénesele también por robo; con el tercero pasa exactamente lo mismo; entonces el Soviet de Perm toma el acuerdo siguiente:

»Comoquiera que todos los comisarios han

robado, roban y robarán, pedimos que el tercer comisario sea reintegrado en sus funciones; pues, al menos, sobre los otros tiene la ventaja de poseer capacidad para el cargo» [75].

»El 3 de noviembre, Hans Vorst (corresponsal alemán de competencia incontestable y testigo ocular), publicaba un artículo muy curioso sobre las Comisiones extraordinarias creadas «para combatir la contrarrevolución, la especulación y los crímenes de los funcionarios». Cada gobierno, cada distrito, tiene su Comisión extraordinaria. A su cabeza se encuentra la Comisión extraordinaria de toda Rusia, presidida por Drerjinski y Peters. Lo que no quiere decir que tengamos que habérnoslas con un organismo *jerarquizado* y centralizado a la alemana. La provincia depende poco del centro. Cada Comisión trabaja por sí, con arreglo a sus fuerzas y a sus ideas. *Pero todas tienen un poder ilimitado sobre la vida y la propiedad de los ciudadanos, sin ninguna responsabilidad, por de contado...*

»Están expuestos (los funcionarios) a grandes tentaciones, porque disponen de una verdadera autoridad y las ocasiones de robar no faltan. El peligro de ser descubiertos es bastante insignificante, porque es raro que las víctimas tengan la audacia de denunciar al culpable.

»Las Comisiones extraordinarias publican *Izviestia*, boletín semanal oficial. En su número 4 se lee: «De todas partes llega a nosotros la noticia de que personas, no sólo indignas, sino realmente criminales, tratan de introducirse en las Comisiones extraordinarias de los gobiernos y, sobre todo, de los distritos. ¡Qué puede ser semejante poder en tales manos!» [76].

VII

La persecución ronce-rosa.

Los movimientos populares han abundado siempre en bárbaras injusticias por parte de la masa en libertad.

Procede, en primer término, este hecho constante de ese postulado de psicología de las multitudes, según el cual la unidad individuo se borra con todas sus cualidades al entrar en la multitud y adquiere esa especie de crueldad, de ferocidad destructiva, de insensibilidad ante el dolor que es el más odioso aspecto de una corrida de toros.

Se acentúa, además, en los sucesos revolucionarios con el rencor y el odio innatos en el siervo contra el amo y el ansia de desquite, que se despierta feroz al surgir la ocasión de vengarse.

Por eso este libro no incurrirá en la superficial injusticia de atribuir a la doctrina ni a sus propugnadores principales la parte de horrores

bolchevistas que Lenin, Trotsky, Zinoviev y demás jefes, no sólo no han inspirado, sino que habrían lamentado sinceramente, aunque sólo fuese porque eran un argumento contra su teoría.

Por eso mismo tengo más derecho a recalcar la parte de crueldad innecesaria y evitable que ha existido; tengo obligación de subrayar la persecución sistemática y rencorosa que no los mujiks, no los soldados, no los siervos de ayer, sino los jefes, los intelectuales, los responsables, han realizado contra todo ruso poseedor de algún bienestar en el antiguo régimen.

No hay que buscar hechos ni argumentos deductivos, porque el Gobierno bolchevique ha dicho desde el primer día, no sólo en discursos de mitin o en interviús periodísticas, sino en las leyes del nuevo régimen—comenzando nada menos que por la *Constitución de la República de los Soviets* *—que se trata de aniquilar, de aplastar, de exterminar la maldita raza burguesa.

Lenin sabe de sobra que en la maldita raza burguesa hay mil inocentes por cada responsable; sabe muy bien que ese sistema inicuo de

* Véanse en el Apéndice sus artículos más interesantes.

suprimir fría y bruscamente todo medio de vida a millones de familias enteras, donde hay infinidad de niños, de enfermos, de mujeres incapaces de trabajar y de hombres que no pueden improvisar en un ambiente hostil lo que no han hecho nunca, es cometer una infamia que se puede llamar la más vituperable de la Historia, habida cuenta de la capacidad de sufrimiento que tenían los atropellados y de la conciencia del daño que tenía quien lo mandó hacer.

Y, sin embargo, así lo hace con un refinamiento de crueldad, con un ensañamiento salvaje que no podría tolerar ningún corazón generoso, aunque cada burgués ruso fuese personalmente responsable de todas las iniquidades del zarismo.

Véanse algunos ejemplos prácticos:

Leyendo la *legislación* (llamémosla así...) de los bolcheviques se ve cómo han estado estudiando con infinita saña el acorralar a los burgueses de modo que no tengan escape; que sea un hecho su indigencia, su absoluto desamparo. (¡Eso es!, que trabajen, dirá algún fanático miope *no más partidario que yo de que toda persona útil tenga que trabajar*, no más enemigo que yo de la vagancia, ya sea blasonada o zarrapastrosa.)

No sólo se suprimen toda clase de rentas, cuidando bien de que ninguna se escape, sino que con tenaz insistencia se dictan a diario mil diabólicas disposiciones para arrancar a los burgueses hasta el último céntimo, hasta las más escondidas reservas que tuviesen. Es una expoliación sistemática e irresistible tan estupenda, que persigue no sólo al que tiene dinero, sino AL QUE LO TUVO.

La imaginación menos dada a forjar episodios, seguramente idénticos a los reales, ve los dramas a que ha de haber dado lugar la persecución implacable, no ya en el que tiene que entregar por fuerza los últimos rublos precisamente cuando ser ex burgués y no tener dinero equivale a morir: sino en quien para salvar la vida de un hijo o la honra de una hija haya de buscar con ansia estéril las sumas que el Soviet le exige por alguna disposición como las ya reproducidas y las que siguen.

Del Decreto acerca del impuesto sobre la renta:

«Al hacer el cálculo de la renta que ha de ser gravada con el impuesto, se toma en consideración el total de las rentas del contribuyente, *independientemente de su existencia real* en el 1.° de enero del ejercicio del impuesto...

»En el caso de que los interesados opongan

una objeción qualquiera al cálculo de las rentas hecho por las Comisiones de los distritos para el impuesto sobre la renta, estas personas están autorizadas a presentar a dichas Comisiones declaraciones escritas que, SI SE RECONOCE que son fundadas, deben servir de base para el NUEVO * cálculo del impuesto, en conformidad con el artículo 146 del reglamento del Estado, referente al impuesto sobre la renta» [77] **.

Del reglamento sobre aportación de fondos para la Caja Obrera de Petrogrado del Seguro social:

«Los propietarios y los administradores de las empresas y de los establecimientos que no hayan cumplido el presente reglamen-

* Es decir, que por de pronto el primer cálculo vale, *aunque se reconozca* (¡que ya es esperar!) que es absurdo, y que el interesado no puede pagar.

** *Etienne Buisson* dice [78] con acierto:

«¿A qué se nos habla de impuestos sobre la renta, cuando no existe semejante renta para los particulares? Todos los empréstitos del Estado fueron anulados por un Decreto del 14 (27 de diciembre de 1917), sancionado pocos días después. Estando nacionalizadas todas las empresas y no funcionando más que bajo la vigilancia obrera, el ex patrono, el que «se aprovechaba del trabajo ajeno», sólo cobra lo que buenamente quieren darle. Esto en cuanto a la renta. Y, en cuanto al capital, ¿cómo «sitiarle», si ya no hay ricos? Los ricos de ayer no viven más que trabajando con sus propias manos.»

to *, serán castigados con un año de prisión, como máximum, *sin que se agrave la pena con multas* [79]. (¡Encima, burla!)

«La Oficina de Abastecimiento (¡que ocupa a más de 4.000 empleados, y que cuesta al Tesoro cerca de 300 millones de rublos mensuales!) dividió en agosto de 1918 a toda la población en cuatro «categorías de alimentación»: 1) guardias rojos y obreros; 2) pequeños empleados y sirvientes; 3) antiguos funcionarios, y 4) intelectuales y burgueses. La primera categoría tenía derecho a recibir media libra diaria de pan y cinco arenques; la segunda, un cuarto de libra de pan y cinco arenques; la tercera, 50 gramos de pan y tres arenques; la cuarta, *sin pan, y nada más que tres arenques* (alimento único *diario*).

»Estas disposiciones han experimentado varias veces algunas modificaciones. He aquí el último «Decreto sobre alimentación», publicado a fines de febrero de 1919:

»Toda la población queda dividida en cinco categorías: 1) soldados; 2) obreros y emplea-

* Que impone grandes sumas a industriales, con frecuencia *arruinados*, que no han cerrado sus fábricas o establecimientos *porque no se les permite*, y que, por tanto, se encuentran en la imposibilidad de pagar.

dos; 3) familias de las dos primeras categorías; 4) campesinos, y 5) las demás clases sociales. Los soldados recibirán (teóricamente) dos libras mensuales de carne o pescado y dos libras de aceite vegetal; los obreros y empleados tienen derecho a tres cuartos de libra de pan cada día, cuatro libras de carne o pescado cada mes y media libra de aceite.» Y así sucesivamente. Los burgueses (quinta categoría) «pueden recibir un cuarto de libra diario de pan, dos libras mensuales de carne o pescado y dos libras de aceite» [80].

Ransome, refiriéndose a la ocupación de pisos burgueses por los proletarios:

«Esta manera de proceder ha sido evidentemente durísima para los propietarios, y, en ciertos casos, los nuevos inquilinos han destrozado terriblemente las casas.»

Del Decreto sobre las entregas en metálico con destino a los fondos de huelga:

1. «*En el momento del cierre* * de las fábricas y del despido de los obreros, se percibirá de los patronos, *en beneficio de los fondos de huelga* (!) de toda Rusia, la cuota fijada por el Consejo de Seguros, a saber: para las profesiones cuyo ejercicio es independiente de las esta-

* Causado las más de las veces por haberse ya arruinado completamente el propietario.

ciones el 4 por 100, y para las profesiones que se ejercen en determinadas estaciones el 6 por 100 de la cantidad global abonada a los obreros» [81].

Del Decreto del comisario del Trabajo sobre las indemnizaciones por incapacidad para el trabajo:

«*En el momento del cierre de las fábricas* los obreros que hayan permanecido en ellas cinco años, como mínimum, que sean declarados inútiles para el trabajo, previo un reconocimiento médico, y que no tengan otros recursos que el producto de su trabajo, reciben indemnizaciones especiales en razón de la antigüedad de sus servicios» [82].

Del Decreto sobre la requisa de prendas de abrigo para el ejército rojo:

«...a los propietarios de casas, a los que ocupen pisos cuyo precio exceda de 100 rublos al mes, *a las personas que disfruten bonos de abastecimiento de tercera y cuarta categoría* *, así como a los hombres que en las últimas quintas quedaron libres del servicio militar, pero fueron declarados aptos para el trabajo, se les impone un gravamen en el territorio del Municipio obrero de Petrogrado, y deben dar cada uno de ellos una manta o una prenda de abrigo...

* Que son, en general, los más arruinados.

»Todos los propietarios de fábricas y talleres deben dar prendas de abrigo, a razón de un lote completo por cada cinco obreros empleados en sus industrias...

»Las personas que no tengan posibilidad de proporcionar las prendas, pueden pagar el impuesto en numerario, a razón de 1.000 rublos por lote...

»Los Consejos regionales tienen el derecho de eximir del impuesto a aquellos ciudadanos que viven de su trabajo y no están en situación de dar lo que se les reclama...

»La omisión de la entrega de prendas y la falta de pago de la multa, se castigarán con la confiscación y trabajos forzados...

»Los propietarios de establecimientos comerciales, de casas de comisiones y de cooperativas, los dueños y arrendatarios de almacenes y depósitos de todas clases entregarán un lote por cada porción de 5.000 rublos del valor total de los géneros que tenga en su casa *...

* Nótese una vez más el paso franco a la arbitrariedad. Esa valoración y ese cálculo pueden fácilmente hacerse de modo que este solo impuesto quebrante o arruine al industrial. Y ya sabemos que de eso se trata; pero sobre lo que pretendo llamar una vez más la atención, es sobre el hecho de quedar siempre al arbitrio del organismo local—léase del

»La falta de cumplimiento del presente Decreto, dentro de las dos semanas siguientes al último día del plazo, traerá consigo la confiscación de todos los bienes del transgresor...

»Las personas que ya no tengan hoteles, ni casas de huéspedes, ni posadas, *pero que las tuvieron y las cerraron* en el año de 1918, pagan el impuesto con arreglo al art. 5.°, excepto aquellas a quienes el Soviet local juzgue necesario eximir» [88].

Del Decreto sobre la percepción de impuestos directos:

«A las personas que para el 20 de diciembre no hayan efectuado * el pago del impuesto sobre la renta, se les impondrán, aparte de otras correcciones previstas por la ley, multas en especie, hasta la confiscación de todos sus bienes. Las personas que, *deliberadamente*, aplacen el

tiranuelo de campanario—el *arruinar o no* a todos los industriales, con lo cual la inmensa mayoría de las disposiciones oficiales son, no a beneficio de «los proletarios», sino a beneficio *del proletario* de turno, que así tiene en todo momento armas terribles para intentar apoderarse de *todo* lo que en el hogar burgués despierte sus apetitos.

* Porque no hayan podido; pues a las que no hayan querido, las manda a la cárcel unas líneas más abajo.

pago de este impuesto, serán condenadas a cinco años de prisión como máximum» [84].

Decreto sobre el mobiliario:

«El «presidium» del Soviet de Moscou, con el fin de regularizar la requisa de casas y de muebles, ha acordado que los habitantes de Moscou se dividan en cuatro categorías:

1.ª Obreros.—Conservarán todo su ajuar, y además tienen derecho a recibir para su uso muebles o utensilios de los que estén a la disposición de los Soviets locales.

2.ª Empleados modestos de las empresas particulares y de los establecimientos gubernativos (dependientes, técnicos, maestros, empleados de las oficinas del Gobierno, colaboradores de los Soviets).—Conservarán todo su mobiliario.

3.ª Altos empleados de empresas comerciales e industriales y de instituciones sociales.—Los propietarios de empresas comerciales y demás empresas serán privados de la parte superflua de su menaje, a excepción de lo que les sea necesario para su especialidad.

4.ª Los ex fabricantes y otros representantes de la burguesía *serán privados de todo su mobiliario* y no conservarán más que lo *estrictamente* necesario» [85].

VIII

Leyes platónicas.

Con ese propósito destructor y con ese rencor suelto colaboran la falta de sentido práctico y la ignorancia total de todo el mecanismo económico principalmente del industrial.

Hélène Reynard, escritora inglesa ya citada, en cuyos escritos se ve una preocupación de imparcialidad y un marcado interés por los obreros, dice que «el paso del antiguo régimen a otro más perfecto no puede ser rápido y violento sin serio peligro *para la sociedad* (y no sólo para los patronos, como creen algunos todavía); y exigir que el obrero, sin previa educación ni experiencia, asuma por completo la dirección de la industria es una invitación al desastre». Por otra parte, «no se pretenderá convencerme de que el proletariado tiene el monopolio de todas las virtudes» [86].

El olvido de esa falta de preparación y de esa falta de santidad en los obreros, coincidiendo

con la ignorancia de la vida práctica industrial, que es, por lo visto, común entre los directores del bolchevismo, se revelan en la mayoría de sus textos legales.

Véanse muestras:

Del Decreto sobre la administración de las empresas nacionalizadas *:

«1.° La dirección central de las empresas nacionalizadas de una industria cualquiera designa para cada empresa importante nacionalizada un director técnico y un director administrativo, en cuyas manos están la dirección y administración de la empresa. Estos directores son responsables ante la Dirección central y ante el delegado que se les designa.

2.° El director técnico nombra todos los empleados técnicos y da todas las instrucciones referentes a la dirección técnica de la empresa; el Comité de la fábrica puede apelar de estos nombramientos y de estas instrucciones ante el delegado de la Dirección central, y después, si ha lugar, ante la Dirección central; sólo el delegado y la Dirección central pueden revocar los nombramientos y las instrucciones del director técnico.

3.° Se crea un Consejo económico de ad-

* Es decir, aquellas que ya son del pueblo y conviene hacer prosperar.

ministración cerca del director administrativo, formado por delegados de los obreros, empleados e ingenieros de la empresa. El Consejo examina los proyectos, el plan de trabajos, los reglamentos de orden interior, las quejas, las condiciones económicas y morales del trabajo y de la vida de los obreros y empleados, así como todas las cuestiones concernientes a la vida de la empresa

4.° El Consejo tiene solamente voto consultivo para las cuestiones de la gestión técnica de la empresa, en tanto que en lo que respecta a las demás cuestiones tiene voto deliberativo; en lo que concierne a estas últimas, el director administrativo designado por la Dirección central puede apelar de las decisiones del Consejo ante el delegado de la Dirección central» [87].

Quien conpzca siquiera someramente la vida interior de una empresa industrial no necesita comentario para juzgar lo absurdo de todo ese tinglado complicadísimo, incompatible, por cierto, con la jornada de ocho horas. Porque con *doce* diarias no tendría tiempo suficiente el director para ocuparse exclusivamente en la nube de trámites, gestiones y entorpecimientos que supone ese engorrosísimo régimen.

Ignora, por otra parte, el talentudo redactor de esa disposición y de todas las bolchevis-

tas relativas a la industria, que en esa forma es imposible *trabajar a gusto*, porque todos los movimientos y todas las inspiraciones—tan importantes, tan decisivas a veces—tropiezan con esa red insoportable que inmoviliza al director más entusiasta y activo. Y sólo quien trabaja con agrado y con la natural soltura de movimientos rinde labor útil y hace algo que valga la pena.

Después de ese Decreto será director quien sólo se proponga cubrir el expediente para cobrar la nómina. ¡Y medrada andará la empresa!

M. Weber, capataz de la fábrica de Zerbakov, propiedad de la Sociedad suiza *Moskauer Textilenfabrik*, dice lo siguiente:

«El Decreto bolchevique sobre las cajas para caso de enfermedad obliga a la fábrica a pagar al obrero enfermo su jornal completo. Los obreros hacen un abuso escandaloso de esta prescripción; pretextando imaginarias indisposiciones, se hacen declarar enfermos por el médico de la fábrica. Para evitar toda discusión con los obreros, a quienes los Soviets de la fábrica dan sistemáticamente la razón, el médico se limita a tomar nota de las declaraciones de todos los que se presentan...

»Basta que un obrero declare qne el trabajo

que se le asigna le fatiga demasiado, para que el Consejo de obreros *decida inmediatamente agregarle un compañero. Los inútiles aumentos de personal gravan extraordinariamente el presupuesto de la fábrica*» [88].

Pero no es sólo en lo industrial: la vaguedad y la imposibilidad práctica parecen cualidades inherentes a la legislación bolchevique, que con extraordinaria frecuencia lanza órdenes a raja tabla, no sólo sin decir cómo han de ejercitarse, sino a conciencia de que ello es seguramente imposible. Parece que sólo se trata de una necesidad de *parvenu*, que legisla por legislar, por gusto, a todo trapo, con esa voluptuosidad del *que nunca lo ha hecho* que pone el nuevo rico en comprar las joyas por kilos y las corbatas por gruesas; con esa profusión inoportuna y cursi del nuevo noble que manda poner la corona hasta en los más prosaicos artefactos del ajuar.

Una verborrea manoteadora e inconsciente les hace decir insignes tonterías, que harían sonreír si no indignaran.

Vean ustedes al genial Lenin acreditándose de cándido:

«Nuestro objeto es llevar a *todos los pobres* a una participación personal en la Administración. Todo lo que pueda, por modos diversos, ayu-

dar y contribuir a ello, debe ser cuidadosamente estudiado, sistematizado, traducido en leyes. Nuestro objeto es el cumplimiento *gratuito* de las obligaciones respecto al Estado por *cada* trabajador, cuando haya terminado su jornada de ocho horas de trabajo productivo. El paso a ese estado de cosas es muy difícil; pero es la prenda de la consolidación definitiva del socialismo.»

¿Es necesario llamar la atención—dice Buisson—una vez más sobre lo poco que estas aspiraciones, completamente teóricas, se cuidan de *las exigencias de la administración moderna*, cuyo complicadísimo mecanismo exige una competencia nada improvisable? [89].

De cuando en cuando un rasgo de sinceridad, sobre todo en Lenin, que, entre otras cosas simpáticas, tiene ésta. En el Congreso de Consejos de la Economía social pronunció Lenin (26 mayo 1918) estas palabras:

«Es imposible pretender crear nuevas formas por medio de decretos. Es indispensable resolver en la práctica los problemas que el proletariado ha planteado, y a medida que se resuelvan, el proletariado aprenderá a practicar el socialismo en todas sus formas» [90].

Y de cuando en cuando la *paja en el ojo ajeno*, como en estas palabras de Trotsky:

«El programa del Partido socialista revolucionario—enemigo del Partido socialista bolchevique—está basado en *fórmulas de un vago humanitarismo*» [91].

Y ahora dígase si pueden encontrarse fórmulas de humanitarismo más *vagas* y más fantásticas que las siguientes:

«Desde el momento en que la gran mayoría, si no la totalidad de los miembros de la sociedad, hayan aprendido a dirigir el Estado, estarán en condiciones de organizar el control de esta pequeña minoría de capitalistas y de aquellos obreros a quienes el capitalismo ha desmoralizado profundamente. Desde ese momento todo Gobierno será absolutamente inútil. Cuanto más completa sea la democracia, más cercano estará el instante en que todo Gobierno resultará superfluo. «El Estado», formado por los obreros armados, no será ya un Estado en el sentido propio de la palabra; y rápidamente el Estado, bajo una u otra forma, *empezará* a morir.»

«Porque, cuando todos hayan aprendido a administrar lo que se llamaba el Estado, cuando todos tengan en sus manos la dirección efectiva y autónoma de la producción social, cuando todos ejerzan su control sobre los vagos, los junkers, los embusteros y otros partidarios de

las tradiciones del capitalismo, toda contravención a las reglas del control y de la contabilidad aplicadas por el pueblo entero llegará a ser sin duda alguna tan difícil, constituirá una excepción tan rara, será seguida de un castigo tan rápido y tan severo (*porque los obreros armados son hombres* PRÁCTICOS Y POSITIVOS *y no intelectuales sentimentales* * y no permitirán que se burlen de ellos), que la estricta observación de las simples reglas fundamentales necesarias a toda vida humana colectiva se convertirá muy pronto, por su misma necesidad, en una costumbre. Entonces se abrirá la puerta de comunicación entre la primera fase de la sociedad comunista y su fase última, y también el camino que conduce a la desaparición completa del Estado» [92].

Estas palabras no son como pudiera creerse desahogos inofensivos de algún publicista perturbado: son parte del evangelio bolchevista, según su máximo profeta y jefe supremo Wladimiro Ulianov Lenin.

Más botones de muestra:

«Tres principios esenciales guían, en cuanto a la Instrucción pública, las reformas bolcheviques: 1.°, la enseñanza debe tener por objeto

* ¡Elocuente y repulsiva confesión!

desarrollar «el espíritu revolucionario» y formar para el Estado comunistas conscientes; 2.°, es gratuita y accesible a todos en sus diversos grados: primaria, secundaria y superior; 3.°, sus programas se hacen de *común acuerdo* por los profesores, los padres de los alumnos y los propios alumnos, con arreglo al plan general de la Comisaría de Instrucción pública [98].

¿Imagina el lector a los profesores, a los padres y a *los alumnos, poniéndose de acuerdo* para redactar los programas? *.

De la *Gaceta del Comercio y de la Industria*, de 26 de junio de 1918.

«El servicio de anticipos sobre títulos ha sido totalmente transferido a la oficina de crédito, recientemente constituída.

* El *Lustige Blätter* ha publicado recientemente una nota cómica alusiva a las reformas en la enseñanza. Ocurre la escena en una escuela cuyo maestro está rodeado por seis o siete padres y madres de los muchachos. Éstos se dedican a los *ejercicios* y *experimentos* más apropiados para que se advierta que no le hacen ningún caso al profesor. Éste, con gesto tímido, se vuelve hacia el coro paternal y dice:

—¿Podré preguntar a Fritz el año en que Cristóbal Colón descubrió América?

—Lo decidiremos por votación—contesta uno de los padres censores.

»Los anticipos se hacen conforme al reglamento siguiente:

»1.° De ordinario, hasta llegar a la mitad del capital límite, por el cual se mantiene el derecho de propiedad; es decir, hasta 5.000 rublos, mediante desembolsos de 120 rublos por semana, ó 480 rublos al mes.

»2.° A título de excepción, por la entrega de una cantidad suplementaria igual a la cuarta parte del capital total, es decir, de 2.500 rublos.

»Para obtener anticipos sobre valores mobiliarios, es necesario presentar certificados *que acrediten la carencia de otros recursos y la necesidad del interesado* de recurrir a los socorros de la Comisión de Beneficencia social o de los Consejos locales» [94].

Creo innecesario comentar estas peregrinas disposiciones. Que uno recibe veinte duros mensuales, y diez pesetas diarias de sendas pensiones o que uno tiene X renta del 4 por 100, es posible demostrarlo; pero que uno *no* recibe nada de cada uno de los habitantes del globo, ¿cómo se demuestra? ¡Presentar *certificados* (así: con toda esa precisión) que acrediten la carencia de *otros* recursos y *la necesidad* del interesado...! ¿Quién dará esos certificados y qué dirán esos certificados y qué acreditarán esos certificados?

Del Decreto sobre servicio obligatorio en la Guardia roja:

«Son declarados aptos para el servicio todos aquellos que, desde el punto de vista físico y moral, son capaces de desempeñar las funciones de éste y *merecen plena confianza*» [95]. Convengamos en que Licurgo no hubiera hablado con más empaque y precisión casuística.

Del Decreto de socialización de las tierras dado por el Congreso de Diputados obreros, soldados y campesinos, en la sesión de la noche de 26 de octubre/8 de noviembre de 1917:

«Los daños de cualquier clase que sean, causados a las fincas que pertenecen desde ahora a todo el pueblo, son considerados como delitos graves de la jurisdicción del Tribunal revolucionario. *Los Soviets de los distritos* tomarán todas las medidas necesarias para mantener el orden más completo cuando se lleve a cabo la confiscación de las propiedades territoriales, para determinar qué *superficie* y qué *parcelas* deben ser confiscadas, para hacer un *inventario exacto* de *todas* las fincas confiscadas y para preservar de *todo* atentado la finca transmitida al pueblo, con *todos* los edificios, material, ganado y depósitos de productos» [96].

Advierta el lector la calidad estrictamente técnica de lo que se encomienda a un organis-

mo en el que la calidad de técnico excluye *ipso facto*. Advierta, igualmente, la sobrehumana rectitud, la probidad seráfica que se supone en los miembros de los Soviets, a los que, evidentemente, *nihil humanum alienum est*...

De la ley de Socialización de las tierras:

«El disfrute de las tierras se concede, en primer término, a los que las quieran trabajar, NO PARA OBTENER UN PROVECHO PERSONAL, SINO A BENEFICIO DE LA COMUNIDAD» [97].

¿No es bufo esto? ¿En qué refinada y exquisita categoría de ángeles hubiera tenido que pensar el *legislador* para escribir esto sinceramente?

De la misma ley:

«Todas las personas inútiles para el trabajo que estuviesen en sus tierras, y que en virtud de la presente ley de expropiación de tierras, bosques, material, etc., queden privadas de medios de vida, previos certificados expedidos por los tribunales locales y las secciones agrícolas de las autoridades de los Soviets, y hasta la promulgación de una ley general sobre seguros para ciudadanos inútiles para el trabajo, pueden *gozar* de una pensión (hasta su muerte o su mayor edad) igual a la señalada a los soldados» [98].

He subrayado la palabra *gozar* porque me

figuro el *gozo* de los beneficiarios de una pensión que se puede, sin temeridad, calificar de impalpable.

De las instrucciones publicadas por las *Isviestias* del Soviet de Diputados campesinos del 19 de agosto-1.° de septiembre de 1917:

«Si, en ciertas localidades, el fondo agrario es insuficiente para dar satisfacción a la población local, el sobrante de población *debe cambiar de residencia*» [99].

Y... ¡asunto arreglado!

Sobre el Seguro social:

«Todos los gastos del seguro serán de cuenta de los patronos» [100]. (De los cuales apenas quedan unos cuantos, cuya bolsa exhausta, *no podrá* pagar tales gastos.)

Del *Diario del Gobierno de Obreros y Campesinos*, de 3 de enero de 1918:

«Todas las instituciones reguladoras de la competencia regional están colocadas bajo la dirección del Consejo local de la Economía nacional *correspondiente* (?), y todo su personal, técnicos y empleados, está a la disposición del Consejo regional de Economía nacional.

»Todas las instrucciones dadas por el Consejo regional de Economía nacional tienen carácter obligatorio, y deben ser observadas por

todas las instituciones locales, incluso por las direcciones de empresas.

»Pero el Consejo superior de Economía nacional puede suspender y anular las instrucciones del Consejo regional de Economía nacional» [101].

Bajo la dirección del Consejo local, pero a las órdenes del Consejo regional, rectificables por el Consejo superior... ¿Hace falta comentar este caos?

Del Decreto sobre el trabajo obligatorio:

«Todos los individuos de más de dieciocho años no sujetos al servicio activo en el ejército rojo obrero y campesino, o que no puedan ser admitidos en él como voluntarios, a saber: *a)* los individuos que vivan de otros ingresos que los producidos por el trabajo (intereses del capital, rentas de la explotación de fincas, etcétera); *b)* los individuos que utilicen el trabajo retribuído con el fin de obtener beneficios (los propietarios de una empresa comercial, industrial o agrícola, etc.); *c)* los miembros de los Consejos y los administradores de sociedades anónimas, de compañías y de sociedades en comandita de todo género; los directores-gerentes, los administradores y los apoderados de estas sociedades; *d)* los abogados; los abogados que acuden al Tribunal, pero sin abogar todavía; los procuradores, etc.; los notarios, los

agentes de Bolsa, los corredores de comercio y los colaboradores de la prensa burguesa; *e)* los monjes, los sacristanes y los ministros de los cultos (de todas las religiones); *f)* los individuos que ejerzan profesiones de las llamadas liberales (cuando no desempeñen funciones de utilidad pública); *g)* los antiguos oficiales, empleados, alumnos de las escuelas militares y del cuerpo de cadetes, y los individuos sin ocupación determinada, quedan obligados al *trabajo material*.

2. Los individuos de más de cincuenta años están exentos de la obligación de trabajar en caso de inutilidad para el trabajo o de enfermedad, pero quedan sujetos a un impuesto proporcionado a sus ingresos. La cuantía del impuesto será fijada en cada caso por la sección del Trabajo obligatorio» [10].

¿Será necesario recalcar el alcance y las proporciones que puede tomar una disposición de tan tremenda vaguedad y de tan inmensa transcendencia?

* * *

Todos los testimonios y todas las deducciones derivadas del examen de documentos están conformes para afirmar que las leyes bolchevistas, con raras excepciones, pertenecen a uno de estos grupos:

1.° *Leyes de pura fórmula* para ratificar, para consagrar, para *legitimar* tropelías, rapacidades y desmanes anteriores a su promulgación.

2.° *Leyes de pura fórmula* para dar armas *legítimas* a los proletarios en el desvalijamiento y exterminio de los burgueses.

3.° *Leyes de pura fórmula* para desahogar el furor de mando y desembotellar los viejos planes, apresurándose a aprovechar la ocasión, o para atraerse simpatías, o para hacer platónicos llamamientos a los sordos que no quieren oír.

La imposibilidad de imponer coactivamente las leyes inspiradas en el respeto a la justicia, en un cierto sentido de la realidad, ha hecho completamente infructuosos los disparos oratorios que el Poder central ha hecho frecuentemente. De su promulgación a su cumplimiento, ha habido siempre una distancia interplanetaria.

Esa falta de poder eficaz se ve con entera claridad en no pocos documentos oficiales:

Véanse algunos:

Del Decreto creando un impuesto en especie a los propietarios rurales:

«A pesar de la ley fundamental de la socialización de las tierras, la distribución de la can-

tidad normal de tierras fijada por los obreros (art. 12 de la ley de la socialización de las tierras) no se ha llevado a cabo en muchas regiones de la República de los Soviets. Campesinos ricos y acomodados poseen lo mismo que en otro tiempo los lotes de tierra más grandes y más fértiles. De ellos obtienen, no sólo los médios para vivir con holgura, sino también beneficios considerables» [108].

Otras confesiones no menos concretas podrían citarse; pero en un Poder central tan rígido, tan despótico como el bolchevique, cuyo estilo ordenancista, cortante y terminante no superaban los viejos *ukases* del zar, es aún más elocuente el melifluo y temeroso lenguaje de documentos como los siguientes:

De un radiograma dirigido a los Comités de subsistencias, etc.:

«El Consejo de Petrogrado os dirige, camaradas, la siguiente *súplica:* haced cuanto sea humanamente posible, sin perder un segundo, para enviar incesantemente a Petrogrado trenes directos de pan» [104].

Con motivo de la distribución de avena en vez de pan.

«La Comisaría certifica que esta medida tiene un carácter *completamente extraordinario y temporal*; y *ruega* a la población obrera de Pe-

trogrado *que tenga paciencia* y que guarde orden y tranquilidad» [105].

De una circular a D. A. Naglovski, comisario de Vías y Comunicaciones del distrito de Petrogrado.

«*Espero* que los deberes singularmente importantes que incumben a los ferrocarriles *(sic) determinará* a todos los trabajadores de la Comisaría de Vías y Comunicaciones del distrito de Petrogrado—tanto a los jefes como a los subordinados, independientemente de la naturaleza de las ocupaciones de cada uno de ellos—a redoblar sus esfuerzos y su unión para la reorganización y el funcionamiento de los servicios de transporte.

»Deseando obtener el máximum de intensidad del trabajo, *invito* a todos a seguir las instrucciones siguientes...» [106].

IX

La nota pintoresca.

Creo que no faltan en las páginas anteriores datos para comprobar prácticamente que es absurdo inspirar en un criterio *angelical* una legislación destinada a las pecadoras manos de los hombres.

Pero no estorban, sin embargo, como nota amena, dos o tres apuntes pintorescos que, acaso tengan, para algunos, más fuerza convincente que todos los demás; porque sobre la fuerza que siempre tiene lo que hace sonreír, hay en ellos esa vida que tienen algunos retratos y que nos hace saber que *se parecen* al original, aunque nunca le hayamos visto.

Todas son del libro de Ransome, *Seis semanas en Rusia en 1919*.

MADAME RADEK Y MADAME TROTSKY

«Madame Radek, que demostró el año pasado un verdadero talento en la confección de *sandwichs* guarnecidos de puerros picados, y

que no hizo mal papel presidiendo el Comité de prisioneros de guerra de Rusia, vino a sentarse a mi lado, y se quejó amargamente de que las autoridades la obligasen a desalojar el departamento de los grandes duques que ocupaba en el Kremlin, para convertirlo en Museo histórico destinado a ilustrar a las gentes sobre el modo de vivir de los Romanof. Calificó esto de pretexto, y sostuvo que el verdadero motivo era la influencia de madame Trotsky, que no quería pasar porque tuviera ella habitaciones más lujosas que las suyas. Parece ser que el matrimonio Trotsky, al instalarse en el Kremlin, escogió un alojamiento extremadamente modesto, en comparación del muy suntuoso donde yo había encontrado a madame Radek» *.

DEMIÁN BIEDNY, EL POETA REVOLUCIONARIO

«Me dijo con aire radiante que su último libro—25.000 ejemplares de tirada—habíase agotado en quince días, y que un gran artista

* Radek es uno de los bolcheviques más significados. Los periódicos han divulgado su retrato, en el que aparece una cabeza *hecha* con crespos pelos y grandes anteojos; un conjunto que quiere resultar entre terrible, genial e inquietante, y sólo resulta *poseur* y antipático.

había hecho su retrato. Y el caso es que, de los 18 volúmenes que lleva publicados, apenas si pueden encontrarse ejemplares de dos de ellos».

PROPIEDAD NACIONAL

«... le pregunté * la forma que revistió en su distrito el Terror Rojo que siguió al atentado contra Lenin. Se echó a reír, y me dijo: «Salimos del paso a poca costa. He aquí lo que sucedió: la viuda de un rico comerciante habitaba una buena casa abarrotada de mil cosas distintas. Poseía, por ejemplo, numerosos cubiertos de plata y 22 *samovares* de varias clases y tamaños. Era una casa típica de comerciantes, donde reinaba la abundancia; había tantos manteles que, aun viviendo cien años, hubiera sido imposible emplearlos todos. Un día, al comienzo del verano último, la rica viuda recibió el aviso de que debía desalojar la casa, porque la autoridad local la necesitaba para otros fines. Durante dos días corrió de aquí para allá, intentando ansiosamente que la decisión fuese rectificada. Cuando vió que nada podía conseguir, apiló todos sus chismes—*samovares*, cuchillos, tenedores, servicios de mesa, manteles,

* Habla con un ex comerciante ruso.

gabanes (tenía más de una docena de pellizas), etcétera—, en los graneros, cerrando y precintando las puertas. Hasta consiguió que el propio presidente del Soviet fuese a sellarlas. Las cosas se arreglaron al fin amistosamente, y hasta se puso un centinela para impedir que nadie rompiese los sellos.

»Fué entonces cuando llegaron las noticias de Petrogrado y Moscou sobre el Terror Rojo.

»El Soviet celebró una reunión donde se acordó que era preciso actuar. Como la armonía en que estaba con todos nosotros impedía la adopción de medidas radicales, no hubo otro recurso que acudir a los graneros de la pobre María Nicolaievna. Arrancados los sellos y forzadas las puertas, utensilios de cocina, cuchillos, tenedores, platos, muebles, los 22 *samovares* y la docena y pico de pellizas fueron cargados en las carretas, declarados propiedad nacional y conducidos al Soviet. ¡Propiedad nacional! Una o dos semanas después celebrábase la boda de la hija de un miembro del Soviet, y no se sabe cómo ello fué: pero los cuchillos y tenedores estaban encima de la mesa. En cuanto a los *samovares*, habíalos en número suficiente para que tomaran te cien personas.»

X

El control obrero.

La participación del obrero en la dirección, las empresas industriales y su intervención o control administrativo es uno de los tópicos obreristas y una de las cuestiones batallonas de la lucha entre patronos y obreros.

Es, quizá, el fin—el *medio*, mejor—que con más tenaz empeño persiguen los obreros; es la trinchera que con más vehemencia defienden los patronos.

Como todas las pretensiones demasiado duras, ésta se disfraza y se atenúa para ir introduciéndose solapada y subrepticiamente.

Desde que se empezó a pedir «Inspectores oficiales del trabajo» que vigilan el cumplimiento estricto de las leyes obreras, se empezó a apuntar al control obrero que no es sino el arma más eficaz para hacer pasar la industria a manos de los obreros. El «delegado del Sindicato» es ya un franco precursor de lo que se pretende.

La resistencia del patrono está fundada primera y principalmente en el instinto de conservación. Sabe que el control obrero es su muerte industrial indefectible.

Es, además, un ataque directo al principio de propiedad privada. El patrono controlado no es ya dueño en su casa. Su personalidad está limitada y censurada con la intervención obrera, por discreta y embrionaria que sea.

Mejor que ninguna otra descripción, más eficaz que ninguna crítica, es el relato de la vida y muerte del control obrero en Rusia.

Establecerlo, mejor dicho, consagrarlo, fué uno de los primeros actos de los bolcheviques. Por ser esencial el texto del Decreto, se reproducen a continuación, textualmente traducidas, las más interesantes de sus disposiciones:

REGLAMENTO DEL 14 DE NOVIEMBRE DE 1917

1.º Con el fin de conseguir una organización regular de la actividad económica nacional, se establece en todas las compañías industriales, comerciales, bancarias, agrícolas, de transporte, cooperativas de producción y demás empresas que ocupen obreros, ya en talleres o canteras, ya al aire libre, un con-

trol de obreros sobre la producción, venta y almacenaje de los productos y primeras materias, así como sobre la gestión financiera de la empresa.

2.° El control corresponde a todos los obreros de la empresa que lo ejercerán por medio de las instituciones elegidas por ellos, a saber: Comités de los talleres y de las fábricas, Consejos de *starostas*, etc., con la colaboración de los representantes de los empleados y del personal técnico.

3.° Para cada ciudad importante, o gobierno, o región industrial, se crea una Comisión regional de control, compuesta de los representantes de las juntas profesionales, de los Comités de las fábricas y de los talleres y de otros Comités y cooperativas obreras. Esta Comisión depende del Consejo de Diputados de obreros y soldados...

5.° Se crean comisiones de especialistas (técnicos, contadores, etc.), anejas a los órganos superiores del control que, por iniciativa de éstos o a petición de las comisiones obreras, proceden, sobre el terreno, al examen técnico y financiero de la empresa.

6.° Las comisiones obreras de control tienen derecho a vigilar la producción, a fijar el mínimun de rendimiento de la industria y a to-

mar *medidas para determinar el precio de coste de los objetos fabricados* *.

7.° Las Comisiones obreras de *control tienen derecho a examinar toda la correspondencia* de la industria y los propietarios de ésta serán responsables civilmente de toda ocultación de la correspondencia; *queda abolido* el secreto comercial. Los propietarios de la industria deben presentar a las comisiones obreras de control, todos sus libros y balances, tanto los del ejercicio corriente como los de los anteriores **.

* Esto bastaría para demostrar que el autor de la ley no tiene ni idea de lo que está ordenando. Determinar ese precio de coste es el *doctorado* industrial; y es una cosa tan difícil que no ya los obreros, sino una gran cantidad de patronos *no saben* obtener ese precio en el que entran factores para cuya apreciación es indispensable mucha inteligencia y muchísima y especial competencia. Y para que la estupefacción llegue a su colmo, véase este extracto de la instrucción dada por el Comité central del Ural, para la aplicación del control obrero: «*Las personas que ocupan un puesto administrativo superior, no gozan del derecho electoral pasivo ni activo con relación a los Comités de las fábricas y talleres*» [107].

** Continúa la demostración de ignorancia supina. Desde los tiempos patriarcales de los *gremios*, en que los secretos profesionales eran tesoro guardado con ejemplar esmero, se puede ascender a los orígenes de la industria y descender hasta su muerte

8.° Los acuerdos de las comisiones obreras de *control tienen carácter ejecutivo* (!), respecto a los propietarios de la industria; sólo pueden ser anuladas por un acuerdo de los órganos superiores del control obrero.

9.° El patrono y la administración de la industria, tienen derecho a apelar, dentro de un plazo de tres días, ante la autoridad superior competente (Comisión regional de control), de las decisiones de las comisiones obreras de control.

10. En todas las industrias, los propietarios y los representantes de los obreros y empleados, miembros de las Comisiones de control, son responsables ante el Gobierno del

—en plazo no lejano, si el bolchevismo sigue haciendo prosélitos—, y no se encontrará un industrial inteligente que no guarde ciertos secretos de producción y aun de ventas. El secreto está ligado con la competencia y ésta es el origen de la industria, el espolique de la riqueza nacional y el requisito indispensable para el bienestar público. Los bolcheviques han suprimido la competencia, han suprimido el interés, han suprimido la emulación y *habrán de rectificar*. Además, si los obreros tuviesen en cada momento todos los datos y secretos de la empresa, ¡cuántas indiscreciones, cuánta especulación con esos secretos habría en el breve plazo de vida que quedase a las empresas así heridas de muerte!

mantenimiento del orden más perfecto, de la disciplina y de la custodia de los bienes de la empresa. Las personas que hayan ocultado materias primas, productos y pedidos o hayan cometido irregularidades en la contabilidad, etcétera, son responsables criminalmente de sus actos [108].

OBLIGACIONES Y DERECHOS DE LA COMISIÓN DE CONTROL

La Comisión de control de cada empresa está obligada: 1.°, a determinar los *stocks* de mercancías y de combustible que posee la empresa y que le son precisos, el material útil a la producción, el personal técnico y los obreros especiales necesarios; 2.°, a determinar hasta qué punto la empresa está provista de *todo lo que necesita* * para asegurar su funcionamiento normal; 3.°, a *prever* si la empresa está amenazada de suspensión de trabajos o *de disminución de producción y por qué causas* **; 4.°, a determinar el número de obreros y la cantidad de material cuya falta puede dar lugar a deficiencias

* ¡Nada más al alcance de cualquiera!

** Funciones que podríamos llamar de *filosofía industrial*. ¡Y se quieren encomendar a un corrillo de semianalfabetos! Véase la nota * de la pág. 218.

en el trabajo, basándose en los *stocks* de combustible y de materias primas en reserva, y en los que se hayan de recibir; 5.°, a acordar las medidas que deban tomarse para mantener la disciplina obrera entre los obreros y empleados; 6.°, a cuidar del cumplimiento de los acuerdos de los órganos gubernamentales que regulan la compra y la venta de las mercancías; 7.°, a oponerse a que se lleven arbitrariamente las máquinas, materias primas, combustibles, etc., de la empresa sin autorización de los órganos directivos de la actividad económica y a cuidar de la conservación de los inventarios en toda su integridad; 7.° (bis), a ayudar a poner en claro las causas que hacen disminuir la producción y a tomar medidas para aumentarla; 8.°, a ayudar a estudiar la posibilidad de la utilización total o parcial de la empresa para una producción cualquiera (particularmente, para pasar del plan de guerra al de paz y en qué medida), y a determinar qué modificaciones deben introducirse para lograr este objeto en el material de la industria y en el efectivo de su personal, y el plazo en que pueden llevarse a cabo todas estas modificaciones; 9.°, *ayudar* a estudiar la posibilidad de ampliar los trabajos en atención a las necesidades de los tiempos de paz, bien formando tres equipos de obreros, bien por otro medio

cualquiera, cuidando del alojamiento de los obreros suplementarios y del de sus familias; 10, a velar por que la producción de la industria se mantenga dentro de las proporciones que deberán ser fijadas por los órganos directores del Gobierno, y hasta tanto que sean fijadas, en los límites de la capacidad normal de la empresa, que se calcula va tomando por base un trabajo concienzudo; 11, a cooperar a la fijación de los beneficios líquidos de la empresa cuando a ello le invite el órgano superior del control obrero o las instituciones directivas del Gobierno.

6.° Los acuerdos de la Comisión de control que *tiendan a garantizarle la posibilidad de cumplir los fines enunciados en los artículos precedentes* tienen carácter obligatorio para el director de la empresa. La Comisión de control por sí misma, o por medio de sus delegados, puede, *en particular*: 1.°, *examinar* la correspondencia comercial de la empresa, como asimismo todos los balances de los ejercicios corrientes o precedentes; 2.°, *vigilar* todas las secciones de la empresa: talleres, almacenes y oficinas; 3.°, *asistir por vía de investigación* a las sesiones de los representantes de los órganos directivos y hacerles declaraciones y dirigirles interpelaciones sobre todas las cuestiones concernientes al control.

7.° El derecho de dar órdenes respecto a la administración de la industria, a su marcha y a su funcionamiento, *corresponde al patrono* *. La Comisión de control no interviene ** en la administración de la empresa y *no tiene ninguna*

* ¡Sarcasmo puro!

** ¿A qué llamarán estos señores *intervenir*?

Por si no estuviese bastante clara la *intervención* en lo que se acaba de transcribir, véanse las instrucciones del Comité central del Ural para la aplicación del control obrero:

«*El Comité de la fábrica o del taller no se limita a fiscalizar el trabajo, sino que pone en práctica los acuerdos de las instituciones que regulan el funcionamiento de la industria* (el Consejo de la fábrica y otros órganos democratizados), acomodando al mismo tiempo su actividad al plan económico de la empresa.

»La dirección administrativa, comercial y técnica de la empresa *debe tener todos sus documentos a disposición del Comité de la fábrica o del taller, o de cada uno de los miembros delegados por este Comité. Los Comités están autorizados a pedir toda especie de datos a los gerentes de la empresa.* Todas las secciones del servicio de la empresa y todo el material de la empresa y todo el material de la fábrica debe estar sujeto al examen y al control del Comité de la fábrica o del taller.

»*Las decisiones de los órganos del control obrero tienen carácter obligatorio para los propietarios, obreros y empleados de la empresa, y sólo pueden ser revocadas por acuerdo de los órganos superiores del control obre-*

responsabilidad * por lo que se refiere a su marcha y a su funcionamiento. Esta responsabilidad *sigue pesando sobre el propietario*» (!).

8.° La Comisión de control no se ocupa de las cuestiones financieras de la empresa. Si estas cuestiones se plantean se transmiten a los órganos directivos del Gobierno.

9.° La Comisión de control de cada empresa puede, por medio del órgano superior del control obrero, *plantear ante los organismos directivos* del Gobierno la cuestión del secuestro de la empresa o proponer otras medidas coercitivas contra la empresa, *pero no tiene el derecho de apoderarse de la empresa y dirigirla*» [110].

Para quienes no vivan en el mundo industrial sería menester un larguísimo razonamiento descriptivo si hubiera de mostrarles toda la enorme cantidad de ignorancia y de absurdo que hay en las anteriores disposiciones. Quienes sean industriales, no necesitan demostración alguna. Les bastará ver ese cúmulo de disparates, más explosivos y más destructores que un almacén de dinamita, para sentir un inmenso asombro.

ro. Los límites de la competencia de los órganos del control están fijados por el reglamento del control obrero» [109].

* Eso, por supuesto.

«El bolchevique Zvériei, guiado por la lógica, hacía observar al Soviet de Petrogrado: «¿Para qué dejar subsistir la personalidad inútil del capitalista? Todas las fábricas y todos los talleres deben pasar a manos de los obreros; el capital debe ser expropiado.»

«Como era fácil prever, la institución del control obrero no hizo más que precipitar la ruina de gran número de empresas. En el Congreso de los Consejos de Economía social, uno de los ponentes, el ciudadano Gastev, decía:

»Las masas obreras no están preparadas para la fijación de una escala determinada de producción de trabajo. La enorme mayoría de los obreros se niega a ello y, *considera, desgraciadamente, la industria como un sistema de beneficencia pública.* En resumen, la clase obrera se transforma poco a poco en un enorme ejército de consumidores y se desmoraliza fatalmente.» (*Isviestia*; 30 de mayo de 1918.)

«El control obrero ha matado la industria», proclama a su vez el antiguo socialista demócrata Pablo Axebrod.

»Los mismos bolcheviques han tenido que convenir en ello. Holtzmann dice en la *Isviestia* del 24 de abril de 1918:

»¿Y qué es lo que nos ha dado hasta ahora ese control obrero? Es preciso tener el valor de

confesar que los resultados de su implantación no son siempre satisfactorios.»

«Este ensayo no ha tenido buen éxito», declara asimismo Larin, antiguo comisario del pueblo para el trabajo y uno de los miembros más influyentes del Consejo Superior de la Economía Nacional, y añade:

«Es necesario abandonar resueltamente la idea de la transmisión de la dirección de las fábricas a los obreros que están empleados en ellas, porque esta medida ha tenido por única consecuencia la sustitución de un patrono único por un grupo de nuevos patronos, cuyos intereses están con frecuencia en contradicción con los intereses de la clase obrera en general.» (*Unión de los Consumidores*, números 11-12, página 85.)

«No nos hacían falta estas confesiones para descubrir que ni el control de las cuentas ni el control de la ejecución de un trabajo industrial es una labor al alcance de cualquiera. Obreros, soldados y campesinos ignorantes no podían menos de fracasar en ella, y no nos maravilla que, tratando de eludir las responsabilidades, Lenin, Trotsky y Zinoviev se quejen amargamente «de la incomprensión de la clase obrera rusa para su labor histórica», y se lamenten «del escaso desarrollo del sentimiento social en

el pueblo ruso, incluyendo en él a la masa proletaria, sentimiento social, que es lo único que puede llevar al orden perfecto a toda la obra socialista» [108].

Arthur Ransome reproduce una conversación (febrero 1919) con el comisario del Trabajo, Schmidt, en la cual éste dice lo siguiente:

«Naturalmente el control por los trabajadores, tal como al principio se realizaba, originó el descontento de ciertos elementos extremistas y podía ser causa de los mayores absurdos; ha sido, en vista de ello, considerablemente modificado. Nos dimos cuenta con rapidez de que los trabajadores de una fábrica particular podían, apreciando sólo sus propios intereses, perjudicar a la comunidad entera y, finalmente, a ellos mismos.

»La manera como estas modificaciones se han verificado es un ejemplo interesante de la forma en que, sin influencia de tanques, aeroplanos ni bayonetas, la realidad de la vida ha modificado las concepciones teóricas del comunismo.

»Se ha partido del siguiente punto de vista: puesto que la fábrica ha venido a ser propiedad, no de los obreros que en ella trabajan, sino de la comunidad misma, esta comunidad debe tener una parte considerable en la administración

y dirección. Y este modo de ver tiene por objeto impedir que los especialistas, los técnicos y los directores *se encuentren a merced de una asamblea presurosamente convocada por los obreros, que pueden, sin comprenderlas bien,* desaprobar algunas de las disposiciones de los directores.

»Así, el Consejo administrativo y económico de una fábrica nacionalizada lo componen representantes del personal empleado y obrero, representantes del alto personal comercial y técnico, directores de la fábrica (que son nombrados por la Dirección central de las fábricas nacionales), representantes del Consejo local de los Sindicatos, del Alto Consejo Económico, del Soviet local, del Sindicato de la industria particular, a la cual pertenece la fábrica, conjuntamente con un representante de la Cooperativa y un representante del Soviet de los campesinos del distrito donde la fábrica está situada.

»En este Consejo los representantes del personal empleado y obrero de la fábrica no pueden ser más de la mitad. Este Consejo tiene en sus atribuciones el orden interior de la fábrica, las quejas de toda especie, las condiciones morales y materiales del trabajo, etc. Sobre las cuestiones de carácter técnico sólo tiene el derecho de dar su parecer» [13].

Esto ya es cosa muy distinta del primitivo control, muerto a golpes de realidad, como otros muchos absurdos bolchevistas han muerto o morirán indefectiblemente.

Pues así y todo, aun restringido, aun desnaturalizado, aun rectificado tan esencialmente, continuaba siendo un elemento perturbador e incompatible con el buen funcionamiento de la industria.

El 6 de febrero de 1920 publicó *Le Temps* la noticia siguiente:

«Los periódicos oficiosos de los Soviets han publicado la siguiente decisión:

»Los Consejos de obreros y los Comités de delegados de fábricas creadas con objeto de asegurar el orden de los centros de producción, han causado, por el contrario, graves perjuicios. Han causado la desmoralización de los obreros y el completo deterioro del material de las fábricas. En vista de lo cual nos vemos obligados a suprimir los Consejo de obreros» *.

El *inmense inconnu*, que, según frase del mismo *Temps*, es hoy Rusia, nos impide saber cómo han recibido los obreros esa supresión. Si ha sido efectiva, el bolchevismo será una de las organizaciones más conservadoras de Euro-

* Véase el *Apéndice* núm. VI.

pa, porque a la vez que rectifica sus primeros errores tiene en sus gobernantes una energía y una autoridad que para sí quisiera el más ordenancista país occidental.

En todo caso, este estrepitoso y definitivo fracaso de la intervención obrera en las funciones directivas de la industria, debería ser divulgado sin descanso, porque la lección es de insuperable ejemplaridad.

XI

Inútiles conatos.

Terminada su obra destructiva, los bolcheviques intentaron comenzar a reedificar. «Tal fué el objeto del Consejo Superior de Economía Nacional, aparatoso y complicado organismo cuyos «miembros son elegidos entre los adversarios más furibundos del capitalismo». Y si Lenin quiso que su ignorancia fuese por la competencia de algunos burgueses, éstos sólo tienen voz sin voto, están siempre en minoría y nunca son escuchados. Unos energúmenos, ajenos a las cuestiones industriales, son dueños y señores de la vida económica de Rusia. Lenin, el exaltado demagogo, que reclama más alto que los demás la anulación de los empréstitos del Estado, es uno de los miembros más activos y más atendidos del Consejo Superior. Por esto, la política de éste no tiene más que un objeto: *la ruina de todas las formas capitalistas de la industria y del comercio*. Esta política es la de la preparación progresiva de la nacionalización total de

todas las ramas industriales y comerciales del país» [118].

El 3 de junio se reúne en Moscou un Congreso de nacionalización de la industria metalúrgica. Asistían varios delegados industriales con voz, pero sin voto.

Todos ellos «declaran que la nacionalización, que excluye toda iniciativa particular, implica una dirección burocrática definitivamente rechazada por la experiencia del pasado, o bien dejar el negocio en manos de una colectividad, lo que es contrario por completo al régimen industrial, *cuyo porvenir depende siempre de la valía de una personalidad*. A continuación exponen la situación presente y demuestran que el estado de los transportes y del aprovisionamiento de metal y de combustible condena a la nacionalización de la industria a un fracaso cierto, y que los ensayos hechos en Putilov o en los ferrocarriles han dado resultados desconsoladores. A estas declaraciones contesta Larin que *todo se arreglará, que lo importante es el triunfo de la nacionalización; que debe hacerse la nacionalización de todo por encima de todo, y que se hará*».

XII

Un juicio de conjunto.

La teoría económica del bolchevismo, dice C. Bist, según el culto economista Sr. Olariaga, que puede ser resumida de la siguiente manera:

«Para el porvenir—un porvenir lejano y nebuloso—, una utopía anarquista que supone un cambio radical en las ideas e inclinaciones de los hombres, y una producción en cantidad ilimitada para que todos satisfagan con holgura sus necesidades.

»Para el presente—un presente cuyo fin no puede preverse—, un régimen económico, el colectivismo, que no proporciona a los obreros mayor libertad ni más justicia, y que se limita a sustituir a los patronos privados por un patrono universal, que es el Estado.

»Bist afirma que, para que esta doctrina pueda ser considerada algo más que un fútil pretexto teórico para justificar la «conquista del Poder público» por una clase social, es preciso que responda a estos dos criterios:

»Puesto que pretende instaurar un régimen de producción superior, ¿se halla justificada esta pretensión por la experiencia de Rusia?

»Puesto que pretende sustituir la injusticia opresora de la mayoría por una minoría, por la injusticia, menor a sus ojos, de la opresión de una minoría por la mayoría, ¿está segura de que, por lo menos, tiene a su lado a la mayoría?» [114].

RUSIA

ESPEJO SALUDABLE

PARA USO
DE POBRES
Y
DE RICOS

CAPÍTULO TERCERO

Las consecuencias

I

Cándidos y advertidos.

QUISIERA, más que en ninguna, en esta parte de mi trabajo conseguir una ecuanimidad absoluta: dominar todo movimiento tempera-

mental, todo impulso sensitivo y conservar una imparcial frialdad de narrador sin nervios.

Hambre, dolor, inmoralidad, despotismo, burocracia, desbarajuste, caos; tales calamidades tienen que haberse derivado con inflexible lógica de las premisas sentadas por una serie convergente de causas que constituyen el armazón de toda la historia rusa, suspendida para nosotros actualmente; porque ignorando casi por completo qué sucede en Rusia hace más de dos años, tenemos que atenernos a testimonios incompletos, pocas veces imparciales, y a reconstruir por inducción, imaginativamente, lo que, según todas las probabilidades, está sucediendo en Rusia.

Hechos hay, además, desconcertantes; y no sería mi actitud tan real y absolutamente sincera como lo es, si no reconociese que hay cosas difícilmente explicables, que bastarían por sí solas para hacer necesaria la presencia, en todo juicio sobre Rusia, de algunos puntos suspensivos y de muchos signos de interrogación.

Sería, por otra parte, una necedad o una muestra de mala fe—que han prodigado algunos enemigos políticos de los bolcheviques—tremolar entre gritos de mitin y latiguillos fáciles los «horrores», los cuadros de sangre y lágrimas que, unos sabidos y otros supuestos, han

recorrido las prensas del mundo entero, y explicarlos como feroces desahogos de Lenin y compañeros, que saborean los truculentos relatos de las ferocidades bolchevistas como sustancioso postre de sus sardanapálicos banquetes.

Lenin y compañeros, en primer término, parece confirmado que pasan hambre y frío como los demás; lo que no es, ciertamente, un argumento en pro de sus teorías; pero es menos aún confirmar la fantástica invención de su imperial regalarse a costa de los grandes duques y los ex banqueros *.

* Así lo he deducido de datos que parecen serios. Sin embargo, a título de información, véase lo que dice *Le Temps* del 26 de febrero de 1920, que da una idea muy contraria y muy poco... bolchevista.

«Un enviado especial del *World*—periódico norteamericano—ha interviuvado a Trotsky en Moscou. El corresponsal cuenta las extraordinarias precauciones que garantisan la seguridad del dictador. Trotsky usa como gabinete de trabajo la antigua oficina militar imperial, que hoy es una especie de Ministerio de la Guerra. No es empresa fácil llegar hasta allí. Todas las puertas del edificio están guardadas por soldados con la bayoneta calada. En la escalera principal están preparadas varias ametralladoras que apuntan hacia la puerta. «El permiso para entrar que me había sido entregado, escribe el periodista, ha sido examinado su buena media docena de veces antes de conseguir llegar a una antecámara, en la que un elegante oficial

En segundo lugar, los jefes bolcheviques han execrado, y probablemente habrán castigado en lo posible, los crímenes y atrocidades que en esta revolución han sido quizá más y más grandes que en ninguna, por sus especialísimos antecedentes y por las circunstancias en que se ha desarrollado. El comisario de Instrucción pública—el comisario corresponde en el régimen sovietista al ministro del antiguo régimen—Lunacharsky presentó su dimisión al tener noticia de los desmanes de las turbas, que cometieron tremendos atropellos y fechorías contra todo: desde los monumentos artísticos hasta los soldados de los batallones de mujeres *. Este no-

del Estado Mayor del dictador me rogó que me sentase mientras iba a anunciarme a su jefe. Pocos instantes después el oficial volvió y me acompañó, a través de otras tres antesalas, igualmente guardadas por soldados, hasta el vasto y suntuosamente amueblado gabinete en que Trotsky se encontraba. Con él estaba solamente un soldado, el cual, por toda condecoración, llevaba sobre su túnica una banderita roja.»

* La carta decía así:

«Acabo de enterarme de los sucesos de Moscou. Las catedrales de San Basilio y de la Asunción han sido bombardeadas; el Kremlin, donde actualmente se hallan reunidos los tesoros artísticos más importantes de Petrogrado y de Moscou, ha sido también bombardeado; hay millares de víctimas; la lucha san-

ble rasgo de sensibilidad es una de tantas pruebas de *cómo viven en las nubes una gran cantidad de revolucionarios*; porque asombrarse, indignarse y escandalizarse de las atrocidades populares en momentos de revolución, es tan cándido como lanzar estupefactos ¡ah!, ¡oh!, al comprobar, tras la lluvia, que el suelo se ha mojado. Algo así debieron hacerle notar al escrupuloso Lunacharsky, que en seguida retiró una dimisión, tan aparatosamente presentada.

No ha sido él solo. El mismo Lenin—y dicen que Trotsky; pero en Trotsky no lo creo—se ha dolido públicamente de que «el pueblo ruso no sabe estar a la altura de su misión histórica», y ha lanzado con esa su adorable virtud de la sinceridad que le incapacitará al fin para gobernar, como le incapacitaría para ser diplomático, confesiones como esta: «Las masas empiezan a desinteresarse (otoño 1918) más y más

grienta ha llegado a un grado intolerable de odio bestial.

»¿Qué va a pasar aún? ¿Es posible ir más lejos? No lo puedo soportar; mi medida está colmada. Véome en la imposibilidad de evitar tales horrores, y no me es posible trabajar bajo la impresión de unos pensamientos que me vuelven loco. Por esta razón abandono el Consejo de los Comisarios del Pueblo.

«Conozco todo el peso de esta decisión: pero no puedo más.»

de las cuestiones de política general. Cada cual va en busca de su personal interés; los campesinos exigen más tierras y ocultan su trigo; el obrero saca cuanto puede de las fábricas y talleres. Tales manejos, *comprensibles en los tiempos de la burguesía, son absolutamente intolerables en el día de hoy, en que el Poder está en manos de los obreros*» [115]. Esto, o es una insinceridad o una candidez suficiente para incapacitar a un hombre como gobernante. La buena fe, cualidad muy simpática, a mi juicio lo excusa todo; pero llevada a cierto punto es incompatible con las pretensiones directivas.

En cambio, Máximo Gorki—furioso antibolchevista de los primeros tiempos y ardiente bolchevique después, sin que sepamos las causas de su rectificación—, ved qué clara y rotundamente habla de los horrores bolchevistas y de su genealogía en la tremenda carta siguiente:

«He recibido numerosas cartas procedentes de diversas personas. Están todas escritas con desesperación y revelan un terror mortal. Bien se advierte que quienes las han escrito han pasado muchas horas tristes y muchos días amargos; su corazón aparece torturado por pensamientos inquietantes que les roban el sueño.

»¿En qué ha venido a convertirse el buen pueblo ruso? ¿Por qué se ha transformado sú-

bitamente en una fiera ávida de sangre?», me escribe una dama en papel perfumado. «Cristo está olvidado y profanada su doctrina», me escribe el conde de F... «¿Estáis satisfecho? ¿Qué ha sido del gran principio del amor al prójimo? ¿Qué de la influencia de la iglesia y la escuela?», me pregunta Ch. Bruteim de Tambor.

»Los unos gruñen y amenazan, los otros se limitan a lloriquear. Todos están angustiados, deprimidos, llenos de pavor ante la idea de atravesar esta época trágica y noble. Como no puedo contestar particularmente a cada uno, desde aquí lo hago a todos a la vez:

»Señoras y señores: Para vuestra criminal indiferencia ante la vida del pueblo, han llegado ya los días de expiación. Todo lo que sufrís, todo lo que os atormenta, lo habéis merecido. Sólo puedo deciros y desearos una cosa: que se realice más profunda e intensamente todavía el horror de la vida que os habéis creado. ¡Que vuestros corazones sufran mayor tortura, que el llanto turbe vuestro sueño, que el viento de demencia y crueldad que pasa sobre nuestro país os abrase como el fuego! Lo merecéis. Seréis aniquilados; pero, acaso, también lo que reste aún de sano y honrado en vuestra alma sea purificado de la suciedad y bajeza que guardábais en ella; vuestra alma, de la que tan

poco habéis cuidado; vuestra alma, llena de avidez, de mentiras, de espíritu dominador y, en una palabra, de los más viles instintos.

»Señora, ¿queréis saber lo que le ha pasado al pueblo? Ha perdido la paciencia. Durante largo tiempo ha callado; durante largo tiempo, débil y humilde, se ha sometido a la violencia; durante largo tiempo su espalda encorvada ha llevado todo el peso de la vida de los poderosos. Pero ya no puede más. Y, sin embargo, está lejos aún de haber sacudido de sus hombros el peso con que se le había cargado. Os asustáis demasiado pronto, señora mía. Hablando francamente, ¿qué otra cosa podía hacer el pueblo sino convertirse en fiera? ¿Qué habéis hecho para que no ocurriese así? ¿Le habéis inculcado algo que fuera razonable? ¿Habéis sembrado la menor simiente de bondad en su alma?

»Durante toda vuestra vida le habéis arrebatado su trabajo, su último bocado de pan, sin comprender siquiera el daño que le procurabais. Vivíais sin preguntaros cómo vivíais, cuál era la fuerza que os sostenía. Por el esplendor de vuestras *toilettes* excitabais la envidia de los pobres y de los desgraciados; cuando íbais al campo y vivíais cerca de los *mujiks*, los mirabais desde vuestra altura como si fuesen de una raza inferior. Ellos, sin embargo,

comprendían. Son seres sensibles y buenos por naturaleza, pero los habéis hecho malos. Celebrabais fiestas, en las que los desheredados nunca tuvieron parte, ¿y queríais que os guardasen gratitud? Vuestros cantos y vuestra música no podían edificar a hombres hambrientos. Vuestros aires de condescendencia desdeñosa para el *mujik* no podían despertar en su alma la más ligera estima. ¿Qué habéis hecho por él? ¿Os habéis ocupado de mejorar su corazón? No, en verdad; le habéis hecho cruel. ¿Deseabais que fuera más inteligente? Tampoco; ni siquiera se os ocurrió pensar en ello. Era el *mujik* para vosotros una bestia de carga; a veces charlabais con él como con un salvaje, pero jamás visteis en él un ser humano. ¿Qué tiene, pues, de extraño que hoy sea para vosotros un animal feroz?

»¡Sí, señora mía! La pregunta que me hacéis no demuestra solamente vuestro desconocimiento de la vida, sino también la hipocresía del pecador que, conociendo su pecado, no quiere confesarlo abiertamente.

»Vosotros sabíais, no podíais menos de saber cómo vivía el *mujik*. El hombre golpeado, forzosamente ha de vengarse más tarde o más temprano. El hombre, de quien nadie se apiadó, de nadie sabe apiadarse. Esto es claro.

Mejor todavía: esto es justo. Comprendedme, pues: lo más terrible no es combatir, sino no poder hacer otra cosa que combatir; lo más triste no es no inspirar compasión, sino no *poder* despertarla. ¿Cómo podéis buscar piedad en un corazón donde sólo habéis sembrado venganza?

»¡Señora mía! En Kiev, el buen pueblo ruso arrojó por la ventana de su casa a Brodsky, un rico industrial muy conocido. También su ama de llaves murió de igual manera. Pero un canario que se encontraba en su jaula fué perdonado. Meditad sobre este caso. El canario despertó una especie de compasión, mientras que el hombre era arrojado por la ventana. Había, pues, un rincón compasivo en el corazón de los sublevados. Mas esta especie de compasión no fué para el hombre, que no la había merecido. Aquí es donde está todo el horror y toda la tragedia.

»¿Estáis bien persuadida, señora mía, de que tenéis derecho a pedir que os traten humanamente, cuando vos misma, durante toda vuestra vida, no habéis tenido piedad para vuestro prójimo y no habéis reconocido en él un igual? Escribís cartas, sois instruída. Probablemente también habéis leído libros, en los cuales se describe la vida de los *mujiks*. ¿Qué po-

déis, pues, esperar de parte del campesino, cuando, sabiendo cómo vivía, nada habéis hecho para mejorar su existencia? Y, ahora, cambiadas las tornas, sois vosotros los miserables. Y heos aquí, escribiendo, con mano que tiembla de pavor, cartas desesperadas a un hombre que—deberíais saberlo—no puede desvanecer vuestros terrores, ni aliviar vuestro dolor. No, ciertamente que no.

»La expiación es ley inflexible. Vivimos en un país donde, hasta hoy, los hombres fueron azotados con *nagaikas*, y apaleados hasta morir; en un país donde hubo miembros rotos y rostros mutilados por diversión; en un país donde los hombres han sufrido violencias sin límite; en un país donde la infinita variedad de torturas era como para enloquecer de asco y de vergüenza. Un pueblo educado en una escuela, que recuerda de manera trivial los tormentos del infierno; un pueblo educado a bofetadas, a palos, a vergajazos, no puede tener tierno el corazón. Un pueblo que los agentes de policía han pateado, será capaz a su vez de patear a quienes se pongan a su alcance. En un país donde la iniquidad reinó durante tanto tiempo, es difícil que el pueblo se erija súbitamente en campeón del Derecho. A quien nadie ha tratado con justicia, no puede exigirle

nadie que sea justo. Todo es comprensible en un mundo donde vos, señora, y la sociedad, habeis permitido, sin protestar, que el hombre fuese violentado de todas maneras. Los hombres sienten más profundamente hoy que hace cincuenta años la bofetada que vuestro padre dió entonces a su lacayo.

»Los hombres han progresado, y, a medida que progresaban, el sentimiento de la dignidad personal crecía en ellos; continuaban, sin embargo, viéndose tratados como esclavos, como animales. No, señora mía. No exijáis de los hombres lo que no les habéis dado. No tenéis derecho a la piedad, puesto que la piedad os es desconocida. El pueblo ha sido atormentado, y continúa siéndolo por todos aquellos que tenían o tienen aún un dominio cualquiera sobre él. Ahora que el zarismo y el capitalismo han llevado el país a la revolución, todas las oscuras fuerzas del pueblo se han desencadenado; todo lo que fué reprimido durante siglos hace explosión, y la venganza estalla por todas partes» [116].

II

Aldabadas violentas.

¿APRENDERÁN nuestros burgueses, o repetirán demasiado tarde el gesto de Boabdil?

Todo este libro quiere ser un continuo aldabear, con todas mis fuerzas, en la puerta de los que duermen beatíficamente mientras la casa medianera arde y prende ya la suya.

Aldabadas para convencer, creo que no escasean en estas páginas. No sé si llamar aldabadas para conmover a las cosas que a mí me han conmovido. Suenen ahora aldabadas para atemorizar a quienes, anémico el cerebro y grasiento el corazón, sólo tengan vulnerables esos resortes que alteran el color, erizan el vello y ponen la carne de gallina.

* * *

Con la concisión que es una de las elegancias de su estilo, resume Trotsky la situación, diciendo que están «desorganizadas la hacien-

da, la industria, los transportes y el abastecimiento de las subsistencias». «La revolución, añade, ha destruído la vieja máquina administrativa y no ha podido crear otra que la reemplace» [117].

Para los que piensen que esa *Revolución* no es la de Lenin, sino la de Kerensky; para los que atribuyan todo el mal presente al pasado prebolchevique, que, indudablemente, tiene en él mucha parte, traduzco unos párrafos de Arnaldo Fraccaroli, en que este escritor italiano habla del bolchevismo; pero no del ruso, sino del húngaro (ya ahogado por la inevitable reacción proporcionada en que han terminado hasta ahora todas las revoluciones):

«Hay en el amplio mundo gentes que sienten la impaciencia del bolchevismo. Y, en verdad, ¡qué instructivo sería poder coger a algunos, entre los más inteligentes y los más sinceros, y traerlos aquí a Budapest!

»En Budapest—lo ha afirmado el propio Lenin en un mensaje a Bela Kun—, el bolchevismo marcha mucho mejor que en Rusia, porque aquí ha tenido posibilidad de nacer y desenvolverse sin graves dificultades. De suerte que se trata de una especie de «sujeto» experimental. Hungría se ha dejado inyectar el *virus* del bolchevismo.

»Si se pudiera traerlos, traer aquí a los impacientes para que vean cómo funciona.

»La libertad, que bajo el régimen burgués era limitada, ahora, en el régimen bolchevique, está abolida; el trabajo, que antes no era retribuído como merecía, ahora se compensa con sueldos altísimos, sí, pero no produce casi nada, y cuando produce algo, el coste de la mano de obra hace subir los precios a cifras enormes; la vida cotidiana, que podría tener una apariencia de bienestar, representado por la abundancia de dinero—pero dinero falso y sin valor—, se hace cada día más escuálida, más mezquina. Y es lamentable el aspecto de la ciudad, donde todas las oficinas están cerradas y vacías; las calles, desoladas; paralizada toda la actividad».

«Se está perdiendo el amor al trabajo porque no está regulado, porque no se le ve ya la utilidad, porque no produce satisfacción.

»A lo mismo conduce trabajar mucho, o poco, o nada; lo mismo da trabajar bien que mal. Si antes se trabajaba para los disfrutadores, ahora se trabaja para los aniquiladores.

»Al comunizarse la riqueza se ha evaporado... El país carece de todo. Mas no se trabaja para producir. Hay una aniquiladora desidia general, *un concepto oriental* de la inutilidad de trabajar...

»En la capital, el régimen comunista—ya lo hemos visto—produce extraños efectos. Todos los precios aumentan. Cito el ejemplo de mayor evidencia. Había en Budapest dos sociedades anónimas para la explotación de los tranvías eléctricos urbanos. Costaba el billete ordinario 12 céntimos y 20 el de correspondencia entre ambas líneas. El año pasado hubo clamores de indignación y protestas socialistas, porque las dos sociedades querían aumentar el precio del billete sencillo de 12 a 14 céntimos. Y el precio no fué aumentado. La noche de la revolución, incautado ya el Gobierno comunista de los tranvías, el precio fué súbitamente elevado a 30 céntimos. Ahora—desde el 1.° de julio—en pleno régimen bolchevista, recorrer un trayecto cualquiera en tranvía cuesta una corona...

»Merced a los nuevos sueldos, todos los talleres y fábricas pierden dinero. Verdad es que el Gobierno, para arreglarlo, paga en papel moneda sin valor, que fabrica a razón de 30 millones diarios. Pero es un triste remedio, porque siembra la miseria. A pesar de las muchas providencias dictadas, nadie acepta como bueno este papel moneda blanco en sus tratos particulares. Una orden, llena de severas amenazas, establecía que el antiguo papel moneda azul perdería todo

su valor el 30 de junio, y desde el 1.° de julio el único válido sería el blanco bolchevista. El pueblo, sin embargo, no hizo el menor caso, y ahora, una nueva orden del Gobierno aplaza para otro mes la vigencia de su anterior disposición.

»Los proletarios debían poder bañarse a bajo precio—así se ordenaba al menos—. Y todos los establecimientos de baños fueron comunizados. Efecto inmediato: aumento de las tarifas...

»Un detalle que raya en lo cómico: para suplir la deficiencia de dinero en metálico, el Gobierno ha hecho acuñar en los talleres Weiss monedas de 20 *filler*. Dado el costo actual de la mano de obra, cada una de estas piezas de 20 *filler* le sale al Gobierno por 34.

»Otro detalle. El bolchevismo ha venido al mundo gritando: «¡Proletarios!, las casas son vuestras. Tomad las casas de los ricos para vivir en ellas. Y en vez de pagar la renta a los antiguos propietarios, pagádmela a mí.»

»Está mandado que una habitación, modesta o lujosa, debe servir al menos para dos personas. Ninguna familia puede tener (en teoría) más de tres piezas. El resto del cuarto es para otra familia; la cocina, baño—si lo hay—, etcétera, son de uso común. Muchos trabajadores

invadieron las casas de los potentados, compartiendo las habitaciones con los antiguos propietarios, pagando una renta mínima. Pero, ahora, una nueva ordenanza dispone que las rentas sean pagadas en proporción a la comodidad y amplitud del local. Además, según esa disposición, todos los alquileres que, desde 1914, no podían aumentar los propietarios por prohibición gubernativa, serán aumentados en un 100 por 100 por este nuevo casero que es el bolchevismo.

»Lo dicho: sería sumamente instructivo llevar a Budapest a los que sienten impaciencias bolchevistas» [118].

* * *

Recorramos ahora la vida rusa en sus distintos aspectos: polítíco, económico, social.

LA LIBERTAD, LA IGUALDAD, LA FRATERNIDAD

Del capitán Sadoul:

(Refiérese a lo ocurrido en Petrogrado el día 8 de noviembre de 1917.)

«El Palacio de Invierno ha sido cañoneado y tomado; luego, saqueado. Todos los objetos de arte, muebles, tapices, cuadros, han sido salvajemente destruídos. El batallón de mujeres que lo defendía ha sido hecho prisionero y condu-

cido à un cuartel *où les malheureuses auraient été violées autant qu'on peut l'être*. Muchas de ellas son jóvenes de la burguesía...»

«La jornada del domingo ha costado cara a ambos partidos—gubernamentales de Kerensky y bolcheviques—. Dícese que hay más de dos mil muertos en Petrogrado. Bastantes más en Moscou, donde la batalla prosigue con horripilante salvajismo. Parece que han sido saqueados varios depósitos de alcohol. Bandas de borrachos, de forajidos, la hez de los suburbios, se entrega al pillaje, al incendio, al asesinato, mientras las tropas del ex Gobierno y los bolcheviques se destrozan mutuamente» [119].

De Erich Kuttner, redactor de *Vorwaerts* *:

«... si con el tiempo nos aferramos (los alemanes) a ese otro sistema, entonces la *democracia se transformará, lo mismo que el bolchevismo ruso, en dictadura; la libertad se transformará en régimen de opresión...*»

«Los Comités de soldados tienen que ser, por naturaleza, una institución efímera. En cuanto se celebra la paz y se desmoviliza el ejército, desaparecen por sí mismos. De modo que, en un plazo muy corto, no tendríamos

* Socialista alemán.

en Alemania más que Comités de obreros. Ahora bien, estos últimos no engloban, en realidad, más que la clase trabajadora de las grandes empresas, porque para ella se ha elaborado todo el nuevo régimen... Las fábricas de mediana importancia, y con mayor razón las pequeñas, no intervienen para nada.»

Comentario de E. Buisson:

«Toda una serie de categorías de ciudadanos permanecen por completo sin derechos en un Estado dominado por los C. O.; no solamente los fabricantes, los banqueros y los grandes negociantes, sino también los artesanos, los obreros independientes que se dedican a trabajos manuales, los campesinos y los que se consagran a trabajos intelectuales» [120].

De N. Tasin (socialista ruso):

«Bajo el mando de Kerensky, estando en la oposición, reclamaban a grito pelado los bolcheviques la libertad entera y absoluta de la Prensa y fulminaban contra los «procedimientos zaristas» del Gobierno cada vez que éste se permitía censurar uno de sus artículos, aunque contuviese llamamientos directos a la insurrección armada; llegados al Poder, apresuráronse a declarar una lucha implacable a la Prensa.

Los buenos lobos, que, antes miraban por la pobre oveja, empezaron a devorarla en cuanto se convirtieron en guardianes suyos. «Tolerar los periódicos burgueses—declaró Lenin—equivale a dejar de ser socialistas. Cuando se hace la revolución, no es posible contentarse con lo obtenido: es preciso o adelantar o retroceder. El que habla de libertad de la Prensa, vuelve atrás y detiene el tren que marcha a todo vapor hacia el socialismo.»

«Hasta se publican algunos diarios socialistas antibolchevistas, que se imprimen como en tiempos de Plehve o Protopobov, en imprentas clandestinas, distribuyéndose luego a escondidas, como mercadería de contrabando. El órgano del partido socialista revolucionario, llega al extremo de publicar con orgullo durante algún tiempo: «este periódico se imprime en una imprenta clandestina...»

«El 20 de noviembre, por Decreto especial, el Consejo de los Comisarios establece el monopolio de los anuncios; lo que representa un rudo golpe asestado a la Prensa. En adelante, únicamente los periódicos oficiales tendrán el derecho de publicar anuncios, así como los informes de los Bancos, Sociedades industriales, etc. Se ha querido herir el nervio vital de la prensa, que ha perdido con

ello una de sus más abundantes fuentes de ingresos.

»Pero la persecución no acaba ahí. Algunos días más tarde, por un nuevo Decreto, elevóse considerablemente la tarifa postal para los periódicos, de tal manera, que el precio de expedición de un solo ejemplar quedó establecido en 16 kopeks (42 céntimos al cambio normal). Resultó así, que la expedición de un número costaba a veces el doble de lo que valía el mismo periódico, y esto constituía carga más cruel y onerosa para la prensa dicha «contrarrevolucionaria», por cuanto que los periódicos bolchevistas eran expedidos gratuitamente» [121].

De N. Tasín, hablando de Zinoviev:

«Junto a la tumba del comisario Uritsky, asesinado el 30 de agosto, excita a los oyentes a exterminar a la burguesía y a todos los enemigos del bolchevismo. «El partido de los socialistas revolucionarios de la derecha—proclama—se ha puesto fuera de la ley. La burguesía y cuantos se atraviesen en el camino de la revolución obrera deben ser borrados de la superficie de la tierra.»

»Su ayudante Sosnovsby va todavía más lejos: «Muera la burguesía—dice—: he ahí la divisa que debemos poner en práctica. Debemos ejecutar el degüello, no solamente de ciertos

representantes de la burguesía, sino de toda la clase burguesa.»

»Ya que prácticamente es imposible «borrar de la tierra» a todos los burgueses, Zinoviev declara que deben utilizarse como «humildes servidores, hombres de faena de los proletarios triunfantes». Ni siquiera tolera que sean admitidos en las filas del ejército: «sólo los obreros tienen el derecho de llevar el fusil; los burgueses deben contentarse con la escoba» [122].

Del escritor socialista Sr. Péres Solís:

«Esta misma tesis es la que mantienen hombres eminentes, y no de la derecha, del socialismo francés, del suizo y del alemán, para quienes, indudablemente, no deja de ser notoria la estrechez espiritual de la Internacional de Moscou, ferozmente doctrinaria, unilateral, sectaria, dogmática, a la que no iremos los socialistas españoles, pocos o muchos, que no queremos hacer de nuestro partido una especie de cuartel rojo con códigos marxistas impuestos a la prusiana» [123].

Lenin, en el artículo contestando a Kautsky (Vorwaerts, 25 octubre 1918.)

«La dictadura del proletariado no constituye una forma de gobierno, sino un Estado de otro tipo, un Estado proletario, una máquina desti-

nada a *la opresión de la burguesía* por el proletariado. La opresión es necesaria, porque la burguesía siempre opondrá una resistencia desesperada a la expropiación...»

«Si el proletariado necesita aún del Estado, no es en interés de la libertad, es para aniquilar a sus adversarios; pero *cuando hay posibilidad de hablar de libertad,* es que el Estado, como tal, ha cesado de existir» *.

«... *ha confiscado, la revolución bolchevista, los palacios y las villas de la burguesía* (a no ser por esto, la libertad de reunión sería una hipocresía); *ha confiscado las imprentas y el papel de los capitalistas* (a no ser por esto, la libertad de la Prensa para la mayoría obrera de la nación sería una mentira) **; hemos reemplazado el parlamentarismo burgués por la organización democrática de los Soviets, que está mil veces más cerca del pueblo y es más democrática que el más democrático de los Parlamentos» *** 124.

* O sea, nunca... mientras los hombres no deriven francamente hacia los ángeles del cielo...

** No hay que decir la insinceridad, verdaderamente indigna de Lenin, que encierran estas palabras de un hombre que ha prohibido terminantemente todo periódico desafecto a los bolcheviques...

*** Véase pág. 260 y siguientes.

Del Decreto sobre la abolición de clases y de títulos:

Artículo 1.° Todas las clases y divisiones en clases, todos los privilegios y limitaciones de clases, las organizaciones, las instituciones de clases y todas las dignidades civiles quedan abolidas [125].

Conviene reproducir inmediatamente detrás de esta rotunda disposición otras disposiciones rotundas:

De Izviestia, 19 enero 1919:

«El Comité central ejecutivo panruso confirma como *legítima* y *obligatoria* la política de los Soviets sobre alimentación, fundada en los principios siguientes:

1.° Calificación y reparto por el Estado SEGÚN EL PRINCIPIO DE CLASE.»

Del Decreto de la Comisaría de Abastecimientos del Municipio obrero de Petrogrado sobre la reorganización del reparto de víveres en la población de Petrogrado:

«La población de Petrogrado se divide, para su abastecimiento, EN CUATRO CATEGORÍAS, establecidas con arreglo a la lista formada por la Comisaría de Abastecimientos del Municipio obrero de Petrogrado» [126].

EL PODER LEGISLATIVO

De una carta de Petrogrado, publicada en *Sboboda Rossi* (Los Ecos de Rusia), y en la que se describe una sesión de la Asamblea constituyente:

«Cruzábanse groseros insultos, vociferaciones y silbidos.

»¡Hubiérase uno creído en una taberna, más bien que en la Constituyente, expresión suprema de la voluntad del pueblo, y que ni siquiera era en aquel momento una Cámara consultiva!

»Sin embargo, en medio de aquella atmósfera, que «hubiese hecho ruborizarse a un caballo», a pesar de los gritos incesantes de: «¡Vampiros! ¡Verdugos!», a pesar de los fusiles y de los revólvers asestados contra los oradores que no agradaban a los soldados, Zereteli consiguió hacerse oír...» [127].

De El Sol (14 de febrero de 1920):

«Según dice un corresponsal, el Soviet central está compuesto por militantes elegidos entre los empleados de oficinas públicas, miembros de las diferentes organizaciones creadas durante la revolución o funcionarios de la nueva Administración, todos hechura de los jefes bolcheviques.

»La organización interna no permite tampoco

que se desarrolle jamás una discusión seria. No se permite que haya oposición, mientras que los devotos del Gobierno votan como un solo hombre todo cuanto por aquél se le presenta.

»El procedimiento habitual es de una gran monotonía; un comisario del pueblo lee el proyecto de ley; otro toma la palabra para hacer su apología; después, por alzamiento de mano, es aprobado por la Asamblea. Frecuentemente Lenin se limita a dar Decretos que ya están en vigor.

»El corresponsal ha oído declarar a Trotsky, con su frescura habitual, que cualquier otro procedimiento «está contaminado por el cretinismo parlamentario de la burguesía...»

Del periódico Diélo Narodov (La Causa de los Pueblos, antes La Causa del Pueblo):

«La ley *fundamental* sobre el régimen de la propiedad, propuesta por los socialistas revolucionarios de la izquierda, fué adoptada, ¡oh vergüenza!, por una simple votación de manos alzadas. Apenas se tomaron el tiempo necesario para leer el texto, ni siquiera íntegramente, y en doce minutos, sin deliberar, le ratificaron. Aun no habían vuelto a bajar el brazo los votantes, cuando dos orquestas, colocadas en las tribunas, empezaron a tocar con un estrépito terrible, ahogando las protestas de

la oposición, que reclamaba un examen más serio de este asunto, capital para la revolución. Los pocos artículos de la ley que conocèmos llaman la atención por su incoherencia y su falta de sentido. Eso NO ES, A DECIR VERDAD, UNA LEY, SINO UNA SERIE DE «DECLARACIONES Y DE FRASES HUECAS», como decía con indignación María Spiridonova *. «¡Aceptar ese texto por una simple votación de manos alzadas es una vergüenza!—confirmaba Kalegaief» [128].

EL PODER EJECUTIVO

De la misma carta citada en la pág. 260:

«No puede usted imaginarse las quejas de todas las provincias de Rusia... Bajo la apariencia de la dictadura del proletariado, nos presentan la dictadura de los descamisados, de los capotes de los soldados, cuyo socialismo se reduce enriquecerse «a lo capitalista» por los medios más crueles de la Edad Media, el saqueo, la violencia...»

Declaraciones de Lenin:

«En época de revolución la lucha de clases ha tomado inevitable y fatalmente, siempre

* Revolucionaria conocidísima, terrorista de acción. Véanse los más salientes artículos de esa ley en el *Apéndice* núm. V.

y en todas partes, la forma de la guerra civil, y la guerra civil es imposible sin *las más espantosas destrucciones*, sin *el terror más sangriento*, sin restricciones en las formas de la democracia en interés de la guerra. Sólo los melosos curas, «eclesiásticos» o «laicos»—estos últimos personificados en los socialistas de parlamento o de salón—, son capaces de no ver, de no comprender.»

Comentario de Buisson:

«Este es, en efecto, el fondo, el verdadero fondo del debate. Lenin y sus partidarios sostienen la necesidad ineludible, no sólo de la guerra civil, sino de los peores atentados a la libertad y a la vida de los ciudadanos no bolcheviques. No deploran esta necesidad por estar en contradicción manifiesta con los principios mismos de la revolución social; la convierten en un método, el método indispensable para el advenimiento del pueblo y su permanencia en el Poder. Esta traición a la idea republicana y revolucionaria es lo que los socialistas del mundo entero no podrán perdonarles» * [129].

* Por mi parte, me limito a señalar que, si lo que dice Lenin es verdad, resulta de ello la justificación, la consagración de los procedimientos inquisitoriales de los zaristas, de las «atrocidades» alemanas, de las matanzas turcas y, en suma, de todos los métodos

Del Decreto de 5 de noviembre de 1918 del Consejo de comisarios de la unión de municipios de las regiones del norte sobre la creación de un comité revolucionario de guerra:

«Las órdenes militares y las disposiciones del Comité revolucionario de guerra deben ser ejecutadas inmediatamente.

»La falta de cumplimiento de estas órdenes *será juzgada por un Consejo de guerra*» * [130].

De Henri Barbusse **:

«... los exclusivismos excesivos y los procedimientos arbitrarios y dictatoriales empleados por los comisarios del pueblo para dar instantáneamente realidad a sus principios...»

«... la implacable y *a veces mezquina* rigidez de ciertos de sus métodos de acción...» [131].

De Erich Kuttner:

«El poner fuera de la ley a la clase burguesa capitalista no se podría defender más que si se quisiera y se pudiera poner a esta clase completamente al margen en un plazo muy

terroristas, tiránicos y sanguinarios, que eran el arma más fuerte y más simpática de los revolucionarios contra sus enemigos.

* ¿Será oportuno un recuerdo a nuestra *Ley de jurisdicciones*?

** Escritor francés muy significado como amigo del bolchevismo.

corto por el advenimiento del socialismo integral. Pero esta destrucción completa del capitalismo en un plazo de unos meses no puede esperarse ni siquiera vagamente. Ahora bien; por otra parte, no es posible dejar en el Estado durante decenas de años a numerosos ciudadanos, que serían verdaderos parias, completamente despojados de todo derecho. Esto sería una lamentable regresión a los antiguos tiempos de los *fuera de la ley*.»

Comentarios de Buisson:

«¿Hay necesidad de añadir que si la dictadura es en sí la más peligrosa de las formas de gobierno y la más difícil de justificar, aun a título de excepcional, resulta francamente odiosa cuando se pretende ejercerla, no en nombre de una masa compacta, sino por mandato de una multitud de pequeños grupos profundamente divididos, y ninguno de los cuales tiene el menor derecho a imponer la ley a los demás? El peligro capital de este supuesto poder dictatorial del proletariado, es que no puede ejercerse más que por delegación, es decir, por un puñado de hombres que se lo apropian y abusan de él.

»Esta es la experiencia dolorosa que padecen en este momento, no sólo los burgueses, sino los obreros y los aldeanos rusos no bolcheviques. Son maltratados, encarcelados o fusilados, como

si no perteneciesen, más auténticamente que Lenin, de origen aristocrático, a esa clase obrera a la que pretenden hacer *heredera* única de todos *los privilegios* de la burguesía» * [182].

De Máximo Gorki:

«Lenin y sus compañeros se consideran con derecho a cometer toda clase de crímenes, tales como el saqueo de Moscou, la carnicería de los arrabales de Petrogrado, la supresión de la libertad de la Prensa, las prisiones arbitrarias..., en suma, todas las infamias cometidas por Plehve y Stolypin **.

La clase obrera no puede menos de comprender que los milagros no existen, que lo que le espera es el hambre, la desorganización total de la industria, el desbarajuste en los transportes, una anarquía ilimitada y sangrienta y, como inevitable consecuencia, una reacción no menos terrible y siniestra... Es necesario que los obreros sepan que Lenin no es un mago omnipo-

* Es decir, que con la misma inconsecuencia y la misma contradicción en que incurre el bolchevismo al suprimir las clases y resucitarlas otra vez (sin más diferencia que invertir el orden de bienestar de las antiguas), ahora *no suprime los privilegios*, sino que simplemente *los traslada* a otros beneficiarios. Y esto, sobre no ser justo, es sembrar otra vez venganzas y luchas. El desquite vendrá de nuevo...

** Ministros del Zar.

tente, sino un prestidigitador audaz al que nada importa la vida y el honor de los proletarios... ¿En qué se diferencian los procedimientos de Lenin, de los de Stolypin, Plehve y demás gentecilla? ¿No persigue el Gobierno de Lenin a quienes no piensan como él? [183].

De Etienne Buisson:

«El V Congreso general de los Soviets, celebrado en julio, tomó la resolución siguiente: «Todas las tentativas contrarrevolucionarias deben ser implacablemente reprimidas. Por el terror en masa contra la burguesía es como el proletariado revolucionario y los campesinos más pobres deben responder a sus criminales tentativas.»

«La *Pravda*, órgano central del partido comunista ruso (bolchevique) comentaba esta resolución diciendo que hasta entonces la burguesía no sabía lo que era el terror en masa, pero que iba a saberlo pronto.

El 21 de julio terminaba un artículo con esta amenaza: «¡Cuidado, ciudadanos burgueses! Sois mortales como el Zar, cuyo regreso habéis deseado tan ardientemente!»

«El periódico de la noche de los Soviets de Moscou publicó un llamamiento, en letras gigantescas, que terminaba con estas palabras:

«El proletariado borrará de la superficie de la tierra a la burguesía y a sus asalariados» [184].

EL PODER JUDICIAL

De Etienne Buisson:

«Hans Vorst escribía el 3 de septiembre:

»El encarcelamiento y la muerte se emplean frecuentemente contra los miembros de los partidos enemigos de los bolcheviques. Toda oposición aun en el seno de los Soviets, es combatida por la violencia: *se disuelven los Soviets en los que los bolcheviques no tienen mayoría*, como en Biechesk, por ejemplo. Los Consejos y Congresos de campesinos, en donde se formula una opinión hostil a los amos del día, son disueltos. Toda la Prensa no bolchevique es oprimida. Los Tribunales revolucionarios han abandonado las normas ordinarias del derecho y aplican las penas más temibles, ejecutan las sentencias capitales sin formación de causa y sin discusión. El sistema de la violencia y del capricho, es peor de lo que lo fuera nunca en los tiempos del zarismo: la justicia *de clase* impera en su expresión más cruel...»

«Los *Izviestia* oficiales del 3 de septiembre contienen el informe siguiente:

«La Comisión extraordinaria de Petrogrado, en lucha con la contrarrevolución, ha fusilado a más de 500 hombres entre los rehenes. Los dia-

rios publicarán los nombres de los fusilados y de los candidatos al fusilamiento, que serán ejecutados en cuanto se lleve a cabo un nuevo atentado contra los jefes de los Soviets...»

»A propósito del asunto Lockart (setiembre 1918), aquel cónsul inglés que conspiró contra los bolcheviques, una carta publicada en el boletín semanal de las C. E. (núm. 3) dirige vivos reproches a los camaradas de la capital por haber dejado marchar a ese individuo:

»¿Por qué no habéis sometido a ese Lockart a tormentos bien escogidos para obtener de él los datos y las señas que semejante pájaro debía conocer en gran número?

»¿Por qué en vez de aplicarle el tormento, cuya sola descripción cubriera de frío sudor a un contrarrevolucionario, le habéis permitido abandonar, presa de una profunda turbación, la Comisión extraordinaria?

»Y la carta termina con estas palabras:

«¡Basta de vaselina! Abandonad la estúpida farsa de la «Diplomacia» y de la «Representación». Si echáis mano a un tunante peligroso, hacedle desembuchar todo lo posible (respecto a informes), ¡y enviadle después al otro mundo!

»Esta carta, publicada en lugar preferente, va acompañada de una observación de la redac-

ción, que no encuentra en principio nada que censurar en ella.

«En el periódico de la noche que publica el Soviet de Moscou se dijo claramente, el 15 de octubre, que el carácter de desorganización del terror antiburgués, la ausencia de toda regla en los encarcelamientos, muchos de los cuales se llevaban a cabo a consecuencia de «errores»; todas esas expulsiones, confiscaciones y registros arbitrarios ejercieron una acción destructiva, aun desde el punto de vista de los Soviets» [185].

Del Dielo Naroda, periódico ruso, del 19 noviembre 1917.

Se refiere al funcionamiento del Tribunal revolucionario, y después de describir su composición, dice:

«En tres horas, el Tribunal ha examinado doce causas» [186].

EL EJÉRCITO

De Etienne Antonelli:

»Los representantes del 19 cuerpo de ejército, que llevaba tres años en el frente, refiriéndose a su misión en Petrogrado, decían lo que sigue: «Según ha comprobado esta Delegación, la inactividad más completa reina en los regimientos de Petrogrado. Las tropas no hacen el

ejercicio, y raramente se monta la guardia. Entre los soldados, particularmente en los regimientos de la Guardia, los juegos de baraja han tomado proporciones extraordinarias. En ciertos regimientos, los soldados juegan toda la noche y duermen durante el día. Se atraviesan cantidades considerables. Cuando han perdido su dinero, los soldados se enganchan para ciertos trabajos, como la descarga de mercancías que llegan a la capital, o bien comercian con lo que pueden. Después de ganar algún dinero, vuelven otra vez al juego. En una palabra, los soldados de Petrogrado son «pensionistas del Estado» que reciben alojamiento, calefacción, luz, vestido y sueldo, negándose a todo trabajo profesional.» Podemos afirmar, según nuestras propias comprobaciones, que el cuadro no está recargado» [187].

De un acuerdo del Consejo de defensa de obreros y campesinos, a propósito de los desertores:

«En tanto que la mayor parte del ejército rojo de obreros y campesinos sigue luchando honrosamente en el frente, y soporta sin quejarse las penalidades de una campaña de invierno, *ciertos* elementos, viciosos *los más de ellos*, y quizá inconscientes *alguna vez*, abandonan el frente sin permiso para refugiarse a retaguardia o regresar a sus casas.

Semejante conducta sólo puede calificarse como un crimen de los más graves y de los más vergonzosos, y el Consejo de Defensa de obreros y campesinos cree de su deber apelar a todo el poder del Gobierno para luchar contra tales desertores» [188].

LA ADMINISTRACIÓN Y LOS SERVICIOS PÚBLICOS

De la *Izviestia* (22 de septiembre de 1918):

Se refiere a los resultados de la gestión de la Comisión oficial de investigaciones.

«A pesar de la falta de especialistas expertos y de revisores y a pesar de lo difícil de la labor esta de la Comisión investigadora oficial, ha dado resultados positivos. Durante la revisión de las operaciones de la Comisión de seguros sociales se descubrieron *en numerosas* organizaciones e instituciones bolcheviques *graves desórdenes*. Entre otras cosas, se comprobó que estaban guardados ilegalmente diferentes valores y sumas considerables, que sólo en las instituciones de Moscou formaban un total de 100 millones de rublos. Se descubrió asimismo que había grandes errores en las cuentas de diversas instituciones, y que se daban pensiones a *personas muertas hacía mucho tiempo*; en fin, que se llevaba a cabo un verdadero sa-

queo, haciéndolo en gran escala, por millares de rublos.

»En el curso de la información sobre la construcción de máquinas agrícolas se vió que en relación con los 400 millones necesarios para esta construcción, las operaciones de los órganos centrales para la entrega de las máquinas agrícolas al pueblo se verificaban *con extremada negligencia y violando todas las reglas fijadas*.

»Las oficinas de las Uniones provinciales y urbanas fueron sometidas a un examen detenido. *En muchas de ellas imperaba el desorden en las cuentas, la ausencia de todo estado detallado en la parte financiera; en ciertos casos, la incapacidad para llevar a buen término los negocios, la falta de fondos y de capitales.* En resumen, la Comisión reclama para toda una serie de individuos una información judicial.

»La Comisión del control del Estado llamó también la atención sobre el hecho de que *en los Soviets de los gobiernos, en los Soviets de los cantones, y sobre todo en los de los distritos, no exista en muchos casos verdadera contabilidad ni estados de cuentas. Con frecuencia hay en ellos una ausencia completa de presupuestos, a consecuencia de lo cual el dinero ingresa y se gasta sin orden ninguno.*

»Esta revisión hizo descubrir una serie de robos en los depósitos de bienes pertenecientes al Estado, en particular de los que se habían realizado. Demostró el poco cuidado que ponían en guardar estos bienes, la falta de locales para objetos de valor, el estado completamente caótico de la contabilidad y de los estados de cuentas. Pongamos un ejemplo: se ha probado que en un depósito de los caminos de hierro se llevaban las mercancías, y no poco a poco, sino por vagones enteros. Se descubrió que los *culpables* eran los *encargados de la custodia de estos depósitos* y los *obreros* y hasta los *transeuntes*. La información demuestra, además, que el control en las vías férreas ha comprobado los desórdenes siguientes: *paradas interminables, transporte gratuito y en masa de viajeros y de mercancías, fijación de tarifas por los mismos empleados y anticipos completamente inadmisibles a cuenta de los ingresos y de otros recursos para cubrir los gastos de estos ferrocarriles.*

»Ultimamente se han visitado los depósitos de fábricas y talleres de los alrededores de Nijni Nougorod. El control ha visto lo mismo en todos ellos: *negligencia, incomprensión en todos los negocios, abusos, flagrantes o disimulados.* Se encontró con que ni siquiera sabían el valor

de una gran fortuna que habían realizado. ¡Ningún estado de cuentas, nadal Una parte de aquella fortuna desaparecida ya, arrebatada *no se sabía por quién ni cómo. El fenómeno general* es el caos en la contabilidad y en los estados de cuentas.»

De un acuerdo del Comité central ejecutivo panruso de los Soviets de Diputados obreros, campesinos y cosacos y del ejército rojo:

«De distintos sectores de la red de ferrocarriles llegan a nosotros informes concernientes al proceder ilícito de destacamentos de vigilantes de las líneas que sin considerar el estado actual del servicio de transportes ni la necesidad de economizar combustible, se permiten detener los trenes a cada momento, y aun en los apeaderos más insignificantes; se conducen groseramente con los viajeros; registran a todo el mundo, *especialmente a las mujeres;* se apropian objetos y productos de los viajeros, de uso personal, etc., etc.

»En las localidades evacuadas por los alemanes, en donde con tanta alegría se esperaba al ejército rojo, se han cometido grandes abusos, especialmente indignantes. El mal proceder ya mencionado de los destacamentos de los vigilantes de las líneas con respecto a los viajeros y al vecindario desacredita a los obreros de

los Soviets y hace nacer ideas erróneas acerca del poder de los Soviets.

»Considerando que aún hay—*a pesar de toda una serie de* AVISOS publicados por el Poder central de los Soviets—vigilantes de las líneas y hasta grupos enteros de vigilantes de las líneas que *se obstinan en no poner término a semejante conducta*, el Comité central ejecutivo panruso pone, por el presente *aviso*, en conocimiento del vecindario y de los vigilantes de las líneas, que los subalternos y los jefes de esos destacamentos serán declarados responsables y obligados a comparecer ante el tribunal revolucionario cada vez que se compruebe algún acto semejante a los precitados. Se ordena que en todos los casos de este género se levante acta y se comuniquen a la autoridad superior con el fin de que ésta pueda instruir la causa y perseguir a los culpables.

»El presente aviso debe ponerse bien a la vista en todas las estaciones de ferrocarriles de la República rusa federal y socialista de los Soviets.

»El presidente del Comité central ejecutivo panruso, *J. Sverdlof*» [189].

De Raoul Labry:

«Cada estación se ha convertido en una república y cada jefe de estación en un presiden-

te de Soviet, elegido por sus empleados, en la mayor parte de los casos por razones ajenas a su competencia técnica...

»En toda Rusia se repite la situación de la línea Moscou-Koursk, en la que funcionan dos Comités enemigos, que se acusan mutuamente de tendencias contrarrevolucionarias y dan al mismo tiempo órdenes completamente contradictorias. «Los empleados—dice M. Tiumenev—se permiten todo género de actos arbitrarios. Así, por ejemplo, reducen las secciones de tracción continua, conceden veinticuatro horas de descanso a los fogoneros y maquinistas después del recorrido, se niegan sistemáticamente a dar locomotoras y prescinden del personal administrativo. Además, hemos visto empezar en septiembre una era de crímenes inauditos, tales como incendios de estaciones, rotura de agujas, captura y destrucción de trenes enteros. Esta anarquía fué en aumento en octubre, noviembre y diciembre. Citemos, entre otros casos, la captura, en la estación Kochetovka, a fines de octubre, por soldados armados de ametralladoras, de un tren cargado de trigo de contrabando; la destrucción, en octubre, en la estación de Vitebsk, de un tren con 35 vagones de trigo; y la captura, a fines de noviembre, de víveres y combustibles destinados a las necesi-

dades del personal empleado en la construcción de la línea Petrogrado-Rybinsk...

«Anarquía entre los viajeros; anarquía entre el personal; tal es la situación de los ferrocarriles rusos, a la que la nacionalización no puede aportar ningún remedio, porque viajeros y personal *son inaccesibles a la idea del interés general*. Los ferrocarriles sucumben, lo mismo que la industria, a golpes de los caprichos individuales y de los intereses particulares. En enero, cuando atravesaba yo Finlandia, en plena guerra civil, el maquinista del tren en que yo iba, bolchevique convencido, se detuvo en una estación perdida entre la nieve y declaró que hacía demasiado frío para seguir andando. Abandonó su locomotora y fué a sentarse ante una mesa en el restorán, mientras los viajeros se helaban de frío. Éstos formaron un Soviet, del que me eligieron presidente, con la misión de obtener del maquinista que se apiadara de nosotros. Ningún argumento parecía hacer mella en éste. Sólo un billete de 100 *rublos Romanof*, producto de una colecta entre todos, le infundió el suficiente valor para llevarnos a Tornea, en la frontera sueca...»

«En todas partes sucede lo mismo. Cada empleado se considera el propietario de su máquina, de su aparato, de su oficina, y dispone

de ello como mejor conviene a sus propios intereses. Se citan varios casos de estaciones que se han declarado autónomas, en las que los empleados viven de los jarros de vino que les dan por dejar pasar los trenes por la sección de que son amos y del producto de los billetes que venden por su cuenta.

»Fácil es adivinar lo que tiene que suceder con el material en medio de tan espantosa indisciplina. En diciembre de 1917 el ingeniero Tiumenev calcula en 22.000 el número de vagones vacíos que interceptan las vías en la red de Moscou y que no pueden ser retirados. Entre ellos hay unos 3.000 que necesitan reparaciones insignificantes. Pero como la reparación tarda, roban sus accesorios, sus piezas metálicas. Todos los días son despedazados como un cadáver por una bandada de cuervos» [140].

De El Sol, 31 enero 1920:

[«*Isvíestia*, periódico oficial del Gobierno de Lenin, publica un informe del último Congreso de los Soviets, primero al que se admitieron delegados de otros partidos socialistas; entre ellos acudieron Martov, por parte de los mencheviques; Wolsky, como representante de los socialistas revolucionarios, y la señora Frumkina y Wanstein, en nombre del «Bund» (partido socialista israelita)»].

«Desgraciadamente, la *Ieviestia* pasan, casi por completo en silencio, los discursos de los

socialistas de oposición. Así, en lo que se refiere a Martov, leemos tan sólo que el *leader* menchevique censuró la política interior del Gobierno, lo que provocó gritos de protesta y silbidos de parte de la asamblea. En cuanto a la señora Frumkina, el informe se contenta con reproducir una de sus afirmaciones. «En realidad, dijo, el régimen de los Soviets no es más que una ficción, puesto que los Soviets no son reelegidos y ya casi no celebran reuniones. *Es la burocracia sovietista la que gobierna.*»

Del reglamento extraordinario de los ferrocarriles Nicolás:

«Artículo 1.° En vista de la situación anormal creada en los ferrocarriles Nicolás *por la agitación de contrarrevolucionarios desconocidos* que propagan el desorden y tratan de interrumpir el funcionamiento de las líneas, con el fin de restablecer por estos medios el régimen monárquico y concluir con el poder del Gobierno de obreros y campesinos, se adopta el presente reglamento, a manera de medida provisional, a partir del 24 de junio de 1918...

»Art. 6.° La guardia extraordinaria de los ferrocarriles Nicolás está por completo a las órdenes del Comité revolucionario central y le debe una obediencia absoluta.

»*Observación.*—En casos de necesidad, el

Comité revolucionario central está autorizado a recurrir a los destacamentos extranjeros...

»Art. 10. Todo movimiento hostil al Gobierno de los Soviets de obreros y campesinos o al Comité ejecutivo de los ferrocarriles Nicolás, propio para excitar a las masas y provocar la agitación entre el personal de los ferrocarriles, queda prohibido bajo pena de encarcelamiento y de persecución por el tribunal revolucionario.

»Art. 11. Se invita *al personal consciente* a contribuir a la aplicación del presente acuerdo.

»Art. 12. Se intima al Comité central a ponerse de acuerdo inmediatamente con el comisario de Abastecimientos *sobre el aprovisionamiento sistemático y suficiente de productos alimenticios* para obreros y empleados de ferrocarriles de productos alimenticios * [141].

Del acuerdo del Consejo de defensa obrera y campesina (contra el separatismo regional y el formulismo burocrático):

«Ahora bien; muchas de las instituciones regionales y locales de los Soviets no se han dado aún exacta cuenta de la importancia de las necesidades del momento que no admiten espera. Hay instituciones regionales que continúan pu-

* ¿Pues no eran «contrarrevolucionarios?» ¿No se trataba de «móviles políticos?»

Refiriéndose a Reinstein, miembro del *Labour Party* americano:

«... Se quejó mucho de la falta de medios de transporte, queja que oí proferir, al menos tres veces por día y a diferentes personas, durante todo el tiempo que estuve en Moscou».

Del mismo:

«Dentro de tres años — dijo un vecino de mesa — viviremos entre ruinas. Las casas de Moscou tenían siempre una excelente calefacción, y como por la falta de transportes carecemos totalmente de combustible, las cañerías del agua han estallado en miles de casas. No podemos procurarnos lo necesario para repararlas. Tampoco tenemos colores para repintar las paredes, que se pudrirán poco a poco. Que pasen así tres años, y los monumentos de Moscou se nos caerán encima.

»Otra persona medió en la conversación y dijo riendo: «¡De aquí a diez años andaremos todos a cuatro patas, y dentro de veinte nos nacerá rabo!»

Del mismo. (Habla Kamenev, miembro del Gobierno bolchevique):

«La situación sería buena si pudiera mejorarse el servicio de transportes; para que el pueblo de Moscou advirtiese una MEJORÍA *apre-*

ciable, sería preciso que recibiéramos a diario cien vagones de víveres, y al presente, rara vez llegan más de veinte...

»... Trotsky, que buscaba por todas partes locales donde acuartelar a sus soldados, prefería siempre las escuelas, y—dice Kamenev—«tenemos que sostener una lucha por cada escuela». Otra dificultad es la falta de libros escolares. Los manuales de historia, por ejemplo, escritos bajo el régimen de la censura, y según los principios del zarismo, son ahora inútiles, y los nuevos no están todavía listos, sin contar lo difícil que es procurarse papel y hacerlos imprimir» [148].

De un artículo publicado en la *Gaceta del Comercio y de la Industria*, del 16 de Junio de 1918:

«El río—el Volga—está desierto. Los barcos de pasajeros son raros en él; los lanchones de nafta más raros aún, y las armadías han desaparecido casi por completo... Los embarcaderos, ordinariamente atestados de toda clase de mercancías, están vacíos. Las mismas autoridades bolcheviques reconocen la anarquía que reina entre los obreros náuticos y la miseria en que se debaten. No hay nada más triste que ver en el Kama vapores repletos de gente, armados hasta los topes, yendo provistos de ametralladoras en busca de pan...»

De R. Labry:

«El precio total del transporte de una barcaza de 20.000 *puds* de petróleo desde el Cáucaso a Petrogrado asciende a 108.230 rublos. Tanto vale decir que la vía fluvial del Volga es inaccesible. Y de esta suerte, una de las arterias vitales de Rusia cesa de latir en un cuerpo que se descompone. La «Matuchka Volga», la tierna madre que sustentaba al norte de Rusia y llevaba a raudales la vida en sus aguas potentes, se ha convertido en una madrastra hostil e infecunda.

»En cuanto a los ferrocarriles, su situación, ya tan difícil en vísperas de la revolución de noviembre, es espantosa. Para juzgarla tenemos un precioso informe, presentado por el ingeniero Tiumenev, el 12 de diciembre de 1917, al Comité del Consejo de los Congresos de Representantes de la Industria y del Comercio. Este informe nos permite juzgar los resultados de la toma de posesión del Poder por los bolcheviques, un mes después de su triunfo. El ingeniero Tiumenev termina así: «El estado de los transportes en octubre presagiaba su agonía; habiéndose declarado esta agonía en noviembre, puede decirse que nuestros ferrocarriles no existen ya como mecanismo de funcionamiento regular» [144].

LA INDUSTRIA

De R. Labry:

«Toda la vida industrial fué primero entorpecida, y por último asfixiada por el bolchevismo.»

Del mismo, que reproduce el informe del ingeniero director de una empresa rusa:

«En los primeros tiempos del Gobierno bolchevique un Decreto, entre tantos otros, mandaba formar, en cada mina importante, destacamentos de la Guardia roja para luchar contra el movimiento reaccionario. El agitador Samarin, presidente del Comité de la mina, solicitó que se le diesen 750 fusiles. Le fueron concedidos con las municiones necesarias. Este destacamento de la Guardia roja encontró rápidamente adeptos entre los obreros holgazanes o aventureros. Esta fué en todo el Donetz la señal de la anarquía más completa.

»Según los Soviets, el control obrero debía impedir la ruina de las industrias; por el contrario, la precipitó...»

«En el mes de diciembre de 1917 tuve que soportar todas las vejaciones posibles: la supresión de combustible para mi casa, la supresión del agua, de la luz... Todo el día me traían a

mal traer las continuas huelgas: huelgas de empleados, de los diversos talleres, de los ferrocarriles interiores, de los mineros. ¡Y qué huelgas, sin poder esperar ayuda de nadie! El 16 de diciembre fuí a Kharkov para examinar nuestro crédito en el Banco y poner en claro la situación de «El Monopolio». De este examen deduje que nos era imposible ir más allá y hacer la menor concesión nueva...»

«... Tales el cuadro trágico de la situación en el Donetz, trazado por un hombre que vivió, junto a sus obreros, las horas más sombrías de la revolución rusa. Es un testigo irrecusable, cuyo relato constituye un acta de acusación impresionante contra el régimen de Lenin. Lo que sucedió en la mina de O... se reprodujo en todas las empresas mineras o metalúrgicas del sur de Rusia. Los rasgos generales son idénticos: indisciplina general, vejaciones y malos tratos de toda especie de que son víctimas los directores, tiranía de los agitadores y de una minoría anarquista, ejercida por la fuerza y mantenida gracias a la pereza de la mayoría, a su debilidad y a su afán de conseguir un interés inmediato con el mínimum de trabajo. Este es el régimen de los Samarin, que, revólver en mano, nombran y deponen a los miembros del Comité de la fábrica, exigen

la aprobación de las soluciones más violentas y se crean en cada empresa una especie de principado independiente. ¿Qué autoridad podrían tener sobre estos energúmenos los Consejos regionales de la economía local, el Consejo Superior, los Soviets locales o regionales, *aun cuando no estuviesen* compuestos muchas veces de gentes de la misma calaña? No se desencadena a la hez del pueblo obrero sin que nazca la peor de las anarquías.

»Todos los organismos obreros—escribe el director de una Sociedad minera francesa del sur de Rusia—son *impotentes para reglamentar en una forma cualquiera la marcha del trabajo...*»

«Es preciso padecer la ceguera de los doctrinarios para creer que ha de conseguirse la disciplina necesaria al trabajo en común, dejando en completa libertad la fantasía del populacho. El control obrero, creado por los teóricos bolcheviques, consagró, bajo el pretexto de vigilancia y de organización en provecho de todos, un régimen de saqueo, de bandolerismo y, a veces, de sangre. Las fábricas se han convertido, no en la propiedad de todos, sino en la presa del más audaz y del más violento. Por más que el Consejo Superior, en la olímpica serenidad del dogma marxista, trace planes de

producción y de centralización de las diversas industrias, tropezará por todas partes con la anarquía, que es obra suya; con una caterva de agitadores, verdaderos señores feudales, seguidos de una cuadrilla de holgazanes deseosos de vivir a expensas de la fábrica como viven de sus tierras los grandes señores, sin hacer nada, a sueldo del Estado, del que se creen guardianes indispensables contra la reacción zarista y burguesa.

»Y esto es lo que piensan efectivamente los obreros rusos desde los comienzos del régimen, desde las declaraciones leninistas sobre la dictadura popular. *Son los amos. En lo sucesivo a los burgueses o al patrono les corresponde mantenerlos.* Cuando éstos se arruinen, les sostendrá el Estado, puesto que ellos son sus mejores defensores. El jornal no es ya el pago de una cantidad de trabajo determinada, sino un sueldo que les corresponde y se les abona *del tesoro, del que son los únicos propietarios.*

»Acerca de esta creencia nos ilustra la siguiente declaración hecha por el director de la fábrica de Dr..., en la sesión del 22 de diciembre (4 de enero de 1918), celebrada en la Agencia Industrial que M. Darcy había fundado en Petrogrado para defender los intereses franceses: «La fábrica se ha cerrado por falta de combus-

tible. Los obreros exigen que se les paguen seis meses adelantados (unos 600.000 rublos al mes). Se quedarán en la fábrica, proporcionándoles la Sociedad el alojamiento y la calefacción, y *a los seis meses* verán si hay medio de trabajar. Al personal superior y a los extranjeros les está prohibido marcharse. Los obreros dicen que si no se les paga venderán los *stocks* y todas las existencias.

»Este ejemplo bastará para probar que el bolchevismo no puede hacer otra cosa que destruir. Obedece al populacho. Como éste es voluble, los Comités de obreros son reelegibles en cualquier momento y siempre inestables, lo que redunda en provecho de los exaltados y da lugar a un desorden constantemente renovado. Y como el bolchevismo no puede oponerse a esta tendencia a la destrucción y a la pereza de ese populacho, abandonado a sí mismo, no tiene ninguna fuerza para crear...

»Desde los comienzos del leninismo podemos ver un ejemplo de la manera cómo son aplicados, en la realidad, los Decretos del Poder central, comparando las instrucciones definitivas para la aplicación del control obrero, dadas por el Comité regional de la Economía Nacional del Ural y las instrucciones generales sobre la aplicación del control obrero, publicadas

por el Consejo Superior de la Economía Nacional.

»Con arreglo al art. 9.° del Decreto sobre el control obrero los patronos tienen un plazo de tres días para presentar sus reclamaciones contra las Comisiones de control.

»Este derecho de los patronos se especifica en las instrucciones generales. Las Comisiones no deben inmiscuirse en la dirección y en la administración de las industrias. No intervendrán en las cuestiones financieras (art. 8.°).

»Ahora bien; en las instrucciones del Comité del Ural, el derecho de apelación del patrono no está especificado. La dirección de la fábrica no tiene el derecho de gestión; no hace más que dar cumplimiento a las decisiones de la Comisión de control. El Comité del Ural tiene en las fábricas agentes, sin cuyo asentimiento no debe tomarse ninguna disposición ni realizar ningún acto. Estos agentes se convierten en los *verdaderos directores sin ninguna responsabilidad.*

»De modo que, desde diciembre de 1918, los principios del control obrero han sido violados deliberadamente en el Ural y se ha llevado a cabo el secuestro completo de la fábrica por el Estado. Ahora bien; el agente no tiene ninguna autoridad sobre los Comités; estos últimos son

los que gobiernan. Ellos son los que deciden la cesantía de los administradores y de los ingenieros; los que venden las mercancías y reciben directamente su valor; los que distribuyen por sí y ante sí el dinero entre las Cooperativas, los talleres y los Comités de abastecimiento. Por último, y *ante todo, se conceden perpetuos aumentos de jornal con los atrasos correspondientes a los meses transcurridos*. De este modo, en abril de 1918, los Comités de la fábrica de una de las sociedades más importantes del Ural, se hicieron pagar un suplemento de jornales de un 45 por 100, correspondiente a diciembre de 1917, con el pretexto de que la Dirección se había negado el 1.° de diciembre de 1917 a conceder el aumento que concediera luego, a partir del 1.° de enero de 1918. Este suplemento, correspondiente a diciembre, asciende a 472.000 rublos...»

«Los Comités obreros, al intervenir en la dirección del negocio, lo conducían voluntariamente a la ruina, y su objeto era, no la organización de la producción, sino la expoliación y el robo.

»No podía ser de otra manera. La mayoría de los obreros *están siempre convencidos de que las compañías obtienen en perjuicio suyo grandes beneficios*. Sus representantes, si no comparten to-

dos esta convicción, afirman, sin embargo, que es fundada, *ya sea por temor, ya por el deseo de conservar la confianza de sus mandantes*. Están sostenidos por algunos individuos que tratan de adquirir popularidad a toda costa. Y por esta razón, las instituciones revolucionarias no consiguen más que un resultado: el agotamiento total de los fondos de la sociedad y la ruina completa de la industria...

»Las reclamaciones más insensatas son apoyadas por los Comités obreros, y, en caso de negativa, se obliga al gerente de la mina a que asista a un mitin, en el cual se le amenazará con infligirle un castigo inmediato, con descuartizarle» [145].

De la Gaceta del Comercio y de la Industria:

«En octubre de 1917 (es decir, cuando el golpe de Estado bolchevista) existían en Petrogrado cerca de 400.000 obreros; el 1.° de enero de 1918, no había más que 320.000; el 1.° de abril, 160.000, y el 1.° de junio, apenas si llegaban a 100.000.» En la actualidad, el número de obreros ha disminuído más todavía. En Moscou, la proporción es, aproximadamente, la misma. Las fábricas y talleres, mal dirigidos, sin primeras materias, tropezando a cada paso con graves conflictos con los obreros, vense obligados a cerrar sus puertas.

»En semejantes condiciones, la vida de los obreros, estos seres privilegiados, resulta extremadamente penosa. *La Gaceta Roja*, del 28 de enero de este año, escribe: «La ración diaria que los obreros recibían el 1.° de junio de 1918 representa la cuarta parte de lo estrictamente indispensable al hombre para vivir. Hacia el mes de enero de 1919, dicha ración habíase convertido en la sexta parte de la alimentación que, como mínimo, necesita un hombre. Para vivir, un obrero debía gastar 22 rublos diarios en enero de 1918; 35 rublos, en septiembre del mismo año, y 89 rublos, en enero de 1919; mientras que en estas mismas épocas (según las normas establecidas en las dos capitales), su salario era 14,20 y 25 rublos diarios, respectivamente» [146].

Sobre la agonía de una fábrica de tejidos de Moscou:

De R. Labry:

«La fábrica, un gran edificio de ladrillos rojos, parece muerta bajo la nieve. En las oficinas de la Dirección, los miembros del Comité fuman y toman te en compañía de algunos delegados del Comité del distrito y de obreros que van a charlar antes de entrar en los talleres. Lo único que preocupa a toda esta gente es el medio de procurar víveres a la cantina de la fábrica. Las patatas cuestan a cuatro rublos el fund (libra de

410 gramos); la harina, a 300 ó 400 rublos el pud (16,200 kilogramos); de pescado, no hay ni sombra. Truenan contra los campesinos acaparadores, que se niegan a ceder sus productos a cambio de rublos; contra el Gobierno, que no sabe hacer nada y se incauta de los productos de la fábrica para cambiarlos por trigo, en beneficio de la Guardia roja y de otros privilegiados. Deciden reservar los tejidos para la fábrica y enviar al campo a algunos compañeros para que por sí mismos los cambien por víveres. Tales son los trabajos diarios de los diversos Comités de fábrica, excepto los días en que se trata de extender la hoja de jornales, que un delegado irá a presentar al Consejo de la Economía Regional para su aprobación, y luego, a la sucursal del Banco del Pueblo para su cobro.

»En los diversos talleres, son raros los obreros. Allí se oyen las mismas recriminaciones que en el Comité, y mítines improvisados reúnen varias veces al día a los descontentos. Se abandona el trabajo para charlar, y a las tres de la tarde, cada cual se va a vagar por la ciudad en busca de su pitanza, de otro trabajo más remunerador, o de una casa o un ciudadano a quien desvalijar violentamente. Nadie vigila, nadie inspecciona el trabajo. Cada individuo se lleva un artículo fabricado, que ha cogido con disimulo,

o alguna herramienta, o alguna pieza de las máquinas, que cambia en los pueblos inmediatos por patatas, manteca o pan; o algún leño para encender la estufa de la casa burguesa en que le han instalado los Soviets.

»Y así continúan las cosas hasta que el saqueo ha agotado todo lo que puede ser vendido o quemado y el Consejo de la Economía Regional decreta con el cierre de la fábrica el cese de los anticipos del Estado. Sólo quedan de la fábrica las cuatro paredes y algunas calderas inservibles que se enmohecen. La Guardia roja aumentará con nuevos reclutas, guiados mucho más por el deseo de comer con regularidád que por la impaciencia de batirse, y los pueblos verán llegar de Moscou la santa otra tanda de miserables que llegan hambrientos y prontos a reclamar su parte en la tierra, pidiendo la revisión de un reparto en el que no se les ha tenido en cuenta» [147].

De un delegado del Consejo de soldados de Gross-Berlín, Cohen (de Reuss), que en la Asamblea de 30 de noviembre de 1918 argumentaba con el ejemplo ruso:

«El importe de los jornales pagados se eleva *al doble del valor de los productos totales de la industria rusa*. Por lo cual la mayor parte de los obreros se muere de hambre, la industria está paralizada [148]...»

LA AGRICULTURA

De Etienne Buisson:

«Fácil es imaginar lo que puede ser un municipio rural ruso con sus campesinos ricos y sus campesinos pobres, sus patronos y sus criados, sus propietarios de «tierras nobles», sus miembros del *mir*, es decir, de la propiedad comunal colectivamente explotada, y sus pequeños terratenientes campesinos (creados por la ley Stolypin). Además de estos intereses contrarios, influencias no menos opuestas obran sobre esa muchedumbre generalmente ignorante, alternativamente pasiva y apasionada; las influencias de los Comités revolucionarios, de los Soviets, de los bolcheviques, de los diversos partidos socialistas antibolcheviques, de los agentes de la contrarrevolución, de la anarquía o del extranjero, y hasta del pope, que en muchos pueblos conserva su autoridad a pesar de todo. A esa muchedumbre rudimentaria, a ese conglomerado de hombres tan divididos entre sí es al que acaban de decirle: «¡Sois libres! ¡Arreglad vuestra situación vosotros mismos! ¡Haced lo que podáis! Nosotros entregamos las tierras a los Comités agrarios, en espera de una ley definitiva.» Y los Comi-

tés agrarios, impotentes, ignorantes, compuestos de hombres interesados también en el asunto, dirigidos por las escasas personas o por los más ricos del pueblo, no han hecho más que sancionar las decisiones de los que sabían querer, individual o colectivamente» [149].

De Svoboda Rossii (Los Ecos de Rusia):

«Nos escriben del gobierno de *Penza*, eminentemente agrícola:

»A pesar del buen tiempo y de estar muy avanzada la estación, los campesinos no siembran los cereales de verano. Y la causa de esto son las disputas y los conflictos en los que las gentes se matan unas a otras por las tierras (1.° de mayo).»

«En el *Voronèje*, muy agrícola y de suelo excelente:

»Todo se vuelven discusiones; en muchos sitios hay colisiones entre campesinos y campesinos y entre pueblos y pueblos. Se teme ver definitivamente perdidos para este año los cereales de verano. (Del mismo número.)»

«De *Riazan*, menos fecundo, pero también agrícola, comunican:

»En abril aún se estaba haciendo el reparto de tierras. Constantemente se oían juramentos y disparos de fusiles y de revólvers traídos del frente. Muchos labradores tenían un miedo ho-

rrible a sembrar; ¿qué sucedería si les quitasen las tierras a la fuerza? Y además no hay semillas. Las grandes propiedades antiguas no están cultivadas; las semillas se las han comido los campesinos hambrientos. Una infinidad de Comités y de Consejos se pasan el tiempo discurriendo y votando resoluciones: todo está lleno de oficinistas. Cuando se les dice que la época de los trabajos de primavera está muy avanzada, que si no se cultivan las tierras ni las huertas sobrevendrá necesariamente el hambre, se oye por toda respuesta:—¡Bueno! Enviaremos delegados para explicar al pueblo la importancia de la agricultura... (17 de mayo).»

«Otro comunicado del gobierno medianamente agrícola, de Simbirsk, patria de Lenin:

»En nuestros campos la propaganda socialista ha sido interpretada de una manera completamente monstruosa... La cuestión agraria se ha resuelto con la mayor sencillez. Cada pueblo se ha apoderado de las tierras de su antiguo señor, y no quiere ceder ni una pulgada de estos terrenos a los pueblos de alrededor, aunque no tenga los medios de cultivar por sí mismo toda esa extensión, en tanto que los municipios vecinos necesitan tierras. Hasta ahora no tenemos ninguna instrucción procedente de los órganos del Gobierno y del distrito para el reparto de

las tierras. Se ha hecho como se ha podido, se ha perdido el tiempo en discusiones, la estación avanza y seguramente quedarán tierras por sembrar (16 de mayo).»

Provincia de *Kostroma*:

«Aquí no existe la socialización. Los campesinos añaden sencillamente nuevos lotes de tierras a sus antiguas posesiones, a título de propiedad estrictamente privada. El Congreso de los Comités agrarios del Gobierno se ha visto obligado a reconocer este hecho, disimulando su derrota con la resolución que votó de implantar la socialización dentro de un año, cuando haya reunido los datos, estadísticas y demás, necesarios a la reforma (24 de mayo).»

En el gobierno de *Smolensk*, que nunca tiene bastante pan para las necesidades del vecindario:

«Este año los trabajos de labor y la sementera están muy atrasados, a causa del reparto de las tierras, aun no terminado. Infinidad de grandes propiedades ocupadas por campesinos permanecen, a pesar de ello, sin cultivar por falta de semillas... Hasta las ideas han cambiado mucho en el campo, y los campesinos tratan ahora de ponerse nuevamente en relaciones con los grandes propietarios (25 de mayo).»

La *Prœvda,* del 25 de abril, publica, con el título «La compra de las tierras en masa»:

«En el *Tambov,* los compradores tratan de adquirir propiedades muy grandes—no menos de 1.000 hectáreas por término medio—; estos compradores son, en su mayor parte, alemanes. Lo mismo sucede en el *Simbirsk,* en donde una finca muy grande, con vastos bosques, ha pasado a manos de una casa americana.

»Otro tanto ocurre en el *Saratov,* en donde la inmensa finca del conde Orlov-Dénisov, que mide más de 50.000 hectáreas, y estaba destinada a ser repartida entre una serie de aldeas circundantes, ha sido comprada por alemanes, lo que ha causado verdadera consternación entre los campesinos.»

Y el periódico prosigue: «Son también agentes alemanes los que acaparan las tierras en *Kursk,* en *Smolensk,* en *Kalonga* y en *Ovel.* Compran a la vista de todos; pagan la mitad y a veces las tres cuartas partes de su valor al contado y se comprometen a abonar el resto «cuando acaben de los trastornos agrarios.»

Del *Bulletin des Droits de l'Homme,* año 1919, número 4, pág. 204:

«Los bolcheviques hicieron suyo el programa de los socialistas revolucionarios: *Paz, pan, tierras,* pero aplicándolo más integralmente.

»El reparto de las tierras se efectuó en condiciones deplorables: ausencia de limitaciones y de reglamentación para las adjudicaciones individuales; conflictos entre pueblos vecinos por la concesión de ciertos lotes; demolición de las casas de los ricos por los campesinos que se distribuyen los materiales... La revisión del reparto se realiza en perjuicio de los pequeños terratenientes campesinos. El temor a la represión atormenta a los nuevos propietarios» [150].

LA HACIENDA

De M. Kagan:

«¿Cuál es la situación actual de los Bancos rusos?

»Los negocios están completamente paralizados. Los comisarios maximalistas se han instalado en todos los Bancos particulares, y mandan en ellos como amos; no puede hacerse ninguna operación sin su consentimiento. Como el número de comisarios era insuficiente—y también para economizar combustibles—, reunieron en muchas ocasiones varios establecimientos de crédito en un mismo edificio. Desde la nacionalización de los Bancos las demandas de fondos fueron muy numerosas, en tanto que los nuevos depósitos no afluyeron. El pri-

mer mes después de la nacionalización, los Bancos de Moscou reembolsaron 1.700 millones de rublos, sin recibir nada en cambio. Los pagos a los depositantes se limitaron a 150 rublos por semana; luego este máximum se amplió hasta 750 rublos al mes, lo que es bien poco dados los precios actuales y la depreciación del dinero en Rusia.

»Las Cajas de los Bancos están vacías y los pagos se efectúan en cheques contra el Banco del Pueblo, que las paga sin tener en cuenta la cantidad de dinero de que dispone el Banco que gira el cheque. Por lo demás, las cuentas están demasiado embrolladas para que pueda apreciarse la situación exacta. Las letras de cambio no se pagan. Los títulos dados en garantía son anulados.

»Desde el 1.° de septiembre la liquidación de los antiguos Bancos particulares se declaró oficialmente terminada, y los documentos firmados por sus comisarios ya no son válidos. En realidad, esta liquidación se encuentra muy lejos de estar terminada: está únicamente centralizada en Moscou por el Banco del Pueblo. Por lo demás, ni siquiera han logrado desde hace un año hacer un balance algo exacto de los establecimientos de crédito en Rusia, en los que la liquidación de ciertas cuentas es imposible por razones técnicas, etc.» [151].

De R. Labry:

«El total de los billetes emitidos por los bolcheviques hasta febrero de 1919 no es, verosímilmente, inferior a 50.000 millones, que, añadidos a la herencia del antiguo régimen y del Gobierno provisional, hacen ascender la cantidad de rublos en circulación en la Gran Rusia a unos 70.000 millones. Este cúmulo de billetes es la verdadera producción industrial de los bolcheviques, monederos falsos, fautores de quiebra fraudulenta» [152].

De Etienne Buisson:

«El déficit real del ejercicio, valuado oficialmente en 31.000 millones, llega, en realidad, muy cerca de la enorme suma de 41.000 millones. (Datos de la *Frankfürter Zeitung* del 30 de enero de 1919, según las declaraciones publicadas por el comisario de Hacienda, Krestinski, en las *Izviestia*. Estas cantidades concuerdan con las que hace figurar M. A. Baffalovich en su reciente folleto sobre *La miseria de Rusia*. (París, Alcan, 1919.)» [153].

LA VIDA DE LOS CIUDADANOS

De un reciente discurso de Lenin:

«Recorred los barrios obreros de Moscou y veréis un hambre atroz, una miseria horrible,

que se agrava ahora por la falta de combustible. Desde este punto de vista, atravesamos una crisis espantosa. No sé cómo vamos a satisfacer nuestras necesidades. Es una verdadera catástrofe, y aunque trabajamos enérgicamente para conjurarla, estamos todavía lejos de la solución satisfactoria...

»Una nueva plaga nos amenaza; son los parásitos y el tifus, que diezman nuestras tropas. ¡Camaradas! Podemos imaginar desde aquí los horrores que tienen lugar en las ciudades en que reina el tifus, donde la población está debilitada, aniquilada y carece de todo» [154].

De Isviestia, de Moscou, según *El Sol*, 31 enero 1920:

«En el distrito Blesky se azota, por orden del Comité ejecutivo, a los campesinos.

»Los campesinos de la aldea de Berezovka han sido pegados y martirizados por los miembros del Soviet local; luego, encerrados, en pleno invierno, en los sótanos...

»Los miembros del Soviet local Galajov, Mogol y otros se entregan a requisaciones arbitrarias, que no son más que un pillaje bárbaro. Quitan a los campesinos todo lo que encuentran en las casas» [155].

Del capitán Sadoul:

«Aquí—en Moscou—, más aún que en Petrogrado y en otras ciudades, casi todas las casas

burguesas han sido invadidas por los proletarios. Al principio se echaba de las casas a sus inquilinos; pero de algunas semanas a esta parte prefieren compartir con ellos la vivienda, a cambio de ciertos sacrificios materiales: comida, ropa, dinero para gastos menudos; cosas muy apreciadas por los invasores.

»La vida es terriblemente dura para la burguesía rusa.

»En las calles son las señoras de la burguesía, damas elegantes y de buen humor, quienes vocean y venden los periódicos. En las estaciones hacen de mozos muchos ex oficiales y funcionarios públicos. Otros se han dedicado a cocheros. El reparto de las tierras, la anulación de los valores, la expulsión de las Administraciones públicas han entregado al hambre a la clase media y a la burguesía acomodada. Sin embargo, todas estas gentes soportan los tremendos golpes de la suerte con una serenidad y una sencillez desconcertantes. Apatía, cobardía, fatalismo, pero también innato sentimiento de la justicia. «Nosotros hemos disfrutado; ahora les toca a los demás», es fórmula frecuente entre la mayor parte de las víctimas de la revolución.

»Presumo que la burguesía francesa reaccionaría—iba a escribir *reaccionará*—en forma diferente» [156].

De Arthur Ransome:

«No puede negarse que el hambre reina en Moscou. El tercer día de mi llegada vi un hombre que conducía un trineo cargado, según creo, de despojos de caballo, huesos casi todo, procedentes, casi con seguridad, de caballos muertos de enfermedades. Montones de desdichados iban, como bandas de cuervos, tras el trineo en marcha y arrancaban con avidez pedazos de aquella carne. El cochero les golpeaba sin cesar con el látigo; pero el hambre de aquellas gentes era tal, que, indiferentes a los golpes, continuaban apiñados luchando por acercarse y conseguir algún pedazo...

»No es posible negar tampoco los sufrimientos que ocasiona el frío. Yo sentí menos los míos cuando descubrí que los Ministerios no estaban más abrigados que las otras casas. En el mismo Kremlin encontré al director de los Archivos que trabajaba revestido de una piel de carnero, calzado con botas de fieltro, y que se levantaba de tiempo en tiempo para reanimar sus manos heladas, accionando los brazos como un cochero de Londres del tiempo viejo.

»A nadie le gusta tener hambre. A nadie le gusta tener frío. Ahora bien: todo el mundo, en Moscou como en Petrogrado, tiene hambre y

frío. Es natural, por tanto, que haya un descontento general en la población...

»... He visto una mujer joven con un abrigo de pieles bien conservado, y que era evidentemente de gran valor; pero, al propio tiempo, llevaba sandalias de paja con cintas de hilo» [157].

De Etienne Antonelli:

«En el puente Newsky hay un general, con su amplia capa de forro encarnado, que vende el periódico de la noche; poco más allá, ofrece con voz tímida el mismo periódico una joven dama de la mejor sociedad.

»... Cada uno de estos obreros recibe un salario efectivo de unos 1.000 rublos por mes. Y para la mayoría de ellos esto es sólo un ingreso secundario. Hay quien trafica en la venta clandestina de harina, por haber logrado ocultar un *stock* importante; otro revende ropas y efectos militares robados por los soldados; no falta quien se encargue, mediante una comisión de 20 por 100, de obtener las autorizaciones necesarias del «Smolny» (cuartel general de la administración bolchevista), para retirar dinero de los Bancos.

»Toda esta gente trafica, especula, roba, no piensa más que en «hacer dinero» sin trabajar; vive sin pensar en el mañana, con la sola pre-

ocupación de arruinar al patrón lo más pronto posible...

»Sin embargo, muchos funcionarios, oficiales y profesores no han podido volver a ocupar su empleo, y la miseria horrible, total y definitiva gravita sobre ellos. Materialmente, se mueren de hambre, resignados y humildes, ante los amos del momento...

»El funcionamiento de la vida social no es normal en ninguna parte, pero tampoco está totalmente interrumpido. La vida económica subsiste, disminuída, lánguida. Parece que cada uno consiente en hacer justamente lo necesario para que el conjunto no se detenga.

»Petrogrado, en el mes de abril, después de seis meses de régimen bolchevista, no es un horno revolucionario, una especie de infierno sangriento, como lo imagina el buen burgués acobardado: es sólo una ciudad que muere lentamente de abandono y de pereza, en prolongada agonía, que da la impresión de durar eternamente» [168].

De N. Tasin, con referencia a un periódico socialista:

«Puédese afirmar que las nueve décimas partes de la energía del pueblo ruso y de todas sus fuerzas están actualmente empleadas en

buscar pan. Es la preocupación principal, la única casi. Al acostarse y al levantarse, no se piensa en otra cosa que en procurarse pan; todas las conversaciones giran sobre el mismo tema; los miembros todos de las familias, incluso los chiquillos, vensen perseguidos sin cesar por un solo pensamiento, persistente, irresistible: el de encontrar pan» [159].

De Etienne Buisson:

Que reproduce un artículo de Hans Vorst, periodista alemán, publicado el 24 de agosto de 1918.

Habla de los *mechechniques* o mochileros, los hombres de los sacos, llamados así porque salen de sus casas sin más equipaje que un saco, que esperan traer al poco tiempo lleno de cereales:

«Es tal la incapacidad de la organización gubernamental, que las medidas draconianas son completamente impotentes para impedir este comercio ilícito, que ha llegado a ser indispensable. Entre los mechechniques figuran, no sólo comerciantes, sino una gran cantidad de pordioseros de las ciudades y de habitantes de las regiones pobres, que viajan durante días enteros para ir a buscar algunos *puds* * de cereales en los gobiernos más favorecidos. Este fenómeno tiene todo el carácter de una manifestación

* El pud equivale a 16 kilogramos.

de desesperación, como lo prueba un telegrama publicado en Moscou, el 13 de agosto, por un periódico oficial de la noche; según este telegrama, ha llegado a Orel un tren, procedente de Viasma, que conducía a 2.000 mechechniques. Éstos se habían apoderado de una locomotora y de 34 vagones y se habían puesto en camino hacia Kursk, con la insensata esperanza de poder procurarse cereales en Ukrania.

»Lo trágico de esta situación se me representó en una visión conmovedora e inolvidable que tuve durante el trayecto de Orcha a Moscou. En una estación se cruzó mi tren con otro. Cuando bajé al andén, una mujer del pueblo, alta, de bastante edad, lloraba en la plataforma de uno de los coches del otro tren. Cada espiración era un sordo rugido; el lamento de un ser humano torturado por un dolor físico, el lamento de un herido que sufre. Pensé que tendria el cólera o cualquiera otra enfermedad grave, e interrogué a uno de sus compañeros de viaje. Esta fué su lacónica y sugerente respuesta: «Ha perdido sus cereales mientras dormía.» Otro me dió detalles: aquella mujer había hecho un largo viaje para llevar algunos *puds* de trigo a su familia. Había vendido cuanto poseía y entregado hasta el último céntimo

para pagar su tesoro. En el trayecto se durmió y se lo robaron. Cuando mi tren volvió a ponerse en marcha, la mujer quedaba en el andén lanzando sus isócronos y siniestros gritos» [160].

De la Comuna del Norte, 6 de febrero de 1919:

«Con el fin de reemplazar los pagos en dinero con los pagos en especie, la Comisión especial del Consejo Superior de Economía Nacional ha fijado, para el período comprendido entre el 1.° de febrero de 1919 y el 1.° de enero de 1920, las raciones de las cinco categorías de ciudadanos en la forma siguiente:

DENOMINACIÓN	Para los obreros y empleados	Para los miembros de las familias de obreros y empleados	Para los demás ciudadanos	Para los vecinos de los pueblos	Para los soldados	
Pan	1 libra los obreros. 3/4 los empleados.	3/4 libra.	1/2 libra.	»	2 libras.	Al día.
Pescado y carne	4 libras.	4 »	2 »	1/2 libra.	15 »	Al mes.
Azúcar	1 »	1/2 »	1/2 »	1/8 »	2 1/2 »	»
Te y café	1/4 »	1/8 »	»	»	1/8 »	A la semana.
Sal	3/4 »	3/4 »	1/2 »	1/2 »	2 1/2 »	Al mes.
Jabón	1/4 »	1/4 »	1/4 »	1/8 »	1/2 »	A la semana.
Aceites vegetales	1/2 »	1/2 »	»	»	2 »	Por quincena.
Petróleo	1 »	1 »	1 »	1/2 »	1/2 »	Al mes.
Chanclos de goma	1 par.	1/4 de par.	1/4 de par.	1/4 de par.	»	
Zapatos	1 »	1/2 »	1/2 »	1/8 »	2 pares.	
Tela de algodón	17,5 archines.	15 archines.	10 archines.	8 archines.	4 1/2 archines	Cada 10 meses.
Paño, lana	1 »	1 »	1/2 »	1/10 »	6 1/4 »	
Tela de hilo	4 »	4 »	1/2 »	1/2 »	15 »	
Hilo de coser	4 carretes.	4 carretes.	2 carretes.	1 1/4 carrete.	7 1/2 carretes.	Al mes.
Algodón en rama	1/2 de libra.	1/3 libra.	1/5 libra.	1/14 libra.	2 1/2 libras.	»
Fósforos	2 cajas.	2 cajas.	1/4 caja.	1 caja.	10 cajas.	»
Tabaco	250 cigarros.	»	100 cigarros.	»	50 cigarros.	»
Makhorka	»	»	»	1/24 libra.	1 1/4 libra.	»

De N. Tasín:

«Ya el 5 de septiembre, es decir, al día siguiente de la promulgación del Decreto mencionado, el Comité ejecutivo del Soviet tomó la resolución de expulsar a la burguesía y requisar sus domicilios. El día 6, tres de las más lujosas y elegantes casas del barrio Basmanny fueron requisadas y sus moradores expulsados. El 8, el número de burgueses expulsados de sus domicilios, fué cerca de 2.000, recibiéndose ya las solicitudes de los obreros que deseaban instalarse en las viviendas de los expulsados. Fueron secuestrados también todos los muebles, pues sus antiguos propietarios no tenían derecho ni a llevárselos ni a venderlos.

»¿Cuál era la suerte reservada a los burgueses expulsados? Sobre este particular, escribe el órgano oficial de los bolcheviques: «En cuanto a los burgueses que han liquidado sus negocios y viven de los capitales escondidos, todos serán expulsados; todo cuanto poseen será embargado; no se les dejará más que el «equipo de marcha», es decir, un traje de recambio, ropa interior, una almohada y una manta, o sea, exactamente lo que se da a un soldado del ejército rojo cuando se dirige al frente. Puesto que la tierra pertenece al pueblo, las casas que sobre la tierra se asientan, le pertenecen también,

y muebles y objetos de todo género que llenan los departamentos de estas casas deben pasar, asimismo, a ser propiedad de los proletarios» [155].

De Etienne Antonelli:

«*Un Decreto del 28 de octubre* dispone:

»2.° Las municipalidades autónomas tienen el derecho, según las leyes y normas establecidas por ellas, de instalar en las viviendas disponibles a los ciudadanos que carezcan de albergue o vivan en casas insalubres y de excesiva vecindad.

»Bajo un régimen tal, el Decreto sobre las requisiciones amenaza siempre a todo habitante burgués y *se aplica, como instrumento de humillación, a cuantos no quieren o no saben entenderse con los nuevos amos.* ¡Ay del desgraciado inquilino que no esté a partir un piñón con su «Schwizar» o su Dvornik!» * [161].

De Trotsky:

«Pronto se vieron las manifestaciones de *la exasperación y acritud propias de las guerras civiles.* Es indudable que los marineros cometieron actos de crueldad individuales con los rendidos. Posteriormente, la Prensa burguesa acusa al Gobierno sovietista de inhumanidad y salva-

* Porteros.

jismo. Pero no dijo una cosa, calló que la revolución del 7 al 8 de noviembre se había desarrollado sin un solo disparo, sin una sola víctima, y que la contrarrevolución burguesa, arrojando su propia juventud al fragor de la guerra civil, era causante de las *inevitables atrocidades* posteriores» [162].

De Etienne Buisson:

«El periódico la *Novaïa Rietch* fué suspendido.

»Los cazadores letones que registraron las oficinas de este diario dejaron en ellas un cartel en el que se leía: «¡Temblad, burgueses, las bayonetas de los cazadores letones apuntan a vuestras barrigotas! ¡Viva la Constitución y el bolchevismo!» [163].

De la Krasnaia Gazeta (Gaceta Roja), 25 enero 1918:

«Aún no se ha quitado la nieve de las calles de Petrogrado.

»A pesar de todas las órdenes, los señores burgueses no tienen prisa para ponerse a trabajar.

»Lo comprendemos perfectamente. Después de muchos años de ociosidad y de vida regalada, no es fácil coger la azada.

»¡Pero no hay más remedio!

»Ya no hay imbéciles que lo hagan por vos-

otros, señores burgueses. Los imbéciles han desaparecido.

»Vamos, pues, a trabajar, señores, y lo antes posible. Porque si esperáis a que os enviemos a cada uno una pareja de la Guardia roja para que os vigile y os obligue al fin a quitar la nieve, se hará lo que queréis.

»Recordad, señores burgueses, que no retrocederemos ante nada para enseñaros a trabajar.

»Para empezar, poneos a limpiar de nieve las calles.

»Más adelante os encontraremos otros trabajos» [164].

De Raoul Labry:

«Recuerdo que una noche, en octubre de 1917, estando en el palacio María, en donde se celebraban las sesiones del Gobierno provisional, leí en las propias manos de Nekrassov un mensaje apresuradamente escrito por un comisario del ejército Sud-Oeste. Por aquel documento se sentía pasar un escalofrío de espanto: «Los desertores saquean, matan, roban, violan, queman las estaciones, arrancan los rieles. Los tártaros salvajes de los antiguos tiempos no cometieron semejantes crímenes.» Es preciso que uno mismo haya sido personalmente testigo de lo que pasaba en los ferrocarriles, para comprender el horror de tales escenas.

»Citaré una, tomada al azar entre mis recuerdos personales.

»Una noche de diciembre me encontraba yo en la estación Nicolás, en Petrogrado, acompañando a un amigo que intentaba llegar a Moscou. En cuanto llegó el tren, la multitud, compuesta principalmente de soldados, se precipitó a las portezuelas de los vagones. Todos trataban de abrirse paso a puñetazos, a culatazos. Fué una batalla que se reanudaba a cada instante. Los que no podían entrar por las dos portezuelas que hay en cada extremo de los coches, rompían los cristales y trataban de penetrar por las ventanillas. Otros, los menos afortunados, trepaban a los techos de los vagones o se agazapaban en el ténder de la locomotora. Un empleado intentó impedir a aquella chusma la entrada en un vagón de primera clase; fué derribado en el andén y pisoteado por la multitud; un soldado se encaramó en los hombros de un camarada, se deslizó boca abajo por sobre las cabezas, que hería con sus espuelas, rompió un cristal y se dejó caer en el pasillo del vagón, lanzando espantosos gritos. Tal es el espectáculo que se reproducía a la salida de cada tren en toda Rusia; los soldados obligaban con frecuencia a los maquinistas a que saliese el tren antes de la hora, sin cuidarse de las señales que ce-

rraban las vías, dando así lugar a repetidas catástrofes. Los periódicos rusos de aquella época han referido el siguiente suceso: en la línea de Moscou-Riazan un jefe de estación debía esperar, para dar salida a un tren, a que llegase otro tren que avanzaba en sentido inverso por la vía única. Las viajeros exigían que diese la señal de salida. Naturalmente, se negó. Sin escucharle fué fusilado, y su cadáver arrojado bajo una locomotora, a la que hicieron pasar varias veces sobre él. Luego los soldados pusieron el tren en marcha. El tren chocó terriblemente con el que llegaba en sentido inverso. La catástrofe costó la vida a gran parte de aquellas fieras. El comisario de Guerra, que comparaba sus violencias con las de los tártaros, expresaba una dolorosa verdad.

»Una vez dispersados por el interior de la nación los ejércitos del frente, no cesa esta anarquía, y viajeros de una nueva especie asaltan los pocos trenes que aun prestan servicio. Son los mechechniques, los hombres de los sacos. Acuciados por el hambre o impulsados por el vil deseo de la especulación, disfrazados de soldados o de guardias rojos, multitud de hombres viajan con sacos, y formando verdaderas bandas de forajidos, acuden a las regiones productoras de trigo. Compran a los campesinos trigo o ha-

rina a precios con frecuencia tres veces mayores que el precio fijado, cargan sus compras en vagones que enganchan, a la fuerza, a los trenes de viajeros, y se llevan de esta suerte a sus casas su botín, o lo revenden en las ciudades del tránsito. A veces son detenidos en el trayecto por competidores menos afortunados, por la Guardia roja o por campesinos, y son despojados a su vez de sus sacos o asesinados. Rusia es presa del bandolerismo» [165].

1914, profetizada por todos los estadistas, y, sin embargo, nadie quería creer que llegase a estallar. Lo impedían demasiados obstáculos: la alta banca, el comercio, las ideas modernas, la internacional proletaria... Y, sin embargo, la guerra llegó, saltando por encima de todo.

Apenas repuesto el mundo de su estupor, falló, con acuerdo unánime, que la guerra sería una catástrofe tremenda, pero brevísima: un mes, dos, tres meses a lo sumo... No era posible otra cosa. Ni había municiones, ni resistirían los ejércitos, ni, sobre todo, había manera de que las Haciendas de los beligerantes soportaran más largo tiempo el fantástico derroche de millones diarios que la guerra suponía... Pero hubo municiones, y resistieron los ejércitos, y se aumentó de milagrosa manera la elasticidad de las Haciendas... todo ello hasta tal punto, que en esa guerra de las sorpresas, acaso la mayor fuese su inesperado final, cuando todos creían que tardaría aún muchos meses...

Así el bolchevismo. En cuanto a presagios, no creo que nada ni nadie los haya tenido tan abundantes. En cuanto a duración, los mismos rusos fueron los primeros en creer que se trataba de una loca y efímera aventura de unos indocumentados audaces.

Toda Europa después, el mundo todo creyó lo mismo. Y a medida que fueron conociéndose actos del nuevo Poder, los pronósticos de derrumbamiento inminente arreciaron. No sin motivo; porque quien haya leído lo que precede, reconocerá que difícilmente se puede imaginar organismo más inestable que ese caótico y anárquico andamiaje en que la ambición y el fanatismo de un puñado de hombres ha aprisionado la vida de cientos de millones de semejantes y ha impreso un movimiento ondulante de inquietud en toda la humanidad civilizada.

Y, sin embargo, van transcurridos veintisiete meses desde el día en que el mundo se enteró, con un asombro velado de escéptico desdén, de que en Rusia eran dueños del Poder los comunistas.

¿Cuál es la causa de ese milagro de equilibrio?

Concretamente no se sabe.

Quizá porque la causa sea tan inexplicable como la que hizo durar cerca de cinco años la guerra que «iba a durar» unas semanas; quizá uno y otro fenómeno sea producto de esas jugarretas con que, a veces, se burlan de los hombres ciertas leyes que la audaz ignorancia humana formula para simular un

imperio sobre todas las cosas completamente ficticio.

Y lo que es *a priori* absurdo e imposible, porque contraría las consabidas *leyes*, resulta en la realidad perfectamente posible, puesto que es.

II

Hipótesis.

LENIN ha descorrido, quizá, una punta del velo en uno de sus momentos de espontánea sinceridad. Según la Prensa, tratando de justificar, en un discurso muy reciente, el régimen dictatorial, las Comisiones extraordinarias y el régimen de terror, *declaró francamente que, sin esos factores, la Rusia sovietista no puede sostenerse*.

Si esto es cierto, ya sabemos lo que piensa Lenin acerca del *milagro* en cuestión. Es un milagro del miedo y de las facultades que el dictador y sus camaradas tienen para saber inspirarlo y mantenerlo.

Ello es muy verosímil, y acentúan la posibilidad las circunstancias rusas, el carácter gregario, apático, abúlico y *hecho a la tiranía* de los rusos.

Hay, además, otras razones que pueden explicar el fenómeno.

Para los proletarios, el régimen bolchevista

es el régimen de la vagancia, de la especulación, del libertinaje, del caciquismo local desenfrenado.

«El soldado, el marinero, el obrero, el *dvornik* (portero), el *mujik*—dice Etienne Antonelli—todos trafican, engañan, especulan con todo y con motivo de todo: el saco de patatas que ha escondido en la cueva, el mobiliario del cuartel que venden al transeunte, los cigarrillos que han podido robar... El obrero no pretende sino trabajar menos horas y ganar más... sobre todo trabajar menos, molestarse menos. Toda la táctica obrera colectiva, y lo mismo la individual, está orientada en este sentido. Cuando un obrero toma posesión de un empleo, se advierte al cabo de unos días que todo su esfuerzo, toda su ingeniosidad, que es grande, tienden a reducir la intensidad de su trabajo, aunque redunde en perjuicio de sus ganancias.. Es éste, según parece, el peligro más temible de la crisis económica engendrada en la atmósfera moral del bolchevismo... Esta crisis no lleva consigo una transformación brutal del régimen económico anterior, una revolución, sino una simple regresión social, un retorno... a las formas de las civilizaciones somnolientas del Oriente. Y con ello las consecuencias económicas y sociales del régimen

bolchevista se prolongarán con toda probabilidad más allá de la caída del mismo régimen de Lenin, Trotsky y sus amigos» [166].

En cuanto a los ex burgueses, su sumisión es mucho más fácil de explicar. Carecen de toda cohesión, no están organizados, y aunque sintieran impulsos de rebeldía, no encontrarían cauce por donde pudieran discurrir. Todos los testimonios están acordes para señalar la sumisión borreguil, temerosa y pasiva de los antiguos dominadores. Sabían mandar, sabían oprimir porque nunca habían visto sus órdenes desacatadas. La obediencia de los siervos les parecía tan natural, que la dominación de los señores no era reflexiva, ni su ejercicio era gimnasia tonificante de la voluntad. Era una cosa habitual, heredada, instintiva, que, evaporada de pronto, no saben sustituir porque desconocen su esencia por completo.

Individualmente una gran mayoría ha tenido que rendirse por hambre.

Al principio la protesta, la negativa a toda colaboración con los bolcheviques fué unánime: catedráticos, ingenieros, médicos, empleados, rehusaron seguir desempeñando sus funciones. Pero sitiados por las disposiciones bolcheviques que a un tiempo les suprimían todo ingreso y les exigían desembolsos; obligados,

sobre todo, por las *cartas de alimentación*, que eran una condena a morir de hambre para todos los no bolcheviques, hubieron de irse entregando. Y ya cogidos de nuevo en el engranaje de la vida, el médico seguirá en su clínica del hospital; el ingeniero, en su sección de ferrocarriles; el profesor, en su cátedra..., a regañadientes, sin duda, con la esperanza seguramente, de que «esto se acabe», pero sin poder —cada vez menos—exteriorizar una protesta, que sería volver a las angustias del principio...

En cuanto al ejército, mimado desde el primer día con las mejores raciones, con las pagas más espléndidas, y mantenida la disciplina con inflexible rigor, no es tampoco demasiado extraño que se mantenga, estimulado, quizá, por patentes de corso para pillar y atropellar, que, si existen, serán, como han sido siempre, el insustituible aglutinante.

III

Los ex bolcheviques Lenin y Trotsky.

Con su indudable perspicacia y con la sabiduría insustituíble que presta el diario enfrentarse con la realidad, Lenin y Trotsky coadyuvan al mismo resultado aplicando a beneficio suyo ese movimiento de inclinación hacia la derecha que no deja nunca de producirse en todo partido político, en cuanto se afirma y afianza en el Poder, y que menos que en ninguno podía dejar de presentarse en el partido bolchevique.

La realidad tiene una fuerza incontrastable, y cuando algo contrario a las leyes naturales se pone en contacto con ella, o lima rápidamente esas contradiciones, o muere sin remedio.

Por eso, si nos faltasen datos concretos, nos bastaría la permanencia de Lenin en el Poder para afirmar que su bolchevismo no es el de 1917.

Pero no nos faltan.

Hemos visto, en el transcurso de este rápido examen, algunas rectificaciones de criterio y de conducta de los bolcheviques. Alguna tan importantísima como la del control obrero, que era uno de los pilares sustentadores de la teoría.

Pero hay que fijarse bien en que para el bolchevismo *rectificar* no significa disminuir, atenuar, modificar accidentalmente su teoría, que en eso consiste habitualmente ese fenómeno de oscilación hacia la derecha a que me he referido. El bolchevismo supone trastrueque absoluto y total nada menos que de los *principios fundamentales* de la sociedad. Se trata de un *salto* a otro régimen, completa y radicalísimamente distinto del actual. En las demás teorías políticas al uso, las discrepancias mutuas *son de cantidad*. Entre todas esas teorías y el bolchevismo, la diferencia *es de calidad*.

En suma, *el bolchevismo no puede inclinarse hacia el régimen capitalista porque es la negación del régimen capitalista;* de igual modo, y por igual, aunque inversa, razón, que el régimen capitalista no puede inclinarse hacia el régimen bolchevista.

Cada especie puede inclinarse, orientarse, simpatizar hacia otra semejante con la que convive dentro de un género común. Lo que no puede ser es que una rosa, por ejemplo, se in-

cline a ser una golondrina, ni que un hombre muestre tendencias a devenir geranio. Eso no sería menester del arte de jardinería: del de magia, en todo caso.

Y si por arte de magia una rosa llegara a ser golondrina, LO QUE NO PODRÍA SER ES QUE, REPETIDO EL PRODIGIO, LA GOLONDRINA SIGUIERA SIENDO GOLONDRINA DESPUÉS DE HABER VUELTO A SER ROSA.

Por eso mi estupefacción ha sido grande cuando he leído las siguientes palabras del bolchevizante Henri Barbusse en el prólogo de la citada obra del capitán Jacques Sadoul:

«Se ha *remediado*—en el bolchevismo—lo que tenían de demasiado rudimentario y perjudicial para la producción medidas tales como e-control exclusivo de los obreros sobre el trabal jo industrial, la inutilización de las competencias y aun la *estricta práctica del comunismo* en la retribución del trabajo en las fábricas.»

¡Desconcertantes afirmaciones! A cualquier precio pagaría yo los medios para *remediar esas deficiencias*, sin renegar ABSOLUTA Y TOTALMENTE de los principios de Lenin y sin rectificar, una por una, todas sus medidas.

Porque reconocer que el control es funesto e imposible, y remediar el daño de haberlo implantado, es poner otra vez en su despacho al

patrono, dueño de toda su indispensable autoridad, de su inviolable prestigio, o no es tal reconocimiento ni tal remedio.

Porque reconocer, ¡al fin!, que sin libre competencia no hay producción abundante, ni riqueza, ni bienestar público, y remediar el daño de haberla suprimido, es resucitar las empresas privadas y arrinconar toda nacionalización, o no es tal reconocimiento ni tal remedio.

Porque reconocer que la práctica del comunismo en la retribución del trabajo, es absurdo, y remediar la *débacle* consecutiva a haberla impuesto, es borrar, ¡al fin!, la cacareada igualdad, y volver al régimen antiguo, o no es tal reconocimiento ni tal remedio.

Es decir; sería confesar la absoluta exactitud con que el capitán Sadoul ha hablado de los *ex bolcheviques Trotsky y Lenin*. Si son ex bolcheviques, entonces, sí. Pero si la realidad ha demostrado a los propios «comisarios del pueblo» lo absurdo e imposible de sus teorías, si las han rectificado *en absoluto*—no caben términos medios en tal cosa—, no tardará en saberse, y el bolchevismo será, por un concepto más, un ensayo de consecuencias reaccionarias.

Mientras llegan noticias directas que pongan en claro estos hechos transcendentalísimos, vea-

mos otros datos acerca de las inevitables rectificaciones bolcheviques.

Empecemos por consignar que en las cosas verdaderamente vitales y que no permiten *bolchevismos*, ni por un momento han cambiado los procedimientos que han sido empleados siempre y que siempre se emplearán en la tierra, mientras la habiten hombres.

Todo lo más que hacen es añadir graciosos remiendos, que ponen un traje exótico y paradójico a los viejos conceptos tradicionales. Por ejemplo, cuando Trotsky dice: «En la ciudad reinaba el orden más perfecto. Los marineros, soldados y guardias rojos se conducían con una disciplina ejemplar y mantenían el *orden revolucionario* más estricto» [167].

De A. Paquet *:

«En las ciudades, las Comisiones extraordinarias se han convertido en una policía irresponsable, que hace su oficio empleando los mismos eternos métodos de todas las policías del mundo, sin excluir los agentes secretos, etcétera» [168].

De Arthur Ransome:

«No he visto a la Spiridonova, porque el 11 de febrero, día en que precisamente estaba ci-

* Corresponsal en Moscou de la *Frankfürter Zeitung*.

tado con ella, los comunistas la detuvieron bajo pretexto de que su propaganda era peligrosa y de tendencias anarquistas, excitando el descontento sin programa para calmarlo. Muy respetuosos con su honradez política, no sabían a punto fijo qué resolver; finalmente, la condenaron a un año de internado en un sanatorio, «donde pudiera leer y escribir y recobrar su estado normal». Que los comunistas tuvieron razón al temer esta propaganda, se vió bien claro en los desórdenes de Petrogrado, durante los cuales los obreros de varias fábricas se declararon en huelga y votaron las resoluciones de los socialistas revolucionarios de la izquierda...» [169].

Del mismo:

«... Al salir encontré a otro ser desgraciado; pero desgraciado por varias razones: era Angélica Balabanova. Después de toda una vida de soñar ideales socialistas, con el fervor de un espíritu utópico, llegaba al fin a Rusia para descubrir que un Estado socialista tenía que luchar con dificultades, por lo menos tan reales como las de los otros Estados; que en la batalla había pocos sentimientos y mucho cinismo, y que, ante la oposición del resto del mundo, los soñadores habían de realizar un gran esfuerzo para reconocer su ideal humanitario. La pobre Angélica, baja y menuda, vestida con un abrigo ne-

gro que la cubría hasta los pies, sin que por eso realzara su estatura, erraba por las calles como un alma en pena. No—pensaría acaso—, no es así cómo los socialistas debían conducirse con sus enemigos, sino de otro modo muy distinto. ¿Habrían sonado siete veces en vano las trompetas de plata? ¿Sería preciso, verdaderamente, ponerse de nuevo al trabajo, y, piedra por piedra, ensagrentadas las manos, nivelar los muros de Jericó?

»Caía blandamente la nieve al volver a mi casa. Dos obreros iban cerca de mí discutiendo. El uno decía: «¡Si no fuera por el hambre!» «Pero, ¿cambiará esto alguna vez?», decía el otro» [170].

* * *

Pero también en cosas más elásticas, más flexibles, que tardan más en *protestar* de los absurdos que con ellas se cometen, se advierte ya franca y sintomática la rectificación: «El bolchevismo—dice Barbusse en el prólogo citado—se ha modificado a sí mismo.» «Lenin—dice el director de *Avanti!*, periódico bolchevista italiano, mentor de los socialistas más exaltados—*pone los pies en la realidad*. No tendrá más remedio que llegar a pactar con el comercio burgués» [171].

De Arthur Ransome:

«Si obtenemos la paz—habla Pavlovitch * al autor—, ¿creéis que habrá ingenieros y obreros especialistas en Inglaterra que consientan venir contratados para ayudarnos en Rusia? Hay tanto por hacer, que yo os prometo que les daremos el mejor trabajo. Los obreros especialistas escasean tanto como las locomotoras. Nos vemos reducidos en este momento a elegir entre los peones que dan pruebas de alguna inteligencia, y enseñarles su oficio, en el curso del trabajo. Entre los socialistas ingleses debe de haber ingenieros, maquinistas, mecánicos que gustosamente vendrían aquí. Además, no es necesario que sean socialistas, con tal que conozcan bien su oficio...»

«—Hemos ya rebasado nuestro antiguo programa, y el nuevo se extiende en la lejanía ante nosotros. Rusia es el primer país del mundo donde todos los trabajadores tienen quince días de vacaciones por año; los dedicados a trabajos insalubres y peligrosos tienen un mes.

»—Pero ¿no os parece—le dije yo—que hay mucha distancia del voto de una ley a su realización?

»Schmidt ** me contestó sonriendo: «Para

* Presidente del Comité de Trabajos Públicos.

** Comisario del Trabajo.

ciertas cosas, no lo niego. Por ejemplo, somos enemigos de todo trabajo suplementario; pero, en el estado actual de Rusia, sería sacrificar a una teoría el bien de la revolución *, si no admitiésemos y aun impulsáramos el trabajo suplementario en los talleres de reparaciones del material de transportes. Del mismo modo, hasta que las cosas se desenvuelvan más completamente de lo que están ahora, seríamos criminales esclavos de la teoría, si no admitiéramos, en algunos casos, muchachos menores de dieciséis años en las fábricas, mientras no estemos en condiciones de edificar escuelas en cuantos sitios quisiéramos tenerlas. Pero el programa está aquí, y, en la medida que puede ser realizado, ya lo realizaremos».

«Hemos tomado la tierra—cuenta un campesino—. No hemos tomado mucha; sólo la cantidad que podemos trabajar. Hemos cultivado lo que nunca lo había sido hasta ahora, y si se forma una comunidad, los perezosos y holgazanes que nada han hecho vendrán a aprovecharse de nuestro trabajo.» Martov opina que la

* Adviértase cómo sustituyendo la palabra *Revolución* por la palabra *País* o *Patria,* éste, como muchos otros párrafos bolchevistas, no añade nada, ni suprime nada, ni varía nada de un párrafo equivalente archiburgués.

vida misma, las necesidades del país y la voluntad de las masas campesinas traerán los cambios que él juzga deseables en el régimen de los Soviets.

»Pregunté a Volski, socialista revolucionario de la derecha, lo que pensaba del porvenir. Me contestó casi en los mismos términos que Martov, a saber: que los acontecimientos mismos forzarían a los bolcheviques a modificar su política o a marcharse. Pronto o tarde, los campesinos harán sentir su voluntad...» [172].

De la circular de A. D. Naglovski, comisario de Vías y Comunicaciones del distrito de Petrogrado:

«La falta de cumplimiento de esta orden sin causa legítima acarrea al culpable: la primera vez una observación, la segunda una reprimenda que aparece en la orden del día y la tercera la cesantía.»

«Todos los permisos y licencias, salvo por causa de enfermedad, caducan a partir del 10 de este mes de diciembre.

»2.° Todas las oficinas de la Comisaría se abrirán a las diez de la mañana y queda prohibido *todo retraso sin que se admita ninguna excusa*. Los Jefes de Negociado están obligados, bajo su responsabilidad individual, a visitar personalmente sus oficinas, para comprobar la presencia de los empleados y comunicar al Di-

rector de su Sección los nombres de los empleados ausentes.

»Queda prohibido comer, salir a buscar comida a la Cooperativa y ausentarse por cualquier otra causa, fuera de las horas libres, sin una autorización especial *del Director de la Sección*» * 178.

De El Sol, 11 de febrero de 1920.

«... Dicen de Reval que Trostsky pone en vigor nuevas medidas, con el fin de organizar militarmente el trabajo.

»La Administración bolchevique escoge los obreros y empleados más experimentados para dedicarlos a la fabricación de máquinas y de instrumentos agrícolas, mientras que los que no conocen el oficio se ocupan en trabajos de los campos y de las minas.

»La introducción del trabajo obligatorio—ha declarado Trotsky—es inevitable, lo mismo para los hombres que para las mujeres. Todas las infracciones y lentitudes serán castigadas severamente.»

Del capitán Sadoul (carta de 5 de junio de 1918):

«Lenin y Trotsky parecen a punto de modificar de nuevo la línea general de su política interior. Desde hace más de tres meses me he

* ¡Qué lejos estamos ya del delegado del Sindicato...!

esforzado en mostrar sus tendencias cada vez más acentuadas, en los hechos más que en las formas, a aproximarse a los elementos burgueses intelectuales, técnicos, capitalistas. La experiencia había demostrado la necesidad de esa colaboración en pro de la cual yo he predicado lo mejor que he podido. El poder de los Soviets, apoyado exclusivamente en los proletarios, ha manifestado con claridad su potencia de destrucción y su insuficiencia para el trabajo creador.

»En organismo tan complejo como una sociedad moderna todas las fuerzas activas deben ser empleadas en la máxima proporción. *La huelga de brazos caídos, obstinadamente mantenida por la burguesía, se ha mostrado poco a poco tan formidable como hubiera podido serlo la huelga general, la inmovilidad de los trabajadores manuales.* Así, pues, se ha hecho un llamamiento a los cerebros, pero los cerebros no lo han escuchado. La mayor parte de los burgueses a los que se dirigía el llamamiento han persistido en su boicotaje de la revolución bolchevista.

»Un gran número de los que habían entrado en las organizaciones de los Soviets, sea *tentados por el cebo de elevadas posiciones que su valor personal no les había permitido conquistar en*

el antiguo régimen, sea para no morir de hambre, han mostrado con infatigable mala voluntad cuando no han saboteado francamente.»

De Raoul Labry:

«Es justo consignar el esfuerzo, tan frecuentemente repetido en vano antes de los bolcheviques, para poner un freno a las reivindicaciones obreras y establecer una disciplina. En el Decreto del 20 de junio de 1918, sobre los jornales de los obreros y los sueldos de los empleados de los 14 gobiernos de Moscou, se exponen minuciosamente los deberes de los obreros. El obrero que recibe la garantía de un jornal determinado, dice el Decreto, está obligado, a su vez, a garantizar cierta cantidad de trabajo, ejecutado con arreglo a las bases fijadas por la Comisión de valuación de cada empresa para cada clase de trabajo. El que no rinde la cantidad de trabajo a que está obligado, no recibe más que las dos terceras partes del jornal convenido. *Puede ser despedido* en virtud de determinados artículos del reglamento interior y del cuadro de castigos y multas, anejo a aquél, o mediante una declaración de la Unión profesional en el caso de haber hecho alguna fechoría. Estas disposiciones son buenas, pero no dan ningún resultado, *porque el obrero no puede comprender*—ahora menos que

nunca—, *que no le esté permitido usar y abusar del derecho de propiedad de que actualmente goza...*»

«Debe mencionarse, por otra parte, la favorable acogida dispensada por el Consejo Superior a los acuerdos de la Conferencia de la Liga de obreros metalúrgicos en la primera semana de junio de 1918. Estos acuerdos piden *que se establezca nuevamente el trabajo a destajo*. La Liga los expone en las instrucciones que dirige a los Comités de las fábricas con el comentario siguiente: «Estando el sistema del trabajo a destajo *en flagrante contradicción con los principios del socialismo obrero*, la Comisión de jornales *deberá resolver el problema* TAN DIFÍCIL *de la conciliación con los principios antisocialistas del trabajo a destajo.*» La Liga no quiere asumir ninguna responsabilidad y se atiene a la decisión del Comité de la fábrica y de los propios obreros. Es probable que el Consejo Superior no haya decretado nada respecto a este punto para evitar, a su vez, toda acusación de antisocialismo. Pero si estas instrucciones han sido envladas por la Liga, cuyos representantes pertenecen al Consejo, es que han sido aprobadas por él. Esta es una de las concesiones hechas a la realidad en menoscabo del excesivamente rígido sistema comunista...»

Se refiere Labry a los planes del Consejo Superior de Economía Nacional para evitar la completa ruina de la industria:

«Pero la mayor parte de estos planes reclamaban, para su cumplimiento, un largo plazo y eran difícilmente realizables por falta de ingenieros competentes, de obreros deseosos de trabajar, de máquinas, de materiales y de medios de transporte. Era un círculo vicioso. Para evitar la ruina total del mecanismo industrial ruso, los bolcheviques pensaban crear otro nuevo, el cual, para su ejecución rápida, exigía medios que sólo una industria floreciente podía proporcionarles. Esto fué lo que indujo al Consejo Superior a admitir la posibilidad de un retorno a ciertos métodos de explotación capitalista, de la misma manera que había consentido ya implícitamente el restablecimiento del trabajo a destajo. Esta traición a la doctrina integral no es de las menos curiosas.

»En un artículo titulado «Las concesiones rusas en lo porvenir», la *Gaceta del Comercio y de la Industria*, de julio de 1918, dice *que en principio, según la opinión del presidente del Consejo Superior y del diario oficioso de la Comisaría del Trabajo, el otorgamiento de estas concesiones es admisible.* El mismo diario cita un artículo de la Prensa oficiosa, sin dar, des-

graciadamente, ninguna referencia de él, que estudia un caso particular de concesión. «América puede obtener, por ejemplo, el derecho de efectuar trabajos para hacer navegables el Jenissei y sus afluentes. El concesionario puede también tener que explotar las primeras materias, puesto que éstas están cerca del sector en que han de verificarse los trabajos. Evidentemente está óbligado a someterse a la legislación, presente o futura, en el orden social, comercial e industrial. Se puede exigir de él, por ejemplo, que emplee la mano de obra local con arreglo a los trabajos colectivos. Sería una especie de contrato, con condiciones determinadas, celebrado entre la República de los Soviets y los Estados extranjeros. Este contrato sólo sería una concesión cuando la República rusa proporcionase al concesionario la posibilidad de explotar las riquezas de la República, puestas por él en estado de ser aprovechadas. *Si hace navegables al Jenissei y sus afluentes, es lógico que se le conceda el derecho de explotación por un espacio de tiempo determinado. El beneficio que obtenga será una especie de pago, a cambio de las fuerzas productoras que haya desarrollado*» *.

* He ahí el fundamento moral de la industria libre reconocido, sin querer, por los bolcheviques.

«El autor del artículo se declara, en conclusión, partidario de las concesiones, por responder éstas mejor que nada a los intereses de la República rusa. Trata de establecer una diferencia esencial entre las concesiones otorgadas por el antiguo régimen y las otorgadas por un Estado socialista: «En el primer caso—dice—, a lo que ante todo se atiende es al provecho del concesionario; en el segundo sólo se mira la conveniencia del Estado.»

»No por ello es menos cierto que en los dos casos es necesario conceder ventajas al concesionario. Y la única diferencia que puede existir entre la concesión burguesa y la concesión socialista es ésta: que la última, por lo menos, según la teoría del autor del artículo, se otorgará siempre y únicamente en interés del Estado.

»Ya a principios de julio, la Sección financiera del Consejo Superior de la Economía Nacional, de acuerdo con el Consejo Central de Peritos, había dado una serie de reglas que debían ser aplicadas en el caso de que se otorgasen concesiones a extranjeros *.

* De *Trotsky:*

«Rusia está dispuesta a conceder *todas* las *garantías apetecibles* a los *capitales* extranjeros que vengan a Rusia en cuanto se firme la paz.» *(Le Temps,* 26 de febrero de 1920.)

»En todo esto es preciso ver una confesión de impotencia de los bolcheviques para rehacer la nación sin recurrir a los capitales extranjeros, a los sistemas de explotación por particulares o empresas, con beneficios para éstos. La consecuencia lógica es la supresión de los Decretos anulando el pago de los empréstitos del Estado y todos los créditos de éste. Esto es: la vuelta a la alianza con los partidos burgueses y a la colaboración de clases. Bajo la presión de las terribles realidades que agobian y ahogan a Rusia, el bolchevismo tiene cierta tendencia a retroceder al menchevismo, es decir, a desaparecer, renegando de sí mismo. En toda la Prensa rusa, numerosos datos prueban esta teoría naciente. Los obreros que permanecen en las fábricas llaman con frecuencia a sus antiguos ingenieros y a sus antiguos directores. Libres de los *extremistas* que eran allegados, hacinados en las fábricas por la guerra, pero sin raíces profundas en ellas, piden con insistencia el trabajo a destajo, la aplicación rigurosa de la disciplina establecida por los contratos colectivos, etc. Poco a poco, insensiblemente, bajo la presión de estos sucesos y de estas necesidades, los directores bolcheviques dulcifican el rigor de su sistema comunista y preparan una nueva etapa de la vida económica rusa: el *estadismo*.

»Es difícil prever si esta etapa terminará por el desgaste natural del bolchevismo o por una revolución sangrienta que arroje del Poder a los directores actuales, en beneficio de los demócratas moderados. Comoquiera que sea, el bolchevismo lleva en sí el germen de su ruina. Ha creado una enorme máquina administrativa que no se apoya en nada, porque sus complicados engranajes están compuestos de Comités multiplicados hasta lo infinito y formados por obreros incompetentes a merced de los agitadores. Ha edificado sobre arenas movedizas; cuanto más pesada es la máquina, más se hunde cada día. El bolchevismo dejó que tomasen vuelo los sueños *extremistas* de las masas esparcidas por la inmensa nación rusa, en donde muchas veces, las distancias, por sí solas, hacían ya ineficaces las órdenes en los tiempos del zarismo, cuando aquellas masas estaban sujetas por una mano de hierro. En medio de esta anarquía, favorecida por las condiciones del país, se ha intentado crear el sistema más extremadamente centralizador, concebible tan sólo con el máximum de organización, de disciplina y de cultura de un pueblo. En vez de concentrar la vida económica de la nación, la ha disgregado en millares de unidades, que tienden a su autonomía. Queriendo crear el sistema

económico ideal, ha obtenido como resultado, por la multiplicación de sus Comites, la fragmentación, hasta lo infinito, de la vida industrial, y, por consiguiente, la ruina. Muere *de esa contradicción interna* que no es exclusiva del bolchevismo ruso.»

»Muere también porque al instituir el Consejo Superior de la Economía Nacional no ha podido crear otra cosa que un órgano de distribución, y no un órgano de producción. Los Decretos, los llamamientos a la conciencia proletaria, no bastaron para aumentar la extracción del carbón o la producción de las fábricas. A más de una disciplina severa, se necesita una voluntad única, y no mil voluntades caprichosas agrupadas en Comités anónimos, vagamente responsables» [174].

* * *

«Defenderemos a la Patria hasta la última gota de nuestra sangre. En el ejército, en la industria, por doquiera, es preciso restablecer la disciplina, el respeto a los jefes, el orden, el método» [175].

¿Palabras de Hindenburg? ¿Palabras del arzobispo de París? No. Palabras de Trotsky, de León Bronstein Trotsky, dictador ex bolchevique, ex internacionalista, ex sin patria, ex revo-

lucionario y ex socialista. Las pronunció a los cuatro meses escasos de haber subido al Poder en una reunión pública (marzo 1918), según el autorizado testimonio del capitán Sadoul.

Los anarquistas—único partido *más izquierda* que los bolcheviques—protestan contra estas palabras, y los bolcheviques, según frase de Sadoul, fusilan a los anarquistas *discretamente, pero sin compasión* [176].

IV

En lo sucesivo...

¿Servirán estas rectificaciones *de los más avanzados socialistas del mundo* para que sus discípulos y admiradores no continúen pretendiendo llevarnos *donde ya saben que no se puede estar*? ¿Pretenden imponernos los terribles daños de ese *viaje*, sabiendo *antes de emprenderlo* que es estéril y perjudicial?

Más de un presunto despojado por la revolución se arrebujará muy contento en el fracaso bolchevista para tranquilizar las sudorosas inquietudes y el angustioso vacilar de quien ve acercarse el momento de *soltar prenda*. Puesto que en Rusia ha fracasado el bolchevismo, ya ningún pueblo caerá en la tentación de ensayarlo.

¡Cándida y falaz esperanza!

No es para tranquilizarse la consideración del fracaso bolchevique. Han de disimularlo; han de dificultar la propagación de su evidencia; ha de tardar su derrumbamiento final. Y, sobre

todo, los pueblos son como los individuos: sólo hace fe para ellos su propia experiencia. De nada sirve el consejo y la exhortación de los ancianos al ímpetu juvenil del adolescente.

Lo que sí han de demostrar palpablemente esta rectificación, estas lecciones de la realidad es que los patronos NO PUEDEN aceptar cosas que pretenden hoy los obreros (delegados, control, libertinaje, falta de disciplina y de autoridad, etc.), sin entrar en el camino que conduce a la irremediable ruina de la industria.

Y otra cosa: que en adelante un hombre equilibrado, enterado, justo e imparcial, no puede mantener intactos los viejos gritos revolucionarios, ni los postulados conservadores, aún más viejos y más indefendibles.

R U S I A

ESPEJO SALUDABLE

PARA USO DE POBRES Y DE RICOS

CAPÍTULO QUINTO

Considerandos vulgares.

I

Inoptitud.

Toda ley, cuyo autor sea conocido, tiene mucho adelantado para ser injusta. Para no serlo, las leyes tienen que amoldarse estricta-

mente al cuerpo social; y ningún ciudadano tiene vista tan amplia ni experiencia tan completa como para conocer, mientras redacta el texto legal, todos los intereses, todos los sentimientos, todas las opiniones con que la futura ley ha de enfrentarse.

En el absurdo del absolutismo monárquico, entra por mucho la imposibilidad de que un hombre, de quien se repite que es esencialmente superior, distinto y lejano de los demás, sea, precisamente, quien regule y maneje con carácter coactivo la vida de esos inferiores, distintos y lejanos, o sea desconocidos.

Sólo las leyes sin autor, las reglas del derecho consuetudinario, expresión espontánea de la vida social, eran necesariamente justas; porque ellas, como derivadas de los sentimientos y costumbres colectivos, no podían serles contradictorias, como a menudo ocurre después, cuando es frecuente el intento de fabricar costumbres y sentimientos, derivados de leyes artificiosas.

De calcar el Derecho en la vida, se pasó a calcar la vida en el Derecho. De someter la voluntad de uno a la de todos se pasó a someter la voluntad de todos a la de uno. Y ese uno, por singular y bien intencionado que fuera, nunca podrá legislar bien, porque para

reglar con acierto las íntimas funciones de las cosas es menester conocerlas directamente, de primera mano.

Se quiso, para remediarlo, encomendar la función legislativa a asambleas combinadas sabiamente para que la ley fuera una prudente síntesis ecléctica, en la que entrasen, maceradas y fundidas, todas las esencias populares.

Pero en esas asambleas sólo tuvieron asiento ciertos ciudadanos; una gran masa de intereses, de sentimientos, de situaciones sociales, quedaron al margen: *fuera de la ley*.

He aludido, al principio de este trabajo, a la injusticia de condenar al hambriento, que roba para no morirse. ¡Tened por seguro que esa ley no se habría dictado así, si los legisladores supieran *directamente, de primera mano,* qué cosa es *hambre!*

Pues ese, exactamente ese defecto tradicionalista encuentro yo en todas las teorías revolucionarias, y más que en ninguna en la bolchevista: están ideadas, están concebidas por hombres absolutamente ineptos para reglar la vida social: *Primero*, porque son, socialmente—y casi siempre fisiológicamente—, anormales *,

* Son interesantísimos los estudios recientemente hechos sobre «el problema de los orígenes profundos individuales de los movimientos revolucionarios

cuyo corazón, hinchado de rencores y de indignaciones, les estorba la claridad del juicio; cuya finalidad apasionada les hace perder la serena marcha que requieren las cosas perdurables. *Segundo*, porque son, siempre, hombres que ignoran la mayor parte de los resortes de la vida (políticos, económicos, industriales, agrícolas, etc.). *Tercero*, porque pertenecen, con raras excepciones, al nivel social inferior y carecen, por tanto, de ciertas antenas sensibles que sólo crecen merced al diario aseo y al constante cultivo del cuerpo y del espíritu.

Consecuencias: las teorías que ellos forjan como constructivas de una sociedad armónica, justa y admisible, no son sino contrasentidos inaplicables a la realidad; las soluciones que propugnan para los problemas políticos, económicos, industriales, agrícolas, etc., son absurdos técnicos, sólo útiles para destruir y arruinar; los ideales que acarician, como veneros de felicidad, son temeroso surtidor de males y suplicios para todo espíritu normal y cultivado.

alemanes, en un sentido psico-patológico, por Kraepelin, Marx, Stelzner, Hans von Hentig, Kahn y otros. El doctor Lafora ha publicado recientemente en *El Sol* unos artículos, con el título «Psicópatas como jefes revolucionarios», llenos de datos curiosísimos.

Absortos en sus concepciones partidistas, ajenos a mil aspectos de la vida, recuerdan a aquella criada de «Pierre Nozière», que, recién llegada de su pueblo a París, resumía sus impresiones sobre la deliciosa ciudad diciendo que había visto unos rábanos muy hermosos.

Véase el fin último, el ideal perfecto, el sueño dorado del bolchevismo según el propio Lenin:

«La contabilidad y el control son las dos cosas más importantes para poner en marcha la sociedad comunista en su primera fase. Todos los ciudadanos se transforman aquí en jornaleros del Estado (estando el Estado constituído por los obreros en armas). Todos los ciudadanos se convierten en empleados u obreros en este Estado-Sindicato, constituído por el pueblo en su totalidad. Pero importa que todos rindan el mismo trabajo, que ejecuten correctamente su labor y reciban el mismo salario.

»El capitalismo ha simplificado considerablemente esta contabilidad y este control; ha hecho operaciones de inscripción y de verificación en extremo sencillas, accesibles a todo individuo que sepa leer y escribir, para realizar las cuales basta con conocer las cuatro reglas de aritmética y saber hacer las liquidaciones necesarias.

»Cuando los obreros tengan en sus manos este control, cuando se encarguen por sí mismos de todas estas funciones de administración, *la sociedad entera se convertirá en una oficina, en una fábrica, en donde trabajo y salario serán iguales para todos*» [177].

Añade luego que ese régimen de taller se hará extensivo a toda la sociedad.

Acaso sea posible concebir una teoría más irrealizable. ¿Será posible imaginarla más odiosa?

* * *

Esa visión estrecha y limitada, priva a los utopistas revolucionarios de materiales que no pueden menos de entrar en la composición de un edificio social. Esencialísimos, y desconocidos, sin embargo, casi siempre, son los que se esbozan a continuación.

II

La educación.

No sólo se concibe como posible, sino como ardentísimamente deseable, y como segura en un futuro más o menos remoto, una sociedad perfecta en la que, sin perjuicio de las diferencias morales y físicas cuya desaparición es imposible e indeseable—ya he dicho por qué—haya un nivel mínimo de pulimiento que suprima con las groserías y suciedades y bajezas, así corporales como espirituales, uno de los mayores, el mayor quizá de los tormentos de la vida actual.

Cuando llegue ese día venturoso, que, desdichadamente, no hemos de alcanzar los hombres de hoy, desaparecerá la necesidad presente de ciertas vallas, y niveles y diferenciaciones, sin que ello signifique abolición de toda posibilidad de aislamiento, que siempre será caro y esencial para ciertos espíritus; sin que desaparezca tampoco la obediencia a esa ley de simpatía y amistad que aproxima a los semejantes y distancia a los opuestos entre sí.

Pero, entretanto, la unión forzosa, la confusión abigarrada, la mezcolanza insufrible será un tormento estúpido que no impondrá jamás un alma selecta y que no aprovechará a nadie: ni a los que al mezclarse *suban* ni a los que desciendan al confundirse con todos.

* * *

Cuenta Ransome sus impresiones de una representación teatral en Moscou, y luego de describir el triste aspecto de la sala, dice estas palabras:

«Hubiera sido imposible decir a qué clase social había pertenecido, antes de la revolución, cada uno de los espectadores» [178].

Y al leerlas pensé, apiadado, en la inmensa cantidad de dolor que eso supone. De un dolor que es para el proletario tan inconcebible como la palabra *luz* para un ciego de nacimiento.

Una plataforma de tranvía abarrotada de viajeros es un instrumento de tortura. Pero si quiere la suerte que además nos corresponda la estrecha contigüidad de uno de esos ejemplares humanos que ofenden simultáneamente a los cinco sentidos corporales... la tortura, prolongada, sería irresistible. Y el bolchevismo es como una perdurable plataforma de tranvía.

Hombres somos todos, «iguales» y dueños de los mismos sentidos y las mismas facultades; pero ¿no ha sentido nunca el lector repugnancia infinita ante personas y espectáculos y cosas que para otros son manera de placer y ocasión de regodeo?

Dice un Decreto ruso del 17 de diciembre de 1918:

«Por Decreto del Consejo de comisarios del pueblo, queda suprimida la existencia de *clases* en los vagones de viajeros. Se crea un tipo único de vagones. El tipo temporalmente adoptado es el de vagones de tercera clase; y además, a consecuencia de la escasez de coches, los de cuarta clase quedan asimilados al nuevo tipo.

»El precio de los billetes se cobrará según la tarifa de primera clase, incluído el impuesto del Estado y con un recargo del 25 por 100.»

¿Es que ante este Decreto reaccionarán igualmente una persona de sensibilidad cultivada y un mozo de cordel sucio y ebrio?

«Finalmente intenté dormir—dice el mismo Ransome, hablando de uno de sus viajes en el ferrocarril ruso—; pero la densa atmósfera del vagón, producida por el humo, las inevitables expansiones de los *bebés*, los trajes viejos y destrozados y *el olor particular de los mujiks ru-*

sos, inolvidable para los que le conocen, hacía imposible el sueño» [179].

¿Estaba Ransome en iguales condiciones que aquellos compañeros de viaje para quienes ese olor de los *mujiks* y el más voluptuoso perfume son igualmente indiferentes?

¿Es que ese Decreto no debió tener un artículo suspendiendo su vigencia mientras no fuera obligatorio el baño y mientras no fuesen imposibles muchas otras cosas?

Para este hombre es la suma delicia un huerto silencioso, un bello libro y un apacible atardecer.

Dad a este otro un buen plato de callos, una poderosa maritornes y un piano de manubrio y le veréis aullar entusiasmado.

Vengan ahora las turbas impacientes de la igualdad simplista, y digan si la igualdad ha de consistir en dar a éste y a aquél la misma cosa para que ambos sean igualmente felices.

Trato desigual para los desiguales. He ahí la vieja fórmula de la verdadera igualdad.

III

La riqueza, la industria, la propiedad.

Con un criterio indocto, simplista y equivocado, los proletarios, y sus conductores, confunden en odio común y en uniforme enemiga a todos *los ricos*, sin discernir diferencias ni apreciar matices. Digo mal, porque distinguen con un encono y una persecución especial a aquellos cuya riqueza brota de una industria cualquiera.

Apenas se para en ello la atención, salta a la vista lo injusto de asimilar a todos los ricos; lo injustísimo y nefasto, aunque explicable, del rencor preferente que tienen reservado los obreros para los patronos.

Explicable por más de una causa. La gran industria, con sus aglomeraciones de obreros, ha sido el origen próximo de las luchas sociales, que, en las fábricas, han hallado espléndido campo de cultivo. Y es natural que, habiendo sido esos obreros los primeros en darse cuenta

de su fuerza y de la explotación inhumana de que eran víctimas, fuesen consiguientemente los patronos el elemento poseedor que recibiera los primeros ataques.

La riqueza industrial es, por otra parte, la más visible. Nadie sabe cuántos millones ingresan en la bolsa de quien tiene su fortuna en «Papel del Estado». Pero una fábrica próspera gana dinero; y si no se sabe cuánto, sábese que es *mucho;* acaso las hipótesis superan a la realidad y excitan la irritación al ver qué diferente fruto obtienen de la fábrica los obreros y el propietario.

El capitalista que se limita a cortar el cupón calladamente, con nadie tropieza, a nadie hiere, nunca tiene ocasión de atraerse enemigos personales. El patrono, en cambio, aun suponiendo que sea inteligente, hábil y generoso, trata a diario con muchos hombres, con quienes le unen y de quienes a un tiempo le separan grandes y encontrados intereses. Ello basta para asegurarle rozamientos, disgustos y enemistades.

He aquí las causas principales de ese *odio preferente* que los patronos disfrutan.

Y, sin embargo, el industrial es un productor de riqueza, y el mero rentista es un parásito; el industrial debe a su esfuerzo el bienestar

que disfruta; el rentista con frecuencia lo adquirió sin molestarse y lo saborea sin ganarlo; el industrial es no sólo útil, sino *necesario* para la sociedad; el rentista es muchas veces, más que inútil, *perjudicial*. La industria es el sector del régimen capitalista en que más beneficios y ventajas ha obtenido el obrero; es la propulsora del bienestar del país; la renta pasiva no es sino una sangría de la Hacienda nacional o un estancamiento improductivo de un capital que, circulando, beneficiaría a la sociedad entera.

Y otro tanto que con los rentistas, sucede con los propietarios de fincas urbanas y con los grandes terratenientes, cuyo régimen de propiedad es idéntico al de hace siglos, mientras el mundo industrial avanza sin cesar al compás de los tiempos.

Pero, además, las rentas, las fincas urbanas y los latifundios son supervivencias *íntegras aun* del régimen de castas. Hay propietario cuya fortuna no ha sido modificada por el esfuerzo de su beneficiario hace trescientos o cuatrocientos años; la industria, en cambio, es el campo de la *más auténtica igualdad*, de la más efectiva democracia, de la justicia más estricta.

En la industria no hay títulos ni privilegios; triunfa el que vale y se hunde el que no vale. De dos empresas dedicadas al mismo negocio

con los mismos elementos, una fracasa, la otra triunfa. ¿Por qué? Porque una está mal y la otra bien dirigida. Cada empresa vale tanto como pesa el cerebro que la dirige.

Considero tan justas las leyes que rigen la vida industrial, tan adecuadas a la naturaleza humana, tan beneficiosas para el interés común, que mi visión del problema social y de sus soluciones consiste en aplicar esas leyes industriales a toda la vida social; que no será, o será siempre una lucha por la vida, un predominio del más fuerte.

Los obreristas, sin embargo, con esa falta de sentido práctico que se revela con frecuencia en las luchas sociales, se olvidan de los parásitos, de los inútiles, de los que perjudican a la sociedad obligándola a pagar inmensas sumas a los cupones trimestrales; de los que tienen inculta una gran parte del territorio nacional, mientras sufren hambre infinitas familias que podrían colonizar lo que esos perros del hortelano ni comen ni dejan comer; se olvidan de los ociosos, de los que consumen con exceso sin producir nada; y, en cambio, emplazan todas sus baterías contra los que arriesgan su dinero y su tranquilidad y derrochan su energía y su inteligencia puestas al servicio de una empresa que si enriquece a quien la hace

vivir con su esfuerzo, proporciona trabajo y beneficia a otros muchos hombres y crea riqueza que a todos alcanza.

¿No es esto un absurdo irritante y funesto?

* * *

Nos llevaría muy lejos el examen detallado de las teorías con que los socialistas pretenden justificar sus embates contra la industria, y de los argumentos con que creen demostrar la conveniencia de nacionalizarla. El ejemplo *práctico* de Rusia creo que es, por otra parte, la mejor rectificación de tal error.

Sin embargo, para los que alegan una falta de preparación de los obreros rusos como causa del fracaso bolchevista, he de hacer algunas consideraciones encaminadas a demostrar que el fracaso del bolchevismo no ha dependido de causas circunstanciales, sino de su misma esencia, porque suprime el régimen de la industria libre, que «es indispensable conservar, porque se deriva necesariamente de la naturaleza de las cosas y de los hombres» [180].

* * *

La teoría de la socialización de la industria tiene fácil defensa ante un público profano.

Suprimiendo el patrono — se dice — cada obrero se juzgará un poco propietario y trabajará mucho más y mejor. El producto del trabajo se repartirá más equitativamente; y, suprimida la causa de los conflictos industriales, la producción será constante y normal, rindiendo el máximo del producto con el mínimo del esfuerzo.

Efectivamente—se dice el que escucha—: el patrono es una figura decorativa; un explotador cuya existencia no beneficia más que a sí mismo. Suprimiéndole, se le perjudica, pero sólo a él; la sociedad sale ganando.

Prescindamos, a pesar de su importancia, del argumento en contra que resulta de considerar que no se puede suprimir bruscamente ninguna rueda del mecanismo social sin que sufran todas las restantes.

Antes que ese, y que todos, se impone con fuerza irresistible otro argumento decisivo: negar la industria libre supone negar en absoluto toda propiedad; porque sería el extremo de lo absurdo permitir toda clase de propiedades menos la reproductiva, la engendradora de riquezas, la propulsora del bienestar de los pueblos: la industrial.

IV

¿Se debe suprimir el derecho de propiedad?

Cuando por primera vez tuve noticia de la teoría filosófica que duda de la propia existencia del filósofo que la expone, me costó gran esfuerzo imaginativo comprender la *postura* de quien afirmaba dudar de sí mismo. Y, aun hoy, me uno a los que creen que esas divagaciones metafísicas carecen de sentido práctico, hasta para sus mismos propugnadores.

Algo semejante pienso de los que niegan la propiedad. Ningún otro sentimiento es más precoz ni más constante en el hombre. Ningún otro se da, como ese, en todos los tiempos, en todos los hombres, en todos los países. Ningún otro, como ese, produce tan radicalmente la negación de la personalidad, de la vida del individuo mismo, si se niega totalmente.

Un hombre que no tenga *nada*, no existe. El menor propietario lo será, siquiera, de sus facul-

tades morales y físicas. Tendrá alguna especial aptitud, algún bien *propio suyo*, de cualquier índole que sea.

Suprimida la idea de propiedad, ¿qué queda de la vida? ¿Qué concepto metafísico de la existencia humana tienen los que niegan el derecho de propiedad en esta vida y la existencia de otra posterior?

¿Qué es la lucha por la vida, sino el combate para *ser* algo? Y ¿qué puede el hombre *ser* que no entrañe la idea de adquisición, de apoderamiento, de posesión y disfrute de una cosa *propia*?

Adquirir, conquistar, lograr, conseguir, alcanzar, ganar, obtener, ¿qué otra idea tiene tantos modos de expresión y de realización? Decidme un acto humano, sólo uno, que pueda describirse sin que, expreso o implícito, figure en el relato alguno de esos verbos que entrañan el concepto de posesión, de disfrute, de propiedad, en alguna forma.

¿Cuál es el indicador cierto de la potencia vital, así física como intelectiva, si no es su capacidad de adquisición? Bienes propios, fuerzas propias, categoría propia, personalidad propia, ideas propias, afectos propios, ¿no son la razón de ser de cada hombre?

Quien no posea algo *suyo*, solo tendrá de hombre, la silueta.

Algunos escritores fáciles, que no suelen tener muchas otras cosas además de su *facilidad*, han creado el tópico que hace de la propiedad y de la afición a adquirir, una pasión repugnante.

Yo quisiera poder quebrar una lanza en pro del dulce anhelo de poseer, de desear, de amar lo conseguido noblemente, de cultivarlo, de recrearse en el libro, en el cuadro, en el huerto; en el amigo, en el hijo, en la mujer, que, como la propia alma, cultivada también con amor, son de *uno*, exclusivamente.

* * *

Sin negar que los haya—porque la vida enseña a huir de las negaciones rotundas—, yo no concibo un hombre sano e inteligente que niegue el concepto práctico de propiedad.

Concibo, en cambio, porque los conozco, muchos que sostienen la licitud de una propiedad despótica, sin reglas, sin límites. Y eso tampoco lo comparto.

No creo justo ni tolerable que exista quien carece de todo y lo sufre todo, simultáneamente con quien todo lo tiene y lo disfruta. Y si quien lo disfruta y lo tiene, no sólo no ha hecho nada para obtenerlo, sino que lo debe, quizá, a

privilegios odiosos o a fechorías suyas o ajenas, esto me parecerá aún más intolerable y más injusto.

Sin embargo, no incurriré en el sofisma insoportable y simplista de quienes por conocer un médico ignorante o un cura disipado, generalizan rápidamente y asientan la proposición de que todos los curas son disipados y todos os médicos son ignorantes, aunque lo uno y lo lotro sea, por ventura, excepción.

Es decir: que la existencia de muchos ricos, cuya riqueza es injusta, excesiva y odiosa, no implica necesariamente que lo sean todas las riquezas de todos los ricos.

Al contrario. En primer término, la riqueza, más o menos relativa, ha sido siempre, desde que el hombre salió de las cavernas, el fin humano por excelencia. Y esa soberanía histórica constante e inmutable a través de todos los tiempos, ya sería poderosísimo sostén de tal concepto.

Pero es que, considerada en sí misma, la riqueza dista de ser un concepto repulsivo. Es, al contrario, madre y cantera de la alegría humana; y si tantas veces, las más por desgracia, es la riqueza prácticamente odiosa, lo es por relación a su poseedor, a su origen, o a su empleo; por contraste con la pobreza ajena, con el

ajeno sufrimiento. Pero si se suprime la miseria, si se evita toda relación de dependencia entre la felicidad de usted, lector, y la desgracia mía, ¿no sería el límite de la injusticia, de la estupidez y del absurdo impedir que usted sea feliz porque yo no pueda serlo tanto? Entiéndase bien: me refiero a esa felicidad y a esa desgracia que, ajenas una a otra por completo, que, independientes entre sí, para nada se afectan mutuamente, y, por tanto, al suprimir la felicidad de usted no se alivia mi desgracia. Cuando más habría una grotesca y tiránica e imbécil aplicación del consabido «mal de muchos, consuelo de tontos», que yo rectificaría; porque quien se consuela de su mal con el mal de los demás—no coexistente, sino derivado del suyo—, nos ería tonto, sino infame. Tanto valdría suprimir la música a beneficio de los sordos, y el amor en obsequio a los mantecosos guardianes del serrallo.

De este criterio deduzco yo un régimen social, que, como base primera, inviolable, esencialísima; requiere un mínimum de bienestar económico para todos. Acepto la fórmula bolchevista: «Para nadie pastel, mientras no tengan todos pan.» Y añado, que no ya el pastel, sino las confituras supremas, se hallen en cucaña accesible *para todos;* y que todos empie-

cen la vida en condiciones tan iguales como sea posible humanamente. Luego, las fuerzas de cada cual señalarán el nivel de su ascensión.

Aplicando la fórmula dada anteriormente, se diría: nadie sea pobre de miseria; nadie carezca del mínimum convenido como suficiente; pero no se pretenda que *nadie tenga más que lo que todos puedan tener*. Nadie intente *prohibir el pastel*, y mucho menos *obligar* al que supo conquistarlo a que lo reparta con los inútiles o los perezosos.

No. Al partir para la carrera de la vida, todos iguales: todos a un tiempo. Después, cada cual llegue donde sus fuerzas alcancen. Y al que, por la luz de su inteligencia, por el poder de su voluntad, por la fuerza de sus músculos llegue arriba, guárdenle todos su respeto; ríndanle pleitesía los inferiores, y no salgan a plaza las malas artes para disfrazar la envidia de generosidad.

Quien se halle a disgusto oscuro y junto al suelo, sepa encontrar en la incomodidad estímulo para alzarse, y trepe hasta alcanzar a los de arriba, en vez de pedir que los de arriba desciendan de donde supieron elevarse.

* * *

La fábrica mejor montada, con maquinaria más perfecta, sería inútil sin energía impulsora que la pusiera en marcha.

De igual modo una sociedad, por maravillosa que fuera su organización, no podría vivir sin el impulso del interés individual, exclusivo agente creador del entusiasmo, como el entusiasmo es agente único de la obra perfecta.

Chasses le naturel, dicen los franceses; *il revient au galop*. Por eso siempre que se intente suprimir la propiedad y el derecho a enriquecerse, sólo se conseguirá causar inmensos dolores y gravísimos trastornos, para volver rápidamente a «lo natural».

Sería recorrer y describir toda la vida y todos sus componentes describir y recorrer cada una de las cosas que desaparecerían al desaparecer la propiedad; sólo recordaré, por referirse a otra *madre social*, defensa, regalo y tesoro del hombre espiritual y generoso, las palabras de Proudhon: «El rasgo distintivo de la propiedad es la constitución de la familia.»

V

La agricultura.

Es muy fácil tomar una estadística—cantera donde muchas veces pueden aprovisionarse dos adversarios de argumentos contradictorios—, y manejando unos datos efectistas resolver sobre una mesa, o desde una tribuna, los problemas del campo.

Ciertamente, de todos los sociales, son los más fáciles de apreciar y, acaso, los menos difíciles de resolver. Pero con hablar de *colonización* y de *cultivo apropiado* no se resuelve nada, si al tiempo no se dice cómo se ha de realizar lo uno y lo otro.

«El reformador social digno de su misión —dice Buisson—no se limita a formular un principio, por hermoso que sea, sin preocuparse de ponerlo en práctica. Sobre todo, en un país tan inculto aún como Rusia *, debe tener la preocupación constante de guiar con su ex-

* Podemos añadir sin escrúpulo: «y como España».

periencia al pueblo ignorante e impulsivo; debe estudiar de cerca todos los detalles de su obra, prever las dificultades y eliminar el mayor número posible de ellas con acertadas y formales disposiciones de detalle; debe también recordar incesantemente a los interesados el ideal colectivo que siempre están dispuestos a olvidar...

»Era preciso aprovechar el entusiasmo de las masas para presentarles, formando un todo indisoluble, la reforma de la propiedad y la reforma de la explotación. En vez de enviar emisarios para hacer más profundas las divisiones sociales, hacían falta hombres que hiciesen comprender a los campesinos las condiciones económicas del progreso agrícola, que les demostrasen que la revolución sin pan no podía vivir, y que las grandes cantidades de pan sólo podían ser producidas por medio de una explotación conforme a los experimentos modernos. Atizando los odios en los pueblos, dejando aumentar en muchas regiones el número de las pequeñas propiedades de los campesinos, los bolcheviques han retrasado, quizá por mucho tiempo, los progresos agrícolas indispensables» [181].

* * *

Una ley de cultivo apropiado, con las consiguientes expropiaciones subsidiarias, y una persecución de los abusos, injusticias y especulaciones a que dan lugar los contratos de arrendamiento, supondrían, de momento, un gran avance y una utilísima labor.

Pretender parcelar sin excepción e inmediatamente todas las grandes propiedades y entregarlas a quien se muestre propicio, de intención, para cultivarlas, es un desatino que, aun en España, no carece de precedentes fracasados, antiguos y modernos.

Según mi juicio—especialmente incompetente en este punto—, convendría considerar la agricultura como una industria más y aplicar a sus problemas el mismo criterio que se adopte para todas las industrias, incluyendo, por supuesto, la participación en los beneficios para todos los trabajadores del campo.

VI

La herencia.

Es la primera institución tradicional cuya desaparición se presenta como necesaria apenas se detiene la atención en los problemas sociales.

La base originaria de éstos es la desigualdad injusta, derivada del principio de clase y de la acumulación de fortunas, que crea el parásito social, consumidor constante e improductivo. Y la herencia es la gran conservadora de esas clases y de esas fortunas; la gran productora de holgazanes natos que, encontrándose en la cuna mucho más de lo necesario para su vida, sólo en casos excepcionales se deciden a mostrar una actividad útil y fructífera.

Tan claramente se ve el mal como su remedio. Suprímase la herencia; póngase a todos los hombres en iguales condiciones al comenzar la vida, y así cada cual ocupará el puesto que le corresponda, y no se dará el caso, tan frecuente, de individuos colocados por su nacimiento en los antípodas de su lugar apropiado.

Esto, así expresado, es indudable y es lo justo. Y parece que, más o menos pronto, acabará por imponerse en todas partes de un modo absoluto, rotundo y terminante.

* * *

Y, sin embargo...

Comencemos por advertir que por radical que sea la supresión de la herencia quedará intacta una muy transcendental e importante: la fisiológica. Sigamos notando que la *clase*, la *categoría* del padre se transmite visiblemente al hijo, por muy lejos que se quede el derecho sucesorio, en su salud, en su constitución y aun en ciertas señales de la estirpe y la raza.

Parece que con esto quiere la naturaleza disuadirnos una vez más de la utopía igualitaria; parece que nos aconseja respetar la herencia, dando al hijo señas ciertas de serlo de su padre, como si quisiera armarle para reclamar «lo que es suyo».

Adviértase muy luego cómo la herencia es eficaz para el cultivo de la institución familiar, cuyo encanto irreemplazable sólo pueden desconocer los desdichados que carecen de hogar, y cuya vitalidad inextinguible ha de verse cuando, pasada esta crisis tremenda, vuelva la socie-

dad a discurrir por los cauces serenos de las esencias inmortales.

La familia no es sólo el refugio sagrado y cordial, donde crece y se guarda lo más puro de lo humano, para quien tiene la dicha de encontrarla al nacer o de formarla más tarde; es la célula social por excelencia, es el aglutinante sin segundo, es el instrumento insustituíble de la disciplina y del bienestar social; y en el aspecto económico es un agente para la producción industrial y agrícola de un carácter y un matiz peculiarísimos y eficacísimos.

La herencia y la familia son bases insustituíbles de la continuidad; y ésta es cualidad necesaria para toda obra grande y sentimiento tanto más arraigado en el alma, cuanto ella sea más fuerte y elevada. Perpetuarse en el hijo, entregarle amorosamente la obra comenzada para que la prosiga, para que la impulse hasta allí donde no llegará la vida de su iniciador... ¿Cómo negar al hombre este consuelo de su mortalidad?

* * *

Con el mismo criterio gradual que más adelante expongo, se podría estudiar la posibilidad de armonizar, por etapas, justicia y conveniencia sobre bases parecidas a éstas:

1.ª Serán transmisibles por herencia, en línea directa, ciertos elementos industriales y agrícolas, a condición de que el heredero tenga voluntad y capacidad para continuar aplicándolos personalmente *.

2.ª La transmisión de propiedad improductiva, se perseguirá con impuestos progresivos para llegar, gradualmente, a la incautación de todo lo que exceda de la suma de propiedad estéril que se considere lícita para todo ciudadano.

* Se objetará, acaso, que así, el hijo del rico industrial empezará su vida en condiciones más favorables que las del hijo del obrero. Contesto que, hasta cierto punto, sí: como el hijo del sano respecto del que herede la constitución enfermiza de su padre... Repitamos que la igualdad *absoluta* es un mito. Pero nótese que, según mi criterio, para que el hijo del rico industrial utilice el instrumento de trabajo heredado de su padre, *ha de merecerlo* con su capacidad y su laboriosidad; y para que el hijo del obrero no pase de obrero, *ha de merecerlo* con su incapacidad o su desidia. Uno y otro habrán recibido, juntos, la misma instrucción en la misma escuela. Uno y otro, por tanto, serán *lo que puedan ser*, y no lo que sus padres fueron.

R U S I A

E S P E J O S A L U D A B L E

P A R A U S O
D E P O B R E S
Y
D E R I C O S

C A P Í T U L O S E X T O

Más considerandos.

I

La participación en los beneficios y en la dirección de las empresas.

El tema central de este libro, condensado en su título, tiene tal conexión con todos los aspectos de la vida moderna, que quien cae en

la tentación de escribir sobre él, se ve constantemente solicitado por digresiones que, si no procurase restringir, llevarían infinitamente lejos del propósito formado.

Trátase, además, de problemas divulgados por la actualidad, pero que tienen facetas técnicas; de vulgarísima trivialidad para el profesional menos perito, aunque desconocidas, acaso, para algún lector. Por eso, en todo el transcurso del trabajo, se indican, a veces conceptos sumarios, con los que no se pretende descubrir ningún Mediterráneo, ni siquiera dejar al lector profano capaz de navegar sin un mapa digno de tal nombre. Tras esta advertencia, quizá más necesaria en este punto, prosigo.

* * *

No quiere decir lo que va expuesto anteriormente que el régimen actual de la industria sea perfecto, ni siquiera satisfactorio.

Hay un principio de pura justicia que ha de imponerse, y que no predomina ya por una compleja serie de motivos de orden económico y social; más poderoso, acaso, que ninguno el carácter hostil y enconado que tiene la polémica obrero-patronal. Ese principio dice que todos cuantos ponen su esfuerzo en una em-

presa, deben participar, proporcionalmente, de los productos del trabajo colectivo.

Este principio, justo y practicable, *parece* que trae consigo, necesariamente, otro que, al menos en mucho tiempo, ha de ser incompatible con la buena marcha de la industria: es la participación de los obreros en la administración y gerencia de la empresa.

En efecto, para ojos profanos resulta indiscutible que si al obrero se le concede participación en los *resultados*, se le dé, asimismo, en la *gestión* que ha de producirlos y, por supuesto, en la vigilancia de la administración de unos intereses que, en parte, son suyos.

Cuando los patronos niegan esto que parece tan indiscutible, dan pábulo a las afirmaciones —no siempre injustas—de quienes proclaman la legendaria, la indestructible, la feroz intransigencia cerril de los patronos.

Pero en este punto no pueden dejar de ser intransigentes. Lo exige el buen sentido asesorado por la experiencia *.

* * *

* Nadie pretende que cada ciudadano intervenga en los asuntos técnicos del Estado, y, sin embargo, de su administración penden los intereses más vitales, que entran en juego en el régimen tributario, en la declaración de guerra, etc.

En primer término, el reconocer la justicia de la participación en los beneficios no supone *el reconocer la justicia de una participación en la propiedad.* Este es de los conceptos que pueden llamarse *cualitativos*, o sea de aquellos en que no se puede ceder nada sin desnaturalizar, sin destruir el concepto mismo; por oposición a los *cuantitativos*, en los cuales cabe la discusión; y el punto entre lo posible y lo imposible estriba, por ejemplo, *en el grado* o en la *fecha* de las concesiones.

Es cuantitativo el problema de la jornada, *mayor* o *menor* según los casos y las circunstancias; se puede examinar; en muchos casos cabrá discutir y aun ceder algo más de lo justo sin que padezca la esencia industrial.

Es cualitativo el concepto de la autonomía, de la independencia, de la plena autoridad del jefe de la empresa en el ejercicio de sus funciones. Sobre eso no hay nada que examinar, ni cabe en ningún caso discutir, ni es posible ceder sin negar la esencia industrial *.

La *intransigencia* patronal es, por tanto, en este punto inevitable. No cabe discusión entre dos interlocutores sobre la base de desaparecer uno de ellos *previamente*. Cabrá rendirse, cabrá inmolarse: discutir, no.

* Véanse las páginas 215 y siguientes; 333 y 334.

«*Toda gran industria técnica exige la unidad de voluntad más absoluta, más estricta*» [182]. Estas palabras parecerán del jefe de la Casa Krupp, o del árbitro de un poderoso *trust* americano. Pero no: son de... Lenin. Y a continuación de esas frases dedica toda una página a exponer la necesidad, por ejemplo, en la organización de los ferrocarriles, de «la sumisión *absoluta* de las masas a la *voluntad única* de los que dirigen el proceso del trabajo.»

Ransome pone estas palabras en boca del comisario bolchevique Kamenev:

«Lo único práctico, cuando algo no marcha bien, es que una persona segura se encargue de obviar la dificultad. Estamos mal de jabón, por ejemplo. Si se nombra una comisión, el jabón desaparecerá instantáneamente. Pero si encargamos a un hombre enérgico del asunto, sea como quiera, tendremos el que nos haga falta.» [183].

Sólo quien conozca, prácticamente, la dirección de una empresa industrial de cierta importancia, sabe lo indispensable de la libertad de movimiento en su gerente y la importancia de ganar tiempo, de seguir una inspiración momentánea a menudo inaplazable y con frecuencia *inexplicable*. Sométase la dirección de una industria a un Consejo numeroso con faculta-

des para intervenir a cada momento y constantemente los actos de la Dirección, y la empresa arrastrará una vida lánguida *aunque el Consejo sea de personas inteligentes y enteradas*. No hablemos de lo que será si se trata de obreros incultos: entre otras cosas porque ya hemos visto lo que ha pasado en Rusia.

¿Qué director de empresa no sabe el valor y la transcendencia de esos impulsos repentinos, de esas ideas fulminantes que deciden a veces la suerte de un negocio? Y ¿qué sería de ellas si hubiera el director de consultarlas ¡con sus obreros!, tratándose con frecuencia de cosas que no se pueden razonar, que son una inspiración instintiva de ese *ojo clínico*, de ese *temperamento*, de ese sentido especial que hace al *hombre de negocios*?

Y he aquí otro argumento en favor de la industria privada.

Jamás un empleado, por honrado, por leal, por inteligente que sea, podrá suplir al director que a la vez es *propietario*.

Porque lo que *hace* al director es, tanto como la capacidad el INTERÉS. Todo jefe de empresa sabe la diferencia que existe entre su interés por el negocio y el *interés* de sus empleados, aun los más adictos. Hay una vista especial, un tacto especial, un oído especial de jefe,

y, mejor dicho, *de dueño*, porque no todo es el interés de la ganancia; hay muchísimo de interés *paternal*, del interés de la cosa propia creada por uno mismo. Y hay mil cosas que se hacen por la cosa propia que no se harían por ningún sueldo, por ningún interés material. Conviértase al dueño en un simple *empleado de la comunidad*, sin posibilidad, además, de enriquecerse, y las empresas arrastrarán esa vida lánguida de los negocios cuyo jefe no es buen jefe.

Y no basta la participación en beneficios; no basta ni *aun la participación en la propiedad* para reemplazar el peculiar interés del dueño.

En cuanto a la primera, tenemos la experiencia de todos los ensayos realizados en el mundo entero *, que demuestran la ineficacia del sistema para intensificar la producción. Y ello es la mejor rectificación a quienes sostienen que cuando las fábricas sean de los obreros, la producción aumentará, porque cada obrero trabajará con el mismo interés del propietario. Es no conocer a los obreros, es no conocer a los hombres en general; porque, ¿quién puede comparar el interés que tiene por una empresa

* Véase *La Asociación del obrero a las ganancias del patrono y la participación en los beneficios*, por Paul Bureau. Traducción española. (Madrid, Calleja.)

un accionista, por fuerte que sea su participación, y el interés que pone en la obra su dueño y creador? Ese interés de esa propiedad tan diluída no tiene eficacia. Es semejante al que tiene el ciudadano por las cosas del Estado, que es, en igual sentido, *suyo*, y al que, sin embargo, se defrauda y burla sin escrúpulo de conciencia y sin sombra de escrúpulo de interés.

Compárese el que uno tiene por los muebles y enseres de su casa y el que le inspiran los de un Casino, que en parte alícuota le pertenecen, y se tendrá una imagen exacta de la diferencia que estoy examinando.

* * *

Véanse, porque son muy elocuentes, los resultados obtenidos en una fábrica *nacionalizada* en Rusia. Son datos de un documento oficial bolchevista, la *Severnaia Comuna (Comuna del Norte)*, del 16 de agosto de 1918, que da cuenta de la sesión del Soviet de Petrogrado, celebrada el 15 de agosto, y consagrada al examen de la situación de las fábricas de Putilov:

«El vocal Molotov expone que, de enero a junio de 1918, ha sido entregada por el Estado a las fábricas de Putilov la cantidad de 96 millones de rublos, de los cuales se han invertido 56

millones en pagar los jornales de los obreros y 10 en pagar los suplementos. Durante este período, el consumo de combustible ha sido de:

191.000 *puds* de nafta.
1.462.000 » de carbón.
85.000 » de coke.

»El total representa un valor de 5.075.000 rublos. Los resultados obtenidos han sido los siguientes:

	Labor realizada.	Labor proyectada.
Locomotoras nuevas.....	2	4
» nuevo tipo.....	1	3
» reparaciones importantes.....	2	10
Locomotoras ligeras.....	0	12
Vagones de tercera clase.....	2	4
» de cuarta.....	3	13
» de mercancías.....	162	309
Tranvías.....	3	9

»La producción real es *de tres a diez veces menor* que la calculada en los planes de producción del Consejo Superior de la Economía Nacional. Ahora bien; estos planes se hicieron teniendo en cuenta la reducción del rendimiento del trabajo, a consecuencia de la mala alimentación de los obreros. «El Soviet que defiende los intereses del Estado debe, por lo tanto—concluyó Molotov—, hacer una última advertencia a los obreros de Petrogrado y de Putilov. Los

intereses del Estado deben anteponerse a los de las Sociedades particulares. En nombre de los intereses de los proletarios, el poder de los Soviets obligará a los individuos a someterse a su voluntad.»

»Después de haber oído a los representantes de los obreros, el Soviet votó la disposición siguiente: «El Soviet, reconociendo que los obreros de Putilov se encuentran en una situación en extremo aflictiva, a consecuencia de la falta de víveres, pero estimando que el rendimiento del trabajo es inferior, en esa fábrica, al que señalaron en sus cálculos, muy bajos, las mismas Sociedades obreras y profesionales; que los talleres consumen inútilmente una gran cantidad de combustible; que los obreros infringen las disposiciones del proletariado de Petrogrado, y organizan mítines durante las horas de trabajo, y que los socialistas revolucionarios y los mencheviques incitan a los obreros a no trabajar, originando perpetuos conflictos, declara:

»1.° Que el proletariado de Petrogrado no consiente la dilapidación de los fondos del Estado, ni la de las reservas de combustible, ni la transformación de los obreros de fábricas enteras en parásitos del Estado.

»2.° Que la falta de locomotoras constituye una desgracia nacional, dada la escasez de pro-

ductos, y que todo agitador que tienda a interrumpir los trabajos es un enemigo del pueblo que no debe ser perdonado.

»Exige el respeto a la disciplina obrera en una fábrica que es propiedad del Estado obrero y campesino, y hace una postrera advertencia a todos aquellos que estorban el trabajo en la fábrica.»

* * *

Añádase a todo lo dicho que esa *participación* directiva y administrativa la piden hoy *los que declaran públicamente que su finalidad consiste en destruir el patrono y la propiedad privada.* ¿Se les puede entregar, a quienes tal pretenden, la correspondencia de la empresa, su contabilidad, los secretos comerciales y, en suma, todos los resortes delicadísimos, en los que no ya un propósito destructor sino la simple negligencia basta para derribar la industria mejor establecida?

Pues aún hay una contraprueba. Esa participación directiva, en la forma única posible, *existe ya* por propia voluntad e iniciativa de los patronos. En todas las casas antiguas hay empleados fieles, inteligentes y conocedores del negocio, que no sólo colaboran diariamente con el jefe y conocen todos los secretos y engranajes del negocio, sino que tienen con fre-

cuencia, dentro de él, un puesto autónomo, y muchas veces saben de detalles más que el jefe mismo. En las empresas grandes esto es más patente, porque la dirección está cada día más subdividida y delegada por imposición de la complejidad y abundancia de funciones directivas.

Pero todo ello sin estorbar la autónoma, suprema y absoluta autoridad del director, cuyas órdenes no se discuten, y cuya competencia traza las vías por donde cada uno ha de moverse.

Cuando un obrero tiene *madera de jefe*, cuando reúne esa capacidad de organización, esa visión de los negocios y esas cualidades financieras que *hacen* al jefe, o escala rápidamente los altos puestos de la casa en que trabaja, o busca elementos para establecer otra que él dirigirá. Los obreros que no han pasado de las categorías inferiores, es porque no tienen capacidad para otra cosa. Los jefes de empresas se apresuran siempre a elevar a quien lo merece; porque saben bien la importancia y utilidad de esos empleados, capaces de secundar, desde un puesto de confianza, las iniciativas del director. La escasez de empleados de esa clase suele ser una de las trabas más penosas con que tropiezan los jefes en su tarea.

* * *

Hay que advertir que el jefe tiene dos aspectos, muchas veces encarnados en distintas personas: uno, el de director; otro, el de gerente. Representa el primero la técnica de la empresa, y es el puesto del ingeniero en la fábrica. Representa el segundo la administración, y es el puesto del dueño, del industrial propiamente dicho, cuando éste y el técnico no son la misma persona.

Se afirma, con frecuencia, que el industrial está demás, porque el obrero dirigido por el técnico es suficiente.

Una vez más muestran quienes así discurren que hablan de lo ignorado.

Con frecuencia se ha visto que una empresa, confiada exclusivamente al técnico, padeció las consecuencias de emprender asuntos perfectos técnicamente; pero faltos de lógica comercial, o incompatibles con el poder financiero de la empresa. El fracaso de esos planes procede de no haber pasado por las manos expertas de un jefe industrial, capaz de abarcar todo el conjunto complejísimo del asunto, con ese don especial, peculiar e insustituíble, con esa fuerza sintética creadora, que se llama sentido de los negocios.

* * *

La nacionalización tiene otro vicio mortal: suprime la libre competencia, origen de los milagros industriales que la guerra vino a destruir y que eran causa del régimen de productos baratos y abundantes en que vivía Europa en 1914. Pensemos con horror en los resultados de suprimir el estímulo de la competencia y del interés privado, recordando cómo andan los servicios monopolizados por el Estado y por el Municipio en España.

Basta recordar ese refinado tormento que consiste en tener que conseguir algo de una oficina ministerial para pensar lo que sería de nosotros si la industria española cayese en el reino del balduque, bajo la tiranía del expediente.

Negarlo es ignorancia o mala fe: sólo la iniciativa privada, aguijoneada por el interés de enriquecerse, es capaz de resolver los problemas industriales y de desarrollar una riqueza a que ya no se puede renunciar sin resignarse a volver a los tiempos primitivos, que para un rato de lectura bucólica, son encantadores; pero que erigidos en norma de vida, harían morir a nuestra complicada y nerviosa humanidad de un inmenso bostezo.

II

La propiedad improductiva.

Supongamos que en cuarenta y cinco años de vida activa tenga el hombre obligación de dedicar quince años al trabajo, quince al reposo y quince al esparcimiento espiritual y corporal.

¿Le será obligatorio simultanear las tres funciones—trabajo, reposo, diversión—, por partes iguales, desde el primero al último día?

¿O podrá repartir su vida a su antojo, siempre que ofrezca garantías satisfactorias de que, al fin de la jornada, la proporción entre trabajo, reposo y diversiones será la misma?

Lo justo y lo sensato es, indudablemente, lo segundo.

Luego si un hombre, durante los veinte o los treinta primeros años de su vida activa, suprime por completo, o disminuye notablemente, sus jornadas de diversión y de reposo en beneficio de su jornada de trabajo, es evidente que cuando, sumadas, sus jornadas de trabajo alcancen

los quince años obligatorios, ese hombre tiene perfecto derecho a reposar y divertirse todo el resto de su vida.

Así creo que, en forma sintética y estilizada, puede exponerse el fundamento justificativo de la riqueza improductiva. Ese hombre, para poder divertirse y reposar una vez acabado su período de trabajo, ha ido acumulando *el dinero que pudo legítimamente gastar y no gastó* cada día. Ahora lo tiene *todo junto;* y es indudable que tiene derecho a gastarlo en la forma que más le agrade, sin que la sociedad pueda protestar si lo guarda o lo tira o lo emplea en la forma que se le antoje. Es el producto de un sacrificio hecho antaño, para poder, ahora, gozar más intensa y completamente.

Ninguna sociedad, definitivamente organizada, pondrá jamás trabas a esa conducta legítima, lógica y plausible. Trabajar lo justo, lo obligado de cada día, todos los días sin más fin que la muerte, es ser una máquina más. Trabajar con presura, más de lo obligado, para acelerar la llegada del momento de no trabajar; avivar el fuego de la caldera y la tensión de la corriente para tener cuanto antes derecho a la soledad tranquila, a satisfacer la curiosidad por los hombres y las cosas y los países, al ocio inteli-

gente y al trabajo placentero, no entristecido por la obligación ni mancillado por el precio, ese sí es destino para un hombre.

* * *

Pero no hay que confundir esa riqueza improductiva a beneficio exclusivo del que la produjo y *aplazó su disfrute*, con la riqueza improductiva, de origen incierto, a beneficio de quien ni la ganó, ni por ventura la merece. Esa es una supervivencia ilegítima de un régimen absurdo.

Ninguna sociedad definitivamente organizada tolerará esa riqueza inmoral, injusta e irritante.

Si los que la poseen se obstinan en prolongar el disfrute detentado, si no consienten en abrir, gradual y progresivamente, las compuertas del dique, para que esa riqueza, estéril y estancada, se incorpore a la corriente social, los de abajo romperán, airada y bruscamente, el dique para vaciar de un golpe la presa. Y harán bien.

Harían bien, aun tratándose de bienes cuya esterilidad no produjese más perjuicio a la sociedad que el grande, pero negativo, que deriva de toda riqueza estancada.

No hay, pues, que decir, con cuánta razón se atacará la riqueza privada improductiva, cuyo acotamiento sea un daño positivo y tangible para la colectividad. Es el caso de la gran propiedad territorial; la rústica, cuando su propietario no la cultiva o no le da su cultivo apropiado. La urbana, siempre.

R U S I A

ESPEJO SALUDABLE

PARA USO
DE POBRES
Y
DE RICOS

CAPÍTULO SÉTIMO

Conclusiones.

I

Esbozo de un reparto de riqueza.

Desde el punto de vista social—que es, naturalmente, el único legítimo para resolver problemas sociales—no es aceptable el ré-

gimen vigente de la propiedad. Para establecer un régimen justo es necesario remontarse a los principios y sentar, en primer término, que todos los bienes y riquezas de la nación son propiedad colectiva de todos los ciudadanos, y de ninguno en particular.

De ese principio, aplicado a las necesidades de la realidad, podría derivarse una teoría de reparto de riqueza según estas líneas generales:

La total riqueza colectiva se supone dividida en cuatro grupos.

El primero, formado con dinero efectivo, se reparte en tantas porciones iguales como ciudadanos haya.

Esa parte alícuota, es el mínimum a que cada cual *tiene derecho*; ya en forma de retribución si es útil, ya en forma de asistencia si está incapacitado.

El segundo grupo se destina a retribuir, con dinero también, los especiales merecimientos de quienes han logrado distinguirse y prestar un servicio especial a la sociedad, en cualquiera de las manifestaciones científicas o artísticas.

El tercer grupo lo constituyen los bienes explotables, cuya producción está en razón directa del acierto con que se dirige. Estos bienes deben entregarse a ciudadanos expertos, dán-

doles su pleno disfrute y disposición, único medio, según dice la experiencia, de que *la sociedad obtenga todo el beneficio obtenible*. Esta es la Industria en todas sus manifestaciones.

El cuarto grupo está formado por todos los demás bienes sociales: ya aquellos improductivos, como Museos, Monumentos, Parques, Bibliotecas, Laboratorios, Universidades, etc., ya aquellos que, siendo productivos, no necesitan para su perfecta explotación el interés privado; sino al contrario, el interés privado suele, en ellos, oponerse y perjudicar al interés social. Tales son, entre otros, los servicios públicos de Comunicaciones, los de transportes *, las aguas y montes, la enseñanza y las casas-habitación de las ciudades.

No sé yo lo que pensarían los economistas de un régimen semejante; pero creo que la rea-

* Los transportes son, ciertamente, susceptibles de buena o mala administración; y parece, por ello, a primera vista que deberían entregarse a la iniciativa privada; pero para que ésta despliegue todas sus ventajas, necesita el estímulo de la competencia, que no se da en los transportes. Por esto, y por la índole especialísima de estos servicios, es hoy criterio unánime que los transportes deben ser un servicio del Estado. En cuanto a las minas, véase el razonamiento de uno de los artículos del *Corriere della Sera*, traducidos e insertos en el *Apéndice* núm. VIII.

lidad estará más cerca de él que de lo actual cuando la humanidad haya llegado a su pleno desenvolvimiento.

Habrá entonces ricos y pobres, como habrá sanos y enfermos, altos y bajos, morenos y rubios, tristes y alegres, malos y buenos; ¡pues no ha de haberlos! Pero nadie carecerá de lo necesario, y aun, a poco que lo procure, de lo superfluo; nadie tendrá inmensas riquezas inútiles e inmerecidas; nadie estará arriba o abajo, porque nació abajo o arriba, sino porque habrá sabido alcanzar la riqueza o no habrá sabido elevarse de la humildad.

II

El primer camino.

Para llegar a esa meta hay dos caminos: el primero es el de la violencia, que hoy se llama bolchevista y mañana se llamará sindicalista, o anarquista, o con algún otro rótulo inédito aún.

Desgraciadamente, parece que va a ser ese el que sigamos, porque los hombres están ciegos, así los de arriba, como los de abajo.

Los de arriba, que podrían tener hoy un gesto gallardo, y mañana harán una mueca cobarde; que podrían limitar hoy el daño a la cesión pacífica de una parte y sufrirán mañana el aniquilamiento brutal de todo.

Los de abajo, que ven en la revolución mil absurdos utópicos, contrarios a la realidad y a la lógica: quiénes ven simplemente una vuelta a la tortilla, un cambio de papeles, un traslado de puestos: ricos mañana los pobres de hoy, y los ricos de hoy, pobres mañana; quiénes, más generosos, y no menos equivocados, ven una

nivelación absoluta y definitiva de todos los hombres; quiénes un río revuelto para pescar a sus anchas, y quiénes un simple cambio de postura, pensando, reconozcamos que con acierto, lo que dice Barbusse: *Rien ne sera pire!* [184].

Despierten los de arriba; miren a sus pies, y descubrirán ya el borde del abismo; miren en derredor y por doquier percibirán los chasquidos de ruina, las chispas del incendio, los anuncios de tempestad, las señales ciertas, que más que precursoras de la catástrofe, son ya el principio de la catástrofe misma. Piensen que si es desagradable y violento lo que hoy exige su salvación, luego ofrecerían, *inútilmente*, *mucho más*, con tal de recobrar mucho menos de lo que aún pueden mantener.

No tranquilicen, no, sus temores con la noticia del fracaso y de la rectificación bolchevista. Los pueblos, como los individuos, no saben escarmentar en cabeza ajena, ni atienden a más experiencia que a la propia: y ahí están los bolcheviques españoles, que hoy son más exaltados que los mismos rusos, y sostienen y proclaman cosas que ya en Rusia se han ensayado y arrinconado.

No confíen tampoco en que esas locuras sociales son efímeras; porque sí, es indudable: las utopías se pulverizan al choque con la realidad,

y ya empiezan los bolcheviques a desandar lo andado y a querer reconstruir lo que destruyó su locura; y pasará el tiempo, y Rusia resurgirá, y volverá a haber industria privada independiente, y categorías sociales, y todo cuanto es esencial para la vida de los hombres: todo lo que no se sustituye con unos cuantos discursos y unos cuantos crímenes.

Hasta, acaso, en un futuro remoto, la estratificación de los años, amasados con pasiones humanas y movidos por esa constante ley de evolución que, sempiternamente, impone el retorno rítmico de todas las cosas, resuciten estas injusticias sociales, estos odios de ahora.

Pero adviértase bien: *lo que nunca,* NUNCA *volverá es lo que perdieron en la catástrofe, desencadenada por sus culpas, los burgueses, ciegos de egoísmo codicioso, que prefirieron arriesgarlo todo con tal de no desprenderse de aquella parte que reclamaban en coro la justicia, la razón, la piedad y su propio mezquino y ramplón interés.*

Allá, en las regiones temblorosas, vagarán un día sus sombras afligidas, huyendo del recuerdo funesto de su propia ruina y de las maldiciones iracundas de tres o cuatro generaciones que deberán a su torpe codicia una vida triste y miserable.

* * *

Los de abajo, deténganse un momento y adviertan también su demencia.

Con la menor cantidad posible de argumentos especulativos y de opiniones propias; con hechos comprobados; con documentos fehacientes; con opiniones ajenas autorizadas *, creo haber demostrado con evidencia—a mí, al menos, me convencen por completo—que el bolchevismo es impracticable, que el bolchevismo es insostenible, que el bolchevismo es odioso, desde los primeros momentos de su dictadura sangrienta, hasta sus últimos fines ideales, que nos brindan, como suprema felicidad social, un mundo que sea una inmensa fábrica y una inmensa oficina (las dos cosas más aborrecibles de la vida moderna).

Adviertan los obreros que la justicia de una causa es una fuerza más poderosa que ninguna, y así ellos triunfarán a través de todo y contra todo, si limitan sus aspiraciones a lo posible, a lo realizable de un modo evolutivo y gradual; y, en cambio, fracasarán si, con la violencia, intentan imponer, de un modo brusco, pretensio-

* He procurado que ninguna fuese sospechosa. Para lograrlo he prescindido de no pocas fuentes, he sacrificado bastantes argumentos, y he querido que, casi siempre, fuesen los mismos bolcheviques o sus amigos quienes hablaran.

nes muchas veces reñidas con la realidad; porque esto, sobre ocasionar a toda la sociedad, sin excluirles a ellos, males irreparables y gravísimos, *es, en suma, contraproducente y regresivo;* porque las violencias radicales traen irremediablemente consigo las violencias reaccionarias. Ya en Hungría acaba de demostrarlo una vez más la experiencia. El bolchevismo de Bela-Kun fué una efímera hoguera roja que destruyó infinitos bienes, sin más eficacia que el retroceso a un terror blanco, mucho peor y más reaccionario que el régimen imperial destituído.

Así está mostrándolo también la revolución rusa. Comenzó por destruir la mayor parte de los organismos vitales para la sociedad. Una dictadura sangrienta y tiránica, el terror, el hambre, la ruina de todos. Esta primera fase se alegaba que no era sino un régimen transitorio para pasar a otra fase más avanzada. Pero, en realidad, lo que están haciendo ya los bolcheviques es *reaccionar*, retroceder, rectificar.

Hay ya en Rusia muchísimos obreros defraudados. Pero por virtud del movimiento adquirido algunos no ven todavía claramente, y lejos de comprender que han ido demasiado lejos, creen que, al contrario, Lenin y Trotsky son unos reaccionarios, y entonces, no sabiendo ya

cómo extremar los principios de la bandera roja, tremolan la negra del anarquismo.

El capitán Sadoul, héroe simbólico de los bolchevizantes franceses, habla en una de sus Cartas a Albert Thomas del *leader* anarquista Gay («espíritu cultivado, pero ligero y de un ingenuo irrealismo. Ni una onza de buen sentido»). Y añade: «Gay dirige tremendas invectivas contra los bolcheviques, que no han cesado de traicionar a los puros principios desde que llegaron al Poder, y que se han transformado rápidamente en pálidos reformistas, de quienes los obreros se alejan para agruparse bajo los pliegues de la bandera negra. Varias ciudades del Sur están ya en poder de los anarquistas» [185].

El juicio del jefe de los anarquistas rusos no será, creo, tachado de reaccionario. Pero más autorizado aún y más reciente es el testimonio de los propios bolcheviques en sus radiogramas oficiales reproducidos por *Le Temps* (1.° de marzo de 1920) en un artículo que traduzco a continuación:

«Nunca fueron tan interesantes como hoy las noticias de Rusia. Y no precisamente por «las ofertas de paz», sino a causa de los ferrocarriles.

»Desde hace dos años, una propaganda profusamente alimentada invita a los trabajadores

de Occidente a seguir el ejemplo de Rusia. No deja la tal propaganda de producir sus frutos; después de Inglaterra y de Italia, Francia sufre la huelga ferroviaria. Pero durante esos dos años los bolcheviques de Moscou han organizado su Gobierno. Son ahora los dueños de casi toda Rusia. ¿Cómo tratan al personal de sus ferrocarriles?

»No lo preguntemos a sus adversarios, ni tampoco a sus vecinos. *Consultemos los radiotelegramas bolcheviques* lanzados desde Moscou. Pintado por sí mismo, el régimen bolchevista ha de salir, sin duda, favorecido.

»He aquí un radio del 26 de febrero, redactado en francés. Anuncia que «todo el personal, sin excluir los ingenieros, que en cualquier tiempo haya trabajado en los ferrocarriles debe ser llamado en el acto por orden del Comité militar revolucionario.» Y sigue esta indicación, no por breve menos sugestiva:

«Todos deberán reintegrarse inmediatamente a su antiguo puesto, debiendo consagrarse exclusivamente al servicio de los transportes.»

»Mas, aun trabajando en un servicio militarizado, este personal, procedente del ejército rojo, no será suficiente. Es indispensable un aumento de mano de obra para que pueda funcionar el material ferroviario. ¿Cómo habrá de

reclutarse el personal suplente? ¿Qué esfuerzo se le obligará a realizar? Esto nos lo dice otro radio de Moscou, redactado también en francés y expedido el 27 de febrero:

»El Sindicato metalúrgico de Tambov ha resuelto poner semanalmente a las órdenes de la Comisión de reparaciones del material rodante, cien ajustadores de las fábricas de la región. *Estos obreros trabajarán, incluso los domingos, once horas diarias*. Para que su ausencia no dañe a la producción en las fábricas donde están empleados, los obreros de estas fábricas *alargarán su jornada de trabajo en la correspondiente proporción*.

»Podrá objetarse acaso que los ajustadores de Tambov no llegarán a trabajar once horas diarias si los mineros del Donetz no suministran el carbón necesario a las fábricas. Pero las autoridades bolcheviques han previsto el caso y su radio del 27 de febrero contiene a tal respecto informes tomados del *Ekonomitcheskaïa Jizn (La Vida Económica)*. Esta revista afirma que la producción de carbón se ha duplicado en uno de los centros mineros del Donetz. ¿Por qué procedimientos se llega a tales resultados? «Empleando el nuevo método», escribe la revista rusa. Dicho de otra manera, se trata de militarizar la explotación de las minas, como

la de los ferrocarriles. *La Vida Económica* añade, en efecto:

»La decisión del Consejo del ejército del trabajo de Ukrania es señal de que la nueva época ha comenzado. Es sólo el primer paso; otros seguirán no menos categóricos. Sobre los sectores elegidos en el frente económico, gravitará el máximum de fuerzas y recursos, sin que los resultados se hagan esperar.

»Pero todos los transportes de Rusia no se hacen por vía férrea. Entre los productos más necesarios—la madera, el petróleo especialmente—muchos pasan por vías navegables, en particular por las que constituyen el «sistema Marie». Las autoridades bolchevistas no lo olvidan. Su radio del 27 de febrero anuncia que se activan «los trabajos para la completa rehabilitación de todo el sistema.»

»Cualquiera pensaría estar leyendo alguna nota oficiosa de la Agencia Wolf de la época en que la industria alemana ejecutaba el famoso programa Hindenburg.

»Todos los obreros disfrutan de raciones alimenticias especiales.

»10.300 obreros trabajan en la reorganización de la flota, 3.300 en la construcción de nuevos barcos, 2.400 en la reparación de los trabajos hidrotécnicos.»

«Estas noticias de Moscou expresan ciertamente las intenciones del Gobierno sovietista. ¿Expresan también con fidelidad los resultados que obtiene? ¿Es posible que la autocracia bolchevista suministre verdaderamente un buen rendimiento industrial? Esta es otra cuestión a la cual no podrá apenas responderse antes de que la Sociedad de las Naciones haya realizado su encuesta en Rusia. Y todavía será preciso que los encargados de practicarla no se dejen conducir por los comisarios del pueblo sobre los barcos donde Potemkin paseaba a Catalina II.

»Pero con todas las flaquezas de la administración bolchevista—falta de competencia, falta de confianza y cuanto quiera reprochársele—, los principios de esta organización son perfectamente claros. Se basa sobre el principio de *obligar a trabajar por la fuerza. No tolera huelgas. Desconoce la jornada de ocho horas. Aplica a la reconstrucción de Rusia los métodos del militarismo prusiano.*»

* * *

Es así, porque tenía que ser así. Y si no fueran los propios bolcheviques quienes lo declaran, tendríamos que creerlo de igual modo, porque los hombres no pueden violentar ni torcer el curso de las leyes naturales.

¡Tantas lágrimas, tanta hambre, tanta miseria, tanta ruina, tanta destrucción, para acabar trabajando once y doce horas bajo una tiranía militarista! Con sudor de su frente, con esfuerzo y dolor, habrán de trabajar en reconstruir lo que destruyeron, quienes comenzaron por gritar y pedir lo que ahora piden y gritan los obreros españoles. Que Dios les libre a éstos de acabar también del mismo modo y que nuestros hijos no hayan de sufrir lo que espera a las venideras generaciones rusas, que han de vivir entre ruinas y dedicar toda su vida a levantar lo que sus padres derribaron en un vértigo furioso de locura.

¿Cuál no será su desesperación si otro pueblo más sensato les demuestra prácticamente que *había otro camino* muchísimo más suave, más breve y más recto para llegar adonde ellos *tardarán mucho* en llegar después de haberlo sacrificado todo en vano a querer *llegar pronto*?

III

Los beligerantes.

Conocemos ya tres ejércitos que combaten por el problema social, ese problema que afecta a los propios cimientos de la sociedad, cuya transformación radicalísima es inevitable e inminente:

1.° El conservador, cuya actitud de resistencia, de intransigencia, de fuerza, de ceguedad, es hoy la más anárquica, la más favorable al derrumbamiento rápido y violento de lo que se pretende defender.

2.° El revolucionario, actitud impaciente, utópica, insensata, de una multitud ebria de absurdo, que conduce a una catástrofe tremenda y a una reacción proporcionada.

3.° Queriendo huir de los primeros sin caer en los segundos, se ha formado un tercer grupo, más absurdo y más funesto que los dos primeros juntos. Es el grupo híbrido de los conciliadores de lo inconciliable, que contemporizan con las demasías conservadoras y contempori-

zan con las demasías revolucionarias: predicadores de la transigencia en lo esencial.

Ese radicalismo conservador, nebuloso, vacilante, especulativo, oportunista, que sostiene la licitud del comunismo simultáneamente con la licitud de la propiedad privada; que proclama la intangibilidad de unos principios y fomenta organismos creados para destruir esos principios, ese radicalismo que sacrifica a unas palabras todos los hechos y toda la práctica a una confusa y hueca teoría, tiene todos los defectos de los conservadores, sin la energía de éstos, que, al menos, aplazarán el caos mientras tengan en su bando la fuerza de las armas; tiene todos los defectos de los revolucionarios sin su robusto aliento de ideal, sin su simpatía, y su vigor y su virilidad.

Es gris, indefinido, mediocre, tiene sabor de farsa interesada, de tinglado artificioso, y *político*, en el peor sentido de la palabra.

* * *

Hay otro grupo que propugna un vago «concepto social de la propiedad», la cual «no es derecho, sino *función*». Habla de edificar —*habla; y del dicho al hecho*...—la sociedad sobre bases de altruismo, caridad y sacrificio,

en lugar del disfrute y el interés; y sostiene, en consecuencia, que los hombres deben defender su propiedad; pero convirtiéndola en una especie de usufructo al revés, según el cual la propiedad corresponde al poseedor; pero éste debe dar a su disfrute un sabor social, benéfico, altruista... Todo esto no parece que puede ser otra cosa que una candidez o una hipocresía. Lo que no sea basar las leyes en la realidad de las cosas, será legislar para otro planeta menos egoísta que éste. Y quien lo haga de buena fe, no deberá extrañarse si los hombres, luego de recibir el nuevo Código de la *propiedad como función social* *, se lo dejan olvidado en el altar, tras la peana de algún bienaventurado visionario. Lo mismo sucederá a los que, con espíritu semejante, hablan del día en que «el estímulo de ganar mucho dinero sea reemplazado por el ideal de servir a la comunidad» [186].

Cuando los hombres dejen de ser hombres, sí puede ser que suceda eso, como puede ser que suceda otra cosa. Ni lo sabemos ni, en

* «¿Qué se quiere significar con tal embolismo?» —dice «Azorín»—. «Para que la propiedad no sea función social será preciso que la propiedad sea de todos; es decir, que la propiedad... no sea propiedad» (*A B C* de 18 marzo 1920).

suma, nos importa. En la polémica social se puede intervenir o abstenerse. Lo que no es lícito es interrumpir el apasionado debate para intercalar unos amenos cuentos tártaros.

Queda, por último, otra tendencia, de que no he hablado, y que, por su importancia, exige especial atención.

IV

El «Espíritu cristiano».

A Salvador Bartolozzi y José Bergamín.

Se mueven mucho, en nuestros días, los que presentan como solución al problema el restaurar en la sociedad el espíritu cristiano.

La idea de acudir a la doctrina de Cristo, toda espíritu, desinterés, renunciamiento, amor de la pobreza, como solución social, colectiva, de un problema cuyos términos son materia, positivismo, codicia, ansia de riquezas y placeres, resulta desconcertante.

Porque, prescindiendo de todo juicio, el hecho cierto, la realidad evidente es que la sociedad humana no busca hoy ocasiones de merecer venturas ultraterrenas: pretende con ansia febril y urgente vivir la vida, esta vida; buscar aquí, ahora, pronto, el máximum de goce con el mínimum de esfuerzo y de dolor *. No se ha-

* A quien sienta la tentación de contestar que la intervención del espíritu cristiano se reclama precisamente para combatir esos profanos sentimientos, para encender la caridad, la abnegación, el desasi-

bla, pues, de renunciar, sino de repartir, y de repartir de tal modo, que los que ahora lo tienen todo, conserven lo más posible, y los que ahora no tienen nada, adquieran lo más posible.

Conservar, adquirir... ¡Qué verbos tan poco cristianos! ¡Qué equilibrios funambulescos tienen que hacer los que, también aquí, pretenden conciliar lo inconciliable!

Merced a esos equilibrios, argucias, sutilezas, enredijos y sofismas, trenzados con artificio paciente y astucioso, la Religión de Aquel que dijo:

> «No poseáis oro, ni plata, ni dinero en vuestra bolsa; ni zurrón para el camino, ni dos túnicas, ni calzado, ni bastón»
>
> (*Mat.*, x, 9, 10),

es hoy la Religión de los que atesoran túnicas y sandalias, monedas, joyas de oro, joyas de plata. Y en cambio la masa proletaria está lejos

miento de lo temporal y el espíritu de sacrificio, me permitiré decirle que está equivocado. Los apóstoles a quienes me refiero no tratan de eso. Si acaso, proclamarán lo estupendas que son esas virtudes ascéticas para admirarlas en el prójimo. En cuanto a ellos no sienten veleidades de canonización. No tienen vocación de santos y se dan por satisfechos con un rinconcito de cielo, compatible, por virtud del *Ego te absolso* administrado con oportunidad, con el Rolls, el Ritz, el Golf y otros encantos más modestos, menos inocentes y nada ultraterrenos.

del dulce Jesús, amigo de los pobres y de los humildes. Y, ¿quién podrá extrañarlo al contemplar lo que han hecho de su Figura y de su Doctrina los que al que dijo: MI REINO NO ES DE ESTE MUNDO, le hacen decir: *Reinaré en España;* los que representan el austero semblante del Hijo del Hombre con el cromo peinadito y rizadito del Cerro de los Ángeles?

¿Irreverencia? Sí; ¡ya lo creo! Pero no en mis palabras, llenas, como mi espíritu, de inmenso respeto. Bien sabe Dios dónde está, no ya la irreverencia: el sacrilegio.

* * *

Se propugna la instauración social del espíritu cristiano. Bien; pero, ¿qué se entiende por espíritu cristiano? ¿El de Cristo? Abramos, pues, el Evangelio:

> «Qué angosta es la puerta y qué estrecho el camino que conduce a la vida y qué pocos son los que la hallan.»
>
> *(Mat.,* VII, 14.)

> «Todos los Mandamientos, dijo el hombre, los he guardado desde mi juventud.
>
> »Oyendo lo cual, Jesús le dijo: Aún te falta una cosa. Vende todo lo que tienes y dalo a los pobres, y tendrás un tesoro en el Cielo, y ven y sígueme.

»Al oír esto el hombre se entristeció, porque era muy rico.

»Y Jesús, viendo que se había entristecido, dijo: ¡Qué difícil es que los que tienen riquezas entren en el reino de Dios!

»Porque es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja que el que un rico entre en el reino de Dios.»

(*Luc.*, XVIII, 21, 25.—*Mat.*, XIX, 17, 24.)

¿Es este el *espíritu cristiano* de que se habla? Entonces, sí: de acuerdo. En cuanto los ricos entreguen sus riquezas a los pobres, los pobres, *ipso facto*, dejarán de pedirlas. Esta profunda deducción no es apenas discutible.

Pero no: no es ese.

Lo que se invoca es una mixtura falsificada que convierte el augusto y recto espíritu de Jesús en una cosa ondulante, amerengadita, acomodaticia y convencional que no puede aceptar un espíritu sincera y rígidamente religioso.

Cada cosa engendra su semejante; y así no sería posible sintetizar, definir, representar lo que es esa torpe simulación, mejor que la representan, sintetizan y definen ciertas imágenes de Cristo que son blasfemias de madera o de papel estampado.

Ese es el «espíritu cristiano», según el cual, y a vuelta de más o menos circunloquios, se

pretende, en puridad, convencer a los pobres de que deben seguir siendo pobres, por amor de Dios; mientras los ricos siguen siendo ricos, por amor de sus cuentas corrientes.

Se trata de que los pobres tengan paciencia; y en consideración a la esperanza de las delicias que pueden alcanzar en la otra vida, admitan que las de ésta sean para los ricos, que no quieren desprenderse de su dinero, a pesar de todos los pesares.

* * *

Sólo el hábito de aceptar sin discurso las cosas relativas a la Religión, puede explicar que un texto tan contundente, terminante y clarísimo como el de los transcritos versículos de San Mateo y San Lucas se desnaturalice de modo tan peregrino.

El hábito de no pensar... y la ignorancia del Evangelio; que no se lee o se lee en latín. (Curioso caso de evolución el de esa lengua: que de servir para expresar ideas ha pasado a utilizarse para taparlas.)

—«Vended todo lo que poseáis y dadlo de limosna»

repite Jesús, según San Lucas, en otro lugar (XII, 33).

—«El que no está conmigo está contra mí.»
(Mat., XII, 30.)

Palabras de una claridad desesperante para los empeñados en *interpretarlas*, de modo que su sentido resulte blando, cómodo y compatible con el 5 por 100 Amortizable, con las acciones del Banco de España, con las Obligaciones de ferrocarriles y demás cosas ignoradas *in illo tempore*.

Pero así y todo se consigue.

Tanto, que hoy a nadie se le ocurre sostener que un camello no pasa por el ojo de una aguja. Al contrario; se diría que la relación entre la Economía y la Teología se ha modificado notablemente de veinte siglos a esta parte.

Todo progresa, y hoy no falta quien sostiene que se puede obtener una especie de seguro de vida eterna con sólo recibir la Comunión siete primeros viernes de mes consecutivos. Y hay quien piensa que, para subir al Paraíso, no es necesario pasar por el Purgatorio: se pueden ya tomar billetes en Contaduría, por cualquiera de los infinitos métodos de ganar indulgencia plenaria compatibles, según la maleable exégesis de muchos, no ya sólo con las que antes se llamaban pompas y vanidades, sino con mil nuevas *friandises* sociales, variadas, exquisitas y... toleradas hoy por *todo el mundo*.

Cruzando los siglos, una Voz soberana e inconfundible, truena:

> «¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que diezmáis de la hierba buena y del heneldo y del comino, y habéis despreciado los preceptos más graves de la ley, *la justicia, y la misericordia*, y la fe!
>
> »¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que limpiáis el exterior de la copa y del plato, e interiormente estáis llenos de rapiña y de inmundicia!»
>
> (*Mat.*, XXIII, 23, 25.)

* * *

Concretamente y puestos los ojos en la realidad, se pueden hacer las siguientes afirmaciones:

1.ª Ir con sermones a la masa obrera, incapaz ya de escuchar palabras y atenta sólo a las obras, podrá ser muy piadoso, pero no es eficaz; tanto menos, si los predicadores «dicen y no hacen». (*Mat.*, XXIII, 3.)

2.ª Se trata de resolver un problema que ha coexistido siempre con la doctrina cristiana; no por culpa, claro es, de la doctrina, sino de una interpretación *que no ha variado* hasta ahora. Por tanto, no se comprende que, de pronto, se presente como novedad un sistema que tiene veinte siglos de experiencia.

3.ª Es absurda la posición de quienes, creyendo, no practican, y pretenden hacer practicar a quienes no creen.

* * *

Un ejemplo resumirá gráficamente la cuestión, disipando, quizá, posibles errores.

Contra la trata de blancas sería el medio más eficaz catequizar, una por una, a todas sus víctimas. Cuando todas fuesen santas canonizables, indudablemente ese cáncer social habría desaparecido. Nadie negará lo plausible de trabajar cuanto se pueda en ese sentido; pero ¿qué habría que pensar de quien propusiera que ya, desde luego, cesen los métodos represivos de la trata y se sustituyan con sermones en los burdeles y con anuncios en las esquinas recomendando la observancia de los Mandamientos de la Ley de Dios?

Pues tan cándido es quien hoy fía la solución de los conflictos sociales a la santificación de la Humanidad. Porque es eso lo que se pide al pretender que cada hombre olvide su interés inmediato, tangible y profano en reverencia a la santa doctrina del Crucificado, tan ausente de las lonjas de contratación y de los boletines financieros.

V

El segundo camino.

He hablado de un *segundo camino*. ¿Cuál es? Para verlo es necesario hacer un esfuerzo y trepar hasta una altura donde no lleguen las pasiones, los intereses y los hechos menudos. Ya allí, donde se contempla el problema en su conjunto, sin que interrumpan la serena labor lamentos egoístas ni vociferaciones insensatas, disecarlo tranquilamente y examinar sus puntos principales.

* * *

Apenas extendido el problema en toda su amplitud, se ve cómo la vida social es un tejido complejísimo que no se puede manejar bruscamente. Cada fibra está de tal modo entrelazada con millones de fibras, que no se puede tirar con violencia de ninguna sin alterar gravemente todo el resto. Así, nada es más fácil que, al tirar con impaciencia de una injusticia para extirparla, traerse enredadas, y destruir

a la vez, mil cosas buenas, mucho más esenciales.

Primera consecuencia: Es imposible una solución completa fulminante. Intentarlo es pagar por unos bienes fantasmagóricos, un precio exorbitante de males positivos, tangibles y tremendos *.

Segunda consecuencia: Hay que buscar la fórmula para que el *primer paso dado hacia la solución* sea lo más largo posible, con el menor daño posible. Y luego, estudiar la escala de medidas graduales, progresivas, que la humanidad ha de trazar para ir siguiéndola sucesivamente.

Esas medidas graduales han de conciliar la máxima velocidad en la marcha hacia la solución, y el máximo respeto a las leyes naturales, que tan caro hacen pagar cualquier intento de quebrantarlas.

Buscando, pues, la máxima justicia compatible, en cada momento, con la vida social; eligiendo siempre el mal menor, mientras no se puedan suprimir los males, irá la sociedad caminando progresivamente, evolutivamente hasta

* Lenin confesaba antes de subir al Poder que el comunismo, en su *primera fase,* no da la igualdad, ni es la completa solución; pero debía de creer que el primer salto sería de resultados muy diferentes de los que hemos visto.

conseguir la *total implantación de todo lo deseable* y la *total desaparición de todo lo injusto*; en esa sabia forma que emplea la naturaleza para sus sustituciones: es decir, creando la corteza nueva al mismo tiempo que va separándose la vieja; formando la uña sana debajo de la enferma próxima a desprenderse.

* * *

Para echar a andar nos faltan tres requisitos:

Primero. Este *camino* sería el trillado camino de todos los conformistas, si no comenzase dando, hacia la solución, un primer paso decidido, radical e inmediato que suponga la *fulminante, inaplazada* supresión de esas grandes, de esas intolerables injusticias cuya persistencia imposibilita en absoluto todo conato de concordia, toda vía pacífica y toda esperanza de salvación.

Supresión que ha de hacerse *sea como sea*, sacrificando lo que haya que sacrificar, sin límite, sin excusa. Ha de significar la inmediata concesión de un mínimun suficiente de bienestar para *todos* los hombres; de tal suerte, que *nadie* carezca de los elementos necesarios para vivir una vida humana. Para lograrlo, se habrá de parar un día, *en seco* si fuese necesario, la vida

social y dirigir todas las energías, todos los medios, todos los recursos individuales y sociales a un punto de convergencia; y con tan formidable empuje, conseguir *inmediatamente* ese fin.

Segundo. Conseguido ese urgentísimo paso previo, se debe trazar en seguida el programa gradual de la marcha que ha de seguir la sociedad hasta conseguir el máximum de bienestar colectivo compatible con las leyes imborrables de la naturaleza humana.

Tercero. Inmediatamente se debe depositar la autoridad en hombres íntegros, y capaces para ejercerla con rigor inflexible, sin tolerar una sola rebeldía, sin admitir la menor imposición, ni de los de abajo, *ni de los de arriba*: persiguiendo implacable y ejemplarmente a quien, franca o subrepticiamente, intentase reaccionar hacia lo actual, empujar hacia lo utópico, acelerar o lentificar la velocidad establecida como prudente.

Ese Gobierno, sobre la eficacia de todos los Gobiernos dignos de tal nombre, tendría la fuerza incomparable de sentirse decididamente asistido por la conciencia social. Desaparecería ese vicio con que ahora nace todo Gobierno, porque su misión es mantener *con la fuerza* la injusticia tradicional. De donde se derivan dos

consecuencias: falta de adhesión a las cosas buenas que haga un Gobierno mantenedor nato de la iniquidad: invencible simpatía de todo intento antisocial aunque vaya envuelto en una forma aborrecible: porque la protesta generosa contra esa monstruosidad de poner el *Derecho* como sostén de la *Injusticia*, es siempre simpática: y es antipática siempre la fuerza al servicio de lo injusto.

* * *

Los obstáculos principales que estorban la realización de estos tres puntos esenciales son la ignorancia y el apasionamiento, que impiden la conversión de la pugna rencorosa y violenta en el diálogo sereno y cordial que, una vez entablado, habría pronto de convertir en paralelos los intereses hoy contradictorios.

Si los de arriba conociesen a los de abajo y los de abajo a los de arriba, mejor que a través de sus periódicos y de sus explotadores respectivos, la generosidad, que es virtud de casi todos los hombres, aunque sostengan lo contrario algunos hepáticos, fundirían muchos bloques de intransigencia en claras aguas de armonía social y de coordinación de esfuerzos.

Hombres de buena fe, con vocación para enseñar, para *hacer ver* a los que están ciegos: ese

es el primer elemento necesario para empezar a resolver el problema.

Cuando se lograra purificar el ambiente, hoy enrarecido por negros rencores, por miedos, por codicias; cuando se lograra iluminar el aire entenebrecido por densísima niebla de ignorancia, sería fácil establecer el programa ascensional hacia una sociedad de bienestar común y de justicia.

VI

El programa.

Sólo para fijar con algún detalle las bases fundamentales del programa, sería necesario más de otro tanto de lo que va escrito. El desarrollo de esas bases daría tema para muchos libros a los especialistas de cada materia.

Yo quiero solamente indicar algunas orientaciones, sobre todo por cerrar el circuito de mi pensamiento y concretar en unas cuantas proposiciones afirmativas algunas ideas sueltas deslizadas entre las negaciones que preceden.

* * *

Frente al interés social, el interés privado puede tener uno de estos aspectos:

Ser beneficioso.

Ser perjudicial.

Ser indiferente.

En el primer caso debe fomentarse; en el segundo debe prohibirse; en el tercero debe respetarse.

Esto así, resultá de un Pero Grullo sociológico. Comentando un poco, acaso acabe para algunos en desatino la perogrullada.

Porque *perjudicial* puede serlo un interés privado para el social positiva o negativamente.

Lo es positivamente todo interés particular que causa un daño directo a la sociedad.

Lo es negativamente todo lo que le priva de un beneficio.

Y según este criterio la sociedad *fomentará* el derecho del ciudadano a poseer ilimitada riqueza productiva; *negará* el derecho del ciudadano a ser un parásito que consume y no produce; *limitará* el derecho a conservar riqueza improductiva.

Un ciudadano establece una granja agrícola, instala un taller, monta una fábrica. Gana millones, pero *produce riqueza;* beneficia a la comunidad. Su iniciativa debe fomentarse.

Un ciudadano compra una finca rústica para su recreo particular. No hay en ella improductivo, sino la casa-habitación y un parque, cuyo terreno no supone una resta de importancia a la producción agrícola, ni supera el margen de riqueza improductiva que ese hombre ha merecido. La casa encierra obras de arte, libros, muebles suntuosos. Riqueza *improductiva*, pero no dañosa, y cuya incautación causaría *grave*

daño a un ciudadano y beneficio nulo o inapreciable a la comunidad. El Estado debe abstenerse.

Pero ese ciudadano adquiere grandes terrenos, excelentes para la producción agrícola, los añade a su parque o los dedica a cazadero. Causa un perjuicio a la sociedad, y el Estado debe *prohibirlo*.

* * *

He aquí, pues, algunas de las orientaciones prácticas que concretarían, según mi juicio, los principios expuestos:

REFORMAS DE INMEDIATA APLICACIÓN

Asistencia social segura y suficiente para completar a cada ciudadano lo que le falte hasta un mínimum de bienestar físico y moral.

Prohibición de toda inversión de dinero, no inmediatamente necesaria, hasta que se haya organizado debidamente esa asistencia, en la que ha de incluirse la instrucción escolar obligatoria.

Fijación de un límite para la propiedad, susceptible de producción, que cada ciudadano tendrá derecho a mantener improductiva. Pasado ese límite, la propiedad de cualquier clase

que sea—bienes inmuebles, valores, dinero—, habrá de explotarse o deberá el Estado incautarse de ella.

Sustitución de toda clase de valores al portador distintos de la moneda, por valores nominativos inscritos en registros oficiales, a los efectos de la tributación y de la limitación del capital improductivo.

Modificación de la legislación sobre arrendamientos de fincas rústicas y urbanas, limitando y regulando el derecho del propietario en beneficio del arrendador.

Reforma del régimen tributario a beneficio del ciudadano trabajador y en perjuicio del ocioso. En consecuencia, fuerte impuesto progresivo sobre las rentas no procedentes del trabajo personal, y especialmente de aquellas cuya existencia no redunde en beneficio de la colectividad. (Valores del Estado, Rentas de inmuebles, hipotecas, censos, etc.)

Ley de cultivo apropiado de las tierras.

Fuerte impuesto progresivo sobre las sucesiones, llegando a la incautación en ciertos casos.

Salario mínimo suficiente.

Nacionalización de los servicios públicos: aguas, alumbrado, transportes, etc.

«Creación de un Consejo técnico económico,

encargado de preparar los proyectos de orden fiscal.»

«Tribunal industrial, con jurado obrero-patronal, presidido por jueces patronales.»

«Creación de oficinas públicas de subsistencias» *.

Fomento de las Cooperativas de consumo.

DE APLICACIÓN REMOTA Y EVOLUTIVA

Todo ciudadano deberá rendir una labor útil a la sociedad, y ninguno podrá rebasar el mínimo nivel social sin que la elevación esté justificada por su personal esfuerzo.

Limitación de las rentas y de la propiedad improductiva a un máximum uniforme.

Sólo se podrán adquirir por donación o por herencia bienes que tengan carácter de instrumentos de trabajo productores de riqueza, cuya propiedad perderá, *ipso facto*, quien no los emplee personalmente. La herencia sólo será legítima en la línea directa descendente.

La propiedad productiva no tendrá límite; pero su explotación habrá de adoptar precisamente la forma de Sociedad anónima por accio-

* Lo entrecomado procede de las bases presentadas al Congreso de los Diputados por la minoría socialista en enero de 1920.

nes, con derecho de todos cuantos en ella trabajen, *y sólo de ellos*, a participar en los beneficios, cuya cuantía será siempre conocida.

Las operaciones bancarias serán monopolio del Estado, que sustituirá con Bancos especiales la actual misión del capitalista pasivo.

También serán monopolio del Estado las casas-habitación de las ciudades y toda clase de servicios públicos y de riquezas en cuya explotación no se juzgue necesaria la iniciativa privada.

Limitación a lo indispensable del comerciante intermediario, sustituyéndolo por la Cooperativa de consumo.

Organización política a base de un orden federativo industrial, uno de cuyos elementos podrían ser unos *Soviets* profesionales electivos, con representación proporcional de todos los ciudadanos, repartidos según su profesión y jerarquizados según su utilidad social. Supresión consiguiente de todo el orden político actual, sustituyendo el anacrónico régimen de partidos formados según *ideas políticas* más o menos acomodaticias, por el régimen de agremiación según las realidades y los intereses *.

* «La organización del Gobierno de los «Soviets» es una organización que responde al momento actual. Toda la estructura constitucionalista de los demás

Supresión del político profesional. Los cargos públicos retribuídos, serán técnicos y de carrera.

Instrucción mínima obligatoria y *uniforme* que atienda, con especial cuidado, a la formación de ciudadanos conscientes de su deber cívico. Los obreros podrán así intervenir en todas las funciones del Estado, no *por ser obreros*, sino por estar capacitados.

Organización, en suma, de toda la sociedad sobre una base de verdadera igualdad, condensada en esta fórmula: **Cada cual sea lo que valga, sólo y todo lo que valga; cada cual tenga lo que gane, todo y sólo lo que gane.**

países de Europa responde a realidades pretéritas, a los tiempos en que los hombres no se sentían más que ciudadanos y se partía del supuesto de que todos estaban encuadrados en partidos políticos; y hoy es una realidad que en España, en Francia, Inglaterra y en todas partes se han creado formidables organizaciones profesionales, que no están encauzadas, ni consagradas, por ningún organismo constitucional y que impiden y dificultan la marcha de los Poderes constitucionales.» *(F. Cambó. Discurso en el Congreso de los Diputados, 2 febrero 1920.)*

APÉNDICES

Rusia

I

MANIFIESTO DE LOS SOCIALISTAS ESPAÑOLES PUBLICADO EN ENERO DE 1920.

«Primero. Que los socialistas españoles reconocen que en los presentes momentos, que son los de las luchas decisivas para la conquista del poder burgués, hay que ejercer una acción de clase fuerte, intensa, perfectamente definida.

»Segundo. Que creen indispensable para triunfar sobre el capitalismo la fusión de todos los organismos proletarios que, reconociendo la lucha de clases, se hallen dispuestos a emplear *procedimientos revolucionarios* en la forma y medida que las circunstancias impongan, y *aspiran a implantar el régimen comunista* previsto por Marx y Engels en su manifiesto de 1847.

»Tercero. Que esperan el triunfo de la clase obrera revolucionaria, no del logro de reformas que satisfagan parcialmente las aspiraciones de los trabajadores.

»Cuarto. Que están conformes con la implantación de la *dictadura del proletariado* como medio de organizar la sociedad sobre bases socialistas y de asegurar la victoria revolucionaria de los obreros.

»Quinto. Que estiman conveniente la acción electoral y parlamentaria; pero no creen que en las elecciones ni en el Parlamento se reñirán las jornadas decisivas de la lucha obrera.

»Entienden que esta acción es un medio de afirmar la conciencia de clase en el proletariado, de llevar la batalla a los lugares desde donde la burguesía impo-

ne su dominio político y de desgastar y desacreditar los instrumentos de accion y de represión del Estado capitalista.

»Sexto. Que aspiran a sustituir las instituciones y los órganos de gobierno de que actualmente se vale la burguesía por el sistema de Comités, elegidos por los trabajadores, los técnicos y las instituciones del poder proletario; Comités que dirigirán la producción y el cambio y organizarán el futuro régimen social.»

II

LA ORGANIZACIÓN OBRERA EN ESPAÑA

Laborismo organisado en España.—Métodos de los sindicalistas de Barcelona.

Mientras que las grandes masas proletarias del resto de Europa, movilizadas en los ejércitos de sus respectivos países, estaban ocupadas en la fabricación y manipulación de instrumentos de muerte, las clases obreras de España han tenido ocasión de recuperar el tiempo perdido en la organización societaria. Ahora existe un gran cuerpo organizado, cuyos directores están completamente al tanto de las oportunidades que puedan resultar del nuevo estado de cosas en Europa.

Los cuerpos laboristas de España pueden dividirse en tres grupos principales:

1.° La Confederación General del Trabajo.
2.° La Unión General de Trabajadores.
3.°. Los Sindicatos independientes, en su mayor parte católicos.

Las doctrinas profesadas por la Confederación General del Trabajo son fundamentalmente anárquicas. Sus miembros no tienen fe en la Legislación como medio, sino que sólo confían en su propia fuerza para obtener del capital lo que sostienen se debe dar a todo trabajador. No ocultan que su último fin es el abolir el capital, pero después de varias duras lecciones de manos de aquellos cuyo deber es mantener el orden, los directores de la Confederación General Española del Trabajo no practican por ahora medios

violentos con objeto de lograr su ideal. Mediante una serie de huelgas pacíficas, cuidadosamente preparadas, están en la actualidad perfeccionando y probando su organización, e incidentalmente ganando ventajas para el obrero, especialmente en Cataluña, donde la Confederación tiene la gran masa de sus partidarios.

La Confederación, sin reconocer ninguna autoridad, despreciando los organismos sociales que así lo hacen, aguarda hoy para hacer el supremo esfuerzo en la batalla contra el capital. Constituye en España el elemento social peligroso. Es el grupo que se dice está en contacto con los representantes del bolchevismo y con otros despreciables elementos extranjeros que vienen a parar al gran puerto de Barcelona.

Representante del socialismo.

La Unión General de Trabajadores constituye el cuerpo que representa en España al socialismo. Su jefe es el anciano agitador Pablo Iglesias, y sus representantes en las Cortes: Besteiro, Largo Caballero, Saborit, Anguiano y Prieto, su órgano de prensa *El Socialista*, y su baluarte los distritos mineros de Vizcaya y Asturias, con muchos reclutas en los ferrocarriles y en las industrias del ramo de construcciones. En sus conflictos con el capital, los obreros cuyas uniones forman parte de la Unión General de Trabajadores, admiten generalmente la intervención y envían representantes al Instituto de Reformas Sociales cuando este Cuerpo es llamado a informar al Gobierno.

La Unión General de Trabajadores no descuida la presión parlamentaria como medio de mejorar la condición del obrero; sin embargo, tampoco, y así lo demuestra su pasada historia, sus representantes no abandonan otros medios menos pacíficos. Hay una gran rivalidad entre la Unión General de Trabajadores y la Confederación General del Trabajo. El reciente éxito de los sindicalistas de Barcelona ha atraído nuevos reclutas a la última, y, en conse-

cuencia, se dice que la Unión General de Trabajadores está «ensanchando su punto de vista».

Los Sindicatos católicos, como cuerpos, están todavía en vías de reorganización. Colocando como axioma el que sin la ayuda del catolicismo romano la crisis social nunca será resuelta, los numerosos centros y sindicatos pertenecientes a todos los oficios en que se encuentran divididos, han trabajado hasta ahora con la desventaja producida por su doble misión.

Hay que reconocer dos clases entre los Sindicatos católicos: los fundados por capitalistas, como el marqués de Comillas para beneficio de los obreros y los Sindicatos formado por los mismos obreros de acción más independinte, pero con el mismo carácter confesional. El primado Cardenal de Toledo es la cabeza visible del sindicalismo católico en España y sus delegados son los curas párrocos. Su dirección en la práctica es nominal y los espíritus batalladores como el difunto Padre Gerard obtienen más renombre como *leaders* socialistas que como virtuosos párrocos.

Los Sindicatos católicos han sido acusados por los demás elementos socialistas de ser una mera organización para proveer esquiroles, y generalmente, eran colocados en la lista amarilla por la Confederación General del Trabajo y la Unión General de Trabajadores. Recientemente los Sindicatos católicos han dado pruebas de solidaridad con otras Sociedades socialistas. No sería sorprendente el verles hacer en el porvenir un gran papel, porque existen entre ellos elementos de fuerza y su organización está muy extendida.

Los Sindicatos de Barcelona.

La organización de Sindicatos de Barcelona ha llegado a un grado de perfección como resultado del Congreso de las Confederaciones Regionales del Trabajo que tuvo lugar en esa ciudad en junio de 1918.

Se ha ideado una nueva organización. Cada huelga

es estudiada según sus resultados y de ello se saca la lección que se tiene en cuenta para el siguiente movimiento. La competencia desplegada por los directores de los Sindicatos es extraordinaria y sus métodos comparables con los que se usan en el frente occidental, donde las lecciones tácticas aprendidas en una ofensiva eran coleccionadas y circuladas por el comandante militar para su uso en la próxima batalla. El principio que parecen haber establecido, es el de varias olas sucesivas en cada táctica; cuando está terminando una huelga estallan complicaciones en otro lugar y comienza una nueva huelga.

Los sindicalistas de Barcelona predican abiertamente las siguientes medidas para lograr sus fines: Huelga general, acción directa, sabotage, boycotage y difamación. El art. 1.° de los Estatutos de la Confederación Regional de Trabajadores de Cataluña dice que: «el objeto de la Asociación es practicar solidaridad entre los distintos centros confederados con objeto de obtener la completa emancipación del trabajo del monopolio capitalista.» La Confederación está dispuesta a extender su acción a cualquier parte de España, Europa u otra parte del mundo, mediante pactos federales con otras sociedades similares.

La gran ventaja de la unidad de mando como arma táctica, no se les ha escapado a los inventores del sistema del sindicalismo de Barcelona. El Comité del Congreso antes mencionado recomendó la inmediata constitución de Sindicatos únicos, es decir, grupos sindicalistas. Con este objeto el Comité clasificó los múltiples ramos de industrias de los obreros de Cataluña bajo trece títulos. Por ejemplo, el grupo 2, estaba compuesto de ferroviarios, marineros, estivadores, carreteros, cocheros, tranviarios, chauffeurs, mozos y todos los trabajadores de empresas de transporte y tracción; el grupo 13 de farmacéuticos, enfermeras, parteras, personal de hospitales, profesores de colegios, profesores de lenguas, artistas, periodistas, músicos, actores y porteros.

Fácilmente se comprenderá la ventaja que esta centralización tiene para ser una huelga general. Los

éxitos del sistema del Sindicato único se vieron en seguida.

El alto grado de organización y disciplina logrado por los Sindicatos catalanes se ha demostrado claramente durante las dos últimas huelgas generales. La primera tuvo por resultado una completa victoria, según ya informó su corresponsal especial. Sin embargo, unos días después, aparentemente por cuestión de principio, los obreros de nuevo abandonaron el trabajo sin que pareciese reportarles ninguna ventaja y causándoles un sacrificio: la pérdida del salario.

El paro durante unos días fué completo, incluso los campaneros, sacristanes y coristas abandonaron el trabajo obedeciendo la orden general. Solo después de dos semanas y media están volviendo al trabajo los huelguistas, vencidos, pero en perfecto orden. Su personal sin duda ha aprendido otra lección.

(*The Times*. Londres, mayo 1919.)

III

DE LAS CARTAS DE SADOUL *

Petrogrado, 25/7 de noviembre de 1917.

M. Albert Thomas, diputado (Champigny-sur-Marne).

Mi querido amigo: El movimiento bolchevique ha estallado esta noche. Desde mi alcoba he oído el ruido lejano de algunas descargas. Esta mañana, la calle está tranquila; pero en el hotel Astoria, en donde se alojan unos cuantos centenares de oficiales rusos y la mayor parte de los oficiales de las Comisiones aliadas, la Guardia *Junker* **, fiel al Gobierno provisional, acaba de ser relevada, sin conflicto, por un destacamento bolchevique.

A cada instante nos llegan noticias de que las estaciones, el Banco del Estado, el telégrafo, el teléfono y la mayor parte de los ministerios han ido cayendo, sucesivamente, en manos de los sublevados. ¿Qué hacen, pues, las tropas gubernamentales?

Al ir a la Comisión, después de almorzar, tropecé con cuatro barricadas defendidas por fuertes destacamentos ¿bolcheviques?... ¿gubernamentales? Imposible saberlo. ¿Acaso lo saben los mismos soldados? Interrogado por un camarada, uno de ellos contesta *que ha sido colocado allí por el Comité de su regimiento, pero que no puede precisar si ataca o defiende al Gobierno provisional.* Intento ir al Palacio María para ver a Avksentiev, que, anteayer mismo, me hablaba inge-

* *Ob. cit.*

** Palabra alemana que significa *hidalgo*. (T.)

nuamente de la completa confianza que tenía en las precauciones tomadas por el Gobierno. El palacio está defendido por los *Junkers*. Avksentiev ya no está allí; no hay nadie.

En el momento en que atravieso la plaza de María, algunos tiros salen de las ventanas del hotel Astoria, hacia la guardia del palacio. Apresuro el paso. Los tiros continúan con intermitencia y sin gran efecto. Estaba citado a las cuatro con Halpern, el secretario del Consejo de Ministros, que tenía que presentarme a Kerensky, a quien no he entregado aún vuestra carta. Pero el Palacio de Invierno está cercado por los bolcheviques, y me figuro que el ministro-presidente tiene hoy algo más importante que hacer que recibirme. Y yo también.

En la Comisión hay gran revuelo. Corre el rumor de que los oficiales aliados están expuestos a atentados bolcheviques. Me ofrezco para ir a visitar, como cosa mía, a los jefes de la insurrección, instalados, con el Congreso de los Soviets, en el Instituto Smolny, sitio habitual de reunión del Soviet de Petrogrado. No los conozco, pero me figuro que podré llegar fácilmente hasta ellos. Empiezo a saber presentarme perfectamente a los rusos. Mi proposición escandaliza al pronto. Luego se acepta y parto.

Todas las esquinas están vigiladas por las guardias rojos. Circulan patrullas sin cesar. Pasan veloces algunos autos blindados. Se oyen tiros de cuando en cuando. Al primer ruido, la numerosa muchedumbre de curiosos echa a correr, se tumba al suelo, se resguarda a lo largo de los muros, se amontona en los portales; pero la curiosidad es más fuerte que todo, y pronto se van riendo a ver lo que pasa.

Delante del Smolny, numerosos destacamentos de la Guardia roja y del ejército regular protegen al Comité revolucionario. Autoametralladoras en los jardines. Entre las columnas de las fachadas, unos cuantos cañones. La puerta está severamente guardada. Gracias a mi tarjeta de entrada al Soviet de campesinos, a unas palabras de Longuet para Steklov, y, sobre todo, a mi ignorancia de la lengua rusa, consigo dominar la resistencia de los *tovarischs* y entrar. El

Instituto Smolny, edificio grandote y vulgar de fines del siglo XVIII, estaba destinado, bajo el antiguo régimen, a liceo de muchachas de la aristocracia. Los anchos corredores, blancos y crema, están atestados de una muchedumbre militante y triunfante, de camaradas y soldados. No consigo ver a Dan ni a Chernov, que ha salido de Petrogrado. Como Zeretelli, ha huído ante la tormenta. Pero inmediatamente me pongo en contacto con Steklov, Kamenev, Lapinsky, etc., etc., contentísimos y atareados. Hablan francés. Me reciben fraternalmente y contestan con locuacidad a las preguntas más indiscretas. Por de pronto se indignan de los calumniosos rumores que les comunico. Mañana mismo se dará una nota a la Prensa asegurando a todo el personal de las Embajadas y Comisiones el respeto que la Segunda revolución desea demostrar a los aliados. Después me cuentan sus triunfos. Toda la guarnición de Petrogrado está con ellos, excepto unos cuantos centenares de cosacos, de *Junkers* y de mujeres. Todas las oficinas de la Administración están en sus manos. El Gobierno provisional se encuentra sitiado en el Palacio de Invierno. Ya hubiera sido hecho prisionero si el Comité revolucionario hubiese querido emplear la violencia; pero es preciso que la segunda revolución no haga correr ni una sola gota de sangre. Hermosas esperanzas, pero bien difíciles de realizar.

Mañana, ante el Congreso de los Soviets, se expondrá el programa del Gobierno bolchevique, que será constituído inmediatamente.

He aquí los artículos esenciales del programa inmediato:

«Proposición a los pueblos beligerantes de un armisticio que permita el comienzo de negociaciones hacia una paz democrática y justa.

»Supresión de la gran propiedad territorial y entrega de las tierras a los campesinos, según un procedimiento regulado por los Comités agrarios locales y la Asamblea constituyente que se reunirá el 12 de noviembre (?).

»Control obrero sobre la producción y la repartición de los productos.

»Monopolio de la banca.

»Supresión de la pena de muerte en el frente.»

¿Qué será el nuevo Ministerio? Sin duda, exclusivamente bolchevique. Los cadetes y los mencheviques han fracasado en el Poder. Los obreros van ahora a asegurarse ellos mismos la victoria total de la democracia.

Fuí a dar cuenta de todo a la Comisión y después volví al Smolny. Eran las veintidós. En la plaza del Palacio de Invierno hay un violento fuego de fusilería. ¿Se ha resignado ya el Comité a la batalla?

Los bolcheviques están cada vez más entusiasmados. Los mencheviques, por lo menos algunos, ponen cara triste. No tienen confianza. No acaban de decidirse. Verdaderamente, entre todos los revolucionarios, sólo los bolcheviques parecen ser hombres de acción, llenos de iniciativa y de audacia.

Asisto a una parte de la sesión nocturna del Comité ejecutivo de los Soviets de obreros y soldados. Estruendo espantoso. Gran mayoría bolchevique. Me retiro a casa a las cuatro de la madrugada y os escribo estas líneas. Llevaré al día este pequeño diario. No se sabe lo que puede suceder. Por lo demás, no sé si encontraréis algún interés en estas notas rápidas, llenas de impresiones personales, que llegarán a vuestras manos mucho tiempo después que los telegramas.

¡Lástima que no pueda telegrafiaros!

Petrogrado, 26/8 noviembre de 1917.

M. Alberto Thomas, diputado (Champigny-sur-Marne).

Mi querido amigo: Jornada de la insurrección. Esta mañana, al ir a la Comisión, he visto sacar del Moïka el cadáver del general Tumanov, agregado al ministro de la Guerra, que los soldados han cogido y matado esta noche a bayonetazos. Le colocan, riendo, en una carreta baja, en una postura ridícula, y se lo llevan a un depósito de cadáveres... Ya se anuncia un movimiento antibolchevista en Petrogrado. Apo-

yados en la Duma municipal, el Consejo provisional, los Comités ejecutivos de los Soviets de obreros, soldados y campesinos, y de las fracciones socialrevolucionarias, socialdemócratas y socialistas *populistas*, condenan el atentado criminal y constituyen un Comité de Salud Pública para la defensa de la patria y de la revolución...

... Veo de nuevo a los jefes principales. Trabo conocimiento con Lenin y Trotsky.

La sesión del Congreso, que debía empezar a las dos, no empieza hasta las nueve. Hasta entonces las diversas fracciones que no han renunciado a asistir a los trabajos del Congreso para protestar contra los golpes de Estado, han estado reunidas para discutir la participación en el nuevo Gobierno. Me han dicho que los bolcheviques se verán obligados a constituir ellos solos el Ministerio por no haber admitido las concesiones exigidas por los mencheviques. Trotsky acepta de buena gana esta responsabilidad, pero Lenin exclama: «¡Al aislarnos, nos lleváis al suicidio!» Esta nueva escisión de las fuerzas revolucionarias perturbará ciertamente la opinión pública, ya inquieta, acentuando el movimiento de protesta sostenido con vigor por periódicos como el *Dielo Naroda* y el *Novaya Jizn*.

Este último persiste, sin embargo, en recomendar la unión para evitar la bancarrota de la revolución.

Ante un salón archiatestado, Lenin, que es objeto de formidables ovaciones, lee, y después comenta, la proclama dirigida a los pueblos y a los Gobiernos de todos los países beligerantes, y el proyecto de ley de reforma agraria. Sus palabras son subrayadas por aplausos frenéticos. ¿Es posible que hombres capaces de tal entusiasmo sean considerados como fuera de combate definitivamente? Después del llamamiento a la paz, la Asamblea, en pleno, cantó con férvido entusiasmo la *Internacional*, y luego una marcha fúnebre como homenaje a los muertos en la revolución.

Entreacto de una hora... de la madrugada *. Celebro

* Entr'acte d'une heure... du matin.

una larga entrevista con Trotsky, que dentro de unos minutos va a ser elegido ministro, o mejor dicho, comisario del pueblo de Negocios Extranjeros.

Primero. ¿Su opinión acerca de la insurreción?

Como toda revolución, tiene probabilidades en contra; pero las de triunfar son enormes. La preparación ha sido minuciosa. La organización se extiende por todo el territorio ruso, en donde han sido constituídos un millar de Comités. Casi todo el ejército ha sido conquistado. Las masas campesinas van a ser seducidas por la entrega de las tierras de los grandes propietarios. Apoyado en estos dos elementos, el movimiento tiene que triunfar. Ha bastado un solo escobazo para barrer los que estaban en el Poder, *blandos y mediocres*. Han perdido definitivamente la confianza de la democracia. Cierto que la abstención de los mencheviques es sensible. Pero han sido demasiado glotones. Por lo demás se procurará reconquistarlos poco a poco. El programa propuesto por los bolcheviques es, en el fondo, aquel al que se han tenido que acoger sucesivamente todos los partidos de la izquierda, y el mismo Kerensky, en su último discurso (24 de octubre), adoptaba ya sus líneas esenciales.

Es lástima que no se haya detenido a Kerensky anteayer, cuando hubiese podido hacerse con facilidad. Este semiloco, apoyado quizá por Savinkov y Kaledin, creará una agitación fácil de vencer, pero que prolongará la crisis.

Segundo. ¿Qué esperanzas tiene en el llamamiento a los pueblos para la paz?

A pesar de los esfuerzos que harán los Gobiernos para ocultar este llamamiento o falsear su espíritu, no tardará en ser conocido de todos. Ya se están preparando muchos millones de ejemplares de un documento que reproduce este llamamiento, invitan a los obreros alemanes a la insurrección, y que serán lanzados por aviones en las filas y retaguardias enemigas. La proclama tiene que producir un gran efecto entre los demócratas, especialmente en Francia, Italia y Alemania. Una fuerte presión sobre los Gobiernos para conseguir la revisión de los fines de la gue-

rra y el comienzo de las negociaciones de la paz, será ejercida seguramente por los proletariados interesados en ello. Trotsky no confía mucho en los Estados Unidos, y menos aún en Inglaterra, de la cual teme mucho la oposición. No espera una revolución inmediata ni en Alemania ni en otra parte alguna. Y, sin embargo, la revolución social, la sujeción del capitalismo al control de los obreros es la única finalidad seria que pueda ser propuesta a todos los pueblos. Sólo ella preparará la supresión definitiva de la lucha del imperialismo económico y el advenimiento del socialismo. Y el momento es único para realizar el gran cambio. Después del cataclismo será demasiado tarde. Si no aprovechan esta ocasión de redención, las naciones seguirán condenadas a los mismos sufrimientos y a las mismas miserias que antes de la guerra. Debe, pues, hacerse comprender bien que la Segunda revolución rusa es una revolución social, y que se esforzará, por todos los medios, en poner en situación revolucionaria a todos los países europeos. Trotsky no tiene confianza alguna en los diversos Gobiernos. No siente por éllos más que desprecio y asco. Tanto como a los mllitaristas prusianos, odia a la grasienta burguesía de Francia y de Inglaterra. Se inclina ante el puro genio francés; pero detesta a nuestros políticos ignorantes. Conserva un malísimo recuerdo de Malvy, que le expulsó de Francia el año pasado. Evidentemente, es un ser agriado y amargado.

No cree, pues, en una revolución inmediata en Alemania, pero sí en movimientos y motines en ese pueblo, que es el que más ha sufrido por la guerra, y que se muere de hambre. Los camaradas occidentales no se dan cuenta suficiente de que el deber de la Rusia revolucionaria es sostener y avivar los esfuerzos proletarios hacia la paz. Trotsky está seguro de que el Gobierno alemán, a pesar de las presiones de la social democracia, no aceptará la proposición de un armisticio condicionado sobre los principios de paz de la revolución rusa: nada de anexiones, nada de indemnizaciones, y derecho de los pueblos a disponer libremente de sí mismos.

Los Hohenzollern no se resignarán, en efecto, a firmar con su propia mano sn sentencia de muerte.

¿Y entonces, si Alemania rehusa?

Entonces nosotros proclamaremos la guerra revolucionaria, la guerra santa, no sobre las bases de la defensa nacional, sino sobre las de la defensa internacional y de la revolución social. El esfuerzo militar que los Gobiernos rusos, zarismo inclusive, no han podido exigir al ejército, nosotros lo obtendremos de nuestros soldados cuando les hayamos demostrado, después de obtener de los aliados la revisión de los fines de la guerra, después de haber tratado honrada y enérgicamente de abrir las negociaciones de paz sobre bases aceptables para todos los socialistas, que ya no combatirán por el imperialismo inglés o francés, sino contra el imperialismo alemán y por la paz del mundo.

Trotsky no se hace ilusiones. El ejército ruso está agotado, descorazonado, ávido de paz; pero lo que los bolcheviques afirman es que para estos fines limitados obtendrán de las tropas más de lo que supo obtener la incuria de Kerensky o la *nagaika* de Savinkov y Kaledin.

Tercero.—¿Pero vosotros habéis prometido pan?

—Nosotros no hemos prometido pan, sino solamente un abastecimiento ordenado y la organización de los transportes. Y lo realizaremos, de una parte con la inspección de la producción y de la circulación de los productos, y de otra con el apoyo de la potente unión de los ferroviarios, pues adoptaremos el proyecto extraordinariamente importante de utilización intensiva del material móvil.

Los campesinos, a quienes entregaremos las tierras, nos darán el trigo que han ocultado hasta ahora en sus graneros. Y sobre todo, prepararemos la próxima cosecha. Este año, por falta de máquinas de arar, que no se importan y que no se fabrican en Rusia, la cosecha ha sido deficiente. Obligando a los industriales a organizarse en *trusts*, se podría intensificar la producción y dedicar a la construcción de máquinas agrícolas una parte de las fábricas afectas al trabajo de guerra. De este modo el país tendría

arados; hoy en día hay falta absoluta de material de cultivo.

Resumo, precipitadamente, a medida que acuden a mi memoria, los propósitos de Trotsky, semejantes, por lo demás, a los que me habían comunicado otros bolcheviques.

En el transcurso de las sesiones del Congreso he sido sorprendido por la sangre fría, la elocuencia directa, desprovista de retórica de Lenin, Trotsky y Kamenev, que saben arrastrar a su auditorio hasta el entusiasmo más vivo, sin dejarse dominar jamás por la emoción.

Confieso que a pesar de las acusaciones formuladas contra ellos, a pesar de las graves presunciones, a pesar de las pruebas acumuladas, pero que yo no conozco, admito con dificultad que tales hombres, que han sacrificado muchas cosas a las convicciones revolucionarias, que están a punto de realizar su ideal y entrar en la historia por la puerta grande, se contenten con ser, rastreramente, los agentes de Alemania. Es evidente que entre los bolcheviques hay traidores y provocadores. ¿En qué partido de oposición y agrupación pacifista no los hay? Es posible que esos jefes hayan recibido dinero sospechoso. Pero no creo que hayan servido, a sabiendas, los intereses de Alemania contra los de la revolución rusa.

Petrogrado 31/13 noviembre de 1917.

M. Alberto Thomas, diputado (Champigny-sur-Marne).

Mi querido amigo: La calle está perfectamente tranquila. Hecho increíble; durante la semana sangrienta, gracias a *la mano de hierro y a la organización poderosa de los bolcheviques* *, los servicios públicos (tranvías, teléfono, telégrafo, correo, trans-

* Recordando lo que en Rusia pasó, *a pesar* de esa *mano de hierro* y de esa *poderosa organización*, imagínese lo que ocurriría en un país donde los revolucionarios carezcan de ambas cosas. (T.)

portes, etc.) no han dejado de funcionar normalmente.

En la ciudad se continúa esperando, contra toda probabilidad, la derrota de los sublevados. La lucha fratricida ha exasperado a los más indiferentes. Los mencheviques, sostenidos por los partidos moderados y derechistas, claman con indignación... por no haber logrado sus deseos. No estrecharán con su mano la mano ensangrentada de los asesinos. A lo cual responden los sublevados diciendo que los mencheviques han fomentado el golpe del domingo, que son los únicos responsables de la sangre vertida; que los partidos moderados, habiendo predicado abiertamente la matanza de los maximalistas, no se avergonzarían de besar las manos de Kerensky, Savinkov y Kaledin rojas de sangre bolchevique, y que, en resumen, los bolcheviques son lo bastante fuertes para prescindir hoy del apoyo que ayer solicitaron, y que, al parecer, les disputan miserablemente...

Ayer he acompañado a Lunacharsky, bolchevique de la derecha, ministro, o, mejor dicho, comisario del pueblo en Instrucción pública, a casa de Destrée. Vivamente interesado, el ministro de Bélgica me ha rogado que le procure una entrevista con Trotsky, que domina la insurrección, de la cual es el alma de acero, siendo Lenin, más bien, el teórico...

El Smolny ha recobrado sensiblemente su aspecto de los primeros días. La entrada, más fácil, corredores animados, luz de día de fiesta. Sesiones del Soviet de Petrogrado. Trotsky nos recibe como triunfador. Los mencheviques están aterrados por el fracaso de anteayer. Kerensky está perdido. El Kremlin, sitiado, capitulará pronto. Las provincias se entregan a pedazos. Una sola mancha oscura al mediodía. Pero Kaledin está lejos y le llegará su turno. ¡Cuántas victorias... en el interior! Trotsky nos deja entender que las otras, las verdaderas, vendrán, quizá, si nosotros renunciamos a tiempo, a una oposición disimulada, y aceptamos la política de colaboración condicionada, que nuestras democracias tienen el deber de proponer a la Rusia revolucionaria.

No encuentro ya al camarada cordial, casi confiado,

que aquella misma tarde había encontrado. El ministro de Negocios Extranjeros de Rusia concede audiencia al señor embajador de Bélgica, que, sin embargo, ha ido allí simplemente como socialista, con el pretexto de reclamar su automóvil, requisado indebidamente, y pedir algunas explicaciones relativas a los sucesos de Moscou, en los cuales han intervenido unos belgas.

Realmente, desde el primer contacto con la diplomacia extranjera, Trotsky encuentra *la manera*. Una *manera* un poco brusca, sin embargo, un poco altiva. Nervioso, cortés, hábil en esquivar las contestaciones directas cuando una pregunta precisa le estorba, Trotsky está evidentemente resuelto a no hacer ninguna concesión de fondo o de forma, y, en efecto, durante dos horas no hace ninguna.

Las victorias interiores que tan fácilmente acaba de conseguir, no le predisponen nada a mostrarse conciliador. El bolchevismo es muy fuerte. En cuanto por la acción de su fuerza haya convencido de su solidez a los más incrédulos, el ministerio se constituirá por sí mismo, y los mencheviques, o se someterán o se quedarán a la puerta afligidos e impotentes.

Trotsky quiere que la vida normal se reanude en Petrogrado y va a tomar las medidas más tiránicas para obligar a los funcionarios, comerciantes, etcétera, que oponen todavía una resistencia pasiva a cumplir con su deber.

Está igualmente convencido de que podrá, si no impedir, por lo menos atenuar las trágicas consecuencias de una crisis de abastecimiento, cuya completa responsabilidad debe caer sobre los Gobiernos anteriores.

Después, Trotsky aborda las cuestiones de política general. No desconoce el peligro mortal para la democracia del triunfo del imperialismo alemán. Con motivo de un noble elogio de Francia, hecho por Destrée, carga contra nosotros, y después, sobre todos los Gobiernos aliados y enemigos.

Resumo sólo lo que inscribe en nuestro pasivo. No fué más blando, aunque sí más breve, contra nuestros

adversarios. Ciertamente ama al pueblo francés más que a ningún otro. ¡Pero qué sarcasmos dedica a los jefes socialistas! ¡Cuánto desprecio para nuestra burguesia egoísta y apoltronada! ¡Cómo zahiere a nuestro Parlamento! Una mayoría de tenderos de comestibles de pueblo y notarios de subprefectura. Republicanos y demócratas hasta el momento de entrar en el Palacio Borbón. Torpes, ignorantes, vanidosos, temblando delante de un Poincaré, un Ribot o un Barthou, y dispuestos a las mayores tonterías en cuanto les agitan delante de los ojos cualquier documento diplomático.

Son esos demócratas los que en 1905 dieron al Zar los millones que le hacían falta para estrangular la primera revolución.

Son también ellos o sus delegados los que desde hace ocho meses, haciendo uso alternativamente de la persuasión y de la amenaza, se han servido del débil Kerensky para impedir que el pueblo ruso recogiese los frutos que la segunda revolución había hecho madurar.

Son los mismos hombres, en fin, que ayer halagaban a Kornilov, que sostendrían mañana a Savinkov o Kaledin, y que conducen una campaña, no de discusión de ideas, sino de calumnias abyectas contra los más puros bolcheviques. Se han echado de bruces, ellos, ellos, los hijos degenerados de la gran revolución delante del *Knut*. Durante dos años de guerra han aguantado todas las bofetadas, han sufrido todas las vergüenzas del zarismo, todas las traiciones de los Ministerios germanófilos. La revolución rusa estalla y todo cambia. Esos lacayos no quieren saber nada de la pesada herencia que recoge el pueblo ruso; las clases directoras, incapaces y venales, miran más y más hacia Alemania. La máquina social, el ejército, todo está en descomposición. El trabajo que hay que realizar es formidable.

Faltan medios materiales, intelectuales y morales. Y, sin embargo, los lacayos aliados se levantan y se transforman en amos altivos, despreciadores de la libertad. Los demócratas de Occidente hacen todos los esfuerzos posibles para detener la marcha verti

ginosa de la joven democracia socialista, demasiado amenazadora para los privilegios capitalistas, de los cuales son defensores conscientes o inconscientes.

Ningún revolucionario ruso puede olvidar estas cosas, y la amarga experiencia permite a los bolcheviques afirmar la mala fe incurable de las clases directoras de todos los países, y decir que la Sociedad de las Naciones, el arbitraje, la reducción de armamentos, etc., no son más que expedientes imaginados por los capitalistas para mantener su dominación sobre el proletariado.

Contra la guerra del porvenir y contra la guerra presente no hay más que un remedio: la revolución social, que pondrá el poder en manos de los obreros. Trotsky está seguro de que la revolución social está en vías de realizarse en Rusia, y en la medida de sus esfuerzos la impulsará hacia adelante en rápidas etapas. *Sabe que no podrá llegar hasta el final, pero dejará una huella y un ejemplo contagioso que serán seguidos pronto por el proletariado de Europa entera.*

«Con la condición—observa Destrée—de que tengáis la fuerza militar, única que logrará evitar una victoria alemana, que sería la justificación del imperialismo y la quiebra de la democracia.»

Trotsky reconoce que una paz de sumisión pondría en jaque a la revolución, al menos por algún tiempo. La victoria de la *Entente* es imposible, pero cree en una resistencia suficiente contra los Imperios Centrales, en una neutralización de fuerzas, en un agotamiento general de las dos coaliciones. A pesar de las objeciones de Destrée, afirma que noticias auténticas le permiten asegurar que en el transcurso de la guerra estallará una revolución en Alemania *.

En todo caso, en cuanto los fines de la guerra de los aliados hayan sido revisados, en cuanto se establezca que Alemania se niega a discutir sobre esas bases, nuevas y purificadas, la guerra santa será decretada.

«¿Pero no tratará Alemania de burlarse de vosotros, de dividir a los aliados, fingiendo admitir vues-

* Recuérdese la fecha de esta carta.

tras proposiciones para ganar tiempo y dar el golpe decisivo en Occidente?»

Trotsky afirma que no lo cree. Se anima y habla con un acento de profunda convicción. Desarrolla elocuentemente las razones que ya he resumido, por las cuales cree en una nueva floración de entusiasmo en las masas rusas, por agotadas que estén.

La llama que anima al pueblo ruso no ha muerto. Puede ser reanimada, y Trotsky nos cuenta los hechos heroicos realizados por la Guardia roja en los combates contra Kerensky. Cree poder resolver, de un modo satisfactorio, los problemas tan complejos de la reorganización técnica de los servicios de la defensa nacional. Concluye haciendo observar, modestamente, que, sin discusión, el esfuerzo que el bolchevismo obligará a hacer al ejército no reconstituirá una potencia militar de primer orden, pero es seguro que lo que los bolcheviques obtendrán en este sentido, por su prestigio, por su brillante honradez, por la virtud de las ideas que les asegura la completa confianza de las masas populares, no podrá ser obtenido por ningún otro partido.

A Destrée le ha impresionado esta entrevista. Mucho más de lo que quiere confesar. Reconoce en Trotsky un hombre que irá muy lejos, cuya convicción parece extraordinariamente profunda y sincera. Pero no quiere ver en él más que a un ideólogo.

¿Ese ideólogo durará o no? Esta es la cuestión. Y si dura, por lo menos, unas cuantas semanas o unos cuantos meses, como creo, ¿no es preciso ponerse urgentemente en contacto con él y tratar de conseguir de su esfuerzo el máximo rendimiento proaliado?

IV

LOS PARTIDOS POLÍTICOS RUSOS EN EL MOMENTO DEL TRIUNFO BOLCHEVIQUE

He aqui los principales partidos políticos rusos desde la revolución de 1917, clasificados de *derecha* e *izquierda*. (La *extrema derecha*, que aún figuraba en la Duma (Parlamento), ha desaparecido.)

1.° *Los octubristas.*—Deben su nombre al Manifiesto del Zar para instaurar la Constitución, el cual se publicó el 17/30 de octubre de 1905, y fué como la fe de vida de este partido. Llámase ahora *Partido liberal republicano*. Ha modificado su programa. Guchkov—ministro de la Guerra en el primer Gabinete del Gobierno provisional—es el miembro más saliente. Numéricamente es poco importante. Representa a la alta burguesía. Es patriota y partidario de la *Entente*.

2.° *Partido radical demócrata.*—Efremov y Bernatsky, antiguos jefes progresistas de la Duma. *Otechestvo (La Patria)* es su órgano en la prensa diaria. Es poco importante.

3.° *Partido constitucional demócrata.* — Llámase también *Partido de la libertad del pueblo*, y sus afiliados son los que llevan el nombre de *cadetes*. (K.—D. = *Cadet.)* Fundóse el 21 de octubre de 1905. «La nación rusa debe ser una República parlamentaria y democrática. El Poder legislativo debe estar en manos de los representantes del pueblo.» Un Presidente de la República irresponsable y un Ministerio responsable ante el Parlamento constituyen el Poder ejecutivo. Es el más importante de los partidos no socia-

listas. Los jefes son Rodichef, Miliukof, Vinaver y Macklakof. Chingaref y Kokochkin, asesinados el día de la apertura de la Constituyente (6 enero 1918), figuraban entre sus principales miembros.

Periódicos del partido: *Riech (La Palabra)*, en Petrogrado, dirigido por Hessen, Petrunkévich; *Russkiia Viedomosti*, en Moscou.

4.° *Partido popular socialista* (llamado también *socialista populista*).—Separóse del partido socialista revolucionario cuando la disolución de la primera Duma (1906); condena el terrorismo. El programa, en conjunto, es el de los socialistas revolucionarios; pero atenuado. El partido no se ha adherido a la Internacional. Afirma la solidaridad de clases y pone, por encima de todo, la personalidad humana. «El fin supremo de nuestro partido es garantizar a todos los hombres la posibilidad de vivir libremente, asegurando a cada individuo la posibilidad de un desenvolvimiento armonioso.» Se opone a la «dictadura de clases»; cuenta «con la fuerza y la voluntad del pueblo» para realizar el bien social.

Numéricamente es poco importante. Compuesto de intelectuales, su influencia es débil sobre las masas. Tiene por principales jefes a Péchékhonof y Miakotin. El célebre escritor Korolenko es uno de sus miembros más influyentes; redacta la revista *Ruskiia Zapiski (Los escritos rusos)*, antes llamada *Russkoé Bogatstvo (La riqueza rusa)*. Periódicos del partido: *Narodnoé Slovo (La Voz del Pueblo)*, en Petrogrado, y *Narodny Socialist (El Socialista popular)*, en Moscou.

5.° *Partido socialista revolucionario*.—Fundado en 1899, reunió gran número de miembros del antiguo partido *Tierra y Libertad (Zemlia i volia)* y del grupo *Narodnaïa volia (La libertad del pueblo)*. Estuvo representado hasta 1914 en el *Bureau* socialista internacional. Persigue «la expropiación de las riquezas capitalistas y la reorganización de la producción y del conjunto del orden social sobre bases socialistas». Quiere, en el seno de la República democrática, «la más amplia autonomía para las diversas provincias, así como para las comunas urbanas y rurales, y el

uso más extenso del principio federativo en las relaciones entre las varias nacionalidades (de Rusia), a las cuales es preciso reconocer, sin reserva, el derecho de decidir por sí mismas de su suerte».

El partido socialista revolucionario es, esencialmente, de inspiración rusa. Si para ciertas cuestiones adopta los programas del socialismo internacional, para otras tiene una doctrina propia. «El progreso social de la humanidad—leemos en su programa—encuentra su expresión en la lucha por el establecimiento de la solidaridad social y por un desarrollo universal y armonioso de la personalidad humana. *Este partido no prevé simplemente el desenvolvimiento progresivo de la lucha de clases, sino también la intervención de campeones conscientes de la verdad y la justicia.* La condición indispensable del progreso social, es el acrecentamiento del poder del hombre sobre las fuerzas naturales, correspondiente al crecimiento de la población y al aumento de las necesidades del pueblo.»

El terrorismo, individualmente ejercido contra personalidades notorias del régimen zarista (Alejandro II, Plehve, Stolypine, etc.), era la idea predominante de este partido, idea combatida vivamente por el demócratasocial, partidario exclusivo de la violencia colectiva (revolución).

Tres grupos se han formado en el seno del partido socialista revolucionario, a saber:

a) *Los socialistas revolucionarios de la derecha.*— Jefes: Argunof y Savinkof. La *Volia naroda (Voluntad del pueblo)* es su órgano principal, y Sorokin, Onipko, Goukovski y Savinkof sus más importantes colaboradores; madame Brechko-Brechkovskaia, «la abuela de la revolución», pertenece a este grupo. Igualmente se han afiliado a él los *Trudoviki* (trabajadores), del matiz Kerensky. Es decir, que, en materia de política exterior, los puntos principales del programa han sido, durante la guerra: continuación del esfuerzo militar ruso hasta el triunfo de los aliados, aplastamiento del militarismo prusiano y paz democrática durable. En el interior este grupo reclama una acción combinada con los partidos bur-

gueses de la izquierda. La Asamblea Constituyente es su aspiración principal.

b) *Los socialistas revolucionarios del centro.* — Chernov, Gotz, Sensinov y Sukhomlin son sus principales miembros. Su órgano diario es *Dielo Naroda (La causa del pueblo)*. Es el grupo de mayor importancia por el número de afiliados, pero aparece dividido en las cuestiones de política exterior.

La mayoría, con Chernov al frente, es claramente *kientaliana;* es decir, que su programa durante la guerra fué la conclusión inmediata de la paz general; «pero sin precisar—escribe Victorov—los medios conducentes a tal fin». La minoría, con Gotz y Sensinof a la cabeza, se pronunció sin reservas por la defensa nacional.

El grupo se muestra unido tocante a la política interior: convocatoria inmediata de la Constituyente y Gobierno elegido por ella. Las elecciones celebradas a fines de 1917 dieron a este grupo la mayoría absoluta. Rechaza la colaboración con los partidos burgueses y con los bolcheviques.

c) *Los socialistas revolucionarios de la izquierda.*— Principales miembros: Kamkof, Mstislavski, Natanson, María Spiridonova y Steinberg. Su periódico más importante es *Znamia truda (El Estandarte del trabajo)*.

Este grupo se aproxima mucho al partido bolchevista. Colaboró con él en el golpe de Estado de noviembre de 1917, y durante algunos meses después. Se produjeron, sin embargo, divisiones profundas a propósito del tratado de Brest-Litovsk y de la actitud de la República de los Soviets respecto a Alemania. Sobre la cuestión agraria, igualmente, los socialistas revolucionarios de la izquierda están más cerca de sus correligionarios de la derecha que de los bolcheviques *.

* Se ha dicho que los «socialistas revolucionarios» se habían sumado al Gobierno bolchevista, como consecuencia de la amenaza de intervención aliada a principios de 1919. Parece dudoso que los tres grupos—tan diferentes entre sí—hayan seguido este movimiento. Seguramente se trata de ciertos elementos socialistas revolucionarios del *centro*, desavenidos desde julio de 1918 con sus antiguos amigos.

La escisión del partido socialista revolucionario, ya esbozada durante el III Congreso celebrado en mayo de 1917, se declaró oficialmente en el IV, poco después del golpe de Estado bolchevista de octubre del mismo año.

El grupo socialista revolucionario de la izquierda obtuvo siete carteras—la de Agricultura entre ellas—, en el Gobierno de Lenin. Su colaboración con los bolchevistas duró alrededor de seis meses y sus principales resultados fueron los siguientes: la publicación de los tratados secretos; la anulación de las deudas del Estado; la publicación del Decreto de socialización de las tierras; la nacionalización de los Bancos; la separación de la Iglesia y el Estado; el control obrero sobre la producción; y «la negativa a seguir sosteniendo una guerra imperialista de bandidaje».

Fué, sin embargo, a causa del tratado de Brest-Litovsk, por lo que los socialistas revolucionarios de la izquierda se separaron de los bolcheviques.

6.° *Partido socialdemócrata*.—Fundado en 1898, fijado su programa en 1903, en el II Congreso del partido.

Miembros más antiguos: Plékhanof, Deutsch. Vera Sassulich, Axelrod.

Es el partido marxista ruso. Estaba representado en el *Bureau* socialista internacional.

Comprende actualmente tres grupos principales:

El primero es el grupo *Edinstvo (Unidad)* que tuvo por jefe a Plékhanof hasta 1918 en que murió. Publicaba un periódico diario con el título *Edinstvo*. Su programa exterior era: necesidad de la defensa nacional; continuación de la guerra, de acuerdo con los aliados, hasta el aplastamiento del militarismo alemán, y paz democrática. En el interior, inteligencia con los partidos burgueses, Asamblea Constituyente y creación de un Gobierno fuerte. Netamente opuesto a los bolcheviques, este grupo fué atacado con violencia por ellos. Por lo demás, nunca tuvo señalada importancia numérica. En las elecciones celebradas a fines de 1917 para la Asamblea Constituyente, no logró triunfar ninguno de sus candidatos.

El resto del partido socialdemócrata se divide en *mencheviques* y *bolcheviques*. Ante todo, ¿qué significan estas dos palabras?

En una interviú concedida el 5 de enero de 1919 a un redactor de *L'Œuvre*, ha dicho el príncipe Lvof:

«¿La significación exacta de la palabra *Bolchevik* expresa la pluralidad? No, significa preeminencia. La palabra procede de Kienthal o de Zimmerwald *. Las ideas de Lenin obtuvieron allí una mayoría de dos votos. Esta mayoría se tituló *Bolcheviki*. Asi surgió esa palabra que luego hizo fortuna.»

Lenin hace remontar las palabras bolchevismo y menchevismo a la revolución de 1905. He aquí lo que ha escrito en su colección de artículos intitulada *Krieg und Revolution*:

«La época de la revolución burguesa democrática (1905) engendró una nueva lucha entre las tendencias que se manifestaron en el seno de la socialdemocracia, lucha que fué la prolongación directa de las disensiones interiores. El «economismo» se transformó en «menchevismo», y la perseverancia en la táctica revolucionaria de la vieja *Iskra* produjo el «bolchevismo». Durante los años tormentosos de 1905 a 1907, el menchevismo fué una tendencia oportunista que tuvo el apoyo de la burguesía liberal, y que intentó dar una orientación liberal y burguesa al movimiento obrero. Lo esencial para el menchevismo era conciliar el movimiento obrero y el liberalismo. El bolchevismo, por el contrario, consideraba que el deber de la clase obrera socialdemócrata era, oponiéndose así a las tergiversaciones y perfidias de los liberales, arrastrar a la batalla revolucio naria los elementos democráticos de la clase campesina. Y durante la revolución de 1905, las masas obreras, como los mismos mencheviques han confesado

* Asambleas socialistas pacifistas celebradas durante la guerra en las ciudades suizas así llamadas. Véase el libro de Jean Maxe, *De Zimmerwald au Bolchevisme ou le triomphe du marxisme pangermaniste. Essai sur les menees internationalistes pendant la guerre, 1914-1920.* (París, Bossard, 1920.) Datos interesantes; juicios sumamente parciales. (T.)

más de una vez, sumáronse a los bolcheviques en los momentos de mayor intensidad de acción.

»La revolución de 1905 puso a prueba en Rusia la táctica revolucionaria implacable de la socialdemocracia; ella la fortificó, perfeccionándola y convirtiéndola en un arma bien templada.»

De suerte que si la palabra bolchevismo expresa la idea de mayoría, designa también la del máximum en la doctrina. Tienen los bolcheviques un programa extremo, mientras el de los mencheviques es relativamente moderado.

Es, pues, comprensible, que, frecuentemente, se haya empleado la palabra *maximalismo* como sinónima de bolchevismo. Pero esta confusión tiene el don de exasperar a los socialistas revolucionarios. El maximalismo, en efecto, fué el matiz más pronunciado del socialismo revolucionario ruso *. En ciertos aspectos lindaba con el bolchevismo, pero en otros difería fundamentalmente. Numerosos miembros del partido socialista revolucionario ruso llámanse todavía *maximalistas*, aunque son adversarios resueltos del bolchevismo. Debemos, pues, abstenernos de emplear la palabra «maximalismo» como sinónima de bolchevismo.

He aquí algunos detalles sobre estos dos grupos:

Los *mencheviques*.—Ellos mismos considéranse divididos en tres subgrupos:

a) En la extrema derecha, próximo al del *Edinstvo*, está el subgrupo de Potresof y del periódico el *Den (El Día)*.

b) El subgrupo de Chkeidze y Zérételi, casi internacionalista en los preliminares de la revolución, no tardó en aproximarse al que le precede.

c) El grupo de los *mencheviques internacionalistas*, con sus jefes Martof, Axelrod, Martinov y el periódico *Rabochaïa Gazeta (Diario de los obreros)*. Largo tiempo antibolchevistas pusiéronse al lado de Lenin sólo para combatir en caso de necesidad a la reacción, pero están a la vez contra el acuerdo con la

* La unión de los socialistas revolucionarios maximalistas se separó en 1906 del partido socialista revolucionario.

burguesía y la transferencia del poder a los Soviets. Reclaman la convocatoria de la Constituyente.

Los bolcheviques.—Jefes: Lenin, Trostky, Zinoviev, Lunacharsky, Kamenev, Radek. Principales periódicos: la *Pravda (La Verdad)*, mejor dicho, las *Pravda*, porque se publica en todas las ciudades de alguna importancia; las *Isviestia (Las Noticias)*, que son el diario oficial del Soviet, donde se publican los decretos y notificaciones legales, alternando con artículos de propaganda e información *.

La paz inmediata y la revolución mundial son los dos puntos capitales de su programa exterior. En el interior: la dictadura del proletariado bolchevista, la dispersión de la Constituyente, la dominación de los Soviets, etc.,

El partido bolchevista tampoco se ha visto libre de divisiones. Hay bolchevistas de la izquierda, que juzgan con severidad extremada la actuación de los comisarios del pueblo: Bukharin, Radek, madame Kollontai, particularmente. Tienen un órgano especial, *El Comunista,* donde abundan las críticas de los amos del día sospechosos de «oportunismo».

7.° *Los anarquistas.*—Representan un papel activo en los comienzos de la República bolchevista. Ellos, sobre todo, tienen el poder de los Soviets por casi burgués y sospechoso de contubernios capitalistas. Adversarios de todas las formas de Gobierno, quisieran ver desaparecer al Estado socialista bolchevista, con igual satisfacción que presenciaron antes el derrumbamiento del Estado burgués. Sería interesante dilucidar la influencia que su concepción antiestatista tuvo en la evolución de las ideas y actos del bolchevismo en el poder.

Hay, pues, su buena docena de partidos, grupos o subgrupos actualmente representados en Rusia.

Observemos, por lo demás, que los grupos arriba mencionados no tienen nada de inmutable; son, por

* El título de *Isviestia* ha sido adoptado por un gran número de boletines oficiales, Congresos o Soviets especiales; conviene siempre, para evitar la confusión, concretar la referencia.

el contrario, constante ejemplo de variabilidad y fluctuación. Los acontecimientos los aproximan o separan, y provocan la aparición de nuevas fracciones, dando cada cuestión pretexto para discusiones interminables, tan superficiales como apasionadas, en la mayoría de los casos.

V

ARTÍCULOS ESPECIALMENTE INTERESANTES DE LA CONSTITUCIÓN DE LA REPÚBLICA SOVIETISTA FEDERAL RUSA DE LOS SOVIETS, Y DE SU REGLAMENTO, SEGÚN ACUERDO DEL V CONGRESO NACIONAL DE LOS SOVIETS

La declaración de los derechos de la nación obrera y explotada, ratificada por el III Congreso nacional de los Soviets y la Constitución de la República de los Soviets, ratificada por el V Congreso, constituyen la única ley fundamental de la República socialista federal rusa de los Soviets.

Esta ley fundamental regirá inmediatamente después de su publicación en las *Izviestia* en su forma definitiva. Debe ser publicada en todos los órganos locales del poder de los Soviets y fijada en sitios visibles.

El V Congreso confía a la Comisaría del pueblo de Instrucción pública la misión de comunicár las bases fundamentales de la presente Constitución a todas las escuelas y a todos los establecimientos de enseñanza de la República rusa y de hacerlas explicar y comentar en ellos.

I.—*Declaración de los derechos del pueblo obrero explotado.*

Título I

Artículo 1.° Rusia es proclamada República de los Soviets de los Diputados obreros, soldados y campesinos. Todo el Poder central y local pertenece a estos Soviets.

Art. 2.° La República rusa de los Soviets está organizada sobre la base de la unión libre de las naciones libres, y constituye la federación de las Repúblicas nacionales de los Soviets.

Título II

Art. 3.° Teniendo por principal objeto la *supresión* de la explotación del hombre por el hombre, *la anulación completa de la división de la sociedad en clases,* el exterminio implacable de los explotadores, el establecimiento de la organización socialista de la sociedad y la victoria del socialismo en todos los países, el III Congreso nacional de Diputados obreros, campesinos y soldados del ejército rojo decreta:

a) A fin de llevar a cabo la socialización de las tierras, la propiedad privada del suelo queda abolida y todas las tierras son consideradas propiedad de la nación entera y transmitidas a los trabajadores sin ninguna indemnización, con arreglo al principio de igualdad del disfrute.

b) Los bosques, el subsuelo y las aguas que tienen importancia nacional, así como los bienes muebles e inmuebles de las granjas modelos y de los establecimientos agrícolas pasan a ser propiedad nacional.

c) Como primer paso para dar la posesión definitiva de todas las fábricas, fundiciones, minas, caminos de hierro y demás fuentes de producción y de transporte a la República de obreros y campesinos de los Soviets, queda sancionada la ley promulgada por el Soviet sobre el control obrero y sobre el Consejo Superior de Economía Nacional, con el fin de asegurar *el poder de los obreros sobre los explotadores;*

d) La ley del Soviet sobre la anulación de los empréstitos hechos por el Gobierno del Zar, de los rentistas y de la burguesía es el primer golpe asestado al capital financiero internacional de los Bancos. La victoria completa de la insurrección obrera contra el yugo del capital sólo puede obtenerse si los Soviets continúan el camino trazado por la ley precedente;

e) La transmisión de los Bancos al Estado obrero y campesino es una de las condiciones de la emancipación de la clase obrera del grupo del capital;

f) Para concluir con las clases parásitas de la sociedad se decreta el trabajo obligatorio;

g) Para asegurar la plenitud del Poder a las masas obreras y para alejar definitivamente la posibilidad de que se restablezca el Poder de los explotadores se decreta el armamento de los obreros y campesinos para la formación del ejército rojo socialista de obreros y campesinos y el desarme completo de las clases explotadoras.

Título III

Art. 4.° Expresando la decisión más completa de librar a la humanidad de las garras del capital financiero y del imperialismo que ha inundado la tierra con la sangre vertida por esta guerra, la más criminal de todas, el III Congreso de los Soviets se une a la política del Gobierno de los Soviets concerniente a la anulación de los tratados secretos y a los trabajos para el logro de la fraternidad más completa entre los soldados y los campesinos de los ejércitos combatientes con el fin de llegar a toda costa y empleando las medidas revolucionarias a la paz democrática sin anexiones ni contribuciones sobre la base del derecho de los pueblos a disponer de sí mismos.

Art. 5.° Con el mismo fin, el III Congreso insiste en la ruptura completa con la bárbara política de la civilización burguesa que ha fundado la prosperidad de los explotadores de ciertos pueblos elegidos en la servidumbre de centenares de millones de obreros de Asia, de las colonias en general y de los pueblos pequeños.

Título IV

Art. 7.° El III Congreso Nacional de los Soviets declara que en el curso de la lucha decisiva del proletariado contra los explotadores, estos últimos no pueden en manera alguna compartir el Poder. El Po-

der debe permanecer completa y únicamente a las clases obreras y a sus representantes autorizados: los Consejos de Diputados obreros y soldados.

Del reglamento general de la constitución de la República socialista federal rusa de los Soviets.

Título V

Art. 9.° El deber fundamental de la constitución de la República socialista federal rusa de los Soviets cónsiste, por lo que respecta al período transitorio actual, en establecer la dictadura del proletariado de las ciudades y pueblos y de la clase campesina pobre bajo la forma de un Gobierno poderoso de Soviets nacionales; *ese Gobierno tiene por objeto aplastar completamente la burguesía,* concluir con la explotación del hombre por el hombre e implantar el socialismo bajo el cual no existirán ni divisiones de clases *ni Poder gubernamental* *.

Art. 10. La República rusa es la unión socialista libre de todo el proletariado ruso. El Poder entero, en los límites de la República socialista federal rusa, pertenece a la población obrera de la nación, unida en los Soviets rurales y municipales.

Art. 11. Los Soviets de los territorios que tienen un carácter especial y una composición diferente pueden reunirse en juntas autónomas provinciales, a la cabeza de las cuales, como a la de todas las juntas provinciales que puedan crearse, están los Congresos provinciales de los Soviets y sus órganos ejecutivos.

Estas juntas autónomas provinciales entran en la composición de la República socialista federal rusa, conforme a los principios de la federación **.

* Toda la legislación bolchevista es, naturalmente, una rotunda rectificación de estas últimas palabras. Bien se ve que habla un legislador *parvenu*.

** Advierta, una vez más, el lector, qué maremagnum administrativo supone todo esto, y recuerde el desbarajuste que todo esto produjo hasta que la realidad echó por tierra el noventa y nueve y medio por ciento de estas fantasías lunares.

Art. 12. El Poder supremo de la República socialista federal rusa corresponde al Congreso nacional de los Soviets, y durante los intervalos de las sesiones del Congreso al Comité nacional central ejecutivo.

Art. 13. Con el fin de garantizar al proletariado la libertad efectiva de conciencia, se separa la Iglesia del Estado y la Escuela de la Iglesia; todos los ciudadanos gozan de libertad para hacer propaganda religiosa y antirreligiosa.

Art. 14. Con el fin de garantizar al proletariado la libertad efectiva de pensar, la República socialista federal rusa de los Soviets suprime la sujeción de la Prensa al capital, y pone *en manos de los obreros y de los campesinos pobres todo el material técnico* * necesario para editar periódicos, folletos, libros y toda clase de publicaciones impresas **; garantiza su libre circulación por toda la nación.

Art. 15. Con el fin de garantizar al proletariado la libertad de reunión, la República socialista federal rusa de los Soviets, reconociendo el derecho de cada ciudadano de la República de los Soviets a organizar libremente reuniones, mítines, manifestaciones, etc., pone a la disposición de la clase obrera y de los campesinos pobres, todos los edificios adecuados para las reuniones populares, *con su mobiliario correspondiente, luz y calefacción* ***.

Art. 16. Con el fin de garantizar al proletariado de la República federal rusa de los Soviets la libertad efectiva de agruparse en juntas, la República socialista federal rusa de los Soviets, después de haber destruído el poder económico y político de la clase posesora y eliminando de este modo los obstáculos que impedían hasta aquí en la sociedad burguesa a los obreros y campesinos reunirse y organizarse li-

* ¡Pobre material *técnico*!

** Esto no pueden tardar en recogerlo los autores cómicos. Si en el bolchevismo no hubiese demasiada tragedia sería muchas veces de una gracia insuperable.

*** Es difícil llevar más lejos la fantasía. No olvide, además, el lector que está leyendo nada menos que el reglamento de la *Constitución* rusa.

bremente, ayuda a éstos materialmente y de todas maneras a agruparse y a reunirse.

Art. 17. Con el fin de asegurar al proletariado los medios reales de instruirse, la República socialista federal rusa de los Soviets *considera un deber* * proporcionar a los obreros y campesinos la instrucción gratuita y completa.

Art. 18. La República socialista federal rusa de los Soviets decreta el trabajo obligatorio para todos los ciudadanos y proclama la divisa: «Sin trabajo, no hay pan.»

Art. 19. Con el fin de poner a salvo por completo las conquistas de la gran revolución obrera y campesina, la República socialista federal rusa de los Soviets declara que el deber de todos los ciudadanos es defender la sociedad socialista, e implanta el servicio militar obligatorio. El honor de defender la revolución con las armas en la mano corresponde solamente al proletariado; los elementos de la nación que no trabajan quedan sujetos a otro servicio militar.

Art. 20. La República socialista federal rusa de los Soviets, reconociendo la solidaridad del proletariado de todas las naciones, concede los derechos de ciudadano ruso a los extranjeros residentes en su territorio que pertenecen a la clase obrera o no se sirven del trabajo de los campesinos; concede a los Soviets locales el derecho de otorgar a dichos extranjeros, sin otras formalidades difíciles de llenar, los derechos de ciudadano ruso.

Art. 21. La República socialista federal rusa de los Soviets ofrece a todo acusado de delitos políticos o religiosos de los países extranjeros el derecho de asilo en los límites de la República

Art. 22. La República socialista federal rusa de los Soviets, reconociendo iguales derechos a todos los ciudadanos, independientemente de su raza y de su nacionalidad, declara contraria a las leyes fundamentales de la República la institución o tolerancia

* Esto no es precisamente una conquista... Mientras no se pase de considerarlo un deber...

de ciertos privilegios o de ciertas preferencias basadas en el principio de razas, así como el avasallamiento de una nación pequeña o la limitación de sus derechos.

Isviestia, de Moscou, 19 de julio de 1918, núm. 171.

VI

SOBRE LA SUPRESIÓN DEL CONTROL OBRERO

De la Rusia roja: La evolución derechista del bolchevismo.—Disolución de los Consejos de fábrica.

El Gobierno bolchevique abolió, hace mucho tiempo, los Consejos de soldados. Ya no eligen éstos a sus oficiales y jefes. El Consejo militar de la República de los Soviets acuerda los nombramientos.

Ese organismo es presidido por Trotsky, y de él forman parte los antiguos generales zaristas Polivanof, Klembowsky, Sitin, Vatzetis (que mandó fuerzas letonas voluntarias en el frente de Riga), Evert, Tcheremisof y, sobre todo, Podwoisky, el que reorganizó durante la primavera de 1919, el ejército sovietista, encuadrando, con los contingentes extranjeros, húngaros, chinos y mogoles, alemanes, etcétera, los reclutas sacados violentamente de sus casas mediante un sistema de quintas aplicado a cañonazos.

Hoy, la fuerza guerrera de los Soviets es, después de la francesa, la más formidable del mundo. Sus cincuenta y dos unidades divisionarias reúnen un total de un millón doscientos mil combatientes fogueados, cuya veteranía se acreditó en duras luchas con polacos, ingleses, franceses, griegos, rumanos, ukranios, cosacos, estonios y zaristas. Muchos regimientos bolcheviques han peleado, en un período de seis meses, en la frontera báltica, en Siberia, en Ukrania, en el Turquestán, en la Rusia Blanca y en Arcángel. Han ido de un lado para otro, según las necesidades de la

guerra, porque todos los enemigos de la Rusia roja se batían en la periferia y no sabían ni podían coordinar sus esfuerzos para una acción común.

* * *

Los aliados han procedido en Rusia con una torpeza inaudita. No se atrevieron a intervenir eficazmente, luego del golpe de Estado de Lenin, en octubre de 1917. Y más tarde, acabada la guerra, limitáronse a enviar pocos soldados y bastantes recursos a los Gobiernos contrarrevolucionarios, más o menos amigos del zarismo. Es un diputado conservador francés, Lasies, el que de vuelta de la Siberia ha censurado en las columnas de *Le Matin,* de París, el trágico error de los políticos occidentales. Se solidarizaron con la reacción. Y obligaron a los rusos enemigos del absolutismo, que eran la inmensa mayoría, a pasarse a los bolcheviques. Trotsky y Lenin no han tenido mejores colaboradores que Clemenceau, Nitti, Wilson y Lloyd George.

* * *

Y hoy el Gobierno rojo evoluciona rápidamente hacia un derechismo, oportunista y posibilista, que acaba de manifestarse con una medida de un altísimo valor real y de enorme significación sintomática. Lenin y su Consejo de comisarios han decretado, pura y simplemente, la abolición de los Consejos de fábrica y taller. En lo sucesivo, los obreros no ejercerán intervención alguna en la organización del trabajo. Tendrán como patrono al Estado, que no les tolera huelgas y que les impone, porque no hay otro remedio, jornadas larguísimas.

Un artículo del *Pravda* explica las razones de esa decisión radical. Los Consejos de fábrica perturbaban y disminuían la producción y eran origen de una indisciplina lamentable. Los operarios, escudándose tras ellos, trabajaban lo menos posible, desobedecían a los técnicos y se dedicaban a discusiones interminables y estériles.

* * *

Y así se va volviendo, lenta, pero paulatinamente, al occidentalismo. Sin embargo, se engañarán los que crean que cuando se establezca la normalidad sobre la tierra rusa, se instaurará, más o menos modificado, el viejo orden de cosas. Eslavia es un país agrícola, más que industrial. Y ha sido en los campos donde se ha hecho la verdadera revolución. Los aldeanos se han apoderado del suelo, se lo han repartido y lo cultivan. Nadie podrá arrancárselo. Las inmensas propiedades, vastas como naciones europeas, del Zar, de la Iglesia, de los monasterios, de los grandes duques, etc., son ya patrimonio de infinitas familias,

Y así que sea elegida una verdadera Constituyente y Rusia entre en el concierto de los pueblos democráticos, asistiremos a un crecimiento fabuloso de la riqueza moscovita. Y la economía mundial sufrirá, a consecuencia de ello, transformaciones incalculables hoy...

El Sol, 9 marzo 1920.

VII

VARIAS DISPOSICIONES INTERESANTES

Del Decreto del Consejo de comisarios del pueblo sobre la organización de Seguros:

«Todas las Sociedades y Compañías de Seguros particulares (anónimas, en comandita y mutuas) deben ser liquidadas a partir de la publicación del presente Decreto; las antiguas Sociedades de Seguros y de los *zemstvos* (de los Soviets del pueblo) y mutuas (municipales) que funcionen en los límites de la República rusa, son declaradas propiedad de la R. S. F. S. R.»

Del Decreto del Consejo de comisarios del pueblo sobre la organización de Seguros en la República rusa:

«Los seguros de toda especie, tales como seguros contra incendios, sobre transportes, seguros sobre la vida, contra accidentes, contra el granizo, las epizootias, las malas cosechas, etc., se declaran monopolio del Estado.»

Isviestia del 1.° de diciembre de 1918.

Del Decreto concerniente a la suspensión del pago de los cupones y dividendos:

«De ahora en adelante, hasta la publicación de un Decreto general concerniente a la nacionalización ulterior de la producción y a las condiciones y cuantia del pago de intereses de los capitales, de los dividendos de las acciones y de las obligaciones de las sociedades particulares, queda provisionalmente suspendido todo pago de cupones.

»Se prohibe toda operación con los títulos.

»Las personas culpables de infracción del art. 2.° del presente Decreto serán perseguidas y todos sus bienes serán confiscados.» *.

Diario del Gobierno de Obreros y Campesinos del 27 de diciembre de 1917.

«Las operaciones de Banco son declaradas monopolio del Estado.

»Todas las Sociedades anónimas de banca y las casas de banca quedan afectas al Banco del Pueblo.

»El Banco del Pueblo se hace cargo de los activos y pasivos de las sociedades liquidadoras.»

Isviestia, 15/28 de diciembre de 1917.

Del Decreto sobre la revisión de las Cajas de caudales de los Bancos.

«1. Todo el dinero conservado en las Cajas de caudales de los Bancos debe imponerse en la cuenta corriente del cliente en el Banco del Pueblo.

»*Advertencia.*—El oro en monedas y en lingotes es confiscado y agregado al capital en oro nacional.

»2. Todos los propietarios de las Cajas de caudales están obligados, previa convocatoria, a presentarse inmediatamente en el Banco con sus llaves para asistir a la revisión de sus Cajas de caudales.

»3. En el caso de que haya propietarios que no se presenten en el plazo de tres días, se considerará que se niegan deliberadamente a someterse a la revisión de las Cajas.

»4. Las Cajas pertenecientes a personas que no se sometan a la revisión serán abiertas por las Comisiones de investigación nombradas por el Banco del Pueblo, y su contenido confiscado por el Banco del Pueblo en beneficio de la nación.

»*Advertencia.*—Las Comisiones de investigación pueden, caso de que hubiere un motivo plausible, aplazar la liquidación.

»Adoptado por el Comité central ejecutivo en la

* Y a continuación establecen impuestos a cargo de los rentistas...

sesión del 14/27 de diciembre de 1917 por mayoría de votos, menos cinco votos en contra y cinco en blanco.»

Del Decreto sobre la liquidación de las Sociedades de crédito mutuo:

«Las Sociedades en liquidación están obligadas a transferir inmediatamente todos sus fondos a las sucursales locales del Banco del Pueblo de la República socialista y federal de los Soviets, o a las Tesorerías o Cajas de Ahorro en las ciudades en que no haya sucursales del Banco.

»4. Todas las cantidades de dinero ingresadas en Caja, conforme al párrafo *A* del art. 1.º y que sobraren de los pagos previstos en el mismo párrafo del mismo artículo, así como las destinadas al pago de los sueldos de los empleados y a gastos varios, serán igualmente entregadas, para ser impuestas en la cuenta corriente de la Sociedad respectiva, al Banco del Pueblo o a las Tesorerías y Cajas de Ahorro, a falta de sucursales del Banco.»

Del Decreto del comisario del pueblo de Hacienda sobre la liquidación de las Sociedades de crédito mutuo:

«A partir del mismo día de la publicación de la presente circular se prohiben a todas las Sociedades de crédito mutuo todas las operaciones de crédito en orden al activo o al pasivo, cualesquiera que éstas sean, excepto:

»*a)* El ingreso en caja del dinero correspondiente al pago de valores de los clientes.

»*b)* El abono a las cuentas corrientes del mínimum necesario para la subsistencia de las mismas, dentro de los límites fijados por el Comité ejecutivo del Gobierno.»

Comuna del Norte del 26 de octubre de 1918, núm. 140.

Del Decreto concerniente a la confiscación del capital por acciones de los antiguos Bancos particulares:

«1. El capital por acciones (capital social, capital de reserva y capital especial) de los antiguos Bancos particulares queda confiscado sin excepción en

beneficio del Banco del Pueblo de la República rusa.

»2. Todas las acciones de los Bancos quedan anuladas, y radicalmente suspendido todo pago de dividendos.

»3. Todas las acciones de los Bancos deben ser presentadas inmediatamente por sus actuales propietarios en las sucursales locales del Banco del Pueblo.

»4. Los detentadores de las acciones de los Bancos que no tengan sus acciones a mano están obligados a presentar en la sucursal del Banco del Pueblo una nota de las acciones que les pertenecen, con la indicación exacta del lugar en que se encuentran.

»5. Los detentadores de acciones de los Bancos que no hayan presentado sus acciones (art. 3.°) o que no hayan comunicado la nota de ellas (art. 4.°) en un plazo de dos semanas, a partir de la publicación del presente Decreto, serán castigados con la confiscación de todos sus bienes.

»6. Quedan terminantemente prohibidas todas las operaciones con las acciones de los Bancos. Toda persona que intervenga en estas operaciones será condenada a tres años de prisión como máximum.»

Diario Oficial del Gobierno de Obreros y Campesinos del 26 de enero (8 de febrero) de 1918.

VIII

A PROPÓSITO DEL SOCIALISMO ITALIANO

En prensa este libro, llegan a mis manos dos notables artículos del *Corriere della Sera*, de Milán, publicados, respectivamente, el 4 y el 6 de marzo de 1920.

El socialismo italiano es hoy uno de los más interesantes. Turati, *leader* de la derecha socialista, ha sido ya puesto en entredicho por los bolcheviques y bolchevizantes italianos por considerar excesivamente pálido su socialismo.

Me permito recomendar la lectura de la siguiente traducción de esos dos artículos:

*El programa socialista del hon. * Turati.*

«El programa del hon. Turati mereceria ser discutido en sus detalles porque representa un notable esfuerzo del caudillo espiritual del partido socialista hacia lo concreto y hacia las realizaciones. Mas por ahora quizá será más oportuno limitarnos a algunas observaciones generales acerca de su modo de ver y concebir los problemas sociales y económicos del momento presente. Cuando el socialismo pasa de lo genérico a lo concreto, de las afirmaciones de palingénesis social y dictadura del protariado a la determinación de las formas en que debe actuar el colectivismo o comunismo, la situación deviene interesante y hasta curiosa.

* *Honorable:* fórmula usual para referirse a los diputados italianos.

»El socialista, que siempre miró al economista como adversario y rival, y se erigió en dedo acusador del economista, a quien tachaba de defensor asalariado de la burguesía, acaba por verse forzado a plantearse los mismos problemas, y quizá a resolverlos de idéntica manera que su enemigo. Esto sucede a todos los que saben discurrir: a Turati, a Graziadei, a Schiavi, La fuerza de las cosas les obliga a reconocer que si se quiere evitar un error grave y dañoso a la colectividad es preciso resolver el problema propuesto, del mismo modo que señalan los economistas acusados de burgueses.

»El programa de Turati está lleno de afirmaciones puramente «economistas», o sea de verdades científicas, que se imponen a todos, a burgueses y a proletarios, a socialistas y a individualistas. El error es siempre error y la locura siempre es locura para los que tienen ingenio suficiente para razonar. Sólo la torpeza mental, la ignorancia y la mala fe pueden negar verdades como éstas:

»—Que es una evidente y grotesca necedad pretender remediar el desastre económico y las angustiosas necesidades del país con soluciones empíricas y contradictorias de gritos, coacciones y prohibiciones, condenados por la experiencia y por toda sana economía;

»—Que es retroceder anacrónicamente a normas medievales de economía desechada, el querer abolir la división territorial del trabajo entre los pueblos y renegar del axioma según el cual los productos mercantiles sólo se cambian por otros productos, y sólo la abundancia de ellos produce un buen mercado;

»—Que es tonto o ridículo admitir como garantía la indemnidad de países vencidos a quienes se les quita al mismo tiempo toda posibilidad de progreso económico;

»—Que es un error aumentar indefinidamente la deuda, empeorando los cambios y destruyendo el crédito nacional:

»—Que es una alternativa ilusoria y engañosa aquella en cuya virtud se agitan incesantemente las diversas clases de los obreros demandando la ele-

vación de los jornales, la cual, haciendo elevar en perfecta correspondencia los precios de las subsistencias, se destruye continuamente a sí misma y viene a convertirse en un nuevo trabajo de Sísifo.

»El hon. Turati suaviza estas verdades puramente economistas con declaraciones contrarias a la burguesía, acusándola de no saber seguir una línea clara y razonable de conducta, y con afirmaciones en pro de la capacidad que sólo el proletariado puede tener para realizar principios como el libre cambio, la compensación de las deudas de guerra, la seguridad de las garantías tributarias y la lucha contra la emigración. Pero ¿quién no recuerda que en estas columnas, tanto aquellas verdades como estos principios han sido propugnados infinitas veces con monótona insistencia y en nombre del interés colectivo de las masas obreras y de la verdadera burguesía productora, primera víctima de la torpeza de las clases directoras?

»Esto no quiere decir que nosotros reprochemos al *leader* socialista el que quiera vindicar como privilegio de su partido ideas que son del buen sentido y de la ciencia. Con tal que esas ideas triunfen, dispuestos estamos a no mostrar gran dolor de que se les dispute la paternidad de ellas a los liberales que desde hace más de un siglo las proclaman y defienden tenazmente contra los vituperios de falsos burgueses y falsos proletarios.

»Pero también el hon. Turati cae en vaguedades, errores e imprecisiones, apenas le falta la guía segura de las viejas y seguras ideas.

»Turati quiere, por ejemplo, «el desarrollo intensivo, rápido y simultáneo de mejoras higiénicas, hidráulicas y agrarias». Magníficas palabras que, desde hace cincuenta o sesenta años, traen siempre en la boca los representantes de todos los partidos políticos de Italia. Pero palabras condenadas a permanecer siempre en teoría, mientras no se estudien concretamente, y uno por uno, los proyectos de mejora. El socialismo no goza de ningún privilegiado poder taumatúrgico en esta materia de las mejoras. Antes bien, necesita ir a aprender, y no de los políticos que

claman por «mejoras intensivas, rápidas y simultáneas», o sea, por mejoras, las más veces técnicamente imposibles, sino de los grandes técnicos, que han hecho de Italia el primer país del mundo en materia de mejoras. ¿Por qué no recordar que la burguesía italiana, como dirán los socialistas, o el pueblo italiano, como decimos nosotros, ha obtenido en este punto resultados increíbles, extraordinarios, y que hacen estremecerse de orgullo con sólo traerlos a la memoria? ¿Por qué no recordar, limitándonos a un solo hecho grandioso, que todo el valle paduano es una inmensa y magnífica *mejora* *, la primera mejora del mundo? Pero si se la olvida, es porque esta obra grandiosa, y empresa verdaderamente seria, fué el resultado, no rápido y simultáneo, sino obtenido por los esfuerzos de siglos de trabajo de muchas generaciones sucesivas. Cuando se quiere culpar a la burguesía de que no sabe hacer nada, se echa, sin duda, en olvido que ella fué quien nos enseñó cómo se hacen las cosas grandes, poniendo de manifiesto cómo *a compás del tiempo* se llega hasta a *crear la tierra*.

»El hon. Turati sabe, como lo saben ya todas las personas cultas de Italia, que el problema del latifundio y de las tierras improductivas no existe; sabe que esto de las tierras incultas es una vieja patraña, destruída hace veinte años por Valenti; sabe que el problema es sumamente complejo; que es un problema de clima, de vías de comunicación, de obras públicas, de mejoras, de seguridad, de capacidad; sabe que este problema no se resuelve con una fórmula cualquiera; antes al contrario, se agrava y se torna insoluble. Pero el hon. Turati necesita quemar un poco de incienso ante el ídolo del «grandioso porvenir agrícola nacional», para confiarse «con adecuadas medidas financieras y oportuna dirección técnica» a los arriendos colectivos y cooperativas de trabajo. Y quema el incienso de algunas frases hechas. Así es el programa de Turati en lo que se refiere a otros

* No encuentro la exacta palabra correspondiente. Se refiere a terrenos estériles hechos fructíferos, o terrenos cuyo cultivo se ha transformado beneficiosamente.

puntos, sobre los cuales insistiremos más tarde; mezcla de verdades, bebidas por su despierto ingenio en los manantiales de la ciencia con que se va su mente alimentando, y de frases hechas que es preciso decir al buen público socialista para persuadirle que sólo sus directores son capaces de conducirlo pronto hasta el fantástico Eldorado, en que siempre sueñan vanamente los hombres.»

Producción, Consejos de fábrica y experimentos comunistas.

«Hemos demostrado ya que el programa socialista del hon. Turati no se diferencia de los programas e ideas economistas, sino en que rinde homenaje a unas cuantas frases hechas, inconsecuentes e infecundas. Continuemos el examen.

»Turati quiere lanzarse a socializar la producción de la tierra y de las fábricas, con el propósito de poner al fin en marcha, merced a una audaz política de trabajos, los inmensos recursos latentes del país, descuidados por la propiedad privada, atenta sólo al provecho inmediato del capital; y a más esto con el intento de habilitar al proletariado organizado para la gestión directa de la Hacienda, quitando de en medio toda opresión y todo disfrute parasitario.

»Para llegar a estos solemnes fines, Turati quiere, además de inmensas mejoras, la abolición del latifundio y el secuestro de las tierras incultas, de lo cual hablamos ya anteriormente; y además de reformas en la legislación social y en el régimen de las cosas, de que hablaremos después, la adopción de las siguientes «medidas»:

»Participación de los obreros en la dirección de las industrias libres, por medio de Consejos de fábrica, y

»Experimentos inmediatos de dirección socializada en las minas e industrias ya preparados.

»Todo esto encaja muy bien en el programa de las frases hechas. En realidad, se trata de *fines* confusamente concebidos, y de *medios* inadecuados a esos fines.

* * *

»Que las empresas particulares no llegan *a veces* a conseguir el máximo resultado posible en la producción y distribución de la riqueza, es una verdad repetida muchas veces y desde hace siglos por los libros de economía. Pero, a diferencia de los programas socialistas, la teoría y la práctica han señalado ya los casos *especiales* en que se da esta oposición entre el interés colectivo y el de la empresa privada. En la *inmensa* mayoria de los casos no existe ninguna oposición. El particular, para ganar más, y espoleado por la competencia y por su deseo de aventajarse a los demás, aumenta su producción, de manera que, en general y a la larga, el precio de los artículos en el mercado viene a ser ni más ni menos que el suficiente para compensar su coste. Mejor no lo podría hacer el más vigilante y todopoderoso ministro de la producción. No hay que dejarse engañar por aumentos de precios en las tarifas, los cuales aumentos muchas veces encubren disminuciones efectivas; tampoco hay que dejarse impresionar por crisis momentáneas, por el aparente desorden y anarquía de la libre competencia. Los rutinarios burócratas—¡y cuántos socialistas tienen alma de perfectos burócratas, a quienes la novedad, la iniciativa y la audacia causan indecible fastidio!—miran con horror la sociedad donde los hombres no son guiados a la felicidad por los maternales andadores de las niñeras gubernativas. El hon. Turati tiene demasiado talento para tomar en serio estos desahogos del balduque. Bajo el aparente desorden, la libre competencia conduce a resultados de máxima producción y a extraordinarios mejoramientos en la condición de las masas.

»Queda un pequeño número de empresas en las cuales el interés privado no coincide con el colectivo, como son las de ferrocarriles, tranvías, alumbrado público, aguas potables, etc. Para estas industrias, la competencia no es posible. Si se dejan en manos particulares, éstos impondrán precios de monopolio a los consumidores. Acerca de estos casos y otros semejantes, que por ser breves no citamos, todos los economistas teóricos están de acuerdo con los prác-

ticos; hay que limitar la acción de la empresa privada, o, mejor aún, sustituirla por la acción directa del Estado o municipio. Uno de los libros de argumento más bello en este punto ha sido escrito por el llorado Montemartini, economista y socialista; y en él se hallan solucionados, uno por uno, todos los casos de este género. Para cada caso debe escogerse la solución más oportuna; y la práctica se ha encargado de ofrecernos una riquísima cosecha de soluciones; de suerte que sólo se hallará embarazo en escoger. Ante un caso concreto, dos personas de buena fe, seguras están de ponerse de acuerdo, cualquiera que sea la clase, o el partido, o la opinión científica a que pertenezcan. No hay que creer en discrepancias irreductibles, que sólo existen en la fantasía de los vividores políticos. atentos a procurarse votos con la siembra de odios.»

* * *

Pero no sólo está confusamente concebido el *fin* en el programa de Turati, sino que, además, los *medios* que indica son inadecuados al fin.

Para hacer experimentos de dirección socializada, Turati va a fijarse precisamente en las minas. Verdad es que él las cree ya *preparadas* para la socialización; pero trabajo le ha de costar encontrarlas. Entre todas las industrias, la más azarosa, la más incierta y la menos reproductiva es la minera. Los maliciosos que quisiesen hacer fracasar los experimentos de colectivismo, aconsejarían, sin duda, que se aplicasen a las minas. Para quien sabe algo de historia de la economía, es cosa averiguada que precisamente en este terreno han sido frecuentes en el pasado los experimentos de socialización. La idea del oro, del mineral que está allí, a cuatro metros bajo tierra, ha atraído siempre a los hombres que se dejan regir por el azar; pero al poner las manos en este fuego, siempre se han quemado los dedos. ¿Quiere el honorable Turati reproducir, siquiera sea en pequeño, los experimentos de este género? Pero, ¿en qué minas? ¿En las de lignito, en las de hierro de Cogne o de la Nurra, o en las de azufre de Sicilia? ¡Lindos avisperos serían, y

pocos cientos de millones que en ellas se perderían!

¿Pero hay *realmente* industrias «preparadas» para la socialización? Ridículo es pensar en este linaje de madurez y preparación; y, sin embargo, esto es lo que se le ocurre al profano que penetra en una gran fábrica moderna, y ve aquel infernal estruendo: máquinas que andan solas; hombres en mangas de camisa, y algún director que escribe en su despacho. El profano, si es socialista y burócrata, piensa en seguida: «¿Qué falta hace aquí dentro el capital? Pongamos en lugar suyo al Estado; nombremos un director general; rodeémosle de un Consejo de fábrica compuesto de técnicos y de obreros, adiestrados ya en el cumplimiento de su oficio por las *industrias libres;* y la producción marchará como antes; habremos eliminado la ganancia del capital, y podremos repartir el producto entre los trabajadores solamente, dando a cada uno con arreglo a sus necesidades y a sus méritos.»

¡Puro y desastroso doctrinarismo! Los Consejos de fábrica los hemos visto prácticamente en Rusia, en Hungría y en Alemania. En Hungría. naturalmente, han desaparecido. En Alemania tienen atribuciones relacionadas sólo con las leyes sociales. En Rusia los ha suprimido Lenin, porque su gigantesco genio ha debido de descubrir lo que la práctica de las cooperativas de producción y de los experimentos comunistas de Cabet, de Fourier y de tantos otros, había ya clarísimamente demostrado, a saber: *que donde todos mandan, nadie obedece;* y que de la fábrica, donde entran los Consejos, salen los directores verdaderamente inteligentes y productivos. La gente mediocre escucha y sigue las órdenes y normas del Consejo de fábrica; pero conduce la producción a la ruina. Lenin ha tenido que convencerse de que era preciso suprimir los Consejos de fábrica y poner al frente de las empresas a los *poquísimos* hombres hábiles que, con capitalismo o sin capitalismo, existen en toda nación; y a estos pocos directores les ha tenido que dar poderes dictatoriales, hasta para llegar a extremos que ni llegaron a soñarse bajo el régimen

del capitalismo: *hasta para hacer fusilar a los obreros holgazanes.*

¿Pero acaso el salario del obrero será mayor bajo el régimen comunista que bajo el capitalista? Nada de eso. Antes es verdad todo lo contrario. Es universal y de todos los tiempos y países el lamentarse de que las condiciones económicas de los obreros de empresas públicas sean inferiores a las de los obreros de empresas particulares. Por eso el primer capítulo del libro sobre *El Capital*, de Marx; es un grosero sofisma; ni el capital ni los empresarios roban sus intereses y ganancias a nadie, sino que las obtienen en virtud de la *mayor* producción conseguida, merced a ellos, por la empresa privada.

Solamente la *envidia,* la rastrera envidia, pudo desear la desaparición de las empresas particulares; el torvo y ruin sentimiento de quien prefiere estar peor para que nadie esté mejor que él. Si es esto lo que quiere el hon. Turati, entonces introduzca el desorden y la anarquía y la pérdida de trabajo en las industrias, con experimentos inmediatos de socialización y con los Consejos de fábrica; aleje de las industrias las pocas docenas de hombres que luego de mucho buscar se encuéntran en los países civilizados y modernos, realmente capaces de aumentar con notables creces la producción. Habremos conseguido la igualdad en la miseria; ideal realizado ya en los servicios públicos de Italia, en los cuales a un director general se le paga poco más que a un portero antiguo, y no hay diferencia sustancial entre un profesor de Universidad y una novel maestra elemental.

Pero falta averiguar si esto es un ideal digno de una sociedad progresiva que no quiera atrofiarse y retroceder a la barbarie.

IX

ALGUNAS NOTICIAS PUBLICADAS DURANTE LA IMPRESIÓN DE ESTE LIBRO

Están ya los nervios de la humanidad a prueba de emociones. Y se leen las cosas más inquietantes, más indignantes, con la indiferencia con que cuentan los soldados que veían morir a sus compañeros en la batalla.

Por eso, al reproducir aquí algunos telegramas recientes, sólo pretendo refrescar lo escrito y hacer ver que no se trata de cosas pasadas: están vivas, presentes.

En cuanto a la situación del mundo en general, y, en particular de España, bastará que el lector recorra cualquier periódico de cualquier día, poniendo especial atención en las noticias sociales.

Un día leerá que los comunistas han estado a punto de bolchevizar a Alemania, donde algunas ciudades están aún, cuando escribo, sometidas a los Soviets.

Otro día leerá que en Inglaterra quieren los delegados de taller implantar los Soviets (véase *El Sol*, 12 marzo 1920).

Otro día leerá el descubrimiento de un grave complot en la Argentina y este comentario: *Se supone que los promotores de estas revueltas son los elementos que intentan perturbar el orden en todos los países de Europa que conservan tranquilidad* *.

Otro día leerá en el discurso de M. Henry Chéron

* Véase la pág. 20 de este libro.

en el Senado francés, sesión del 29 de marzo de 1920 (*Le Temps*, 31 marzo), estas palabras:

«M. Chéron rappelle que, le 22 février 1920, un congrès se tenait à Paris, dans la salle de d'Egalitaire, et adoptait une motion de M. Loriot en faveur de la dictature du prolétariat et de l'installation des Soviets au pouvoir. Cette motion préconisait l'insurrection à main armée contre le pouvoir régulier. L'orateur constante que M. Loriot, extrémiste très connu, fait sa propagande depuis de longues années. Il n'en est pas moins instituteur adjoint à Gennevilliers!

«*M. H. Chéron.*—Nous assistons par suite à ce singulier spectacle: excitations de la presse révolutionnaire, prédication de la guerre civile dans les réunions, propagande pour la sous-production, organisation de grèves systématiques, mainmise sur l'action syndicale, des actes revolutionnaires directs, propagande dans les services publics et l'interruption de ces services, excitation des militaires à l'indiscipline.

»Voilà le plan méthodique poursuivi. Il se traduit par des incidents quotidiens, qui sont exactement les mêmes que ceux qui ont précédé l'avénement du bolchevisme en Russie.

»Dans les réunions, on tient des propos qui sont encore plus suggestifs et symptomatiques. M. Loriot préconise la révolution, l'établissement de la dictature prolétarienne, la création de Soviets, l'instauration d'un régime communiste.

»Hier encore, un homme qui, jusqu'ici, passait pour modére, a annoncé la révolution pour le 1er mai. Dans la Seiné-Inférieure, ces jours-ci, un meeting a proclamé la nécessité d'employer les grenades et les mitrailleuses. (Mouvements divers.)»

«L'orateur constate que nous assistons actuellement à des tentatives de transformation des associations professionnelles de la préfecture de police en syndicats: si ces tentatives aboutissent, il ne restera plus qu'à attendre la constitution de syndicats de préfets. de magistrats, «et la révolution sera faite». «Ce jour viendra», dit *M. Flaissières*, sénateur collectiviste de Marseille.»

Y será raro el día en que no lea que, en España, han estallado bombas y han sido cometidos uno o más crímenes sociales.

* * *

En cuanto a la situación de Rusia, continúa Europa sin saber detalles. M. Barthou acaba de repetirlo en la Cámara francesa (26 de marzo). Pero hay quienes dicen o dan a entender que los horrores pasaron y que Rusia está en disposición de vender trigo y buenas ideas sociales a todos los demás pueblos del planeta.

Sin negar nada, ni afirmar nada, reproduzco los siguientes despachos, como muestra de los leídos en estos días:

«*Un llamamiento de Zinoviev.*

»*Estokolmo, 9 marzo.* Telegrafían de Helsingfors:

»Zinoviev acaba de publicar un llamamiento a la guarnición de Petrogrado pidiéndole que preste su concurso para salvar a la ciudad del hambre, que amenaza aniquilar a la población. Los habitantes privados de todo combustible, viven encerrados en las casas y no salen sino cuando la temperatura se dulcifica lo suficiente para permitirlo. Para obtener agua potable tienen que hacer agujeros en el hielo del río Neva. Las inmundicias arrojadas por las ventanas se amontonan en las calles.»—(*L'Humanitè,* 10 marzo 1920).

«*Un radio bolchevista lamenta que los obreros no trabajan.—Excitación al proletariado ruso.*

»*Helsingfors, 12.*—Un radio bolchevista, expedido en Moscou, reproduce el siguiente manifiesto:

»Es una vergüenza, camaradas. Los obreros de los talleres de los ferrocarriles del Norte han faltado durante el mes de enero a más de un millar de jornadas. Cada obrero ha faltado, por lo tanto, en término medio, cuatro días laborables en el mes, y esto se

hace cuando millones de gentes están hambrientas, cuando es imposible enviar millares de toneladas de trigo, a consecuencia de la falta de locomotoras y de vagones.

»Además, los ferroviarios se han tomado dos días de fiesta suplementarios cada semana.

»Es menester que esto termine. Es preciso hacer trabajar a todos los ociosos. Hay que obligar a trabajar a todos para ganar el tiempo robado a la República. Es indispensable militarizar todos los talleres ferroviarios y aplicar en ellos el Código militar. Es insuficiente esperar el socorro de los extranjeros que nos darán locomotoras y vagones nuevos. Es preciso luchar nosotros mismos contra este desorden interior y activar la reparación de locomotoras y vagones. No es más que por un trabajo intensivo como conseguiremos vencer al hambre y al frío y salvar la República de los Soviets.»—*(El Liberal,* 13 de marzo de 1920.)

«La vida en Petrogrado.—Hambre y miseria.

»*Helsingfors, 30.*—Los viajeros que, procedentes de Rusia, llegan a esta población, comunican que la situación se agrava de día en día en Petrogrado.

»Las noticias que publican los periódicos bolchevistas confirman el estado lamentable de la capital.

»Se ha reducido el alumbrado eléctrico a una lámpara por piso, limitando su uso a cuatro horas diarias.

»Se está construyendo un horno crematorio para incinerar los cadáveres mal enterrados, y cuya acumulación ha provocado amargas quejas de los que habitan en los alrededores de los cementerios.

»Los viajeros cuentan hechos terribles que necesitan confirmación, pero es cierto que el hambre y las epidemiss asuelan la ciudad.

»El trabajo está en gran parte paralizado; faltan víveres, y el pan, la harina y el te se venden a precios fantásticos.

»Por todas partes se amontonan basuras, y están rotas las tuberías del agua.

»Se ha publicado un bando ordenando el inventario forzoso de todos los muebles de las casas, con objeto de requisar camas, colchones y sábanas para los hospitales.

»También se han fijado bandos proponiendo el aumento de la jornada de trabajo a ocho horas, organizando el ejército del trabajo para la reconstrucción de las carreteras que van a Reval, de los puentes, obras de arte, etc.

»Pero tales bandos no interesan a la ciudad de Petrogrado, en donde está paralizado todo el trabajo.

»No se ven ya caballos, por haber sido sacrificados para la manutención.

»Se ven mujeres tirando de trineos que transportan maderas y carbón.

»Los viajeros refieren que el haberse incorporado al ejército rojo numerosos oficiales del antiguo régimen es debido a que únicamente los soldados y los comisarios del pueblo tienen asegurada la alimentación, aunque insuficientemente. Fuera de ellos, nadie sabe por la mañana si comerá, que es la única preocupación reinante.

»La mortalidad es terrible, sobre todo la infantil.

»Los viajeros no hablan más que de la situación de Petrogrado, porque del resto de Rusia no se tiene ninguna clase de noticias.»—(*El Sol*, 31 de marzo de 1920.)

«*La situación de Petrogrado.*

»*Roma 1* (2 t.).—La Agencia Stéfani recibe noticias de Reval dando cuenta del espantoso estado sanitario en Petrogrado. donde la peste asiática aumenta los estragos que causa la terrible epidemia de tifus.

»Pídese insistentemente una intervención cualquiera de los aliados cerca del Gobierno de los Soviets para que éste admita la intervención de la Cruz Roja y su ayuda a la población de Petrogrado, condenada a morir por las actuales circunstancias.»—(*El Sol*, 2 abril 1920.)

NOTAS

[1] Discurso pronunciado en el Congreso de los Diputados el 2 de febrero de 1920.

[2] *Isviestia*, 26 octubre /8 noviembre 1917. Cit. Etienne Buisson: *Les Bolcheviki, 1917-1919. Faits, documents, commentaires*. París, 1919. Fischbacher. pág. 27.

[3] N. Tasin: *La revolución rusa*. Madrid, Biblioteca Nueva, página 228.

[4] *España, 1920*, 14 febrero.

[5] Cit. Buisson: *Ob. cit.*, pág. 209.

[6] Capitaine Jacques Sadoul, membre de la Mission Militaire Française en Russie: *Notes sur la Revolution bolchevique, 16e edition. Avec une Preface de Henri Barbusse; deux lettres de l'auteur a Romain Rolland et une lettre de Albert Thomas adressee à l'auteur*. París, 1920. Editions de la Sirène, página 60.

[7] *El Sol*, de Madrid, 31 enero 1920.

[8] Raoul Labry, Agregé des lettres, membre de l'Institut Français de Petrograd: *L'Industrie Russe et la Revolution*. París, 1919. Payot.—Prólogo.

[9] Labry: *Ob. cit.* Prólogo.

[10] *El Sol*, 18 febrero 1920.

[11] Arthur Ransome: *Six semaines en Russie en 1919*. Traduit par A. Pierre. Paris, 1919. Editions de *L'Humanite*, página 79.

[12] Ransome: *Ob. cit.*, pág. 183.

[13] *España, 1920*, 31 enero.

[14] *Corriere della Sera*, 18 y 23 enero 1920.

[25] Marcel Cachin, en *L'Humanite*, 12 febrero 1920.

[26] L. Jouhaux, en *La Bataille*, 12 febrero 1920.

[27] Datos tomados de *Los problemas sociales, las derechas políticas y los Gobiernos fuertes*. Conferencia pronunciada en el Hotel Ritz, de Madrid, por D. Angel Ossorio y Gallardo.

[28] Angel Llorca: *Notas y consideraciones. ¡Que vergüenza! Boletín Escolar*, suplemento al número 382.

[29] G. Marañón: *Los muertos de hambre*. Artículo publicado en *El Liberal*, de Madrid, el 4 enero 1920.

[30] G. Marañón: *Sobre la represión de la mendicidad*. Artículo publicado en *El Siglo Medico*, el 15 noviembre 1919.

[31] Labry: *Ob. cit.*, pág. 240.

[32] *La situación industrial*, en *The Economic Journal*. (Extractado y traducido en la bien informada hoja semanal de *Ciencias sociales y económicas* de *El Sol* por su redactor D. Luis Olariaga. 5 noviembre 1919.)

[33] Discurso citado.

[34] F. Cambó: Artículo publicado en *La Veu de Catalunya* (marzo 1919).

[35] *Les questions sociales*, 7 febrero 1920.

[36] Labry: *Ob. cit.*, pág. 126.

[37] Idem, íd., pág. 127.

[38] Idem, íd., pág. 127.

[39] Idem, íd., pág. 80 y siguientes.

[40] Idem, íd., pág. 80 y siguientes.

[41] León Trotsky: *El triunfo del bolchevismo*. Con una semblanza del autor, sus impresiones de España y su actitud respecto a la Internacional. Madrid, Biblioteca Nueva. Página 145.

[42] Trotsky: *Ob. cit.*, pág. 204.

[43] Véase nota 31.

[44] Sesión del 27 enero 1920.

[45] Lug. cit.

[46] Etienne Antonelli: *La Russie bolcheviste. La Doctrine. Les Hommes. La Propriété. Le régime industrielle. Politique interieure et politique exterieure. Textes officiels*. 5e edition. París, 1919. Grasset, pág. 5.

Ransome: *Ob. cit.*, pág. 64.

[38] Miliutin en una sesión del Consejo Superior de Economía Nacional. Cit. Labry: *Ob. cit.*, pág. 146.

[39] Número 249.

[40] *Le Matin*, 5 febrero 1920.

[41] *Excelsior*, 29 enero 1920.

[42] Oscar Pérez Solís, en *El Sol*, 18 febrero 1920.

[43] Pág. XI.

[44] Véase nota 11.

[45] Pág. 85.

[46] Buisson: *Ob. cit.*, pág. 180 y siguientes.

[47] Véase nota 6.

[48] Buisson: *Ob. cit.*, pág. 187.

[49] *Ob. cit.*, pág. 167.

[50] Idem, pág. 106.

[51] Idem, pág. 47 y siguientes.

[52] Idem, pág. 95.

[53] Buisson: *Ob. cit.*, pág. 84.

[54] Idem, íd., pág. 109.

[55] *Ob. cit.*, pág. 183.

[56] Buisson: *Ob. cit.*, pág. 112.

[57] *Ob. cit.*, pág. 165.

[58] Buisson: *Ob. cit.*. pág. 86.

[59] *Corriere della Sera*, 11 noviembre 1919.

[60] Lug. cit.

[61] Buisson: *Ob. cit.*, pág. 192.

[62] Buisson: *Ob. cit.*, pág. 24.

[63] *El Sol*, 14 febrero 1920.

[64] Buisson: *Ob. cit.*, pág. 60.

[65] Prólogo a la obra del Capitaine Jacques Sadoul: *Notes sur la Révolution bolchevique.*

[66] Lug. cit.

[67] *Ob. cit.*, pág. 135 y siguientes.

[68] Lug. cit.

[69] *Izviestia*, 30 noviembre 1917.

[70] *Diario del Gobierno de Obreros y Campesinos*, 20 diciembre 1917.

[71] Raoul Labry, Agrégé des lettres, membre de l'Institut Français de Petrograd: *Une legislation communiste*. Recueil des lois, Decrets, Arrêtes principaux du Gouvernement bolcheviste. París, 1920. Payot, pág. 466.

[72] *Comuna del Norte*, 14 enero 1919.

[73] *Comuna del Norte*, 5 octubre 1918.

[74] *Ob. cit.*, pág. 34.

[75] *Ob. cit.*, pág. 277.

[76] Buisson: *Ob. cit.*, pág. 104.

[77] *Isviestia*, 26 septiembre 1918.

[78] Buisson: *Ob. cit.*, pág. 163.

[79] *Comuna del Norte*, 10 octubre 1918.

[80] Tasin: *Ob. cit.*, pág. 272.

[81] *Isviestia*, 30 enero 1918.

[82] *Isviestia*, 27 enero 1918.

[83] *Comuna del Norte*, 5 octubre 1918.

[84] *Isviestia*, 30 noviembre 1917.

[85] *Comuna del Norte*, 11 octubre 1918.

[86] Lug. cit.

[87] *Diario del Gobierno de Obreros y Campesinos*, 7 marzo 1918.

[88] Labry: *L'Industrie*, pág. 185 y siguientes.

[89] Buisson: *Ob. cit.*, pág. 169.

[90] Tasin: *Ob: cit.*, pág. 227.

[91] Trotsky: *Ob. cit.*, pág. 58.

[92] *Staat und Revolution*. Cit. Buisson, pág. 177.

[93] Labry: *Leg. commun.*, pág. 530.

[94] Labry: *Leg. commun.*, pág. 302.

[95] *Isviestia*, 23 diciembre 1917.

[96] Labry: *Leg. commun.*, pág. 36,

[97] Labry: *Leg. commun.*, pág. 41.

[98] Labry: *Leg. commun.*, pág. 39.

[99] Labry: *Leg. commun.*, pág. 38.

[100] Labry: *Leg. commun.*, pág. 250.

[101] Labry: *Leg. commun.*, pág. 89.

[102] *Comuna del Norte*, 8 octubre 1918.

[103] *Hacienda y Economía Nacional*, 2 noviembre 1918.

[104] *Comuna del Norte*, 20 diciembre 1918.
[105] *Comuna del Norte*, 28 diciembre 1918.
[106] *Comuna del Norte*, 15 diciembre 1918.
[107] Labry: *Leg. commun.*, pág. 136.
[108] *Isviestia*, 16 noviembre 1917.
[109] Labry: *Leg. commun.*, pág. 138.
[110] De las instrucciones generales sobre el control obrero, *Isviestia*, 13 diciembre 1917.
[109 bis] Buisson: *Ob. cit.*, pág. 170.
[112] *Ob. cit.*, pág. 144.
[113] Labry: *L'Industrie*, pág. 145.
[114] *El Sol*, enero 1920.
[115] Tasin: *Ob. cit.*, pág. 251.
[116] *L'Humanite*, 20 febrero 1920.
[117] *Ob. cit.*, pág. 255.
[118] *Corriere della Sera*, 2 y 20 julio 1919.
[119] *Ob. cit.*, págs. 56 y 75.
[120] *Ob. cit.*, pág. 65.
[121] *Ob. cit.* pág. 171.
[122] *Ob. cit.*, pág. 115.
[123] *El Sol*, 18 febrero 1920.
[124] Buisson: *Ob. cit.*, pág. 63.
[125] *Pravda*, 12/25 noviembre 1917.
[126] *Comuna del Norte*, 4 julio 1918.
[127] Buisson: *Ob. cit.*, pág. 46.
[128] Buisson: *Ob. cit.*, pág. 136.
[129] Buisson: *Ob. cit.*, pág. 193.
[130] *Comuna del Norte*, 10 noviembre 1918.
[131] Prólogo a la obra de Sadoul. Véase nota 6.
[132] *Ob. cit.*, pág. 64.
[133] *Novaia Jizn (Vida Nueva)*, 21 noviembre 1917.
[134] *Ob. cit.*, pág. 102.
[135] *Ob. cit.*, pág. 104 y siguientes.
[136] Labry: *Leg. commun.*, pág. 499.
[137] *Ob. cit.*, pág. 77.
[138] *Comuna del Norte*, 4 julio 1918.
[139] *Petrogradskaia Pravda*, 31 diciembre 1918.

140 *L'Industrie Russe...*, pág. 194 y siguientes.
141 *Comuna del Norte*, 23 junio 1918.
142 *Comuna del Norte*, 14 diciembre 1918.
143 *Ob. cit.*, págs. 37, 41, 78 y 100.
144 *L'Industrie Russe*, pág. 193.
145 *Ob. cit.*, pág. 171 y siguientes.
146 *Ob. cit.*, pág. 158.
147 *Ob. cit.*, pág. 204 y siguientes.
148 Buisson: *Ob. cit.*, pág. 174.
149 *Ob. cit.*, pág. 137.
150 Buisson: *Ob. cit.*, pág. 138.
151 *Gazette de Lausanne*, 25 diciembre 1918.
152 *L'Industrie Russe...*, pág. 207.
153 *Ob. cit.*, pág. 155.
154 *El Sol*, 31 enero 1920.
155 Lugar citado.
156 *Ob. cit.*, pág. 297.
157 *Ob. cit.*, págs. 46, 160 y 25.
158 *Ob. cit.*, pág. 196 y siguientes.
159 *Ob. cit.*, pág. 274.
160 *Ob. cit.*, pág. 150.
161 *Ob. cit.*, pág. 228.
162 *Ob. cit.*, pág. 182.
163 *Ob. cit.*, pág. 37.
164 *Ob. cit.*, pág. 163.
165 *L'Industrie Russe...*, pág. 196.
166 *Ob. cit.*, pág. 253.
167 *Ob. cit.*, pág. 176.
168 Buisson: *Ob. cit.*, pág. 108.
169 *Ob. cit.*, pág. 163.
170 *Ob. cit.*, pág. 61.
171 Corpus Barga, en *El Sol*, 21 febrero 1920.
172 *Ob. cit.*, págs. 94, 169 y 172.
173 *Comuna del Norte*, 15 diciembre 1918.
173 bis Sadoul: *Ob. cit.*, pág. 377.
174 *L'Industrie Russe*, pág. 158 y siguientes.
175 Sadoul: *Ob. cit.*, pág. 279.

170 Sadoul: *Ob. cit.*, pág. 280.
177 *Staat und Revolution*. Cit. Buisson, pág. 175.
178 *Ob. cit.*, pág. 119.
179 *Ob. cit.*, pág. 32.
180 Hélene Reynard: Lug. cit.
181 *Ob. cit.*, pág. 141.
182 Hélene Reinard: Lug. cit.
183 Cit. Buisson, pág. 167.
184 *Ob. cit.*, pág. 63.
185 Prólogo citado, a la obra de Sadoul.
186 *Ob. cit.*, pág. 296.

ALGUNOS LIBROS NO CITADOS EN EL TEXTO

*** *Les «Dangers mortels» de la Révolution Russe.* París, 1917.—Payot.

Claude Anet.—*La Révolution Russe. A Petrograd et aux Armées. (Mars-Mai 1917.)* París, 1917.—Payot.

— *La Révolution Russe. Grandeur et décadence d'Alexandre Feodorovitch Kerenski.—L'affaire Kornilof.—Le grand jour et le coup d'Etat maximaliste. (Juin-Novembre 1917.)* París, 1918.—Payot.

— *La Révolution Russe. Là terreur maximaliste.—L'armistice.—Les pourparlers de paix. (Novembre 1917-Janvier 1918.)* París, 1919.—Payot.

— *La Révolution Russe. La paix de Brest-Litovsk. Sous le régime de Lénine.—Les Ambassades en Finlande. — L'agonie. — Petrograd. — Moscou. (Janvier-Juin 1918.)* París, 1919.—Payot.

Aimé Masson.—*Histoire complète de la Révolution Russe.* París, 1918.—Boccard.

S. Grumbach.—*Brest-Litovsk.* París, 1918.—Payot.

Général Nicolas de Monkévitz.—*La décomposition de l'Armée russe.—Mémoires d'un général russe.—Traduction et préface de Serge Persky.* París, 1919.—Payot.

Robert Vaucher.—*L'enfer bolchevik. A Petrograd sous la Commune et la Terreur rouge.* París, 1919.—Perrin.

G. Demorgny.—*Les partis politiques et la Révolution Russe. Conclusion par Lucien Hubert, sénateur.* París, 1919.—Payot.

Serge Persky.—*De Nicolas II a Lénine (1917-1918).* París, 1919.—Payot.

Boris Kritchewsky.—*Vers la Catastrophe Russe. Lettres de Pétrograd au journal «L'Humanité».—Octobre 1917-Février 1918.* París, 1919.—Alcan.

V. G. Simkhovitch. — *Marxisme contre Socialisme.* Trad. Roger Puard. París, 1919.—Payot.

ÍNDICE

Páginas.

CAPÍTULO PRIMERO. ORIENTACIÓN.

I.—El diálogo previo..... 13
II.—La inminencia de realidad..... 16
III.—Para profetas y escépticos..... 19
IV.—La unánime floración simultánea.. 27
V.—El péndulo..... 36
VI.—El eje..... 52
VII.—Los dos absurdos..... 55
VIII.—La estratificación..... 62
IX.—Gobernar es... 68
X.—Los hombres flexibles y la inflexible lógica..... 79
XI.—Así, no se puede vivir..... 95
XII.—Teoría y práctica..... 99
XIII.—La igualdad..... 101

CAPÍTULO SEGUNDO. EL BOLCHEVISMO.

I.—Rusia, espejo saludable..... 107
II.—Pero ¿qué es el bolchevismo?..... 112
III.—El enigma..... 120
IV.—Politiciens..... 130
V.—Digresión sentimental..... 156
VI.—La primera etapa..... 158
VI bis.—Los tiranos locales..... 165
VII.—La persecución rencorosa..... 182
VIII.—Leyes platónicas..... 193
IX.—La nota pintoresca..... 211
X.—El control obrero..... 215

Páginas.

XI.—Inútiles conatos..... 231
XII.—Un juicio de conjunto..... 233

CAPÍTULO TERCERO. LAS CONSECUENCIAS.

I.—Cándidos y advertidos..... 235
II.—Aldabadas violentas..... 247
LA LIBERTAD, LA IGUALDAD, LA FRATERNIDAD..... 250
EL PODER LEGISLATIVO..... 260
EL PODER EJECUTIVO..... 262
EL PODER JUDICIAL..... 268
EL EJÉRCITO..... 270
LA ADMINISTRACIÓN Y LOS SERVICIOS PÚBLICOS..... 272
LA INDUSTRIA..... 287
LA AGRICULTURA..... 298
LA HACIENDA..... 303
LA VIDA DE LOS CIUDADANOS..... 305

CAPÍTULO CUARTO. EL FRACASO.

I.—Los hombres y las cosas..... 323
II.—Hipótesis..... 327
III.—Los ex bolcheviques Lenin y Trotsky 331
IV.—En lo sucesivo..... 352

CAPÍTULO QUINTO. CONSIDERANDOS VULGARES.

I.—Ineptitud..... 355
II.—La educación..... 361
III.—La riqueza, la industria, la propiedad 365
IV.—¿Se debe suprimir el derecho de propiedad?..... 371
V.—La Agricultura..... 378
VI.—La Herencia..... 381

CAPÍTULO SEXTO. MÁS CONSIDERANDOS.

I.—La participación en los beneficios y en la dirección de las empresas... 385
II.—La propiedad improductiva..... 399

Páginas.

CAPÍTULO SÉTIMO. CONCLUSIONES.

I.—Esbozo de un reparto de riqueza.... 403
II.—El primer camino..... 407
III.—Los beligerantes..... 418
IV.—El «espíritu cristiano»..... 422
V.—El segundo camino..... 430
VI.—El programa..... 436
REFORMAS DE INMEDIATA APLICACIÓN. 438
DE APLICACIÓN REMOTA Y EVOLUTIVA. 440

APÉNDICES.

I.—Manifiesto de los socialistas españoles, publicado en enero de 1920 445
II.—La organización obrera en España:
Laborismo organizado en España. Métodos de los sindicalistas de Barcelona..... 447
Representante del socialismo..... 448
Los Sindicatos de Barcelona..... 449
III.—De las cartas de Sadoul..... 459
IV.—Los partidos políticos rusos en el momento del triunfo bolchevique 466
V.—Artículos especialmente interesantes de la constitución de la República sovietista federal rusa de los Soviets y de su reglamento, según acuerdo del V Congreso Nacional de los Soviets..... ... 475
VI.—Sobre la supresión del control obrero:
De la Rusia roja: La evolución derechista del bolchevismo.—Disolución de los Consejos de fábrica 482
VII.—Varias disposiciones interesantes. 485
VIII.—A propósito del socialismo italiano:
El programa socialista del hon. Turati..... 489
Producción, Consejos de fábrica y experimentos comunistas..... 493

Páginas.

IX.—Algunas noticias publicadas durante la impresión de este libro... 498
Un llamamiento de Zinoviev..... 500
Un radio bolchevista lamenta que los obreros no trabajan. — *Excitación al proletariado ruso*... 500
La vida en Petrogrado.—Hambre y miseria 501
La situación de Petrogrado..... 502

RETURN TO ➡ CIRCULATION DEPARTMENT
202 Main Library 642-3403

LOAN PERIOD 1 HOME USE	2	3
4	5	6

ALL BOOKS MAY BE RECALLED AFTER 7 DAYS
1-month loans may be renewed by calling 642-3405
6-month loans may be recharged by bringing books to Circulation Desk
Renewals and recharges may be made 4 days prior to due date

DUE AS STAMPED BELOW

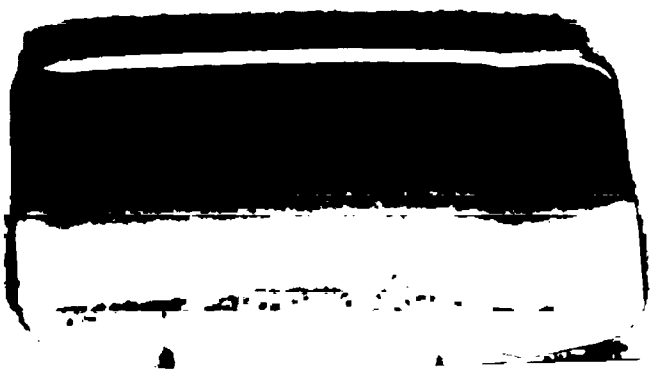
FEB 13 1977		
REC. CIR. AUG 2 5 '76		

FORM NO. DD 6, 40m, 6'76

UNIVERSITY OF CALIFORNIA, BERKELEY
BERKELEY, CA 94720

U. C. BERKELEY LIBRARIES

C047136604

470864

UNIVERSITY OF CALIFORNIA LIBRARY